

MARIEL RUGGIERI

CUIDARTE  
EL *Alma*

De la  
autora de  
*ENTRÉGATE* y  
*POR ESA*  
*BOCA*

1 Colección+  
1000 libros

ISBN-13:9781500750121

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Si necesita contactarla, puede hacerlo a través del siguiente mail: [sds2609@gmail.com](mailto:sds2609@gmail.com)

Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografía de portada: Dual reach de Kris Krüg

Fotografía de contraportada: Cecilia Heinen

Distribución: Amazon©

Mariel Ruggieri

Montevideo, Uruguay

Año 2014

©Todos los derechos reservados

# **CUIDARTE EL ALMA**

Mariel Ruggieri

*« Tal vez no hicieron nada que no hubieran hecho con otros, pero es muy distinto hacer el amor amando »*

Isabel Allende

—Ah... Gabriela... —susurra. Y yo ya sé lo que se viene. Tengo claro que para él soy la reina de las mamadas, pero ojalá que esta vez ni se le ocurra mencionarlo. —Sos la mejor chupándola, en serio...

Lo dijo. Nadie le preguntó nada, pero lo dijo. ¿Ahora sigo o se la muerdo?

—Mmm...

Sigo. No sé por qué, ni para qué, pero sigo. Es decir, lo hago porque me gusta... ¿O lo hago porque *le gusta*? ¿Es necesario que me haga estas preguntas mientras se la chupo? ¿No es mejor repasar la lista del súper, como siempre?

—Sí... Así, mami... Así...

« Mami » . Mami en casa para mis hijos, mami en el trabajo para César. Esa soy yo. Dos distintas versiones, claro. Pero en ambas termino haciendo siempre lo que desean los demás, como ahora.

A ver, apuremos el trámite. Si me ayudo con una mano... Arriba, abajo. Muy bien. A ver con las dos... No, no da. Bien, será con una, entonces. Es evidente que hoy no estoy en vena.

Pero lo estaba. Entré a esta oficina con la peor de las intenciones: que un macho joven y potente como este me partiera en dos. Pero en lugar de un buen polvo que me pintara una sonrisa de oreja a oreja toda la tarde, lo que obtuve con mis besos

y mis artes de caliente braguetas, es terminar una vez más de rodillas bajo el escritorio.

Ay no, no lo hagas. Pero lo hace. Debe creer que Dios nos dio dos asas en lugar de orejas, porque me las tiene aferradas y comanda los movimientos de mi cabeza a su antojo.

Voy a hacer una arcada, lo sé. Ya la veo venir. Pero no; me salva el teléfono.

Suena mi celular y es uno de los tres tonos que nunca dejo de atender: el de mi hija. Es escucharlo, y en dos segundos desalojo mi boca y contesto.

—Sí.

—Hola mamá de Paulina. Soy Belén.

—Hola Belu. ¿Qué dice la loca de mi hija? ¿Todo bien por ahí?

—Todo bien. Dice que si la dejás ir a casa luego del cole para hacer la tarea.

—Sí claro... Ahora me quieren hacer creer que es para hacer la tarea. Van a ver juntas a Violetta en la tele, ¿o no?

Escucho como cubre el teléfono y luego me llega su voz apagada. Parece estar repitiendo lo que le digo, y también me parece estar viendo a mi hija gesticulando con asombrosa velocidad, indicándole a su amiga qué es lo que debe responder, o algo peor.

—Dice Pauli que... Dice que vamos a hacer las dos cosas, Gaby.

Sí, como no. « Pauli » seguramente no dice eso, sino alguna palabrota que aprendió en el lenguaje de señas recientemente.

—Decile a Pauli que soy como Gran Hermano, y lo veo todo. Y que no me gustó nada lo que acaba de decirte, pero voy a hacer de cuenta que no lo vi, y por esta vez pasa... Yo le aviso a Aurora, y cuando salga del trabajo la voy a buscar, Belu.

No me puedo poner exigente, y mucho menos estando de rodillas entre las piernas de un hombre, debajo de su escritorio. No tengo autoridad moral para nada en esta situación.

—Okis —me responde, y corta.

Y antes de que pueda hacer lo mismo, César se aferra nuevamente a mis orejas como si le fuese la vida en ello.

Entiendo qué es lo que desea. Mi hija es sorda, lee los labios y se comunica por señas, así que el lenguaje gestual se me da muy bien. Pero una cosa es entenderlo y otra muy distinta es hacer lo que él quiere.

Lo tomo de las muñecas y lo detengo.

—Esperá, César.

—Dale, Gabriela, que ya estoy...

Ah, mirá qué bien. El señor ya está. Eso me tranquiliza un montón...

No me gusta que me presionen, y él lo sabe bien. Cuando me apuran, surge en mí un espíritu de contradicción que me obliga a replicar cada cosa que me dicen, y a hacer lo contrario a lo que me indican aun en contra de mis propios intereses.

Y así como soy de complaciente cuando vienen por las buenas, cuando me siento presionada automáticamente me pongo de malas.

—¿Vos te pensás que soy una máquina de hacer mamadas, nene?

—Ah, mirá que fina te ponés... ¡Con esa misma boquita hablabas recién con la amiguita de tu hija!

—Con esta misma boquita te la estaba chupando, y no te escuché quejarte. Y te digo « estaba » , porque ya no —le aclaro, y automáticamente me pongo de pie y me paso el pulgar por las comisuras.

Más rápido que el viento se para, y así con todo al aire, me oprime contra su cuerpo.

—No tan rápido, chiquita.

¿Les dije que odio que me presionen?

—Chiquita la tenés vos —replico, y no termino de hacerlo cuando me aleja y se la mira con el ceño fruncido.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Gabriela, no te rías...

Me muerdo el labio inferior, pero mis ojos siguen sonriendo.

—César, esto pintaba bien pero... Fue la llamada, no es tu culpa.

Creo oportuno liberarlo de sus dudas; después de todo aún conservo mis orejas y aquí no se ha perdido nada.

—Vení, mami. Retomemos... Dale.

—Esta noche —lo desafío, aun sabiendo que no podrá hacerlo. Es el cumpleaños de Claudia, y por lo tanto imposible que pueda escapar a sus compromisos familiares.

—Sabés que no puedo...

Me encojo de hombros; no me hago cargo. No me hago cargo de nada.

Apenas puedo con mi mochila, así que no voy a echarme sobre la espalda la mochila de nadie

más.

—Me voy a trabajar, bombón. Alguien tiene que hacerlo... —le digo. Y antes de que pueda replicarme me escabullo hábilmente, y cierro la puerta detrás de mí. Tengo la sensación de haber ganado, pero una vez más me retiro con las manos vacías y un sabor amargo en la boca, y no es por lo que están pensando.

Socios y amantes... Al final, no era tan buena idea.

No sé si soy una mujer afortunada o una desgraciada. Supongo que todo tiene que ver con una cuestión de perspectiva más que con la realidad objetiva, y será por eso que mis balances siempre resultan un desastre. Y eso que soy Contadora Pública.

Vamos a ver, considerando que mi mamá se murió cuando era niña, podría decir que ya arrancamos la vida con números rojos.

Pero si empiezo a sumar, tengo que poner a mi tía Aurora en el haber... Decir que la hermana de mamá fue una segunda madre, es decir poco. Ella fue y sigue siendo la única mamá que conocí, mi amiga, mi pilar y mi muro de contención. No hay duda que Aurora embellece mi vida.

Ahora, si le restamos a Bernardo el padre de Alejo, mi hijo mayor, volvemos a cero. Qué máquina de hacer cagadas ese tipo, y yo de justificarlas. Cinco años de esquilmar sistemáticamente mi billetera y mi paciencia, se puede anotar como saldo negativo, sin dudas.

Si no fuera por Alejo volveríamos a los números rojos, pero él suma, vaya si suma. Cuando pienso en eso, enseguida me siento parte del club de las afortunadas.

Un chico maravilloso por donde lo miren. Mi bebé, mi orgullo, mi... Ay, necesito un babero. Dieciocho años, y tan bello que duele mirarlo. El mejor de su clase, graduado con honores. Se saltó la edad del pavo, y ahora es un hombre joven pero súper maduro, y también es el equilibrio que a veces necesito.

Sin dudas es otro de los pilares que me mantienen en pie, y una de las dos mejores cosas que he hecho en la vida. La otra es Paulina, mi guerrera.

Mi relación con su padre fue demasiado corta. Un año duró solamente mi matrimonio con Hugo, pero fue suficiente para poner en mis brazos a mi pequeño sol. Tiene once años de pura valentía y arrojo, y el haber nacido con una discapacidad jamás significó números rojos para Pauli. Directamente ni se dio por enterada, y el resto de nosotros no tuvo otra opción que aceptar con naturalidad lo que sucedía. Es que si no fuese así, no sería ella. Y lo cierto es que así como es, es maravillosa.

Es un rayo, y en más de un aspecto. Con lo lista que es, cualquier desventaja se compensa. No ha sido fácil el camino que tuvimos que transitar, pero ahora podemos decir que lo que invertimos está dando utilidades. Un balance perfecto al menos en lo que respecta a mis hijos, que multiplican mi felicidad hasta el infinito.

Pero en lo que se refiere a mí como mujer, seguimos en baja. Un fracaso detrás de otro, pero continúo viva.

Mi trabajo no es lo más gratificante del mundo, es cierto. Tener una automotora a medias con un hombre con el cual estoy involucrada en la clandestinidad, no puede considerarse un éxito, realmente. Y mucho menos cuando el hombre en cuestión está casado con una de mis amigas. O de mis ex amigas...

Es que yo me los busco casados.

Verán, resulta que los dos primeros hombres con los cuales me acosté, terminaron siendo mis maridos luego, y también un completo fracaso. Así que desde que mi relación con Hugo terminó, sólo me relaciono con hombres casados, o que no signifiquen una amenaza para mi preciada soltería. Y César Arenas no es la excepción, por supuesto.

Todo empezó cuando Claudia se endeudó por tonterías e hizo tambalear el negocio del cual éramos socias. Él acudió al rescate y terminó quedándose con la parte de ella y también su corazón, que mi inescrupulosa amiga le entregó sin siquiera considerar que él había sido mi amor de adolescencia, antes que su marido y salvador. Ciertamente que hasta que ellos se casaron no empezó lo nuestro, pero podría haber sido mi tercer marido y el definitivo, si ella no se lo hubiese quedado. Bah, no es cierto. La verdad es que no lo creo. Pero hay ciertos rencores que me conviene alimentar para tranquilizar mi conciencia y justificar ciertas cosas.

En fin, aquí estoy y estos son mis números. A veces gano y a veces pierdo, esa es la verdad. A veces cierran las cuentas y me siento satisfecha, pero a menudo me siento con las manos tan vacías como mis arcas, y sola, muy sola.

Pero esta es mi vida, al menos por ahora. Debo concentrarme en lo que tengo y no en lo que me falta, y tal como lo hace Maribel, la protagonista de la novela que estoy leyendo, le presto oídos a la optimista que vive en mí, y sonrío al pensar en que lo mejor está por venir.



Es difícil seguir sonriendo cuando observo que tengo tanto trabajo acumulado sobre mi escritorio. Un escribano y una contadora no son garantía de eficiencia en un negocio que depende de tantas variables.

Al final, si una quiere que las cosas salgan bien tiene que encargarse de todo, así que soy *polirubro*. Contadora, sí. Pero también gestora, relaciones públicas y vendedora. Secretaria, administrativa, psicóloga y especialista en mecánica. Todo junto y a veces es demasiado.

Mejor pongo manos a la obra. Al final, el polvo frustrado va a terminar resultando productivo, porque tengo muchísimo para hacer y poco tiempo. A meterme con lo de Hacienda, que es lo más importante y urgente en este momento.

—*Oh-my-god...*

Esa es la frase más recurrente de Karina, nuestra recepcionista que se especializa en limarse las uñas. Estoy segura que tiene un doctorado en eso y en hablar por teléfono durante horas.

Levanto la vista y la observo por encima de mis anteojos. Está mirando algo y mordiéndose el labio inferior, y el carmín le mancha los dientes de una manera grotesca. Frunzo la nariz y continúo con mis papeles.

—Psttt... ¡Gaby!

La ignoro olímpicamente. Si lo que tiene para decirme fuese algo que yo tuviese que saber, no andaría a los susurros sino que gritaría como lo hace siempre, así que continúo con mi trabajo sin mirarla siquiera.

—Gabrielaaa...

Carajo. La miro, no hay más remedio. Si no quiero que continúe elevando el tono de su voz, voy a tener que prestarle atención.

—Karinaaaa... —le digo bajito, y casi no puedo contener la risa cuando me doy cuenta que me parezco a aquella señora de la tele que fue protagonista de varios programas de archivo, gritando el nombre de su hija como una posesa.

—Mirá el espécimen que acaba de traspasar esa puerta...

Sigo la dirección de su mirada y ahí lo veo.

Vaya.

Vaya, vaya.

Vaya, vaya, vaya.

A eso le llamo yo espécimen. Y de esos que están en peligro de extinción, y por eso dan más ganas de tener su cabeza entre los trofeos sobre la estufa a leña, o su piel delante de ella.

A ver... Cuarenta y pico, sin dudas. Totalmente fuera de mi *target* habitual que últimamente anda en los treinta, pero muy apetecible.

Alto. Complejión atlética. Ni gordo, ni flaco, más bien a punto. Canoso a más no poder. Y deliciosamente bronceado. Eso es porque estuvo en otro sitio, sin duda. O no... Quizás es fanático de la cama solar, lo que sin dudas le resta puntaje pues los metrosexuales no me van en absoluto. Prefiero a los fanáticos de otro tipo de camas.

Qué lindas esas arruguitas en torno a los ojos, que se acentúan cuando frunce el ceño y se inclina para mirar el tablero del Honda que acaba de llegar. Si ese es tu *target*, bienvenido seas, bombonazo.

Hace un montón que lo estoy mirando, lo sé. El espécimen tiene pegados en su culo tanto los ojos de Karina como los míos. Babosas, eso somos, y le vamos a hacer « mal de ojos » de tanto mirarlo.

—Gaby, andá a atenderlo. Renato está con gente, y Marcelo fue a comer. Aprovechá y atendelo vos, dale.

Lo que me faltaba... La recepcionista me ordena que « aproveche » y me haga cargo de un cliente, y lo hace como si eso fuese un premio. Mirá vos... Y sí, la verdad que sí lo es, pero soy la que manda y no voy a salir corriendo sólo porque esta me lo dice. Bueno, casi.

Alzo las cejas como diciendo: « ¿Vos me decís a mí, la dueña, lo que tengo que hacer, chiquita? Voy porque quiero, ¿sabés? » ,mientras echo mi silla hacia atrás y me pongo de pie. Antes de ir a « atenderlo » me paso la mano por el pelo y me miro en uno de los amplios espejos. Nada mal, teniendo en cuenta lo que estuve haciendo hace diez minutos.

Una agradable mujer de cuarenta y cuatro que parece de cuarenta y tres. Cincuenta y nueve kilos bastante bien repartidos, peinado de peluquería, y una vestimenta formal que incluye zapatos de taco aguja y falda a la rodilla, que me hace ver sofisticada y elegante. Estoy lista.

Ahí voy, cosa linda.

Antes de llegar a su lado, él levanta la vista y nuestras miradas se cruzan por un instante. No uno, dos instantes. Y luego tres...

Me mira a los ojos, luego más abajo, y luego a los ojos de nuevo, pero por alguna razón no me siento incómoda sino halagada. Muy...

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlo? —pregunto con la más encantadora de mis sonrisas.

Él me corresponde, pero la suya no es tan amplia.

—Buenas tardes. Quisiera que un vendedor me explicara las prestaciones de este modelo, por favor.

—Con mucho gusto. Para empezar, el motor es una maravilla de cuatro cilindros que... ¿Qué sucede? —pregunto interrumpiéndome, porque lo veo fruncir el ceño y mover la cabeza, confuso.

—Disculpe, ¿usted me va a explicar lo que le pedí? Porque de verdad necesito sacarme algunas dudas y no creo que...

Vaya.

Vaya, vaya.

Vaya, vaya, vaya.

Cuando alguien subestima mis capacidades, algo en mi cabeza hace un click , y me crecen colmillos, garras, y púas muy agudas. Me pongo como el de *X-Men*, o peor aún.

Le dedico otra de mis estudiadas sonrisas.

—Le explico, caballero: yo puedo ayudarlo. Créame que puedo estar a la altura de sus preguntas y dejarlo completamente satisfecho —le aclaro, mientras las púas se preparan para clavarse

en la bella carne del espécimen, que ha resultado ser bastante descortés. Pero yo estoy preparada para enfrentar esta clase de escépticos, que subestiman las capacidades femeninas en estas lides.

Me mira. Hace una rara mueca mientras parece evaluar si esto será una pérdida de tiempo o no, seguramente.

—Adelante —me dice con un gesto, y luego se cruza de brazos en una actitud de escucha indolente.

—Gracias por la oportunidad —le respondo, irónica, pero sin dejar de sonreír ni un instante. —Como le decía, este motor es una verdadera joya. Tiene cuatro cilindros, ciento cuarenta caballos de potencia y una aceleración de cero a cien de ocho segundos. Además, su sistema *start-stop*, le permite ahorrar combustible ya que cuando se detiene en un semáforo o atascamiento, el motor se apaga momentáneamente, y al colocar el cambio, se vuelve a encender...

—Ajá... Y dígame usted: ¿No sufrirá un desgaste prematuro alguna pieza del encendido a causa de este sistema? —me interrumpe en un claro intento de ponerme a prueba.

Pues sí, chiquito, aunque no lo creas, sé perfectamente de lo que estás hablando... Y eso que soy mujer.

—Mire, hasta ahora no hemos tenido quejas al respecto. De todos modos, usted tiene la opción de utilizarlo o no. El sistema *start-stop* se activa voluntariamente desde el panel.

Lo veo dudar aún de mi idoneidad como interlocutora, pero yo le voy a demostrar qué clase de vendedora soy. De las mejores, querido.

—... aunque estoy segura de que si lo tiene querrá usarlo, por supuesto. No tema, pues los coches que incorporan este sistema, poseen una tecnología superior y varias mejoras con respecto a los comunes, como por ejemplo un motor más robusto y una batería más duradera —le explico, condescendiente al máximo.

Sus ojos parecen decirme *touché*, sin dudas. Pero su boca dice otra cosa.

—Eso será demasiado para cualquier alternador, y usted no puede asegurar que no falle. Igual no importa. Hábleme de la seguridad, por favor.

—¿Qué es exactamente lo que quiere saber? ¿La cantidad de airbags o si va a sufrir un accidente o no? Porque eso último no lo puedo saber *a priori* —replico, mordaz. Si quiere que contemplemos todas las posibilidades, debo aclararle que no tengo la bola de cristal y no sé si el alternador fallará algún día, o si se va a matar en un choque.

Lo veo fruncir el ceño de forma tan pronunciada, que de pronto me siento una estúpida. Acabo de perder a un potencial cliente por comportarme como una sabelotodo sin educación.

Contra todos mis pronósticos, él sonrío. Qué linda sonrisa, por Dios. Es ese tipo de sonrisas que te reconcilian con la vida, y por un momento me olvido de que es un machista recalcitrante.

—Sé que tiene muy buenos airbags. Eso salta a la vista —me dice dejándome con la boca abierta, porque se hace evidente que no estamos hablando de la seguridad, sino de mis tetas. Estoy a punto de ruborizarme cuando escucho sonar mi celular.

Automáticamente dirijo mi mirada hacia mi escritorio. Es el segundo tono que siempre atiendo. Ay no, papá. Ahora no...

Mi viejo tiene ochenta y seis años y está en un residencial en Colonia del Sacramento. Suele meterse en problemas, y dos por tres me llaman para atosigarme con denuncias por su mal comportamiento. ¿Qué será esta vez? ¿Se habrá comido todas las vainillas que tenían en stock o habrá dejado abiertas todas las canillas del Hogar?

Miro al « Señor Sonrisas » y mi decisión está tomada. Que suene todo lo que quiera que yo devolveré la llamada luego.

—Bien... Ya que es evidente que usted conoce del tema, le encantará saber que tiene cuatro.

Dos adelante, y dos atrás...

—Imagino que los traseros también son muy buenos —replica, mientras redobla la apuesta sin dejar de sonreír.

No sé si decirle que sí, o darle las gracias. No tengo ni un poquito de dignidad, carajo. Tengo que ponerle un freno a esto, porque nos estamos yendo a la banquina.

—Por supuesto. Y si es necesario frenar de improviso, tiene un *ABS* con *EBD* muy efectivo.

Se pone uno de los índices sobre la boca. A mí me parece que es para no soltar una carcajada, pero no estoy segura.

Y el celu vuelve a sonar.

—¡Gabriela, te suena el telefonito! ¿Te lo alcanzo? —pregunta Karina a viva voz.

Me doy la vuelta lentamente y la fulmino con la mirada.

—Estoy con un cliente.

—Vaya a atender. Yo la espero —me dice « el cliente », y no sé por qué, pero siento que ya no imagina nada sobre los airbags traseros pues acaba de verlos. Y también habrá notado que tengo laterales...

Trago saliva y lo enfrento.

—No es necesario. ¿En qué estábamos? Ah, sí. La seguridad...

—Me estaba dejando impresionado con una sobredosis de siglas, y me quedó claro lo de los airbags. Podría decirse que estoy convencido, pero necesito algún dato más... Garantía, por ejemplo.

Estoy a punto de hablarle sobre los tres años o cien mil kilómetros, cuando veo que César se aproxima a nosotros.

—Buenas tardes. Disculpen... Gabriela, vení un momento a mi oficina que tengo que hablarte.

Ah, pero mírenlo al señor... Me ve sonreír y exhibir mis airbags ante otro macho apetecible, y quiere marcar territorio.

—En cuanto termine voy —respondo sin mirarlo.

—No, Gaby. Ahora, por favor —replica suavemente y ahí me doy cuenta de que algo no anda bien. Él jamás me dice así... O Gabriela o mami, pero nunca Gaby.

Me hace un gesto, y yo murmuro una disculpa y obedezco.

Antes de llegar, el Señor Sonrisas se borra de mi mente porque dentro de mí una creciente inquietud me dice que ese algo que no anda bien, en realidad anda muy mal.

No me equivoco.

César ni siquiera cierra la puerta, y me lo dice.

—Te estaban llamando al móvil... Llamaron al de línea. Tu papá...

Cierro los ojos, y me tapo los oídos. No quiero que me lo diga. Que no me lo diga por favor, ruego como hace un rato en este mismo lugar pero en una situación muy distinta.

No me lo dice, pero me abraza, y con eso está todo dicho. Me aprieta contra su cuerpo pero esta vez, no es con deseo, sino compasión y lástima. Tal vez consuelo. Un consuelo que seguramente jamás encontraré entre sus brazos.

—Lo siento, Gaby. No sabés cuánto... Un infarto.

—¡No!

—Sí... Pensá en que no sufrió. Pasó de un sueño a otro.

Y de pronto, se desata una catarata de llanto que no sé de dónde me sale.

Aferrada a César lloro como una nena, porque así me siento. Chiquita, sola y desolada. Mi papá...

—No. No puede ser... Papá... —sollozo, muerta de dolor. Y cuando segundos después abro los ojos, a través de la puerta abierta veo que el Señor Sonrisas me observa, y ya no sonrío.

Igual que yo.

Quince minutos después, salgo del baño. Ya hablé con el residencial, y la remota posibilidad de que se tratara de un error se desvaneció. Lloré un montón. Sigo llorando, pero lo cierto es que aún no lo creo. Es decir, sé que es verdad, pero hasta que no lo vea...

—Perdoname. Sé que tenés que ir y me gustaría acompañarte pero no puedo...

—No te preocupes, César.

—Tomate todo el tiempo que necesites.

—Sí... —murmuro, mientras me dirijo a mi escritorio y me preparo para lo que me espera de ahora en más: condolencias. Un abrazo atrás de otro. «*Lo siento tanto...*», «*Lo que necesites...*», «*No sé qué decirte...*», «*Pobre Ricardo*».

No sé si presenciaron la escena del abrazo o si Karina fue la que contestó la llamada, pero lo cierto es que lo saben.

—¿Estás en condiciones de manejar, Gaby? —pregunta Renato poniéndome una mano en el hombro.

—Yo te llevaría, pero acá somos pocos... —se justifica Marcelo.

—Está todo bien... Puedo manejar, quédense tranquilos... —les respondo mientras tomo mi bolso, porque realmente no quiero que se preocupen.

Y de pronto, una voz a mis espaldas trae al *ex* Señor Sonrisas nuevamente a escena:

—Yo la llevo.

Todas las miradas se centran en «el cliente», incluso la mía.

—¿Perdón? —pregunto, confundida.

—No me parece que esté en condiciones de conducir. Así que yo voy a llevarla adonde usted me indique, ya que nadie puede hacerlo —dice muy tranquilo, como si eso fuese lo más normal del mundo.

Yo abro y cierro la boca, pero no consigo decir nada.

Un desconocido se ofrece a llevarme a un destino que no tiene ni idea de cuál es. Tampoco sabe qué es lo que me hace estar tan mal, que deja dudas sobre mi capacidad de conducir. Es más, no recuerdo haberle dicho siquiera mi nombre, pero se está ofreciendo a llevarme al entierro de mi padre.

No es a cenar, o a bailar, como hubiese deseado. No es a un hotel por horas a escondidas de su mujer. Me quiere llevar adonde yo le diga, y ese lugar es el funeral de mi papá. Se me caen las lágrimas y las dejo correr. Me duele haber perdido a mi viejo, y también me conmueve el gesto de este desconocido que quiere ayudarme.

Ay Dios mío. No sé qué decir.

Y no digo nada; más bien hago lo que jamás me imaginé que podía hacer. ¡Lo que es sentirse desprotegida y vulnerable de un minuto al otro!

Ante las miradas de asombro de César, Karina, el guardia de seguridad y los dos vendedores, asiento con la cabeza y camino delante de él.

Y en este momento no puede importarme menos qué es lo que opina de mis airbags traseros.

Estoy en el asiento delantero de mi coche, llorando, mientras viajo a Colonia del Sacramento a enterrar a mi padre.

Un hombre desconocido conduce mi vehículo en silencio. Sólo sabe cuál es nuestro destino, y estoy segura de que intuye que he sufrido una pérdida, pero no tiene idea de a quién estoy llorando. Tampoco sabe quién soy, pero me está llevando a enfrentar uno de los momentos más duros de mi vida.

Esto es tan extraño que siento que no soy yo, que esto le está pasando a otra persona. También siento que debo decir algo, que debo explicar, pero él no me da pie para hacerlo. De hecho, lo único que ha dicho desde que subimos al coche fue: « ¿Adónde? ». Y yo respondí: « *Ruta 1, Colonia...* », esperando que esgrimiera alguna excusa y descendiera.

Pero eso no sucedió. Se limitó a asentir, y nos pusimos en marcha.

Y desde que salimos no he podido dejar de llorar. Sé que tengo que llamar a Aurora, y contarle a ella y a mis hijos la triste noticia. También tengo claro que no quiero que viajen al funeral.

Dios... Debo calmarme para poder funcionar guiada por mi voluntad y no por la de otros, porque lo cierto es que me siento una especie de robot, una marioneta, una autómatas que se mueve sólo porque los demás le dicen qué hacer

Busco un pañuelo en mi bolso, pero es inútil, pues jamás encuentro lo que necesito allí. Aun si lo diese vuelta, parecería de todo menos lo que estoy precisando, como siempre.

—¿Qué busca? —pregunta el otrora Señor Sonrisas que ahora está en modo serio y silencioso.

Ahora se parece más a « El transportador » .

—Un pañuelo...

Veo que estira el brazo y alcanza el morral que colocó en el asiento trasero antes de partir. Es lo único que fue a buscar a su auto, mientras yo me sentaba en el asiento del acompañante del mío, como él me indicó.

« *Conduciré su auto y dejaré el mío en el parking. Espero que no haya problemas con eso* », murmuró más para él que para mí.

En ese momento no entendí el alcance de esa decisión... Ahora sí.

No quiere dejarme sin movilidad en mi destino, y regresará por su cuenta. Muy considerado de su parte. Y asombroso, realmente asombroso. Tanto como el hecho de que, sin apartar los ojos de la calle, saque un paquete de pañuelos desechables perfumados de su morral.

Raro, muy raro. Que un hombre tenga pañuelos de papel es toda una novedad. Y el hecho de

que lleve un morral también lo es, porque no condice ni con su edad, ni con su vestimenta.

Lo observo con disimulo mientras me sueno la nariz. Se puso lentes de sol para conducir, y sus ojos permanecen ocultos. Ahora que está así de serio, parece mayor. Viste vaqueros y zapatos estilo deportivo agamuzados, lo que le otorga un cierto aire juvenil. La chaqueta verde oscuro con coderas y la camisa por fuera contribuyen a ese efecto, pero no hay dudas de que ha superado los cuarenta hace rato...

—¿Mejor? —pregunta de pronto, pero sigue sin dirigirme ni una sola mirada.

—Difícilmente pueda estarlo —contesto con amargura.

—Es natural que se sienta así en estos momentos —me dice luego de unos instantes.

¿Cómo lo sabe? No tiene idea de lo que ha sucedido, pero al parecer sabe que me siento tal cual se espera, ante una circunstancia que él ignora.

No debo estar tan muerta por dentro como creía, porque le replico sin poder contenerme:

—Usted no sabe que es lo que me ha pasado, ni lo que siento. No entiendo cómo se ha ofrecido a llevarme.

Ahora sí me mira. El semáforo está en rojo y él pone punto muerto y vuelve la cabeza hacia mí.

—Se equivoca. Sé que ha perdido a su padre. Un infarto... —me dice dejándome con la boca abierta.

No lo entiendo... Es decir, es evidente que ha muerto alguien. Me ha visto desesperarme a través de la puerta abierta de la oficina de César, y también presencié los abrazos y las condolencias de mis compañeros pero... ¿cómo sabe esos detalles?

—Y también sé que nada de lo que le diga podrá darle consuelo en este momento. Ni que no ha sufrido, como le ha dicho su jefe, ni que lo siento mucho, ni nada —agrega.

Sigo sin comprender. ¿Cómo sabe? No sólo lo que mi supuesto jefe me dijo, sino también lo que siento... ¿Cómo carajo sabe?

Es adivino, sin dudas, porque antes de que pueda preguntarle nada me lo aclara:

—Sé lo que está pensando. Y la respuesta es muy sencilla: leo los labios. Sé que no está bien, y dadas las circunstancias eso fue como escuchar una conversación privada, y le pido disculpas.

Ahora sí que estoy sorprendida. Más bien completamente anonadada. Lee los labios. Lee los labios, pero no es sordo, eso está claro. Y ahora que el semáforo se ha puesto en verde y avanzamos, aprovecho que está mirando al frente para observarlo mejor. No, seguro que no es sordo. Y yo no soy muda, así que voy a salir de dudas de una vez por todas.

—¿Por qué? —pregunto cómo una tonta. Es una pregunta amplia e inespecífica, una verdadera estupidez. No queda claro si quiero saber por qué me pide disculpas, por qué lee los labios, o por qué sabe lo que estoy pensando, pero de alguna manera él comprende a qué me refiero.

—Porque fui sordo durante ocho años. Desde los once hasta los diecinueve, cuando finalmente me operaron y pude volver a oír.

No lo puedo creer. Este tipo de casualidades tan insólitas ya me han ocurrido antes y muchas veces pensé que un duende se divierte a mi costa, poniendo en mi camino cosas así. Un duende travieso, que encuentra placer en dejarme confundida y llena de preguntas.

Intento guardar la compostura y por eso permanezco callada unos segundos.

Otro semáforo en rojo. Otra mirada que se encuentra con la mía.

No sé por qué diablos lo hago.

Dejo el pañuelo en mi falda y levanto las manos.

« ¿Y cómo sabe cómo me siento? ¿Usted también ha perdido a su padre? », inquiero en lenguaje de señas. Y ahora el sorprendido es él.

Me pregunto si no será algo enfermizo tener ganas de reír una hora después de enterarte de que has perdido a un ser querido, pero lo cierto es que su expresión amerita una buena carcajada.

La luz cambia a verde y él no se mueve. Abre y cierra la boca como lo hago yo cuando no sé qué demonios decir por la sorpresa, o porque es tanto lo que me viene a la mente que no me sale nada.

Las bocinas detrás de nosotros, lo obligan a reaccionar y arranca.

La situación es asombrosa. No sé ni cómo se llama, pero estamos unidos por algo que nos dice que pertenecemos a un micro mundo muy particular...

Espero pacientemente a que él mueva su pieza. Soy la « Señora Misterio » que va a enterrar a su padre, y aun destrozada por dentro, la expectativa hace que se me contraigan los músculos del vientre.

La sorpresa aumenta cuando él no me pregunta nada sobre mi peculiar forma de comunicarme, sino que se limita a responder a mi pregunta:

—He perdido a alguien cercano. Me dieron la noticia igual que lo hicieron con usted. E igual que usted, sentí que el mundo se me venía encima...

Ahora sí me quedo muda. Esto es algo... No tengo palabras para expresar lo que siento.

—Ella tampoco estaba en condiciones de conducir esa tarde, pero igual lo hizo —continuó con voz inexpresiva. —Le habían hecho unas pruebas en el hospital y estaba algo mareada, pero no quiso esperar a que yo fuese a buscarla. Se dio contra la cabecera del Puente Carrasco.

Me toma un tiempo asimilar tanta información. No la esperaba, eso seguro. Y también es un hecho que él necesitaba « vomitar » todo eso.

Lo que ignoro es por qué conmigo, por qué en este momento, por qué así. Me doy cuenta que intenta justificar el motivo de su ofrecimiento de ayuda, aunque yo no se lo he preguntado.

Pero hay algo más. Él necesita hablar de eso, y tengo la sensación de que no lo hace con frecuencia.

—Lo siento —digo bajito.

—Está bien. Qué bueno que ha recuperado el habla —observa. —Me muero de ganas de saber la razón por la cual ha aprendido el lenguaje de señas, pero no le voy a preguntar, quédese tranquila...

« *Me muero de ganas...* » . Escuchar esa expresión de sus labios, provoca una sacudida en mi interior. Estoy loca, totalmente trastornada por pensar en esas cosas camino al funeral de mi viejo.

Mi papá... Las lágrimas comienzan a asomar nuevamente, y yo me apresuro a tomar otro pañuelo del paquete.

Duelo. Esto es el comienzo de mi duelo, y este hombre sabe de qué se trata porque lo ha vivido. Evidentemente lo está reviviendo a causa de lo mío.

« *Ella tampoco estaba en condiciones de conducir aquella tarde...* » ¿Quién carajo sería ella? Con disimulo me fijo en su mano derecha que está en la palanca de cambios. Alianza, por supuesto. Está casado. Y la que murió en el accidente debió ser su madre.

Eso explica el porqué de su iniciativa de llevarme a Colonia: identificación. No estoy en condiciones de manejar, igual que «ella», la que murió.

La desgracia nos iguala.

El lenguaje de señas también. Y vaya a saber qué otra cosa el duende travieso elucubró, que nos mantiene acá sentados uno junto al otro, a pesar de no saber siquiera nuestros nombres.

Al menos yo no sé el suyo.

—Yo sí le voy a preguntar algo: ¿cuál es su nombre? Me parece muy extraño que estemos hablando en el lenguaje que sea, sin habernos presentado siquiera. Yo soy Gabriela de la Fuente, ¿y usted?



Se saca los anteojos de pronto, y por primera vez me encuentro con sus ojos así de cerca. Las arrugas en torno a ellos se hacen patentes y también hay otra cosa... Brillan. ¿Lágrimas? No lo sé. No lo conozco lo suficiente, y no quiero mirarlo tanto como para averiguarlo.

—Andrés Otero. Y no le doy la mano ahora, pero se la voy a dar más tarde —dice simplemente.

—Ya me la está dando —replico al instante, mientras la incomodidad se instala entre nosotros y no sé por qué. El anonimato quizás nos permitía licencias que ahora evidentemente se terminaron.

La tristeza me envuelve otra vez. Mis lágrimas me saben amargas cuando me las trago. Vuelvo la mirada hacia la ventanilla, y luego recuesto mi cabeza en el frío cristal.

Él tampoco dice nada. Se volvió a poner los lentes de sol, y no aparta la mirada del camino.

Mientras tanto, yo recuerdo...

*Soy una nena chiquita y estoy sentada en las rodillas de mi papá. Tengo mucho sueño, y recuesto la cabeza en su pecho. Su voz llega a mí amortiguada, vibrante y rara. Sonrío... Me siento segura, protegida. Quiero quedarme para siempre en tus brazos, papito. Para siempre ser tu nena chiquitita. Pero crezco de golpe, crezco y no quiero, porque sé que no estás, no están ni mis travesuras ni las tuyas, no está tu olor a tabaco achocolatado ni tus llamadas intempestivas a las mil y quinientas, cuando de pronto despertabas y se iba el Alzheimer y volvías a ser mi papá. No sé qué daría por volver el tiempo atrás, pues siento que no te he dicho lo suficiente cuánto te amo... Mi duende travieso no es malo en realidad, sino un espíritu juguetón que siempre ha estado a mi lado y lo seguiré estando aunque no lo vuelva a ver. Y también continuará armando increíbles casualidades para mí, sólo para divertirse.*

Caen lágrimas por mi rostro, y de pronto se transforman en un aguacero. Llueve...

Abro los ojos y veo las gotas deslizándose por el cristal, lentamente. El auto no se mueve. Estamos detenidos a la orilla de la carretera, y él está a mi lado. Aun sin verlo, siento su presencia invadiendo el minúsculo espacio dentro de mi pequeño vehículo.

Me vuelvo despacio y me encuentro con su mirada. ¿Ha estado observándome mientras dormía? Ay Dios, sólo espero no haberme babeado como tantas veces. ¿Y por qué estamos parados aquí? Me enderezo, me paso la mano por la boca, luego por el pelo. Y como la vez anterior, él se anticipa a mis preguntas.

—Llueve mucho. Qué tiempo más loco... Me pareció prudente detenernos hasta que pase la tormenta.

Asiento y me suelto el cinturón de seguridad que me está lastimando el cuello.

—¿Se siente mejor, Gabriela? —pregunta. Y el efecto de mi nombre en su boca me hace dar vueltas la cabeza; me deja sin aire. Definitivamente estoy hecha una estúpida. Esta no soy yo, sin dudas.

—Un poco. Tengo que... Tengo que hacer una llamada.

De inmediato él baja el volumen de la radio, que ya estaba bastante bajo, mientras yo llamo a Aurora y se lo digo. Fue un golpe muy duro; lo sé porque aún lo estoy sintiendo. Le pido que les diga a los chicos, porque yo no puedo hacerlo... Le aseguro que estoy bien, y que alguien de mi trabajo me está llevando a Colonia. Le tengo que decir dos veces que no deseo que me acompañe nadie más en este trance, que yo puedo sola. Escucho sus palabras de consuelo y las agradezco. Luego corto y para ocultar lo mal que estoy, subo el volumen de la radio de forma exagerada.

La madre que me parió. Chayanne... Me recuesto despacio mientras la música me acaricia el alma.

No suelo escuchar música. Me siento mal por Pauli cada vez que lo hago, y es en esos momentos que me gana la indignación, porque mi chiquita jamás ha podido deleitarse con ella y puede que jamás lo haga. Pero esta vez, lo necesito... De verdad lo necesito.

«Va creciendo el amor en la ilusión/se nos queda la piel, amándonos/ es volver a nacer cuando tú y yo/estamos juntos...»

Cuando era una adolescente me sentía muy avergonzada cada vez que miraba la tele con papá y aparecía alguna situación amorosa. Una verdadera estupidez sentir pudor por los desbordes ajenos, pero en este momento me está pasando algo similar.

Un rubor intenso me sube por el cuello y se instala en mis mejillas. Qué ganas de abrir la ventanilla, Dios mío. Necesito aire, pero continúa lloviendo como si fuese la última vez.

Maldita incipiente menopausia, ¡cómo te odio! Chayanne, a vos también te odio.

—¿Nos vamos? —no puedo evitar pedirle, más que preguntarle. Compartir mi metro cuadrado de espacio personal con este hombre, mientras escucho esta canción justo un día en el que estoy en el tope de sensibilidad de cualquier escala, es más de lo que puedo soportar.

—Sigue lloviendo... —lo escucho decir sin inmutarse.

Y para colmo de males, el hijo de puta de Chayanne sigue cantando como si nada. Qué descarado.

«Completamente enamorados/como borrachos yo no sé de qué/entre las sombras de los árboles/nos desvestimos para amarnos bien...»

¡Qué error haber subido el volumen así!

Cuando ya no puedo soportarlo y me dispongo a bajarlo, él adivina mi intención y me agarra los dedos para impedirlo.

Si no estuviese ya sentada, me hubiese caído de culo. Y si no estuviese camino al entierro de mi padre y tan pero tan triste, ya lo hubiese besado.

Pero las cosas son así y así están planteadas. Estoy con un hombre que apenas conozco, en mi auto con los vidrios empañados. Mi viejo acaba de morir y mi corazón está sangrando. Sin embargo, cuando siento que me toca, mi cuerpo responde. ¡Y cómo responde!

Tiemblo como una vara verde, pero él mantiene mis dedos cautivos. Y cuando ya no soporto más la tensión, rompo en llanto.

Termino sollozando en sus brazos, con la cabeza recostada en su pecho, mientras amortiguada y extraña, escucho su voz grave diciéndome:

—Llorá todo lo que necesites, Gabriela. Aquí estoy...

Y de pronto me doy cuenta que aunque hubiésemos cogido hasta quedar exhaustos, no podría haber más intimidad entre nosotros.

Y lloré. Lloré un río entero entre sus brazos.

Llegué a ponerme histérica, incluso. Recuerdo que le golpeé el pecho con los puños, pero él se mantuvo firme en el abrazo.

Me contuvo. Y también me consoló.

Cuando sentí su mano acariciándome el pelo, casi me muero yo también. Mi papá solía acariciarme así...

Ningún otro hombre me tocó el cabello de esa forma, y por un momento, en lo único en lo que pude pensar, fue en que la corazonada que me llevó a dejarme conducir como una muñeca por un completo desconocido, estaba bendecida por ángeles.

Si hubiese sabido antes que seguir a mi corazón me traería un acierto así de gordo, no hubiese cometido tantas tonterías, ni hubiese pensado tanto las cosas, o por el contrario, no le hubiese hecho tanto caso a las urgencias de mi cuerpo.

Y ahora que lo sé... ¿qué voy a hacer con eso? Lo cierto es que no tengo idea. Por ahora, sólo pienso en que mi papá me está cuidando desde el cielo. Mi viejito es el guardián de mi alma, no tengo dudas de ello. Y también es el duende de las casualidades, que hizo que Andrés entrara en la automotora en el momento justo.

Andrés. Un lindo nombre para un hombre como él. ¡Ay, Gaby, como si supieras cómo es! Hasta ahora tuviste suerte porque es evidente que no te va a robar el auto y tampoco te va a violar, lamentablemente.

Pero lo cierto es que no sé quién es realmente.

Es decir, está claro que es un potencial cliente de la automotora queriendo saber las bondades del último modelo de Honda todoterreno. Eso es así y es todo lo que sé. No, mentira.

Es también el desconocido que se ofreció a llevarme adónde yo le dijera, en un momento más que difícil, en el que lo único que podía alguien hacer por mí era eso.

Es el hombre que con esa mirada transparente me infundió la suficiente confianza como para aceptar sin miramientos su oferta.

Es quien hace un rato tuvo que poner el hombro y contener a esta loca que no hacía otra cosa que moquear en su solapa.

Este tipo tiene ganado el cielo.

*Tenelo en cuenta, papito. Recomendalo bien para cuando le llegue la hora, cosa que espero se tarde mucho, mucho tiempo.*

Estamos entrando en la bella y romántica ciudad de Colonia del Sacramento, y yo intento

observarlo con disimulo, pero se ve que soy demasiado obvia porque él también me mira.

—Gracias —le digo con la boca, pero también con los ojos.

No dice nada. Hace una mueca muy cómica, y me arranca una sonrisa.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunto. —No me sé esa señal...

Me mira sorprendido.

—Pero si te sabés otras. No te voy a preguntar por qué dominás el lenguaje de señas. No me tientes, mala mujer... —me dice, y su tuteo me parece tan natural como me pareció hace un rato, cuando me dio permiso para llorar a mis anchas.

Y si no fuera porque estamos muy cerca del momento más triste del mundo, le contaría lo de Paulina. Pero llegamos.

Le indico dónde tiene que doblar, y se detiene delante del residencial « Los Nonitos », el hogar de mi papá durante los últimos años, desde que el maldito Alzheimer hizo que no pudiese vivir solo, como siempre había querido.

*¿Por qué me tuviste tan grande, papi? Hubiese querido disfrutarte más tiempo siendo vos, y no ese hombre confundido que hacía locuras que luego no recordaba...*

Bajamos del auto. Andrés me abre la puerta y cuando sus ojos se encuentran con los míos, me transmite la fortaleza que necesito para enfrentar esto.

Pero el momento se posterga, porque el cuerpo de papá ya está en la funeraria. Nos llevó cuatro horas llegar a Colonia, a causa del tráfico y de la repentina tormenta, así que tuvieron que trasladarlo.

Otra vez al auto. ¡Es eterna esta agonía!

Quince minutos después, me encuentro en una habitación helada.

Delante de mí está mi papá, dormido.

No... Eso quisiera pensar, pero lo cierto es que ahí no está. Me doy cuenta ni bien me acerco. Es él, no hay dudas. Y descansa con su rostro relajado, tranquilo, pero ahí no está.

Estuvo, pero no está. Le toco la cara. Está fría, pero no me impresiona. No puedo tenerle miedo a la casita del duende.

Bien, él no está, pero yo sí. Aquí estoy, y voy a despedirme como corresponde. Le beso la frente, las mejillas... Pero no. No está.

—Hola, papito —le digo al aire.

Y de pronto lo siento a mi lado. No sé cómo explicar la sensación... Sé que está aunque no lo vea, pero no en ese cuerpo inerte al que le estoy tomando la mano.

Y aunque sé que es imposible, entablo un diálogo con él en la frondosidad de mi imaginación.

—*¿Por qué te fuiste sin despedirte?*

—*Llegó mi hora, Gaby. Estoy con mamá por fin.*

—*¿Y yo?*

—*A vos te falta montones. Alejo y Paulina tienen que ser grandes, más grandes que vos ahora, cuando te vayas. Y mirá que estás grande, Gaby...*

—*¿Me estás diciendo vieja?*

—*Te estoy diciendo que ya no sos mi nenita. Hace mucho que no me necesitás, pero ahora además estás lista para que mi recuerdo no te haga llorar.*

—*Te equivocás, pa.*

—*Yo nunca me equivoco. Además... ese viejo loco no era yo.*

—*¡No te digas así!*

—*Caprichosa de mierda.*

—*Viejo tonto.*

—Yo también te quiero, Gaby.

—Papá...

No quiero que termine esta loca fantasía. No quiero, no quiero, no quiero. Sí, soy una caprichosa de mierda, pero no quiero...

—Quedate tranquila... Yo estoy cuidando de tu alma.

Me quedo paralizada. Esto no me lo inventé yo. No... Estoy segura de que no.

Creía que no me quedaban lágrimas pero parece que no es así, porque siento mi cara empapada. Se me caen los mocos. Me los sorbo como cuando era chiquita, pero necesito un pañuelo.

Levanto la cabeza, y a un par de metros está Andrés. Tiene uno de sus pañuelos perfumados listos, y por alguna razón no me sorprende. Me estoy acostumbrando a este tipo de atenciones, y eso es un peligro porque sé que se van a terminar.

Entonces por fin siento que estoy lista para cumplir con la formalidad del velatorio. Tomo el pañuelo y me marcho sin mirar atrás. Allí no hay nada, estoy segura.

Mi papá está conmigo y se va a encargar de cuidarme el alma siempre.

Este hombre es demasiado extraño.

Ya ha traspasado todos los límites. ¿Qué hace acá todavía?

Después de firmar los documentos necesarios y disponer que trasladaran a mi papá a la casa velatoria, enfrente a Andrés en la vereda.

—Bueno... No sé cómo agradecerte todo lo que hiciste por mí. Si querés, podés llevarte mi auto y dejarlo en la automotora cuando vayas a buscar el tuyo.

Postergué todo lo que pude el momento del adiós, pero me parece injusto no liberarlo del compromiso, cuando es evidente que no se va a liberar solo.

—¿Y vos en qué te vas a volver?

—En COT, por supuesto... ¿O creés que porque trabajo en una automotora nunca anduve en ómnibus?

Me mira con desconfianza.

—No —dice.

—¿No? ¿No, qué? —pregunto, confundida.

—Me vuelvo cuando vos te vuelvas. No es tan difícil de entender, digo yo.

Me está jodiendo. No puede hablar en serio.

—Andrés, ¿vos te das cuenta que hace más de cuatro horas que salimos de Montevideo, que te va a llevar otro tanto volver, y que el entierro es mañana de mañana? —pregunto con los brazos cruzados sobre el pecho. A ver qué me dice.

—Sí.

—Bien. Vamos bien... ¿También te das cuenta de que ayer no me conocías, que no sabés nada de mí y que querés quedarte a presenciar un momento cuando menos incómodo?

—No me voy a quedar a presenciar nada...

Ah, menos mal. No está tan loco. Pero yo sí, por sentirme un poquito decepcionada al escucharlo.

—... te voy a acompañar —completa dejándome atónita.

—¿Me vas a acompañar?

—Ajá.

—Pero decime... ¿Vos no tenés un trabajo, una familia? ¿Qué les vas a decir? « *Estoy en el velatorio del papá de la de la automotora Posadas, y no vuelvo hasta mañana* ». ¿No te das cuenta de que no es muy coherente lo que estás haciendo? —bombardeo, impertinente.

—Sí, me doy cuenta. Y sí, tengo familia y un trabajo. Ya hice todas las llamadas necesarias

mientras vos estabas con... tu papá.

—Ese no era mi papá.

—¿Cómo?

—Dejá, yo me entiendo.

Me mira con desconfianza y mueve la cabeza a los lados.

—Gabriela, esto es así: te voy a acompañar y mañana ambos volveremos a Montevideo. Ahora te pregunto: ¿vos no vas a hacer tus llamadas? Dale, hacelo ahora porque después no vas a poder... —me ordena.

Obedezco. Hasta ahora no he ido tan mal guiada por sus instrucciones así que puedo dejarme llevar un poco más. La cuestión es que no sé hasta dónde, y no quiero saberlo ahora.

Aviso en casa y reitero que no quiero que nadie venga. Aurora no comprende el porqué de mi decisión y me pasa con Alejo que acaba de llegar.

—¿Ya lo sabés?

—Sí. Tía me llamó al celular... No sé qué decirte, mamá.

—No digas nada, amor.

—Pero quiero... No sé qué quiero. No es despedirme del abuelo porque siento que ahí no está —me dice dejándome sorprendida porque es lo mismo que descubrí yo, hace instantes. —Lo que no quiero es que pases por esto sola...

—No estoy sola —me apresuro a aclararle.

—Ah —es todo lo que responde. Me muero de ganas de saber en qué está pensando. ¿Por qué no me pregunta con quién estoy?

—Así que quedate dónde estás y cuidá a Paulina que yo estoy bien, y antes de mediodía voy a estar en casa.

—Está bien —murmura, pero yo siento que está pensando en otra cosa. No dice nada, sin embargo.

—Dale un beso a Pauli...

—Esperá, que la tengo al lado y quiere decirte algo.

Sonríó mientras espero que Alejo me traduzca el mensaje de mi hija, pero casi me caigo de culo cuando escucho en el teléfono una voz ronca que me dice:

—*E amo amá...*

Hay más, siempre hay más, pero estas son distintas. Empujadas por la alegría, las lágrimas corren por mi rostro y me río y lloro a la vez, porque mi hija que se resiste estoicamente a hablar, baja sus defensas por un momento y me dedica esa frase que me desarma por completo.

—Yo también mi vida... —respondo aunque sé que ella no puede oírme.

—¿La escuchaste, ma? —pregunta Alejo y puedo adivinar que sonrío con la misma sonrisa boba que yo.

—¡La escuché!

—Esta está de viva... Habla cuando quiere.

—Y lo bien que hace. Pauli baila a su ritmo, Alejo, y no hay nada qué hacerle... —le digo y por primera vez siento que así debe ser.

Me despido de mi hijo con un beso con ruido y casi puedo verlo poner los ojos en blanco ante las tonterías que hace su mamá.

No puedo amarlos tanto, por Dios. Es algo... Es tan difícil de explicar como el hilo invisible que me une a mi duende de las casualidades asombrosas.

Y tan difícil de entender, como el hecho de que este hombre que me observa con la boca abierta pasar de la risa al llanto y viceversa, permanezca a mi lado todavía. ¿Qué hace acá?

—¿Qué mirás? —me dice de pronto, poniéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—No puedo creer que te vayas a quedar —respondo.

—Yo tampoco podría si me hiciera determinadas preguntas que no vienen al caso. Pero... ¿sabés qué, Gabriela?; no me las hago. Acepto lo que me dicta mi... instinto y obro en consecuencia. Vos deberías hacer lo mismo, haceme caso. No te hagas tantas preguntas.

Es la frase más larga que ha dicho desde que nos conocimos, y lo observo asombrada.

—No te hacés preguntas, y no me hacés preguntas... ¿Tenés todas las respuestas, Sabelotodo? —le digo intentando sonreír.

—Todas menos la utilidad de tu dudoso sistema *start-stop* que hace mierda los sistemas de arranque... —responde, y ahí mi carcajada me desborda. Me desborda la boca, y también el alma.

¿Cuántos hombres pueden hacerme reír así horas antes de enterrar a mi padre?

El que me está llamando al celular, seguro que no.

—César.

—Gabriela... Estoy en el baño. ¿Cómo estás?

—Bien, considerando las circunstancias —respondo mientras miro de reojo como Andrés se da vuelta y se mete en el auto.

—Ese tipo... Me quedé nervioso. Es decir, es evidente que lo conocías, sino no te hubieses ido con él, pero igual... Uno nunca sabe.

—Es verdad. Uno nunca sabe.

—¿Cuándo liquidás eso?

—Cuando liquido... —repito, incrédula. —Lo « liquido » mañana, César. Y luego me voy a tomar un par de días antes de volver a la automotora.

—Lo que necesites, mami. Te voy a extrañar, lo sabés...

No puedo replicar nada porque la llamada se corta y sólo queda una molesta señal. Mejor. Se me estaba revolviendo el estómago.

—Gabriela, subí por favor que te voy a llevar a comer algo antes de ir. Hace horas que no comés ni tomás nada —me dice Andrés sacando la cabeza por la ventanilla del auto.

—Y vos tampoco.

—Pero yo no lloré hasta deshidratarme. Dale, subí.

Tiene razón y por supuesto, le hago caso.

Y antes de recibir al cortejo de viejitos y primos lejanos que vendrán a despedirse de papá, me como una hamburguesa con fritas en Mc Donald's, junto al hombre que hoy pudo darme la venta del día, pero me dio mucho más que eso.

Y continúa haciéndolo.

Despierto lentamente...

Lo primero que veo es un reloj en la pared. Son las seis y cinco.

Lo segundo, dos viejitos dormitando en un banco de madera con las cabezas unidas y más allá una corona de flores, amarillas y blancas.

De pronto lo recuerdo todo. El interminable desfile para darme las condolencias. Besos en el aire, palmaditas en la espalda, en los hombros, hasta en la cabeza... Palmaditas y palabras apenas murmuradas: « *Lo siento mucho* », « *Te acompaño en el sentimiento* », « *Fuerza, querida* ». Yo misma las dije muchas veces y otras tantas me sentí una estúpida al hacerlo. La cuestión es que ninguno de los que vinieron a despedir a papá, es alguien significativo para mí y dudo de que lo fueran para él. Es más, estoy segura de que si hubiese podido elegir, me hubiese ahorrado este incómodo ritual.

Después de todo el viejo sabe y yo también, que el que está en ese cajón no es él. Pero la horda de ancianitos del hogar y los parientes que sólo se ven en bautizos, casamientos y velorios, no lo saben. Y por ellos es que decidí pasar por esto.

Las seis y seis... Pestañeo rápidamente y vuelvo a tomar contacto con el mundo.

Vaya...

Vaya, vaya.

Me doy cuenta de que estoy tendida de costado en un banco de madera, en posición casi fetal, y mi cabeza reposa sobre algo bastante mullido. Miro de reojo... Jeans. Ay, no. Con pasmosa lentitud giro y lo veo. Duerme, igual que yo hace un momento, y su cabeza cae hacia atrás de modo que puedo ver su barba crecida. Los incipientes vellos entrecanos brillan bajo la helada luz del recinto. Ahora son diminutos puntitos blanquecinos; tal vez más tarde sea una verdadera barba rasposa. Me quedo como hipnotizada mirándolo. Desde esta perspectiva destaca su nuez de Adán y su mandíbula cuadrada.

Y duerme con la boca cerrada. Es la primera vez que veo a un hombre hacerlo. Sonrío mientras me incorporo despacio, apoyando mis manos en el banco, y ahora lo observo bien de cerca. Vaya perfil.

Este hombre es... macho. Muy varonil, con un rostro lleno de personalidad. Es atractivo, sí. De hecho me impactó ni bien lo vi en la automotora. Pero hay algo más...

Me lo quedo mirando unos segundos, tratando de descubrir por qué me gusta tanto observarlo, y él arruga la nariz. Sus manos descansan a los lados sobre el banco, y yo lo sigo mirando.

Tengo que dejar de hacerlo, lo sé, pero se lo ve tan bien, así, relajado...

Disgustada conmigo misma, sacudo la cabeza con tanta mala suerte, que uno de mis aros se



desprende de mi oreja y cae.

Ah, carajo. ¿No había otro lugar? El pequeño arito plateado fue a parar al banco, justo entre sus piernas. Ahora no puedo quitar la mirada de... el aro. Ahí está el muy descarado, muy cerca de dónde jamás debió caer. Tengo que recuperarlo, así que no lo pienso dos veces y extendiendo la mano sin hacer ruido y... ¡Madre de Dios! ¿Cómo es que...? ¿Entonces no estaba dormido? ¿Estuvo despierto todo este tiempo? Y casi me mata del susto cuando por segunda vez en menos de veinticuatro horas, atrapa mi mano y la aprieta. Oprime mis dedos con firmeza, y sus ojos se prenden a los míos. Me siento avergonzada, me siento una estúpida.

Él baja la vista y con la otra mano recupera mi pendiente. Lo levanta y lo mira alzando las cejas. Parece que va a decir algo, pero no.

Me da vuelta la palma, y lo coloca en el centro.

—Te lo pondría, pero no sé cómo... —y de pronto cae en la cuenta de la obviedad del doble sentido, pero no parece cohibido. Sonríe y aclara bajando la voz al mínimo. —Me refiero al aro, por supuesto.

Mis mejillas están al rojo vivo, lo sé. Y estoy segura de que también mis orejas, así que me lo guardo en el bolsillo e intento olvidar el incómodo momento. Uno más...

Es que hacer el ridículo ha sido la tónica desde que lo conocí. Hace unas horas, hubo otro de estos incidentes incendiarios.

Fue en Mc Donald's. El lugar estaba desierto, sólo estábamos él, yo, y el silencio.

Después de comer, fui al baño y me lavé la cara y los dientes. Hacía horas que no hacía pis, así que me descargué con ganas. Mi protector diario era un desastre a esa altura, así que no tuve otra opción que tirarlo al cesto.

Por suerte logró conservar mi ropa interior impecable, pero la noche iba a ser muy larga... No lo pensé demasiado. Apreté el botón, tranquilé la puerta, y como pude me lavé.

Lo complicado fue el secado.

Cual si fuese una contorsionista profesional, acerqué mis partes todo lo que pude al aparato de la pared que larga aire caliente. « Secamanos » que le dicen, pero a mí me sería útil para secar otra cosa. Mientras tanto, fabricaba con una larga tira de papel higiénico algo que haría las veces de apósito, ahora que ya no tenía protector diario.

Estaba en esas maniobras cuando escuché a Andrés al otro lado de la puerta.

—Gabriela, ¿todo bien?

Mierda, mierda. Hasta ese instante iba todo bien.

—Sí... ahora salgo —respondí con la voz ahogada.

Pero él no se conformó.

—Abrí que quiero comprobarlo.

No podía creer que me estuviera pasando eso. Todavía con mis partes íntimas mojadas y expuestas, intenté subirme la bombacha pero se había torneado con las pantimedias de una forma realmente macabra.

Y él, al otro lado de la puerta, moviendo el picaporte e insistiendo.

—Gabriela, si no abris esta puerta ahora, la abro yo de una patada.

Parecía bastante decidido así que entreabrí la puerta unos veinte centímetros, y saqué la cabeza ocultando el cuerpo detrás de ella.

—¿Satisfecho? ¿Qué pensabas que podía estar haciendo en un baño?

Se veía culpable, así que la satisfecha terminé siendo yo.

—Pensé que... Pensé que te sentías mal.

Me lo dijo de una forma que no supe si pegarle o darle un beso.

—No, estoy perfec... —y de pronto me di cuenta, y casi me morí. Estaba con el culo al aire, y eso no sería lo más grave porque la puerta me cubría dejando a la vista sólo mi cabeza. Pero resultaba que detrás de mí, tenía al maldito espejo del maldito lavatorio...

¡La putísima madre! Se la cerré en la cara, roja de vergüenza. ¿Habrás visto algo? ¡Quería que la tierra me tragase!

—Estoy... muy bien... Salgo... enseguida... —le dije jadeando. Si tenía dudas sobre mi estado de salud, mi loco comportamiento le indicó que lo mío no pasaba por el cuerpo, sino por la cabeza.

Momentos después salí con ella en alto, y la moral por el piso. Si algo vio no sé le notó, pero la mortificación todavía me dura.

Y ahora se le suma esto. ¡Cómo se me ocurre intentar recuperar mi aro de esa forma! ¿Y si lo hubiese rozado? Definitivamente no estoy bien.

Y no es para menos.

Minutos después, comienzan los consabidos movimientos que indican que esto llega a su fin.

Todo ocurre bastante rápido. Es triste, muy triste. El malón de viejitos sale de no sé dónde, y todos caminamos al cementerio. Queda demasiado cerca para un despliegue de vehículos fúnebres, así que seis hombres fuertes se encargan del féretro. Entre esos seis, está Andrés.

Ver a este hombre que apenas conozco, cargar el cajón donde descansarán los restos de mi padre, me conmueve más que el hecho en sí de despedirlo.

Y cuando terminan de sepultar a mi viejo, siento por tercera vez su mano en la mía. En esta ocasión me la toma suavemente, y me acaricia el dorso con el pulgar. Muy a mi pesar soy consciente de cada movimiento, y las emociones me desbordan. Lo enfrento y cierro los ojos. Apoyo mi frente en su mentón, mientras las lágrimas vuelven a mí.

Y una vez más, termino moqueando en su solapa como una nena, sola, desamparada y triste, porque por fin ha caído en la cuenta de que ya no verá más a su papá.

El consuelo viene de Andrés, por supuesto.

—No te olvides que él te está cuidando.

Entonces levanto la cabeza y agarro el pañuelo que siempre tiene listo para mí desde que me he convertido en una fábrica de mocos y lágrimas, y asiento.

Su forma de contenerme es efectiva, y tomo la decisión consciente de cerrar este doloroso capítulo en ese instante y en ese lugar.

Camino sin prisa y me subo al auto.

Quiero despegarme de la muerte, porque la vida me espera a trescientos kilómetros de aquí, en Montevideo, junto a mis hijos.

Los tengo a ellos, así que nada puede ir mal.

Además, ahora tengo a mi viejito loco bien cerquita, cuidando mi alma.

Y quizás también tenga algo más.

Decisiones. En el viaje de regreso, me sorprendo tomando decisiones.

¿Será el momento? No lo sé; la cuestión es que César podrá seguir formando parte de mi vida profesional, pero no de mi vida personal.

¿Si eso tiene que ver con la aparición de Andrés en ella? Tal vez en parte. Pero creo que más tiene que ver con darme cuenta de que en los trances difíciles estoy más sola que *la una*.

César fue una dulce venganza en su momento. Luego, un incentivo para pasar las largas y tediosas horas en el negocio. Y últimamente era la descarga que necesitaba de cuando en cuando, para

evitarme el trabajo de « hacerme la linda » y conseguir a alguien que le diera una alegría a mi cuerpo.

Comodidad, eso es. Lo tengo a mano, es bastante bueno y no significa un peligro para mi soltería recalcitrante.

Pero ya no.

Ah, Gaby... Asumilo, es porque tenés la esperanza de tener algo con Andrés. Sí, algo. ¿Pero qué? ¿Otra vez ser « la otra » ? ¿Es que no hay otras opciones? O sos la cornuda o sos la amante. Y bueno, prefiero ser la amante.

¿No habrá otra cosa? Amistad, por ejemplo. Compañía. Cariño. ¿Y el sexo?

Mientras eso siga siendo lo que guíe mis pasos, haré elecciones lamentables. Llegó la hora de descubrir algo distinto en el relacionamiento de un hombre y una mujer. Me gustaría conocer a Andrés, pero en serio. Ojalá podamos continuar esto. No tengo idea de lo que es, pero sí sé que debería evitar un encuentro sexual a como dé lugar. Eso contando con que él quiera algo así.

La verdad es que no sé lo que quiere. Lo más probable es que todo se termine en el parking cuando tome posesión de su vehículo, y yo del mío.

No me gusta... La idea de no volver a verlo me altera.

Él me altera. Y de pronto me doy cuenta de por qué.

Es la primera vez que alguien toma las riendas de mi vida, y encima lo estoy disfrutando. ¡Carajo!

Le di el mando a un hombre. Le di el volante, y con él también le di la potestad de marcarme el rumbo. Lloré cuando él me dijo, comí cuando él me ordenó, hice mis llamadas cuando él lo consideró prudente.

Dejé de hacerme preguntas porque él me lo aconsejó así. ¡Hasta me soné la nariz a instancias suyas!

¡No! Ya no. No necesito que me cuide; para eso está mi duende. Le agradezco su actitud solidaria, pero no ese velado intento de control que yo alcanzo a vislumbrar. Todo en mí se rebela y ya no soporto más la tensión. Por algún lado tiene que explotar.

—Pará el auto.

Me mira como si estuviese loca, y quizás es así, pero no me hace caso y sigue conduciendo como si nada.

—Quiero manejar yo —insisto tercamente, pero él continúa ignorándome.

Entonces le pongo la mano en el brazo y repito con firmeza:

—Te dije que te detuvieras, Andrés. Voy a conducir lo que queda del trayecto.

—Estás cansada.

—Vos también.

Me mira con el ceño fruncido y mueve la cabeza. Se arrima a la banquina y finalmente se detiene y apaga el auto.

Desciende bruscamente dando un portazo y yo hago exactamente lo mismo. Nos cruzamos por delante del auto y por un momento nuestros ojos se encuentran. Le dirijo una de mis miradas más rudas, y me sorprende al ver que su rostro está raro. ¿Raro? Parece como si estuviese tentado de la risa. Ya le voy a enseñar yo lo que es una mujer segura de sí, y no una marioneta.

Me subo y me pongo el cinturón de seguridad.

Andrés está recostado en el capó. ¿Es que no piensa subir? ¿Así que con esas tenemos? Voy a dar una marcha atrás tan rápida, que se va a caer de culo y yo me voy a cagar de la risa.

Pero cuando intento arrancar me encuentro con la sorpresa de que la llave no está.

¡Qué hijo de puta! Se está riendo de mí... Levanto la vista y tengo ganas de matarlo cuando la

veo enganchada en su dedo índice, que me muestra sin ningún pudor. Ni siquiera se ha dado vuelta para hacerlo, sólo se limitó a extender el brazo para que la viera.

Desciendo despacio. Camino despacio. Y cuando finalmente llego a él, me pongo enfrente y lo miro, severa.

—La llave —le pido tendiendo la mano, mientras muerdo cada una de mis palabras.

Y él sonrío de esa forma desarmante, y hace lo inimaginado.

Se la pone en uno de los bolsillos delanteros de su jean y me dice:

—Vení a buscarla si querés, Gabriela. Pero no te lo aconsejo ya que hace exactamente... — mira su reloj y luego continúa: —... veintisiete horas que no me baño.

Lo dicho, es un reverendo hijo de puta. Lucho con las ganas de reírme, de verdad lo hago. Pero no consigo ganarles.

Empiezo con mueca... Me muerdo el labio. Y finalmente exploto. No es una franca carcajada, pero es algo más que una sonrisa.

—Sos un pelotudo... —es lo único que alcanzo a decir.

Pero él replica algo que... ¡Y la forma en que lo hace!

Alza sus manos y me dice en lenguaje de señas:

« *Sos hermosa cuando te reís* »

Paradójicamente mi risa desaparece... Vaya.

Vaya, vaya, vaya.

Eso es un piropo, no hay dudas. ¿Lo es? Ay, Dios mío. Lo que más me sorprende es que no lo expresó de la forma tradicional, con los signos de « linda » y « sonrisa », sino que usó el alfabeto manual, formando cada una de las letras con asombrosa rapidez.

Y aun así lo entendí, y él lo supo. Sonrió satisfecho y yo bajé la mirada.

Nunca me sentí turbada por un elogio, pero éste... Y lo peor de todo es que no adivino una intención ulterior detrás de esas palabras.

Sí, eso es lo peor. ¿Siempre mis buenos propósitos serán así de efímeros? Me muero de ganas de hincarle el diente. ¡Basta, Gaby, basta!

Y como una nena regañada, vuelvo al asiento del acompañante y me pongo el cinturón. Él también se sienta y le da arranque, pero antes de movernos me dice:

—A veces dejarse llevar no es tan malo.

No sé si se refiere a algo estrictamente automovilístico, o es una metáfora. Y si es esto último ¿se referirá al apoyo moral o a...?

No intento averiguarlo. Enciendo la radio y me acomodo para disfrutar de un poco de música.

¡Lo que me faltaba! La frutillita de la torta...

« *Hace falta que te diga/que me muero por tener algo contigo...* » , canta Vicentico. Adoro esa versión... ¡Tiene que ser una señal!

Suspiro... ¿Intentar una amistad? ¿Madurar mi actitud con respecto a los hombres y el sexo? ¿Buenos propósitos, Gabriela?

A la basura, como siempre. Y que el destino decida.

La despedida en el parking no fue como la deseaba pero sí como la esperaba.

Él y yo, frente a nuestros vehículos.

Él y yo, mirándonos sin decir nada.

Él y yo, y mi vacilante intento de darle las gracias.

—No sé cómo agradecerte...

—No hay de qué.

—Sí lo hay.

Se encogió de hombros y se puso ambas manos en los bolsillos delanteros del jean. Se lo veía extraño, distante. Pero sin ninguna prisa para marcharse, lo que me alentó un tanto.

—Estoy a las órdenes para lo que necesites —me dijo, pero no hizo ningún gesto para darme su tarjeta. Y no me pareció que tuviese intenciones de proporcionarme algún dato de contacto, por lo que permanecí inmóvil, aferrada a mi bolso.

Y también aferrada a la esperanza de que esa no fuese la última vez que lo viera.

—Bueno... que sigas bien —dije, mientras abría la puerta de mi auto. Si quería decirme algo, ese era el momento.

Pero no. Nada... Nada de nada.

Sólo un frío: « *Cuidate, Gabriela* », y luego se dirigió al suyo y lo puso en marcha sin mirarme ni una sola vez.

Y eso fue todo.

Luego de veinticuatro horas de no despegarme de este hombre ni un solo minuto, llegó la hora de dejarlo ir, y con eso no me refiero solamente a su partida, sino que mi alma también necesita acostumbrarse a su ausencia.

Qué difícil aprendizaje es el de *re-armarse* y seguir adelante con este sentimiento de desolación que me invade. Pero hay que continuar; no hay otra opción.

Y mientras conduzco a mi casa para encontrarme con mis hijos, no puedo dejar de recordar cada momento vivido a su lado. El trance más amargo de mi vida, no lo fue tanto gracias a Andrés.

Tengo mucho que agradecerle y mucho para guardar en mi memoria también. Me olvido de lo triste, y me quedo con lo bueno.

Después de todo, de eso se trata la vida: intentar crear momentos únicos para poder atesorarlos y volver a vivirlos en nuestros recuerdos cada vez que los necesitemos.

Y eso haré. Andrés Otero formará parte de ellos y no voy a olvidar lo que hizo por mí, mientras viva.

Desconecté el celular para poder vivir mi duelo en paz.

Después de todo, no esperaba ninguna llamada importante. Ya no tenía a mi viejo, mis hijos estaban en casa, y Andrés no me había pedido el número, así que no tenía sentido tenerlo encendido.

Andrés... Las últimas dos noches lloré en la cama, imaginando que era él quien me contenía, y no mi almohada.

¿Es posible extrañar a un desconocido? Hasta ese día tan triste como sorprendente, yo era feliz, o al menos así lo creía.

Pero ese lunes me di cuenta de la fragilidad de mi supuesta dicha y todo cambió. No sólo perdí a papá, y con él también todo lo que me unía al pasado y mis orígenes. También perdí la certeza de que no necesitaba a un hombre en mi vida más que para coger.

Andrés me demostró que la intimidad puede pasar por alcanzar un pañuelo desechable en el momento justo. Salió de mi vida tan rápido como entró, pero luego de haberlo conocido ya nada volverá a ser igual.

¿Qué voy a hacer ahora? La idea de relacionarme con César o con alguien como él, me asquea. No, no, no. Si hasta hace un par de días yo estaba conforme con mi vida, no le veo sentido a pensar en hacer cambios.

Yo soy así, y así estoy bien. No me involucro sentimentalmente con mis parejas de cama, y por eso me van los casados. Soy autosuficiente económicamente, por lo que sólo tengo un hombre a mi lado porque lo deseo, y no porque lo necesite. Ya tuve dos maridos y dos hijos, y no necesito más de eso; sólo quiero un buen momento y eso lo puede proporcionar un polvo. Listo.

Pero no con César. No sé qué me pasa, pero con él, no.

Mientras reflexiono todo esto suena el timbre. Qué extraño; no estoy esperando a nadie. Mi hija se acaba de ir con su padre, mi hijo salió con su nueva novia, y mi tía Aurora está en misa. Muy, muy raro.

Mejor voy a ver.

Carajo, lo llamé con el pensamiento. ¿César acá? Ahora sí que estoy preocupada. Abro con cautela.

—¿Puedo entrar, Gabriela?

—Por supuesto —respondo franqueándole el paso.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Pasa algo? Es extraño verte acá.

—Ya lo sé... Necesito hablarte.

A la mierda. Algo pasó y es grave, porque sino no hubiese venido.

—Te escucho.

—Mirá... Lo nuestro tiene que terminar.

Caramba, qué coincidencia. Igual no me hace ninguna gracia que sea él quien corte la relación, y no yo. ¿Qué habrá pasado? ¿Pañuelos desechables perfumados también en su vida?

—Estoy de acuerdo, pero... ¿pasó algo? —pregunto asombrada.

—Sí, pasó. Claudia se enteró.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, César? —lo interrogo al borde del colapso. De verdad no me esperaba algo así.

—Me escuchó hablar contigo por teléfono desde afuera del baño, y se puso en alerta. Fue a la automotora cuando yo no estaba, y me revisó el correo. Estaba el último que me enviaste, y él último que te envié...

Carajo. Me acuerdo de ese mail.

« ¿Harto de tanto trabajar? ¿Con ganas de relajarte, Escribano? Tengo debajo de mi falda un producto que te va dejar como nuevo. Llame ya. Gabriela »

Y su reveladora respuesta:

« Vení ahora o te voy a buscar y te parto en ocho delante de todos. Qué ganas que te tengo, nena. César »

No tiene dos lecturas. Hay que rendirse ante la evidencia.

—Qué terrible cagada, César. No sé qué decir...

—No digas nada. La cuestión es que tenemos que terminar, porque sino me despluma... Y esa fue su amenaza más leve, en serio —me dice, y su preocupación se siente muy sincera.

—Por supuesto, no te preocupes —le respondo.

—Gracias... Pero hay algo más. Ella me pidió que viniese y te lo dijera.

—No des más vueltas, César. ¿Qué es lo que pasa? —pregunto intrigada.

—Tenemos que... Esta sociedad se tiene que terminar, Gaby.

¿Otra vez soy Gaby? Entonces es grave de verdad. ¿Qué querrá decir con que « esta sociedad se tiene que terminar » ? No puedo con mi ansiedad y se lo pregunto. Su respuesta me deja helada.

—Es simple, o te vendo mi parte o te compro la tuya. Vos elegís. La cuestión es que si seguimos juntos en la automotora, la loca de Claudia me mata. Me pidió que te lo dijera así, tal cual como ella me lo dijo a mí. Y la verdad es que le tengo miedo... No sólo por lo que pueda hacerme a mí, sino por lo que pueda hacerte a vos... —me dice con lágrimas en los ojos.

No puedo creer lo que estoy escuchando. De verdad, no puedo. ¿Comprarle su parte? No tengo ese dinero y él lo sabe. Entonces, y considerando que no se pueda hacer otra cosa, sólo me queda una salida. No, no quiero. No es que me encante ese negocio, pero es redituable. ¿Qué puedo hacer a los cuarenta y cuatro años sin trabajo? No, mejor no.

—Yo no puedo comprar tu parte. Y a decir verdad, no veo por qué tenemos que hacerle...

—¡Porque es una loca peligrosa, Gaby! No te lo pediría si ella no me hubiese obligado. Mirá, te doy cien mil dólares. Ahora, en efectivo. Podés invertirlos en otro negocio, o guardarlos y dedicarte al libre ejercicio de tu profesión... O trabajar en alguna empresa... Vos sos muy buena en lo tuyo y seguro que algo vas a conseguir —me dice esperanzado.

Entonces es en serio... De verdad no lo puedo creer, pero le pido un par de días para considerarlo y responderle.

Asiente, decepcionado. Es evidente que esperaba irse con una respuesta.

—No vayas por el negocio, por favor. Podrías encontrarte con ella allá, y eso sería...

—Terrible —acoto, indiferente.

—Sí, terrible —repite.

Se lo ve muy deprimido, y no es para menos. Yo me siento igual y no es por perder a mi amante precisamente. De verdad me molesta y me duele perder mi empresa por una cosa así.

Se va con prisa y no lo culpo. Ya me imagino a Claudia recriminándole que se tardó demasiado tiempo en decírmelo.

Carajo, carajo. ¿Y ahora qué mierda hago? Tengo que hablar con Ferrero, mi abogado, por el asunto de los papeles. Quiero saber si todo está en regla y no hay ninguna trampa, porque no confío en César. Pero antes quiero hablar con mi amiga Victoria, a la que siempre le cuento mis dramas.

Enciendo el celular para llamarla, y veo que tengo varios mensajes de voz. Me pongo a escucharlos...

«*Sos una puta, nena. Te cogiste a mi marido... Lo provocaste, lo tentaste. Y Dios te castigó llevándose a tu viejo. Te odio, Gabriela, te odio. Basura...*»

«*No te vuelvas a acercarse a él porque te juro que te mato. Siempre fuiste igual, una rompe hogares... Me lo envidiabas tanto que lo sedujiste y te lo volteaste... Y él es un estúpido que cayó en tus redes... Pero eso se terminó. ¿Entendiste, puta? Se terminó...*»

«*¿Sabés lo que se terminó, también? El negocio juntos. César te va a comprar la parte, y vos vas a aceptar porque sino, se te va a complicar y mucho. No se te ocurra aparecer por la automotora porque me voy a enterar y voy a ir a arrancarte la cabeza de cuajo, hija de puta»*

Ya no me quedan ni ganas de llamar a Vic. Esos tres mensajes de Claudia precipitan mi decisión. Es vender o vender, no tengo salida.

El celular suena y casi se me cae por la sorpresa. No reconozco el número, pero igual contesto. La voz de Claudia es calmada y precisa.

—Espero que mi marido haya sido claro. Alejate de nuestras vidas porque sino...

—No me amenazas. Ya le dije a César que...

—Ya sé lo que le dijiste, me acaba de llamar. Más vale que vendas, Gabriela, porque soy capaz de cualquier cosa. Me jodiste bien jodida, pero yo puedo joderte peor —me dice con voz helada.

—Primero lo hiciste vos y me aguanté. César fue mi primer novio y vos eras mi amiga. No fuiste capaz de preguntarme si yo...

—No te hagas la mosca muerta, bruja del demonio. Acá no corre el «yo lo vi primero». Se me presentó la oportunidad y la aproveché.

—Yo puedo decirte lo mismo —la desafié.

Un silencio mortal al otro lado de la línea me indica que la ira le impide hablar. Pero se repone pronto del golpe.

—Sos una mierda —me dice.

Y de pronto, me siento muy culpable. Me pongo en su lugar y de verdad siento haberle hecho eso... Estaba furiosa porque se endeudó y puso en peligro nuestro negocio, y también porque se volteó a César y no me lo dijo hasta que pusieron fecha para casarse. Y el ser un hombre comprometido, lo puso automáticamente en mi *target*. Tiene razón, soy una mierda y ella una infeliz por tener un marido que le mete los cuernos con su socia.

—Es cierto, Claudia —admito. —Pero quédate tranquila que ya no quiero nada con él. ¿Podemos intentar seguir con la automotora? Te prometo que... —intento argumentar, pero ella me interrumpe.

—Ni se te ocurra, Gabriela. O vendés o te las vas a tener que ver conmigo, en serio —me dice, furiosa. Pero se ve que recapacita porque agrega: —Es lo mínimo que podés hacer ahora para reparar el daño.

Y luego escucho un sollozo ahogado y el inconfundible sonido de que la comunicación se cortó.

Me quedo paralizada, con el teléfono en la mano sin saber qué hacer. De pronto, vuelve a sonar y atiendo de inmediato:

—No vuelvas a amenazarme porque ya entendí el mensaje... —comienzo a decir, pero me detengo. No se oye la agitada respiración de Claudia al otro lado de la línea, y casi me desmayo cuando escucho:

—¿Gabriela?

Dios, es una sorpresa detrás de otra, sólo que esta es agradable. Muy.

Tanto, que me hace olvidar automáticamente mis problemas. No puedo creer que sea Andrés el que me esté llamando. ¡Sí! ¡Es él! Es su inconfundible y maravillosa voz.



¿Cómo consiguió mi número? Y eso es precisamente lo primero que le digo:

—¿Cómo conseguiste mi número?

Hace una pausa y luego responde, a todas luces sorprendido:

—¿Sabés quién soy?

—Por supuesto que lo sé —y para confirmar mis palabras, digo su nombre. —Andrés, es... agradable saber de vos; sólo estoy asombrada porque no te di mi número y...

—Fui a la automotora y pregunté si estabas. Creí que te ibas a tomar sólo un par de días, pero no... La recepcionista me alcanzó en la vereda y me dio un papelito con tu número. Espero que no te moleste que te esté llamando —me dice, pero adivino que sabe que no me molesta, sino todo lo contrario.

—Para nada. Es que justo me agarraste en un momento...

—Me di cuenta. ¿Querés que te llame después?

—No.

—¿Querés que te vuelva a llamar algún día?

—No. Lo que quiero es que me lleves a cenar.

Lo dije. No sé por qué lo dije pero lo dije. Y de inmediato tuve ganas de golpearme la cabeza contra la pared tres veces. ¿Cómo se me ocurre algo así? El tipo es casado, y lo más probable es que me haya llamado para interesarse por mi estado anímico luego de la muerte de mi padre. Y yo ahora lo comprometo con ese insólito pedido, que sin duda no esperaba porque su respuesta demora en llegar.

—Vaya... —es todo lo que dice.

—Perdón... Te pido mil perdones. No sé por qué te pedí... No importa, de verdad no importa —intento disculparme.

—Gabriela, no me esperaba algo así. Estoy algo... sorprendido. Gratamente sorprendido, te aclaro. El tema es que termino de trabajar un poco tarde...

—No importa, lo dejamos para otro momento... —comienzo a decir, pero él me interrumpe.

—No. Me parece que necesitás hablar con alguien, y yo quiero escucharte. ¿Podrías esperar a que termine? ¿Para vos es muy tarde, digamos, las once y media? —pregunta.

—Para nada. Mañana no tengo nada qué hacer —respondo, y luego pienso para mis adentros: « y pasado tampoco, porque ya no tengo trabajo » .

—Bien. ¿Te molesta si no te paso a buscar y nos encontramos en el centro?

—En absoluto.

—Te espero en... ¿Tenés para anotar?

—Sí, decime.

—Diecinueve de agosto esquina Garrido Moretti. ¿Viste donde era el café La Escala?

—Sí. Ahora hay un restaurante de lujo con música en vivo. No lo conozco, pero me dijeron que está muy bueno —respondo.

—Lo está. « La guardia vieja » se llama. Si te gusta el tango, ese lugar te va a encantar. Once y media, entonces. Nos vemos ahí.

Eso fue todo, y fue suficiente. ¡Qué hombre más decidido! Realmente no se notó que no esperaba mi invitación, porque ni bien se repuso, no dudó del punto de encuentro. Debe quedar cerca de su trabajo, por eso. ¿En qué trabajará? Debe ser algo muy lucrativo, si puede darse el lujo de invitarme a un lugar así. Claro que fui yo la de la iniciativa, pero el restaurante lo eligió él... De todos modos, cueste lo que cueste yo voy a pagar, por el aventón a Colonia, por la contención, por los pañuelos desechables... Mi tarjeta de crédito va a pedir clemencia pero voy a pagar yo como sea.

Cómo cambian las cosas, por Dios. Hace cinco minutos quería que la tierra me tragase, y ahora estoy preparando la cera para depilarme las cejas.

Es sólo una cena, Gaby. Él te notó alterada, sabe que estás en problemas y ya le salió el caballero andante y te quiere ayudar... No te hagas ilusiones.

Pero por las dudas agrego más cera a la preparación. No me va a venir mal depilarme las piernas también, digo yo. Y tal vez mi entropierna, por las dudas.

Después de todo, Andrés cumple con los requisitos. Es inaccesible y casado. Sin embargo, algo me dice que igual representa un gran peligro para mi pobre corazón, que late descontrolado por el solo hecho de pensar en el encuentro.

Volver a verlo... « Una de cal, otra de arena », como dice Maribel la protagonista de *Entrégate*, la novela que estoy leyendo.

Igualito que mi vida.

Me pongo de tiros largos como dicen mis amigas españolas del Facebook. Son unas locas lindas esas *tías*, y las conocí gracias a los grupos de las adoradoras de nuestro bien amado y nunca bien ponderado Christian Grey, el de las cincuenta sombras. ¿Qué diría Vane si me viera en este instante? « *Ve y cómetelo guapa* », sin dudas.

Lo haría, Vane. Ese hombre me gusta mucho, para qué negarlo.

Pero de todos los hombres que conozco, o que he conocido, Andrés es el que se me antoja más inalcanzable.

Y no es porque sea casado, porque como dije antes eso va conmigo. Que haya decidido huir de relaciones vacías como la que me unió a César no quiere decir que esté lista para comprometerme sentimentalmente con nadie, y correr el riesgo de terminar casada como las veces anteriores. Continúo con la idea de no involucrarme con sujetos que impliquen ese tipo de peligro, y los casados son una buena opción. Sólo es que quiero sentirme un poquito más valorada que un mueble, y si es posible, que no sea tan estúpido como para que la esposa se entere. No creo pedir demasiado, me parece.

Es por eso que Andrés es más inaccesible que las estrellas. Para empezar, no me parece del tipo de hombre infiel. Es decir, sé que todos lo son si se les presenta la oportunidad, pero me parece que éste necesita un incentivo más fuerte que el puro deseo. Espero equivocarme, pero presiento que es así.

Y para terminar, no lo veo con un interés genuino en acostarse conmigo. Claro que me dijo que me veía linda cuando me reía, pero lo sentí como un gesto de cortesía para aligerar un momento bastante tenso. Sí... definitivamente no tengo posibilidades con este hombre.

¿Entonces para qué te arreglaste tanto, Gaby?

Buena pregunta, *Superyó*.

¿Por qué quiero impresionarlo? Tal vez para probarme a mí misma que aún conservo mis dotes de seductora o quizá para contrarrestar la imagen que le dejé el día en que nos conocimos...

Ese día terminé convertida en un desastre de maquillaje corrido y ropa arrugada, y cada vez que recuerdo el espanto que sentí al llegar a casa y mirarme al espejo, me muero de vergüenza. Bueno, ¿qué más daba? Acababa de perder a mi padre, carajo. Era normal que me viese tal cual como me sentía, creo yo.

Hoy tengo otros problemas y son bastante graves. Mi futuro laboral, mi fuente de ingresos para mantener a mi familia, pende de un hilo. La posibilidad de obtener cien mil dólares no me entusiasma ante la perspectiva de no saber qué hacer con ellos.

Pero por alguna razón, lo único que me preocupa en este momento es lo que Andrés pueda pensar cuando me vea. Quiero que me encuentre verdaderamente irresistible...

Me maquillo con esmero, y me peino de igual forma. Mi pelo luce impecable, y los ojos me brillan como estrellas. Este vestido negro es más que sobrio, porque presiento que él no aprecia estridencias y colores llamativos. Además, se ciñe a mis curvas como una segunda piel.

Altos *stiletto*s negros con suela roja, completan mi atuendo. Son tan pero tan altos, que tengo miedo de quedar por encima de la línea de su boca. Pero lo pienso un poco y desecho la idea.

Primero, porque según recuerdo, hace falta más que estos zapatos para llegar hasta ahí. Y segundo, porque también hacen falta más que mis deseos para llegar a eso... Y de pronto me encuentro preguntándome como serán sus besos. ¿Intensos, inseguros, dulces?

Basta, Gaby. Tenés cuarenta y cuatro años, y no dieciocho. Comportate como la señora que sos, entonces. ¿A la señora le sentarán bien estos aros de plata? Espero que sí, porque esperaba una ocasión como esta para estrenarlos.

¿Cómo es esta ocasión? Excitante. Las ganas de volver a verlo me matan, y también la expectativa de lo que sucederá.

Para propiciar que me acompañe a casa o me lleve a la suya, me voy en taxi. Después de todo, el hecho de poder permitirme una copa de vino, hace que la excusa suene creíble para no ir en mi propio auto.

Antes de salir, tomo el sobre que elegí para esta noche, y guardo mi tarjeta de crédito y mi labial. Sólo me faltan las llaves; ¿para qué más? Si necesito pañuelos él me los dará, me digo sonriendo.

Mi última mirada al espejo me muestra una mujer que sabe lo que quiere. Lo que no sabe es si lo conseguirá.

Once y veinticinco llego al restaurante. Vaya lujo... Es impresionante.

«Majestuoso», diría Mariel, mi terapeuta, que es muy hábil con los adjetivos. No en vano es escritora además de psicóloga...

Había pasado varias veces por la puerta pero jamás había entrado porque lugares de esta categoría están fuera de mi alcance en situaciones normales. Todo parece de la mejor calidad, y de un gusto exquisito. Y caro, muy caro... Desde el piso al techo todo se adivina de cinco tenedores. Y ese pequeño escenario anticipa momentos únicos, que van más allá de buena comida y buena bebida.

Entro con paso firme, y miro a mi alrededor. Sólo un par de parejas que están en el postre... Se nota que es un día de semana y mañana hay que trabajar. Bueno, ellos tendrán que hacerlo porque lo que es yo... No quiero acordarme de eso. Lo único que quiero es a Andrés.

No está. Mi maldita obsesión por ser puntual, me ha jugado una mala pasada. Y es evidente que no se muere de ganas de verme, porque no ha llegado. Carajo. Qué mal se verá el hecho de que yo haya llegado antes...

Bien, ahora ya está. Un camarero impecablemente vestido viene hacia mí.

—¿Señora Gabriela de la Fuente?

Vaya.

Vaya, vaya.

Parece que el señor ha pensado en todo. Hasta en una reserva con mi nombre, pero... ¿cómo sabe este joven que soy yo? Elemental mi querido Watson. ¿Quién va a cenar con reserva a esta hora, un día de semana? Sólo un par de locos como nosotros.

Asiento, y él me conduce a una mesa muy especial. Es un privado, y eso me da muchas esperanzas... Esperanzas que enseguida desecho al darme cuenta del motivo: es un hombre casado, Gaby, ¿qué esperabas? ¿Que se mostrara feliz de la vida contigo? Vale la pena pagar un poco más por algo tanpreciado como la discreción.

El camarero me retira la silla y tomo asiento, nerviosa. No sé por qué me siento así... ¿Será porque hace mucho que no tengo una cita? La pregunta es: ¿esto es una cita? Pero no puedo seguir con eso, porque una voz a mis espaldas, hace que se me ericen los pelos de la nuca, entre otras cosas.

—Gabriela.

De inmediato rodea la mesa y yo me paro precipitadamente.

—Hola, Andrés.

—Tranquila, sentate por favor —me dice. Y luego me observa. Sin disimulo, sin recato. Pero no me mira el cuerpo, sino la cara.

Y sonrío...

Automáticamente me relajo.

—Llegaste temprano. Y te ves muy bien —me dice con sencillez. Y si bien esperaba entusiastas elogios, lo que me acaba de decir basta para que me sienta en las nubes.

—Gracias... ¿terminó ya tu... turno o lo que fuera? —pregunto.

—Casi.

—¿Casi? —repito como una tonta. Es que no entiendo a qué se refiere con eso. O está allá, o está acá, eso es claro como el agua.

—En realidad no terminó, pero medijeron que había llegado una « mujer hermosa que debe ser la que estás esperando » , así que anticipé el final de mi jornada laboral y aquí estoy —me dice sonriendo.

Y ahora por fin lo entiendo: ¡él trabaja en el restaurante! Por eso me citó en este lugar tan elegante... Vaya, qué sorpresa. ¿Cuál será su función aquí? No tengo ni idea, pero debe ser importante. El vehículo de alta gama que pensaba comprar es un indicador del buen pasar de este hombre. Pero la verdad sea dicha, eso no puede importarme menos en este momento.

—¿Vos trabajás en este lugar?

Asiente sin dejar de sonreír.

—Bueno, déjame decirte que estoy encantada. Espero que la comida sea tan buena como la decoración, porque si es así voy a pensar que la perfección sí existe.

Se inclina hacia adelante, de modo que lo tengo cerca, muy cerca.

—¿Tenés alguna duda de eso? —me pregunta. Pero es evidente que es una pregunta retórica porque enseguida se pone de pie, y murmura algo.

—¿Dónde se habrá metido Rodrigo? —dice entre dientes. Y luego se dirige a mí. — Disculpame un segundo, ya vengo.

Lo observo marcharse y ahí me doy cuenta de que tiene un culo de locura y ese pantalón de vestir lo resalta maravillosamente. Está vestido de una manera semi formal ya que si bien lleva camisa y chaleco, la corbata no está.

Por encima del panel del privado, lo observo hablar con el camarero que nos recibió, y luego pasar detrás de la elegantísima barra y tomar algo de la bodega. Vino. Sí, una botella de vino y una sola copa.

—Perdón por la interrupción. Dejame que te ofrezca esta delicia que nos acaba de llegar directo de Chile. ¿Te gusta el buen vino, verdad?

—Por supuesto, pero ¿vos no vas a beber?

—No. A esta hora ya no, porque tengo que manejar.

—¿Y cómo sabés que yo no?

Me llena la copa y ríe.

—Gabriela... Si viniste en auto, voy a volver a ser el chofer de « Conduciendo a Miss Daisy ». Y sino, te voy a llevar en el mío —me dice, y con esa frase transforma un recuerdo poco grato en una sonrisa que le dedico con sinceridad.

—Está bien... Aunque presiento que seguís con uno de esos que no disponen de los avances de la última tecnología. Deberías compartir uno con el sistema...

—*Start-stop*—completa aún riendo. —Y sí, lo haría si me lo vendés vos...

La sonrisa de él continúa, pero la mía muere al oír eso.

Andrés se da cuenta, por supuesto.

—¿Qué pasa, Gaby?

Suspiro y tomo un sorbo de vino. Está exquisito.

—¿Trajiste pañuelos perfumados? Porque si te cuento lo que me pedís, los voy a necesitar —respondo, mientras me pregunto si de verdad quiero contarle lo que pasa, porque eso implicaría hablarle de mi relación con César.

—Siempre los llevo conmigo, pero sinceramente, y después de lo que pasaste hace unos días, no creo que sea para tanto —me dice.

—Tal vez, pero si te lo digo ahora me va a caer pésimo la comida. Porque vamos a comer algo ¿cierto?

—Cierto. Y aunque pienso respetar tus gustos, te voy a pedir que en esta ocasión me dejes elegir por vos, ¿de acuerdo?

Asiento, por supuesto. Y me sorprende con una inesperada delicia que al parecer ya tenían lista porque llega de inmediato: pescado con salsa de... creo que de alcaparras y pequeñas zanahorias bebé gratinadas.

—Es *carpaccio* de pescado —me aclara. —No ordené entrada, dada la hora...

—Hiciste bien. Y me encanta tu elección pero, ¿qué hubieses hecho si resultaba que no como pescado?

—Estaba preparado, Gaby. Tengo tres menús listos para vos... Supongo que le iba a atinar con alguno, ¿no? —replica, dejándome con la boca abierta. Aunque supongo que trabajando aquí, eso no significa mucho... Pero para mí, sí.

Alguien, que se para de pronto junto a nosotros, nos hace levantar la vista.

Andrés amaga con ponerse de pie, pero el hombre le hace un gesto y vuelve a sentarse.

—Por favor, no se molesten. Ya me estoy yendo y quería despedirme...

—Está bien, Arturo. Permitime presentarte a Gabriela de la Fuente. Gaby, él es Arturo Garcés. Trabajamos juntos.

—Mucho gusto —digo tendiéndole la mano. El hombre me la estrecha blandamente y eso basta para que no me caiga bien. Tengo un serio problema con las personas que saludan así... Y ahora que lo pienso, Andrés no me dio ni la mano, ni un beso, ni nada. De hecho no me ha tocado de ninguna forma, al menos hoy.

—Lo mismo digo. Sabe que la estaba observando... Le encuentro cara conocida y no sé de dónde —me dice el tal Arturo.

—Tal vez le vendí un auto alguna vez. De hecho su rostro también me resulta familiar —coincido. Y de pronto se me hace la luz. —No, de la facultad. De ahí nos conocemos...

—¡Seguro! ¿Es usted Contadora?

—Ajá —respondo, y toda la atención de Andrés se concentra en mí. Sí, ya sé que no lo sabías, bombón. Pero no me vas a decir que es un dato importante, porque no lo es.

—Por supuesto... Cuando yo egresaba, usted estaba en los primeros años. De ahí la recuerdo... Una mujer tan hermosa es imposible de olvidar —me dice guiñándome el ojo, lisonjero. Pero este hombre no me gusta. Apenas lo recuerdo, pero ahora tengo la misma impresión de él que tuve hace más de veinte años cuando lo conocí en la universidad. No me gustaba nada entonces, no me gusta nada ahora.

—Gracias —le digo, seca.

—Y ahora la encuentro aquí, cenando con el dueño. Dejame decirte, Andrés querido, que tu gusto sigue siendo excelente.

El aludido que hasta ahora nos miraba como si fuese el espectador de un partido de tenis, se da cuenta de que el « mano blanda » lo invita a intervenir. ¿Es que no piensa marcharse nunca?

—Arturo, si no te importa... Mañana hablamos —dice tan seco como yo.

Caramba, qué sorpresa. Que sea el dueño del restaurante es algo que jamás imaginé. Y luego esta faceta agria de su carácter, que no le conocía. Miento, es lo primero que vi de él, cuando se mostró sarcástico y subestimó mis condiciones de vendedora en la automotora. Pero no, no es igual. En aquel momento fue descortés pero yo era una completa desconocida. Este tipo, sin embargo, trabaja con él o para él.

Debe estar bastante molesto para hablarle así, pero estoy segura de que no me voy a enterar del motivo.

—Claro que no me importa. Ha sido un placer, colega —me dice sonriendo falsamente, y luego se retira.

—Andrés —susurro sin poder contenerme, inclinándome hacia adelante. —Sé que trabaja contigo, pero qué desagradable es este tipo, por favor...

Él hace una enigmática mueca que no logro interpretar.

—Siento que te haya hecho pasar un momento incómodo, Gabriela —es todo lo que me dice. Y luego me hace un gesto con el tenedor, y comienza a comer.

—Esperá... ¿no pensabas contarme que eras el dueño de este lugar?

—Sí, pensaba hacerlo cuando viniera al caso. Ahora comé —ordena, y yo obedezco como una tonta. Es que esto está exquisito.

Como con ganas y elegancia, tal cual lo planeé. Y mientras tanto, no paro de dirigirle miradas furtivas. ¿Es posible que él esté haciendo lo mismo? No sé, me pareció...

—Ayer, cuando fui a la automotora y pregunté por vos, se pusieron todos muy tensos. Eso me sorprendió —me dice de pronto.

Yo sigo comiendo como si nada, pero todo me sabe amargo.

—Esperaba que ya te hubieras reintegrado y me dejó preocupado no verte allí —insiste. Y yo no aguanto más, y se lo digo.

—Me iba a reintegrar mañana, pero ya no. No trabajo más allí, Andrés.

No dice nada, pero toma un sorbo de agua y me mira.

—¿Te gusta el *carpaccio*?

—¿No me vas a preguntar por qué?

—No. Acordate de que yo no hago preguntas, pero si querés contarme, acá estoy —dice simplemente.

Asiento. No quiso preguntarme por qué conozco el lenguaje de señas y tampoco por qué ya no vuelvo a la automotora. O no es curioso o no le importo nada... Esto me deprime, porque no es lo que esperaba.

Es decir, yo le pedí esta cita pero ahora no estoy segura de que haya sido una buena idea. Tengo que justificar el motivo de mi pedido, pero no tengo ganas de hablarle de César. Y a pesar de

todo, quiero que me pregunte, quiero que se interese...

No sé qué me pasa. Soy una maraña de contradicciones. Y de pronto me doy cuenta de que lo único que deseaba era verlo. Estar con él, sentir esa seguridad y esa contención que hace unos días me resolvieron la vida. En el fondo, eso es lo que espero hoy también. Confío en él como en nadie. Y quiero contarle.

—Bien, Andrés. Parece que otra vez me vas a prestar tu oreja —le digo suspirando.

Su mirada me traspasa, y su respuesta me deja temblando y a la vez me conmueve.

—Acordate que también tengo pañuelos perfumados. Y un hombro para llorar si lo llegás a necesitar, Gaby.

Le agradezco con la mirada, y busco valor en la copa de vino, porque lo que voy a contarle es algo que hubiese querido que él jamás supiera.



Le cuento todo desde el principio.

Cómo me asocié a Claudia, y cómo surgió la intervención de César, mi primer novio. Su relación con él. Mi relación con él. Y luego el lamentable desenlace. Las amenazas, las presiones. Mi inevitable desvinculación del negocio.

Cuando termino, vuelvo al vino pero en busca de consuelo, no de valor. Aunque no me siento tan mal como esperaba... Parece que renunciar a la automotora no dolía tanto. Una lástima, porque llorar en el hombro de Andrés es algo que me gustaría repetir, pero en circunstancias no tan tristes como la de la muerte de mi papá.

Recordarlo me da fuerzas para levantar la mirada y enfrentar la de Andrés.

—Bueno, eso es todo... Hasta hace unos días tenía media automotora y no me iba mal. Ahora tendré cien mil dólares que no tengo ni idea de cómo invertir... —le digo, suspirando.

Lo veo tomar la servilleta y limpiarse la boca con elegancia.

—Y no tenés trabajo, pero sí una enemiga —acota.

Otro suspiro...

—Así es. Gracias por recordármelo...

—¿Por qué no? Es algo que tenés que enfrentar. Es parte de tu vida, de los errores que cometiste, y de lo que tendrás que enmendar.

—¿Cómo puedo enmendar lo que pasó con César? Ya está, ya fue. Ahora estamos a mano, porque yo fui la primera que...

No puedo continuar porque lo veo mover la cabeza, disgustado.

—¿Te estás escuchando, Gabriela?

Mierda, dejé de ser Gaby... No me gusta eso.

—Es verdad, Andrés. Ella empezó...

—No puedo creer que sigas insistiendo en hablar de eso como si fuese un trofeo o una mercancía. A mí no me importa si lo que ella hizo estuvo mal o no, lo que sí me importa es que vos te des cuenta de que lo que hiciste sí lo estuvo. Y mucho, muchísimo... Se llama venganza, por si no lo sabías —me dice, serio.

Ha logrado avergonzarme. Como si no estuviese lo suficientemente mortificada ya...

—¿No se llama revancha? —pregunto intentando sonar ocurrente, pero al parecer no lo logro porque su mirada es de hielo. —Andrés... no estoy orgullosa de lo que hicimos, de lo que hice... Pero ya no puedo remediarlo.

—Vender tu parte es una forma de darle tranquilidad a esa mujer. Pedirle disculpas es quizá la

manera de lograr tu propia paz.

—¿Qué? No pienso pedirle...

—Gabriela, ¿vas a querer postre? Porque sino pasamos al café.

Vaya manera de cortar una conversación sin una pizca de diplomacia.

—¿Helado a base de agua? —improvisó. —No tomo café a esta hora... No podría dormir.

—Yo creo que es tu conciencia la causa de tus desvelos —me dice sin mirarme, mientras le

hace una seña al camarero y le pide un « helado Guardia Vieja », pero de agua. Ni siquiera me preguntó de qué gusto lo prefiero.

Pero la conversación no terminó, como parecía, porque él vuelve al tema.

—Vas a tener que madurar el tema de la responsabilidad de cada uno de tus actos. Pero vayamos a lo práctico... ¿pensaste qué te gustaría hacer con el dinero de tu cuota parte? —pregunta, mirándome a los ojos.

—No lo pienso en esos términos. Es decir, lo que estoy intentando decidir es qué me conviene hacer, no qué me gustaría hacer —le aclaro.

—Tal vez sea la hora, y la oportunidad, de hacer algo que te guste, además de que sea lucrativo... ¿Por qué no pensar en ambas cosas? —me dice, y yo lo miro frunciendo el ceño.

¿Qué es lo que me gusta? Los números, sin duda. No, no es eso... Lo que en realidad me gusta es vender. ¿Y si pongo una automotora por mi cuenta y me llevo toda la clientela?

Andrés interrumpe mis prosaicos pensamientos.

—No sé qué es lo que estás elucubrando, pero tus ojos brillan igual que cuando me contabas que te levantaste al marido de tu amiga.

—Ex amiga —aclaro.

—Lo que fuera. Hagas lo que hagas, Gaby, asegurate de no hacerle daño a nadie —me aconseja, serio.

No es la primera vez que siento que este hombre me lee la mente, y eso me molesta mucho.

—Mirá... Me estás pintando como la serpiente, pero te recuerdo que César fue parte activa en todo esto —me defiende. —De hecho fue él quien empezó los...

—No importa quien fue. ¿Todo lo medís según quién empezó las cosas, quien hizo el primer movimiento, quien hizo el daño más grande? Me parece un poco infantil, la verdad. ¿Y sabés qué es lo peor de todo, Gabriela? Que en ningún momento te escuché lamentar el final de la relación afectiva con ese hombre —me interrumpe por enésima vez, dejándome con la boca abierta.

Trago saliva y se lo digo.

—No la había. Era algo puramente... sexual. Yo no me comprometo afectivamente con los hombres, Andrés. Y no lamento nada porque antes de saber lo que había pasado, yo ya había decidido terminar con César —confieso.

Y por primera vez veo una expresión de asombro en su rostro. Eso me reconforta mucho... Así que después de todo, no tiene todas las respuestas.

—¿Por qué? —pregunta de inmediato. —Si era una relación puramente sexual como vos decís, ¿por qué habías decidido terminarla?

Mierda, me atrapó. Me tiene... No. Yo lo tengo a él y le doy el golpe de gracia.

—¿No era que no hacías preguntas?

Sonríe... ¡Punto para Gaby!

—*Touché* —murmura fingiendo estar contrariado. Y a pesar de que no tengo por qué contestarle, algo en mí o en su mirada, o en ambas cosas, me impulsa a hacerlo.

—Pensé mucho mientras íbamos a Colonia... Mirá, voy a ser muy sincera y creo que te vas a sorprender: vos tuviste la culpa —le digo en la cara.

Si lo hace, nada lo delata esta vez. Tal vez ese silencio, esa forma de mirarme... No lo sé.

—A ver, contame. Si querés, claro.

Trato de explicarle. No intento hacerme la intrigante, sólo quiero ser sincera.

—Es simple y complicado a la vez. El hecho de que un completo desconocido fuese el único que se haya ofrecido a acompañarme en un momento difícil, me hizo pensar en lo sola que estoy. Es decir, para mí está claro que no tenía ni quería un compromiso afectivo, ni con César ni con nadie, pero me sentí tan... Ay, Dios. No sé cómo explicarlo...

—Te entiendo... creo —comenta para animarme a seguir.

—¿En serio? Porque hasta a mí me cuesta hacerlo. No es que conocerte haya sido una especie de revelación, pero tu gesto solidario me hizo revisar mis necesidades. Y definitivamente no necesito a alguien a mi lado sólo cuando todo va bien —continúo diciendo, aunque no sé si estoy siendo lo suficientemente clara.

—Replantearse aspiraciones es una buena cosa. Y me alegra el haber contribuido a eso —me dice, y el tonito de satisfacción en torno a sus palabras no termina de gustarme.

—Te lo agradezco mucho, Andrés. A ver, no me malinterpretes. Sigo teniendo bien claro que no quiero compromisos afectivos, y salir con hombres casados es una garantía para eso. Pero tampoco me gusta verme reducida a la calidad de objeto o hacer lo mismo con otra persona —intento aclarar. No vaya a ser que él crea que busco algo serio, y huya despavorido. Porque si hay algo que deseo, es a este hombre en mi vida un rato largo.

En calidad de lo que sea, pero no quiero que desaparezca. Y empezar por la cama me parece un inicio muy auspicioso, además de una atrayente idea.

Él me mira pensativo, y la irrupción del mesero con el helado lo saca del apuro de tener que decir algo.

¡Ah, qué cosa tan linda! Son dos corazones color rosa, con pequeñas flechas de fino caramelo clavadas en ellos.

Lo miro sonriendo, y de pronto me parece tan atractivo que me quedo sin aliento. Sin pensarlo demasiado, hago el primer movimiento que nos aproxime al sitio donde quiero tenerlo esta noche.

Me siento particularmente osada cuando pregunto:

—¿Será que me querés insinuar algo con esto? —le digo, señalando los corazones de helado. Y luego remato con un guiño que a mí me parece muy seductor.

—Es probable —responde riendo. —¿Vos qué crees?

Lamo la cuchara y no dejo de mirarlo a los ojos mientras vuelvo a arremeter.

—¿Sos casado, Andrés?

Carajo. Mala movida. A juzgar por su expresión, metí la pata hasta el fondo. Pero se repone con rapidez, y es bastante irónico su tono cuando me dice:

—¿Por qué la pregunta? ¿Estás evaluándome como suplente, Gabriela?

Vaya, qué perspicaz. Y qué sincero... Tiene un talento innato para descubrir dónde me aprieta el zapato.

—Es probable —respondo enigmática, usando las mismas palabras que él hace segundos. Su sonrisa se hace más amplia.

Se lo ve seguro de sí, y tan seductor como yo. Es evidente que tiene muchas ganas de portarse mal, y yo me siento igual. Esto es pan comido.

Pero no. Me deja con la boca abierta cuando finalmente responde.

—No soy casado. Y según tus... criterios de selección, eso me deja afuera —dice alzando las cejas.

Me pongo colorada. Roja como un tomate hasta las orejas, y para enfriar mis ardores me como uno de los corazones de helado, que se derrite en mi lengua igual que quisiera que lo hiciera él.

Pero no. He caído en mi propia trampa. Mis palabras se volvieron en mi contra y yo me siento una estúpida, pero no por mucho tiempo.

Es que Andrés agrega una palabra que me rescata del pozo en el que quiero hundirme, y me lleva a las nubes... ¿Cómo es posible que la palabra « lamentablemente » apenas murmurada, pueda provocarme tantas emociones?

En esa pequeña pausa entre el decepcionante « eso me deja afuera... » y el glorioso « lamentablemente », él estudió cada una de mis reacciones, estoy segura. Y la esperanza regresa a mí como por arte de magia.

Dios... no está todo perdido. Gracias, gracias, gracias.

Ahora me toca mover, y dar el golpe de gracia que sirva a mis intenciones. Lo miro fijo y le digo:

—No lo lamentes. Mirá, vos y yo somos grandes... Lo suficiente como para hablar de esto así como lo estamos haciendo. Andrés, me gustás mucho. Y el hecho de que no estés casado no implica que tengamos que comprometernos en una relación afectiva... —comienzo a decir, pero él me interrumpe.

—Tenés razón, podemos hablarlo con franqueza. Sucede que el único tipo de relaciones que realmente me interesan son las que implican un compromiso afectivo, Gabriela. De hecho hace casi dos años que no mantengo relaciones sexuales con nadie...

No sé qué cara estoy poniendo pero debo tener una expresión de completo asombro, porque él sonrío y me dice:

—Si no cerrás la boca pronto, corrés el riesgo de tragarte una mosca.

Lo hago, por supuesto. De inmediato cierro la boca y oculto mi turbación en la copa de vino. Me ha dejado sin palabras, pero ni falta que hacen.

Me pongo de pie, derrotada.

—Tengo que irme —anuncio, buscando que lo impida.

—Te llevo —murmura al instante, sin hacer un solo ademán para detenerme.

¿Y qué esperabas, Gaby? Te escupió abiertamente. Mierda, qué humillación.

*Miss Daisy* entonces se dirige a la puerta erguida como un poste y con la cabeza bien en alto. Tras ella, y con la sonrisa intacta, va su chofer que esta noche no será más que eso, está tan claro como el agua.

Media hora después, y luego de un viaje que transcurrió en un incómodo silencio, llegamos a casa.

Estamos en la puerta, a medio metro de distancia, mirándonos sin decir nada. Sé lo que está pensando...

Es que quedé como una verdadera zorra, como una hembra ávida de sexo dispuesta a todo para llevarme a este hombre a la cama.

Hay algo de eso, lo reconozco.

Y es bastante abrumador... Después de todo, acaba de morir mi padre y recién estoy terminando una tormentosa relación con mi socio. El reconocer mis deseos no es tan inquietante, como el descubrir que están vinculados exclusivamente a Andrés.

Que me haya dejado en claro que está fuera de mi alcance no me hace desearlo menos. Qué locura... Una vez que me interesa un hombre de verdad, él me rechaza. No me gusta perder ni a las cartas, pero tengo que aceptar que esta vez no voy a salirme con la mía.

Bueno, perdido por perdido, le hago la pregunta que hace rato lucha por escapar de mi boca:

—¿No te gusta coger, Andrés?

Si está sorprendido por mis palabras no lo demuestra, porque luego de una breve pausa, contesta.

—Sí, me gusta coger, Gabriela...

Mierda. La palabrita en sus labios tiene un efecto demoledor en mi cuerpo. Pezones que se erectan instantáneamente, vagina súbitamente húmeda... No puedo creer que el hecho de que admita que le gusta, me haga sentir así, por Dios. Y de pronto creo ver un destello de esperanza que hace que la noche no termine siendo el desastre que venía anticipando.

Pero parece que él no terminó de hablar, y presiento que eso lo arruinará todo.

—... el tema es que me gusta más hacer el amor. Descubrí que me excita el sentir cosas por mi compañera de cama. Y me calienta el saber que ella siente lo mismo por mí. Después de hacerlo de esa forma, el coger por calentura pierde un poco la gracia. Llamame anticuado si querés, pero así soy yo... —confiesa con la sencillez que lo caracteriza y a mí me seduce tanto.

Y me sigue sorprendiendo... Me sorprende, pero también me deprime.

Es la primera vez que me rechazan tan abiertamente. Me acaba de decir que pasa de mí y lo que le ofrezco, pero con elegancia.

Me puso en mi lugar, no hay duda. Canalla... Es un hijo de puta y quizás por eso cada vez me gusta más.

—¿En qué pensás? —pregunta de pronto.

—En cuánto duele que te rechacen —respondo con sinceridad.

Piensa un momento y luego mueve la cabeza, asintiendo.

—Sí, es muy molesto cuando eso sucede... —reflexiona. Listo, perdí. Tengo que asumir que acá se termina todo. Pero no, parece que no, porque de pronto agrega: —... pero no es este el caso. Gabriela, no te hacés una idea de cuánto me gustás y cómo me gustaría encontrar un punto de confluencia entre tus necesidades y las mías...

Vaya, vaya, vaya... No quiero hacerme ilusiones pero me las hago. Es que de nuevo me eleva del infierno al cielo con unas pocas palabras.

No puedo permitir que eso suceda, no puedo dejar que él me afecte tanto. Porque después de todo, que me diga que le gusto, dadas las circunstancias no significa mucho... No soy tonta, yo ya lo sabía.

Pero lo de « encontrar el punto de confluencia » es algo. Mierda, ¡es mucho! Es como encontrar el punto G y luego estallar...

Estamos tan cerca... Por favor, que esta noche tenga el cierre de oro que termine de reconciliarme con la vida. Cierro los ojos, esperanzada... Dame un beso, Andrés. Uno solo...

Los segundos pasan pero el beso no llega. Decepcionada, los abro y veo que continúa con la vista fija en mis labios, pero también se muerde los suyos, tentado de la risa.

Y justo antes de darse la vuelta y meterse en el coche, el muy hijo de puta se despide en lengua de señas. No es esa la clase de « lengua » que esperaba, pero termina arrancándome una sonrisa y dejándome un dulce sabor en la boca, igual que si me hubiese besado. O casi...

« A esto le llamo yo poner a funcionar el bendito sistema 'start-stop'. Que descanses, Contadora »

La sonrisa boba me acompaña al cuarto de Alejo cuando voy, como siempre, a verificar si ya llegó, y continúa mientras le doy de comer al gato. Y sigue ahí cuando me lavo los dientes y me quito el maquillaje.

Mi último pensamiento antes de rendirme al sueño tiene nombre y apellido. Andrés Otero, por supuesto.

Mientras ayudo a Pauli con los deberes, me suena el celular y junto con él, mi corazón se acelera. Cada vez que alguien llama me pasa lo mismo, y si supiera como destinarle un tono especial para identificarlo, ya lo hubiese hecho. Pero es Alejo quien me auxilia en esas cosas y no me atreví a pedírselo.

Esta vez tampoco es él, sino César.

—Ya sé que me pediste un par de días pero...

—Está bien, César. Te cedo mi cuota-parte. Cien mil dólares libres de gastos, ¿está claro?

—Clarísimo, Gabriela. Te lo agradezco tanto... Estoy gestionando un préstamo porque me falta un poco, pero estimo que a más tardar el jueves que viene...

—Hablalo con Ferrero, mi abogado. Cuando esté todo listo, firmo. Que sigas bien —le digo, y luego corto la llamada. No es nada personal, es que no quiero mantener la línea ocupada por si me llama... él.

La verdad es que no lo hizo en todo el día, y no hay razón para que lo haga, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Y se me da. Por fin algo se me da, caramba.

Oír su voz a través del teléfono tiene el mismo efecto que personalmente... Me derrite escucharlo. Me paro y me pongo de espaldas a Paulina para que no pueda leerme los labios.

—Hola... Qué sorpresa tu llamado —miento descaradamente.

—¿En serio? No te creo.

—¿Por qué no?

—Porque tendiste las redes muy bien, Gaby, y lo sabés. Y acá está este pescado invitándote al cine. Pero tiene que ser mañana de tarde, porque de noche el restaurante está repleto...

—No hay problema. ¿A qué hora? ¿Te parece bien que nos encontremos directamente en el Movie City de Montevideo Shopping?

—Me viene bárbaro. Estoy *googleando* la cartelera y tenemos varias opciones a las cuatro. Amor, acción, terror... Dejame adivinar. Lo tuyo es la acción, ¿o no? —me dice riendo.

—Sí, pero ayer quería una de amor y terminó siendo de terror —no puedo evitar señalar.

—¿Amor, «señora no quiero compromisos»? No estábamos viendo el mismo canal, sin dudas. Ahora tengo que irme, pero lo de mañana queda agendado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondo, y me quedo escuchando cómo corta la conversación. No suelto el teléfono porque esa dosis de su voz no me alcanzó para nada... Carajo, estás caliente como una olla de hojalata, Gaby. ¿Cuánto hace que no te sentís así? Es decir, ¿cuánto hace que no tenés ganas de lo que

sea, siempre y cuando provenga de una persona en especial? No es sólo un deseo urgente de cogérmelo. Es... todo. Quiero escucharlo, contemplarlo, disfrutar de lo que dice y también de sus silencios. Quiero que me reprenda como si tuviese ocho años, que juegue conmigo a las escondidas, que me haga sentir una reventada.

No me importa, de él quiero lo que sea... Si terminamos en la cama, estoy segura de que no será mañana, pero no me importa.

Tarde o temprano, si de verdad tendí bien las redes como él dice, este hombre va a gritar mi nombre cuando acabe.

Dos años sin una alegría. Qué siga acumulando nomás, que yo aguanto. Y si hay que esperar, esperaré... ¿Quieres sentir cosas? Yo voy a hacértelas sentir, Andrés Otero.

Por lo pronto andá preparándote, bombón, porque mañana te parto la boca...

Ni cine, ni nada.

Mi hija tiene fiebre. Amaneció resfriada y cerca del mediodía tuve que llamar al médico. No es nada grave, pero no quiere que me separe de ella. Mi chiquita... Seguramente el pelotudo de Hugo la dejó correr y transpirar, y no hizo que se cambiara de ropa enseguida.

Hombres...

Andrés. Un hombre entre los hombres... Y un gran enigma también. ¿Será divorciado? ¿Tendrá chicos?

Esta tarde pensaba atomizarlo a preguntas antes de comerle esa boca divina, pero no va a poder ser.

Lo llamo... No quiero cancelar, pero antes que mis deseos están los de mi Pauli.

—Quedate tranquila... Lo dejamos para la semana que viene.

¿La semana que viene? ¡Eso es demasiado tiempo! No puedo esperar tanto, pero, ¿qué puedo hacer? ¡Nada!

—Lo siento mucho, Andrés.

—No tenés por qué. ¿Qué edad tiene tu hija?

—Once... Y es muy mimosa, sobre todo cuando se siente mal, y sólo quiere que yo la atienda. De hecho tuve que aprovechar la excusa de ir al baño para poder llamarte y avisarte —le explico.

—Está todo bien, Gaby. Dedicate a ella que... —se interrumpe de pronto.

—¿Qué ibas a decir?

Hace una pausa, pero fiel a su estilo de franqueza sin límites, finalmente responde.

—Iba a decir « que te necesita más que yo », pero de pronto me asaltó la duda de si en realidad es así.

Repito sus palabras en mi cabeza, y tardo una fracción de segundo en darme cuenta del significado de lo que me dijo.

Trago saliva mientras mi corazón se desboca.

La sonrisa boba de nuevo... Tengo el espejo enfrente que jamás miente, y me muestra a esa sonrisa boba instalada en mi rostro. Y yo me quedo por primera vez en mucho tiempo, sin saber que decir.

Él me saca del paso, como siempre.

—... después de todo, yo no te necesito —completa inesperadamente, haciendo que mis castillos en el aire se desplomen de inmediato.

—No, claro que no... —murmuro.



Y el *start-stop* vuelve a mostrar sus utilidades cuando replica lo que sigue, haciendo que algo dentro de mi vientre, se ponga a danzar:

—No. Yo te extraño, Gaby... Pero no te voy a decir nada más porque me vas a escupir en serio, « señora sólo sexo » . Nos hablamos en la semana. Que te sea leve...

Decir que casi se me cae el teléfono al wáter, no describe cómo me sentí cuando lo escuché decirme que me extrañaba. La sonrisa boba se murió, ahora ya estoy en otro nivel... El de la sangre latiendo en las sienes, el de las manos sudorosas, el de la boca seca.

Me despedí con un « chau » apenas audible y aquí estoy, sentada sobre la tapa del wáter intentando componerme, y que este jadeo que ahora parece ser mi forma de respirar, se calme un poco.

Porque lo que es yo, no voy a poder hacerlo hasta la bendita semana que viene... Y presiento que esa espera, será eterna.

Fue una gripe de veinticuatro horas, parece, porque acá está en pijama, pidiendo que le haga tortas fritas.

—Ya no llueve, así que no vas a conseguir que me ensucie las manos...

Gesticula y yo la miro alzando las cejas.

—No, tampoco pienso salir a comprarlas. Te puedo hacer la leche con tostadas. Hay mermelada de durazno, de frutilla...

Me interrumpo porque la veo hacer trompita y cruzarse de brazos. Esta está mejor que yo... Se sienta en la mesada y me mira con el ceño fruncido.

Y en eso, suena el teléfono.

Esta vez no esperaba que fuese Andrés, y no estoy preparada para el sacudón que me provoca escucharlo.

—¿Está mejor la nena? —pregunta, cortés.

—Mejor que yo, te lo aseguro.

—Lo dudo... ¿Te dejará salir a dar una vuelta? ¿Tenés con quién dejarla?

Dios existe, no hay duda.

—Sí, tengo con quién. ¿Venís a buscarme? ¿Cuánto demorás? —pregunto ansiosa.

—Nada. Estoy en la puerta, Gaby.

¡En la puerta! No lo puedo creer... Miro por la ventana y veo su Honda Pilot estacionada en la calle. Tiene vidrios ahumados, por lo cual no puedo verlo a él.

—Te veo... Sí, te veo —digo como una tonta. —Esperame dos minutos... No, mejor cinco...

Qué optimista soy. En el mejor de los casos necesitaré diez minutos para sentirme al menos presentable, y me da no sé qué tenerlo esperando todo ese tiempo,

—Andrés, bajá por favor. Voy a tardar un poco, y prefiero tenerte en mi cocina tomando un café antes que esperando afuera. Me sentiría más cómoda... ¿harías eso por mí? —le pido anticipándome a una posible negativa, que al final nunca sabré si hubiese existido porque murmura un: « Ahí voy » , y luego de un momento desciende del auto.

Me miro en el espejo del recibidor y me arreglo un poco el pelo. No estoy mal, no estoy bien. Puedo estar mejor, sin duda. Sobre todo si mi labio inferior dejara de temblar así.

Abro la puerta y me encuentro con su cálida mirada. Esta vez me recorre entera y sonrío. Y no es para menos... Mi reciente auto-examen no llegó a los pies, y es ahora que recuerdo que tengo las pantuflas peludas con cara de conejo, idénticas a las de mi hija. Carajo.

—Adelante... —le digo mientras lo invito a pasar con un gesto.

Su mirada se desvía y mira por encima de mi hombro. Me doy la vuelta y me encuentro con Pauli, en pijama, sentada a lo indio en el sillón.

Su mirada es recelosa. Sé lo que piensa, por eso estoy segura de que la llegada de este desconocido no le gusta nada.

—Ah, aquí estás, Paulina. Quiero presentarte a un amigo. Se llama Andrés...

Ella lo observa de arriba abajo y frunce la nariz.

—No seas descortés —la reprendo. —Haceme el favor de saludar como corresponde.

Me mira, furiosa. Gesticula con energía, para que yo note cuan enojada está.

*« No voy a saludar como corresponde porque no me va a entender así que no voy a perder tiempo ni hacerme la nena buena con este porque no lo conozco y además estoy enferma y no sé qué hace acá »*

Sé que espera que le responda en lengua de señas para que el « desconocido » no entienda nuestro diálogo, pero dadas las circunstancias, es algo inútil. Así que le respondo en voz alta, ya que ella lee los labios a la perfección.

—Yo no llamaría nunca una pérdida de tiempo a ser un poquito educada con las visitas, entre otras cosas porque te podés llevar una sorpresa. Y no pongas esa cara, porque te hable como te hable, él va a entender. ¿No es así, Andrés? —pregunto sonriendo y veo claramente como él traga saliva. Y también alcanzo a ver la expresión de asombro en su rostro. No se esperaba algo así... Cómo me gusta descolocarlo.

Y la verdad es que no lo planeé, simplemente surgió. Paulina y él se miran con los ojos como platos... Descubrir que hablan el mismo extraño idioma no debe ser cosa de todos los días. Yo sé lo que se siente porque ya lo viví mientras íbamos a Colonia. Es una sensación rara. Linda, pero rara...

Como siempre, él se repone con rapidez. Lo veo quitarse las manos de los bolsillos...

*« Hola. Me siento tan incómodo como vos, pero tu madre suele hacer este tipo de cosas para confundir a la gente. Estoy seguro de que sos muy simpática cuando te sentís bien, así que no te preocupes que yo ya me voy »*

¿Cómo que ya se va?, pienso, y como últimamente no tengo filtro, se lo pregunto así como me sale.

—¿Cómo que ya te vas? ¿No íbamos a dar una vuelta?

Sólo aparta los ojos de Paulina para responderme.

—Me parece que no —dice así, sin más.

Bueno, si alguien lo entiende que me lo explique porque desde luego, yo no.

—No te voy a preguntar por qué —le digo, seca.

Él se encoge de hombros.

—¿La vas a dejar sola? —pregunta.

—Claro que no; ya te lo dije. Está mi tía en su habitación, Andrés. Pero no te preocupes... Si tenés que irte para atender... «ese asunto urgente», andá tranquilo.

Si seré estúpida... Hasta le doy una coartada para huir. Y se supone que era yo la que le rehuía a este tipo de cosas.

—¿Cuál asunto urgente, Gaby? Que no salgamos no quiere decir que te vayas a salvar de hacerme el café que me prometiste —me dice alzando las cejas.

Y mi hija, de pronto considera que llegó el momento de meter la cuchara en esta conversación.

*« Ella siempre promete y no cumple. Me dijo que la próxima vez que lloviera iba a hacer tortas fritas y hoy llovió y no hizo nada »*

—¿Es cierto eso, Gabriela?

Gabriela otra vez, nada de Gaby. ¿No hacer tortas fritas es una falta tan grave? Parece que sí.

—Ya paró de llover... —intento defenderme.

Ambos sacuden la cabeza, desaprobándome. Pareciera que se movieran en espejo.

« *Te lo dije. Si no fuera por mi tía Aurora nunca comeríamos nada rico porque mamá no sabe cocinar* »

Pauli gesticula tan rápido que apenas puedo seguirla. Creo que está probando las habilidades de Andrés para entenderla.

—Bueno, yo sí se cocinar. De hecho soy cocinero —explica él, y ahora la asombrada soy yo.

Claro que sabía que es el dueño de un restaurante, pero lo imaginaba más bien como un empresario, una especie de administrador, y no un... ¿cocinero? Vaya, eso lo transforma automáticamente en el hombre ideal. Si no tuviese esos reparos para meterse en la cama conmigo y coger hasta que el cuerpo aguantase...

Si eso fuese así, estaría en un grave problema porque no tendría más remedio que casarme con él y darle un hijo. Sonrío... Como para un tercer marido y un tercer hijo estoy yo a mi edad.

« *¿De qué te reís, mamá ?* » pregunta Paulina. Y la mirada de Andrés pregunta lo mismo.

—Un chiste interno —les respondo a ambos. —Señor Cocinero, lo invito a demostrar sus habilidades cuando quiera. Siempre será bienvenida en esta casa una mano hábil para estas cosas...

Él sonrío.

—Tengo dos. En esta casa, ¿habrá harina y grasa? Porque me gustaría complacer a Paulina y mostrarles a ambas qué bien me salen las tortas fritas...

Asiento, con la boca abierta. Supongo que tengo todos los ingredientes, y sino iré por ellos. No puedo creer que Andrés se esté remangando la camisa para ponerse a amasar, ni que Pauli aplauda con tanto entusiasmo la iniciativa de alguien a quien acaba de conocer.

Con un gesto le indico el camino a la cocina. Él pasa por delante de mí, y mientras lo hace me guiña un ojo y susurra:

—¿Vas a cerrar la boca, Gaby? De verdad corrés el riesgo de tragarte un bicho...

Al final no hubo ni salida, ni café, sino mate con tortas fritas.

Nos quedaron riquísimas... *Le* quedaron riquísimas.

Mi hija disfrutó del momento, y creo que él también. Y yo... ¿qué puedo decir? A una semana de la muerte de mi padre, pude sentir en el alma una felicidad casi desconocida. Si eso no tiene que ver con el duende que me la cuida, no sé qué será.

Tía Aurora lo estudió con detenimiento durante largos segundos desde lo alto de la escalera, y después decidió que le gustaba; lo vi en sus ojos. Por suerte mi hijo estaba en lo de su novia, porque eso hubiese sido demasiado.

Pero Andrés supo que Alejo existe. Miró los portarretratos en una de las mesas laterales, y le conté de él y de Bernardo, su padre y mi primer marido. Y cuando tía llamó a Paulina para ver la tele arriba, también le conté sobre Hugo.

—Dos divorcios, dos hijos. Dos de dos... Como verás mi puntería es excelente.

Me ceba un mate y me lo alcanza.

—Y tu miedo a volver a fracasar es directamente proporcional a tu excelente puntería —acota con su franqueza habitual. —Y de ahí esa fobia al compromiso, a enamorarte, etcétera, etcétera...

No sé si me gusta que me psicoanalicen a la hora del mate. Mejor ignoro esos etcéteras y cambio de tema. No me conviene ahondar en ellos.

—¿Y vos, tenés chicos?

No creo que le haya hecho una pregunta difícil, pero tarda en responder.

—Se llama Nacho, y tiene catorce, casi quince —responde sin mirarme, mientras ceba otro mate. Una gota de agua caliente le salpica la mano y él hace una mueca de disgusto.

—¿Te quemaste? —pregunto preocupada.

—No, está todo bien. Pero ahora te paso la posta, porque tengo que irme...

Es evidente que no está todo bien, y de ahí esas repentinas ganas de irse. Y también es evidente que eso que no está bien tiene que ver con su hijo, y que yo no debo seguir por ese camino el día de hoy.

Nos ponemos de pie al mismo tiempo.

—Voy a tener que dejarte con todo este desastre para limpiar... No suelo hacer eso —murmura.

—Lo que faltaba... Que nos hagas la merienda y encima tengas que limpiar la cocina...

—Me gustó mucho hacerlo. Tu hija es linda... Quiero saber muchas cosas de Paulina. Me siento muy identificado con ella como te podrás imaginar. Pero creo que es mejor que lo dejemos para

otro día —indica.

Asiento con la cabeza, y lo sigo por el pasillo mientras se dirige a la puerta. Él mismo la abre, y parece que tiene prisa.

Pero de inmediato la cierra y sucede la maravilla.

Se da vuelta y toma mi cara con las dos manos. Cierro los ojos. Los dientes me castañetean estrepitosamente pero no por mucho tiempo porque cuando sus labios rozan los míos, dejo de moverme. Y lo que empieza a girar en torno a nosotros es el resto del mundo...

No es un beso en realidad. No cómo yo entiendo que debe ser uno, o al menos como lo entendía.

Sólo se limita a posar su boca sobre la mía un segundo, y luego atrapa con los dientes mi labio inferior y tira levemente de él. Estoy paralizada por completo, no atino a nada. No sé si abrir más la boca, de meter mi lengua en la suya, no sé qué hacer. No controlo mi respiración, que ya pasó la categoría de jadeo y ahora es un sibilante quejido.

Es tan inesperado como deseado, y me gusta tanto que me duele. No es una metáfora, tengo un intenso dolor en el bajo vientre y una sensación de vacío más arriba. Y ni hablar lo que siento más abajo... Creo que las piernas ya no me sostienen.

¿Cómo es posible que me sienta así por tan poco? O mejor dicho, ¿cómo puede ser que tan poco me parezca tanto?

Justo cuando mi cuerpo decide ir por más, él me suelta el rostro y, antes de dar un paso atrás y buscar el picaporte nuevamente, murmura sobre mi boca:

—Esto no estaba en mis planes... todavía.

Y se va. Observo como se aleja a los piques, mientras mi mente se encarga de hacer miles de conjeturas. Tiene planes. Esos planes incluyen besos. Esto va a continuar... Va a continuar, ¡va a continuar!

Subo corriendo las escaleras y en el camino me encuentro con Sabrina, nuestro gato. Es macho, pero lo descubrimos tarde y de ahí el nombre. Estoy tan feliz que hago lo que nunca: paso mis dedos desde la nuca hasta la punta de su cola y lo escucho ronronear agradecido.

—De nada —le digo con una sonrisa.

Identificarme con lo que se siente un gato es una experiencia nueva.

Y que el hombre que me alegra la vida no pueda resistirse a mi boca, también.

No debo enamorarme de este hombre. Debería hacer una plana y repetirlo cien veces, y no lo hago por vaga y porque sé que puede ser demasiado tarde.

¿Qué voy a hacer ahora? Nunca me gustó tanto un tipo aún sin haberlo conocido en la cama. ¿Se puede llamar amor a esto, o es una calentura fuera de toda lógica y medida?

No lo sé, y a decir verdad le temo a la respuesta. ¿Cuál es mi miedo principal? Que mi mente alucine sentimientos que no existen para llegar a ese punto de confluencia que sitúe a Andrés entre mis piernas lo más pronto posible.

¿Y qué pasaría si eso sucede? Es decir, ¿qué pasa si logro arrastrarlo a la cama y al final resulta que era solo una calentura? Teóricamente nada. Por lo menos a mí no me ocurriría nada más que la historia de siempre.

El problema acá es que me preocupa qué pueda pensar o sentir él. Y eso es algo completamente nuevo en mí... Y hay algo más: no quiero perderlo bajo ningún concepto. Lo necesito en mi vida de cualquier manera, pero eso es algo que ya tenía claro.

Entonces lo que quiero es no arruinarlo todo, porque estoy segura de que si él se enamora y terminamos enredados, y luego no resulta... adiós Andrés. Él no se va a quedar en mi vida para darme una alegría de vez en cuando, eso seguro.

« Me excita sentir cosas por ella y saber que le pasa lo mismo... »

Eso significa una cosa: si no hay sentimientos fuertes de por medio, no hay Andrés. Así de simple.

Y yo quiero que haya. Mucho. Más. Siempre...

—¿Qué te pasa mamá?

Casi me vuelco el café encima.

—Nada... Pienso. No sé si meterme en otro negocio o guardar la guita y buscar laburo, Alejo —improvisado. Hace un par de días lo puse al tanto de la situación. Bueno, más o menos. Le dije que el dinero de la automotora no daba para una sociedad y que había decidido retirarme. No le mencioné que la decisión la tomaron otros, porque eso hubiese implicado hablarle de mi relación con César.

—A ver... Tenés la pensión alimenticia de Paulina. El viejo me va a seguir pasando la mía hasta que termine la facultad. Tenemos el alquiler de la casa del abuelo... Qué se yo. Creo que te da cierto margen para pensarlo, sin terminar de comernos las cien lucas.

Qué chico tan sensato, por favor. Es cierto... No contaba con disponer del alquiler, ahora que papá ya no está.

Hago cuentas con rapidez, que para eso soy contadora. Quince mil pesos en pensiones alimenticias, y otros doce del alquiler de la casita de papá.

De hambre no nos vamos a morir, pero no alcanza para mantener el nivel de vida que veníamos llevando. El cole de Pauli se lleva casi toda la pensión de Hugo... Además, al no trabajar pierdo los beneficios de la seguridad social y de la mutualista. Si no quiero que las cien lucas me duren menos que un suspiro voy a tener que invertirlas, o convertirme en una trabajadora en relación de dependencia, y guardar la plata.

Me parece que voy a optar por esto último, o al menos lo voy a intentar.

Hace mucho que estoy fuera del mercado laboral y tengo cuarenta y cuatro años, pero tengo ganas de probarme que puedo.

Entro en internet y busco la sección clasificados del periódico principal. Seleccione tres propuestas y les envío mi currículum. Voy a necesitar cierta documentación que tengo en la automotora para probar mi trayectoria y... ¡el título! Mi diploma está allá todavía.

Tengo que ir por él. ¿Y si está Claudia? Mejor pido que me lo manden... No. No, Gabriela, no. Vas a ir a la automotora y vas a retirar tus cosas. Y si eso implica tener que enfrentar a Claudia y... pedirle disculpas, lo vas a hacer.

Mierda... Si no fuese porque Andrés me metió en la cabeza la loca idea de reconocer mis faltas, ponerme en el lugar de la loca de Claudia y pedirle disculpas, de mí jamás habría salido una iniciativa de ese estilo. Pero desde que él lo planteó en esos términos, en más de una ocasión he pensado en eso, lo reconozco.

Es una tontería, porque las disculpas no solucionan nada. Y reconocer mis errores me harían sentir culpable. ¿Existe un sentimiento más inútil que la culpa? Ninguno... Pero aun así, continúo pensando en ello sólo porque Andrés lo sugirió.

Estoy hecha una estúpida. Ese hombre me tiene estúpida.

Bueno, ya que hizo el daño, ahora que se haga cargo. Le voy a pedir que me acompañe a la automotora a ver qué me dice. Si estaré tonta que tuerzo las circunstancias a mi entera conveniencia, sólo para volver a verlo.

—... entonces te quería pedir si me podés acompañar. No es que tenga miedo de que ella me haga algo, pero capaz que la tranquiliza verme con alguien —improvisado una vez más, por teléfono.

—Cuando quieras —responde, pero lo siento ausente, lejano.

Y eso me duele mucho.

— ¿Estás bien?

—Sí. ¿Cuándo querés ir?

—Pensaba ir mañana, pero será cuando vos puedas.

—Mañana te paso a buscar. Decime la hora....

—No te molestes... Voy en mi coche, o te paso a buscar yo a vos, ya que te voy a jorobar con...

—No. ¿A las tres está bien? Si es así paso por vos a esa hora —me dice, y yo no puedo menos que estar de acuerdo, ya que tiene el buen gesto de acompañarme.

La conversación es demasiado breve para mi gusto, y él más puntual que yo. ¿Será uruguayo? Yo misma me he preguntado si lo soy, porque esto de llegar tarde es un mal endémico de nuestra idiosincrasia, y yo desentono alegremente. De hecho es la primera vez que me encuentro con alguien que me supere en puntualidad.

Bajo con prisa y él ya tiene la puerta abierta para mí. Es puntual, es caballero... Definitivamente de acá no es.

Y parece que tampoco es el mismo hombre que me besó hace un par de días en la puerta de casa. Bueno, decir que me besó es ser demasiado optimista... ¿Fue eso un beso? No, fue peor. Fue algo tan extraño como subyugante. Y muy pero muy significativo.

¿Cómo es que repentinamente le resultó imposible resistirse a besarme, a pesar de la mancha de harina en la frente que luego descubrí que tenía, y de las pantuflas dudosamente limpias? No tengo idea.

Y además... ¿cómo es posible ser delicado y salvaje al mismo tiempo? La suavidad con la que inició ese roce de bocas, contrastó notoriamente con esa forma de morderme el labio. ¿Hay algo más sensual, más salvaje que una mordida? ¿Será que su temperamento es ardiente detrás de esa fachada sensible? ¿Pueden convivir ambas cosas en un hombre? ¿Es que la perfección sí existe?

Dejo de hacerme preguntas porque el « Señor Perfecto » por fin me dirige la palabra.

— ¿Qué vas a hacer si te encontrás con tu... « exlo que fuera » o con tu ex amiga? ¿Estás preparada para un momento desagradable, Gabriela?

Me encojo de hombros mientras me coloco los lentes de sol. La verdad es que temo que Claudia se ponga demasiado densa y también le temo a mis reacciones si me provoca lo suficiente.

—Para eso te pedí que me acompañaras... Necesito que me rescates cuando comiencen los dardos venenosos, o algo peor.

No dice nada por un momento, y luego cuando estamos a punto de bajar, llega la respuesta:

—Te prometo que no voy a dejar que pases mal —musita de forma casi inaudible, pero yo no me pierdo ni una sola de sus palabras.

¿Quedará muy feo que lo abraza ahora? Igual no me animo... Esa fortaleza que lo rodea a veces se torna impenetrable, así que me quedo callada y quietita, disfrutando nuevamente de la calidez de sentirme contenida.

Cuando entramos me encuentro con el panorama que esperaba. En realidad es peor aún. Claudia está sentada en mi antiguo escritorio y César de pie, inclinado junto a ella, le señala la pantalla del ordenador.

Ambos alzan la mirada a la vez, y sus expresiones son tan delatorias que me parece estar leyéndoles la mente.

La de César parece decir: « *¿Qué carajo hacés acá? ¿No te dije que no te aparecieras? ¡Estás tentando al diablo!* »

Y la del « Diablo » claramente dice: « *Zorra hija de puta, te voy a arrancar los pelos de raíz* »

*si lo que viniste a buscar es a mi marido »*

Los veo en pie de guerra y por un momento estoy tentada de pegar la famosa media vuelta, e irme por donde vine.

Pero no contaba con Andrés... Andrés y su bendita forma de cuidarme las espaldas, y también resguardar mi alma. Y paradójicamente al hacerlo, causa estragos en mi cuerpo cuando me toma de la mano de esa forma, como si él y yo...

Avanza conmigo a rastras, porque apenas logro seguirlo con las botas taco aguja que elegí para la ocasión, sólo porque sé que mi culo es un poema cuando me pongo jeans y tacos. Y no lo hice pensando en César y Claudia, precisamente. Sin embargo, ni uno ni otra me sacan los ojos de encima, y estoy segura de que no tiene que ver con lo que llevo puesto. Sus miradas se concentran en la mano que Andrés no deja de apretar.

Cuando llegamos a la recepción, nos recibe una Karina boquiabierta como nunca.

—Hola...

—¿Cómo estás, Karina? —saludo, intentando sonar despreocupada, pero no sé si lo logro. — Supongo que ya estarás al tanto de los cambios. Decile a César por favor, que vine a buscar mis cosas...

¿Esta chica es o se hace? Abre y cierra la boca como un pez, y mira a Andrés y a nuestras manos unidas con verdadero arrobamiento. Le toma unos segundos reaccionar y finalmente grita:

—¡César! —sin siquiera darse la vuelta.

Yo intento no mirar hacia donde no debo, pero imagino sus expresiones. Y de pronto aparece Claudia en escena, con cara de pocos amigos.

—¿Qué hacés acá? —me espeta, furiosa.

—Hola, Claudia. Le estaba diciendo a Karina que vine por mis cosas. Mi diploma, unos papeles, artículos personales...

—Podías haber mandado a alguien a buscarlos, ¿no te parece?

Le sostengo la mirada con la valentía que Andrés me transmite a través de su mano.

—Podría, pero no. Porque además vine a otra cosa...

Pestañea con rapidez. La veo desconcertada... Y ahora se suma César a la amena conversación.

—Gabriela, creo que lo mejor es que...

—Callate, estúpido —lo interrumpe su mujer mordiendo las palabras.

—Perdón, querida.

He aquí un verdadero pelele. ¿Es posible ser tan obsecuente? ¿Cómo puede dirigir una empresa si los empleados lo observan en esa actitud de completa sumisión? Le auguro grandes problemas si permite que Claudia le falte el respeto de esa forma, pero eso ya no es asunto mío.

—¿A qué otra cosa viniste, *buscona*? —pregunta ella, insidiosa.

Acuso recibo del insulto poniéndome roja como un tomate, mientras Andrés decide intervenir.

—Me parece que no es necesario que le hable así a Gabriela. Entiendo que esté dolida, pero intente no perder la compostura por favor —lo escucho defenderme, y mi corazón comienza a latir con fuerza.

—¿Y usted quién es, si se puede saber? —pregunta ella sarcástica.

—Sí, claro que se puede. Soy Andrés Otero y con Gaby tenemos una relación. Tal vez no lo supieran porque es muy reciente, pero así es.

Casi me caigo de culo al escucharlo, y de verdad me tambaleo cuando a continuación me toma de la cintura y me acerca a su cuerpo. Y para reafirmar sus palabras me da un beso en el pelo, a la altura de la sien derecha.



Veo tres bocas abiertas a más no poder, y tengo ganas de reír. Las de Karina y Claudia son muy graciosas. La de César no tanto, y quizás por eso la cierra y aprieta los labios. Creo ver cierta furia en ese gesto.

Por mi parte, estoy en las nubes. Me aferro a Andrés como si fuese una tabla de salvación y recuesto mi cabeza en el hueco de su cuello.

¡Cómo quisiera que fuese cierto lo que acaba de decir! Me encantaría que fuese así. Aspiro su perfume y por un momento me olvido de dónde estoy y de a qué vine. Pero él me lo recuerda, desgraciadamente.

—A ver, mi amor. Decí lo que viniste a decir, así recogemos tus cosas y nos vamos.

Alzo la cabeza y lo miro. ¿Quiere que le diga a la cornuda Claudia que se puede ir a la puta madre que la parió y llevarse al idiota de su marido? Porque esa es mi intención, por supuesto. No, creo que no. No me parece que apruebe ese tipo de conductas, así que vacilo...

—Dale, Gaby. Pedile disculpas a la señora. Decile lo apenada que estás por haber intentado tomar revancha, y que entendés perfectamente cómo se siente... —me dice alzando las cejas significativamente.

¿Me está jodiendo? Sí, tiene que ser una joda. No puede pretender que le pida perdón a esta, por cogerme a su marido que antes de eso fue mi novio, y que ella no tuvo ningún reparo en robarme.

Estás sonando demasiado melodramática, Gaby. ¿Qué hago? La nobleza de este hombre realmente me supera. No sólo se encarga de aportarle a Claudia cierta seguridad al fingir que él y yo tenemos algo, sino que pretende que salde mis « deudas kármicas » pidiéndole perdón.

Bueno, ¿y por qué no?

Porque me desespera pensar que ahora, la « pelele » y obsecuente soy yo. Y que soy capaz de cualquier cosa con tal de caerle en gracia a él, incluso de hacer algo que no siento.

Después de todo, Andrés fue más allá de acompañarme una vez más en un trance difícil, o de sugerir con su presencia que no estoy sola y por lo tanto no represento ya un peligro para esta pareja. Él puso su... ¿marca? Sí, está marcando territorio, no hay duda. Y cómo me gusta... Bueno, puedo concederle eso, porque es evidente que el hecho de que le pida disculpas a Claudia, es importante para él.

A decir verdad yo no le veo sentido, ni sé cómo hacerlo. ¿Qué le voy a decir?

*Claudia, te pido perdón por haberme volteado a tu marido. Claro que vos sabías que él me gustaba desde el secundario y que tenía muchas ganas de tener lo que no tuvimos en su momento, pero no te importó y te lo cogiste a mis espaldas, y recién consideraste el contármelo cuando habían fijado fecha para casarse...*

La verdad que no suena muy bien que digamos. Vamos, Gaby, ponete en su lugar a ver si podés sonar sincera.

*Confiaba en vos, Gabriela. Estaba en casa cuidando a mis hijos, mientras vos te zampabas a mi marido en nuestro negocio. Sé que yo te lo robé delante de tus narices, pero me hiciste sufrir mucho. Sos muy mala, y yo estoy medio loca.*

Listo... Ya está. Me puse en sus zapatos, y me identifiqué. Lo voy a hacer porque ganaría puntos con Andrés, y porque esta mina es de temer. Parece que le salen llamas por los ojos.

—Claudia, siento mucho haberte hecho daño. Es mi culpa, no la de... César. Supongo que me cayó muy mal lo de ustedes y soy más vengativa de lo que creía. En fin, creo que terminar con todo esto es lo mejor para todos...

Silencio. Nadie dice nada. Nadie salvo Claudia.

—No te creo. Y no sé cómo te da el rostro para hablar de esto delante de tu... ¿novio? No, no puedo creerlo, Gabriela.

Sí, la verdad que no es muy creíble.

—Disculpe que me meta... Gaby y yo no tenemos secretos. Y me parece un buen gesto que reconozca sus errores y pida disculpas por...

—Estimado, no sé si sabía que el mismo día que murió el padre de su novia, ella y mi marido se acostaron en esa oficina que usted ve ahí —señala Claudia, y a mí se me van las ganas de pedirle perdón a esta yegua de mierda. Pero aunque parezca raro, cuando dice esto último finalmente me siento de verdad identificada con ella, y muy avergonzada. Y no sólo con Claudia. Me muero de vergüenza con Andrés.

Pero él sale del paso sin siquiera despeinarse, como siempre.

—Le repito que no tenemos secretos, así que sé todo lo que hubo entre ellos, señora. Está en usted y en mí, el olvidarnos del asunto porque creemos que nuestras parejas valen la pena, o seguir sufriendo y maldiciendo nuestra suerte. Yo ya elegí; la elegí a ella, y también me parece perfecto que los caminos se separen en todo sentido. ¿Usted qué va a elegir? Porque no se puede aspirar a la felicidad mientras masticamos odio todos los días, ¿sabe? —dice alzando las cejas.

Otra vez, silencio. Yo entendí el mensaje, y parece que Claudia también porque se suaviza la expresión de su rostro. Él único que parece no entender es el pelotudo de César que nos mira con el ceño fruncido, pero no me importa. Es el verdadero cazador cazado...

Lo único que me importa es Andrés, que se muestra despechado igual que Claudia, sólo para que ella no se sienta tan mal, y este momento incómodo se diluya.

Qué hombre maravilloso, por Dios. Y de pronto me asalta la idea de que lo hace sólo por ser bueno, y no porque yo le importe.

Si así fuese, ¿por qué entonces vuelve a besarme la frente y su mano se mueve imperceptiblemente sobre mi cadera quitándome el aire?

Y de pronto, eso se torna figura y todo lo demás pasa a ser fondo. Sin apartarme de su boca y de su mano, le pido a Karina lo que necesito y cuando me lo alcanza, nos marchamos sin mirar atrás.

Camino muy consciente de su tacto, que se mantiene aun cuando nadie nos ve. Y de esta forma cierro una puerta en mi vida, pero la que se está abriendo ante mis ojos, presiento va a ser increíble.

La puerta que abro ahora es la de auto, o al menos lo intento, porque con Andrés pegado a mi cuerpo es imposible. Estamos abrazados por la cintura en la acera, mirándonos.

—¿Sabés que no es necesario que me abracés? Ya no pueden vernos —le hago notar, sonriendo.

—Lo sé...

—¿Entonces?

—Se siente muy bien tu cuerpo contra el mío —dice.

Eso. Nada más y nada menos...

Suelto el aire despacio, y lamentablemente él me suelta a mí, y sube al auto. Cuando hago lo mismo, no aguanto más y se lo digo.

—Gracias, Andrés.

No quería sonar melodramática ni deshacerme en agradecimientos, pero lo que él hizo por mí es más de lo que esperaba.

—No hay de qué. ¿Te sentís mejor? —pregunta.

Me sentiría mejor si pusieras nuevamente tu mano en mi cadera, y si respiraras más cerca de mi boca, pero dadas las circunstancias y lo que pudo haber pasado, no estuvo tan mal. Fingiste ser tan cornudo como Claudia para aplacar a la loca y que no me arrancara los ojos. Buena estrategia... Porque es sólo eso, una estrategia. Y yo tengo que evitar creer que lo que hiciste es una forma de protegerme, de hacerme sentir bien, de cuidar mi alma...

Le digo que sí con la cabeza, porque la emoción me impide hablar.

Es la primera vez que lamento que el trayecto hasta mi casa sea tan corto. Le pregunto si quiere quedarse, y me dice que no puede. Se ve que hago un gesto de disgusto, pero da frutos, porque suelta el volante y me habla en lengua de señas.

« *También sos linda cuando te enojás* »

Otra vez utiliza todo el alfabeto, pero pude seguirlo a la perfección.

—Dejá de piropearme al pedo, histérico —le digo mientras me bajo del auto. Y luego rio, mientras entro taconeando por el camino de piedra laja que conduce a mi casa. Casi puedo sentir su mirada quemándome el culo. Ah, parece que de verdad soy vengativa. Y mala... Como toda mujer. Sobredosis de airbags traseros, mi querido. Para que tengas, guardes y repartas.

Hago grandes esfuerzos para no girar la cabeza. Si descubro que no me mira, me mato, lo juro por Dios.

Mantengo la piadosa incógnita, y me quedo con la ilusión de que una mirada hambrienta

siguió mi rastro, y de que un hombre de ensueño dudó al menos por un segundo, de continuar con sus buenos propósitos de abstinencia.

A mañana siguiente suena el teléfono.

—Te invito a cenar, Gaby. Y si te bancás alguna que otra interrupción, lo podemos hacer a una hora razonable —me dice.

—¿Lo podemos hacer? ¡Ah! Te referís a cenar —replico con picardía.

—Sí, a eso me refiero, mala mujer. Seguí así y te la vas a ligar.

—Perdón —murmuro, riendo. —Claro que me banco las interrupciones. Decime a qué hora...

—Vení a las ocho. Te mando un remís.

Y corta.

Así que acá estoy tratando de decidir qué me pongo. Ya le mostré a la Gaby sobria y elegante, y también a la Gaby onda Jennifer López. A ver... probemos el estilo moderno sencillo.

Pantalón beige, zapatos de igual tono. Camisa blanca. Chaqueta de antílope entallada con cinto. Y mi caballito de batalla, la cartera imitación L.V. Poco maquillaje, una colita en lo alto de la cabeza.

¡Sí! Creo que con este look lo mato, o me muero. Una de dos, pero así no puedo seguir.

Ayer pasé toda la tarde y gran parte de la noche pensando en él. Y cuando al fin me dormí, soñé que me lavaba el pelo... Nunca había soñado algo así, y menos con un hombre que me gusta, pero me estoy acostumbrando a las cosas nuevas. Estábamos en un baño antiguo, y él me hacía sentar en una silla delante de un gran lavatorio. Y luego me tocaba la frente y la nuca, para que me inclinara hacia atrás.

Sus manos en mi pelo mojado... Sus dedos largos frotando.

Me desperté bañada en sudor.

Y ahora estoy bañada en *Eau D'Isey*. Exagerada, como siempre.

Cuando estoy lista, también lo está el remís, y veinte minutos después Andrés me recibe con una sonrisa.

—Hola, Gaby.

—¿Tengo demasiado perfume? —pregunto insegura.

Se inclina hacia mí y sonrío.

—Tal vez... A mí me gusta. Vení, que no vamos a comer acá con todos...

Me conduce tras la elegantísima barra, y luego por un pasillo alfombrado. Y cuando abre la puerta, nos encontramos con una sorpresa a todas luces inesperada, porque la sonrisa de Andrés se congela en su rostro.

—Arturo.

El aludido se da la vuelta, sobresaltado.

—¡Andrés! Qué susto, ché... ¿Cómo le va, Contadora? —me dice jovial, pero se lo ve bastante nervioso.

—¿Qué hacés acá? —pregunta Andrés, molesto.

—Vine por unos papeles... —explica el tipo. —Ya saben, la declaración de impuestos...

Lo mío fue sin pensar, en serio. Una simple observación sin ninguna intención, lo juro.

—Uy, qué tarde. Multa y recargos... Así son nuestros amigos de Hacienda.

El tal Arturo palidece, y Andrés frunce más el ceño.

—¿Tarde? —pregunta, visiblemente confundido, y mi colega no sabe dónde meterse.

Hablando de meterse, creo que metí la pata.

—Eh... Pedí una prórroga ayer y no va a haber multa. Andrés, no te preocupes —improvisa el muy estúpido. ¿Se olvida de que soy Contadora? Es imposible que ayer haya pedido prórroga porque hace una semana también se venció ese plazo. Él se da cuenta de su error, e intenta enmendarlo. —Es decir, ayer me concedieron la prórroga que pedí antes, así que no hay problema con la multa.

Y yo no puedo con mi genio y lo digo.

—Tal vez no haya problema con la multa, pero de los recargos es imposible salvarse a esta altura. Estamos muy pasados...

Arturo me mira desafiante y yo le sostengo la mirada. ¿A mamá mona con banana de goma? No, querido.

La mirada de Andrés es gélida. Se cruza de brazos, y se acaricia el mentón. Parece estar evaluando qué va a decir.

—¿Y bien? —pregunta de pronto.

Mi colega no tiene salida y lo sabe.

—Yo... me voy a ocupar de los recargos. Los voy a cubrir, por supuesto —dice, mientras me dirige una mirada extraña que pasa inadvertida para Andrés, que parece estar tomándose las cosas con calma. ¿Cómo hace para tener esa sangre fría? Yo la lo hubiese puesto de vuelta y media a este pelotudo.

—Bien. Y ahora te pido que salgas de mi oficina, Arturo. La próxima vez que necesites algo, no dudes en pedírmelo en tiempo y forma.

Ahí tiene. Lo sopapeó pero con altura. Odio las cosas mal hechas, y a los que ensucian a la profesión haciéndonos ver como informales, por decirlo suavemente.

Arturo asiente, y se va con la cabeza baja y sin un solo papel. Si eso no es cuando menos sospechoso, no sé qué lo es. Pero Andrés no dice nada...

—Este es mi santuario —comenta mientras se instala en el amplio sillón. —Tomá asiento —me indica con un gesto.

—...recientemente profanado —no puedo evitar mencionar en alusión a lo que acaba de suceder, y que aparentemente no piensa comentar.

Andrés me mira sorprendido.

—Él es... mi socio, Gaby. A veces tengo ganas de dispararle y tirarlo al río, lo admito. Pero hace tantos años que trabajamos juntos... Supongo que les pasará algo así a todas las « parejas » —dice haciendo el clásico gesto de las comillas con los dedos.

—¿Suponés? ¿No sabés si les pasa algo así a todas las « parejas »? —replico imitándolo. —Creí que habías estado casado...

Sin duda es un gran error el haber dicho eso, porque nunca lo vi tan serio. Los segundos pasan y él continúa observándome. Finalmente habla...

—¿Pollo o pasta?

—¿Qué?

—Te pregunto si querés pollo o pasta. No es tan difícil.

No puedo creer que haga este viraje hacia el tema de la comida, y deje el otro así, sin siquiera esgrimir una excusa para no responder.

—Pasta.

—Entonces te sugiero unos *malfatti* de espinaca. Si querés te traigo la carta, pero creo que...

—Los *malfatti* estarán bien. Gracias —interrumpo, fastidiada.

Y la comida transcurre con esa misma incómoda tirantez, en una pequeña mesa para dos, dentro de la propia oficina. La mente de Andrés está en otra parte, y no me lo quiere admitir. Y yo siento que me subestima, o lo que es peor, que no me aprecia lo suficiente como para comentarme qué

es lo que está pensando.

Carajo, este hombre sabe todo de mí, hasta que hice cosas sucias en una oficina con mi amante, mientras mi viejo se estaba muriendo. Pero yo de él, voy sabiendo todo con cuentagotas. Su trabajo, su estado civil, su hijo... En definitiva, sé poco y nada, y él parece no querer que eso cambie.

—¿Qué querés de postre? —pregunta de pronto.

Si le digo « a vos » queda muy mal ¿no? No lo digo, pero parece que lo llevo escrito en la cara porque se echa para atrás y sonrío.

—No vale —me dice.

—¿Qué es lo que no vale?

—Lo que estás haciendo. Lo que hiciste el otro día... Provocarme. Todo lo que hacés está destinado a eso, a mostrarme qué es lo que me estoy perdiendo por...

Duda. No sabe cómo decirlo, así que lo ayudo.

—... por no querer llevarme a la cama —completo.

—Por pretender ir más allá de satisfacerme en tu cuerpo, Gaby. Por ir tras tu alma —replica suavemente, derribando todas mis defensas. Y luego agrega: —Y lo peor de todo es que tal vez tengas razón, y que si sigo así te vas a cansar y al final me voy a quedar sin probar una cosa ni la otra...

Soy mala. Muy. Y sin duda vengativa...

—Andrés...

—¿Sí?

—Hablando de probar... ¿Hay ensalada de frutas? Me encantaría probarla... —le digo sonriendo.

Se muerde el labio para no reír.

—No vale —repite moviendo la cabeza, pero se levanta y ordena el postre que le pedí.

Cuando me lleva a casa, yo ya sé que no habrá beso, que no habrá sexo, que no habrá nada. Y tengo muchos deseos de llorar. Tantos como los que tenía de aplaudir, cuando lo vi a punto de claudicar. Y a pesar de tener unas ganas locas de probar su cuerpo, me encuentro con esta necesidad inmensa de... ¿cuidarle el alma? No lo sé, pero resulta que no me siento feliz al hacer que dude de sus convicciones, aunque eso signifique perderme el banquete que anticipo entre sus brazos.

¿Por qué, Gaby? ¿De dónde te salen tantos escrúpulos? Hiciste todo para ganar, y cuando parece que lo tenés, abandonás... Esta vez, pasa del portón y llegamos hasta la puerta, pero no me hago ilusiones. Sin embargo...

Vaya.

Vaya, vaya.

Vaya, vaya, vaya... ¡Carajo!

¿Qué hace? Me desprende el cinturón de la chaqueta y me la abre. Y luego pasa las manos por debajo y coloca una en cada nalga, mientras me adhiere a su cuerpo con una brusquedad que me deja jadeando.

—Sos un gran peligro, Gabriela —murmura en mi oído. —Es raro, porque sos la amenaza y a la vez la salvación...

No sé qué es lo que quiere decir, pero no tengo tiempo a pensarlo, porque me suelta tan súbitamente como me tomó.

Mi vientre siente el calor y esa inesperada dureza, aun después de traspasar la puerta. Todo mi cuerpo resiente su ausencia, pero el sitio donde más se necesita que Andrés Otero entre despacito, y se quede ahí por mucho rato, es en mi alma.

Ni bien termino de entrar me suena el celular. Lo saco del bolsillo de mi chaqueta, rápida como un rayo. Alejo tendría que estar ya durmiendo... ¿Cómo es que me está llamando?

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —pregunto, ansiosa.

—Quedate tranquila que no me pasó nada —se apresura a decirme.

—¿Entonces por qué estás fuera de casa, Alejo?

—Es que... Mamá, a mí no me pasó nada, estoy bien, pero algo pasó... Es mínimo así que...

—¿Qué pasó? ¡Decime ya!

—Estoy en la comisaría, en *la doce*. Mi escarabajo no arrancó y me llevé tu auto. Y choqué contra una columna...

—¿Qué? —le digo mientras salgo al jardín y compruebo que mi auto brilla por su ausencia, lo que no había notado cuando entré, obnubilada por Andrés. —No está... ¡Carajo! ¿Te lastimaste? ¡Decime que estás bien, Alejo! ¿Alguien se hizo algo?

—No, nadie. Estoy bien, pero... Fumé un porro y no me dejan ir si no viene alguien a...

—¡Un porro! ¿Estás loco, nene? ¡Madre de Dios! Estoy saliendo para ahí, Alejo, y me alegro de que estés bien porque te voy a dar una paliza memorable —lo amenazo mientras intento parar un taxi desesperada.

Ocupado. Mierda. Tengo que llamar a Bernardo para que me venga a buscar.

Estoy en eso cuando siento un auto frenar a mi lado. Es Andrés.

Corto la llamada y me asomo por la ventanilla.

—¿Qué hacés acá? Pensé que ya te habías ido.

—Sí, pero estaba parado en el semáforo cuando miré por el espejo y te vi intentando parar un taxi. Di la vuelta y volví... ¿Te llevo a algún lado? —pregunta, y su tono no es del todo amigable que debería. Y de pronto me doy cuenta del motivo: sospecha que voy a encontrarme con alguien, y está intentando probar el punto. Maravilloso. Si no fuera porque Alejo está en apuros, hasta disfrutaría de sus celos.

—Andrés, voy a la comisaría, la doce. Mi hijo chocó con mi auto y...

—Subí.

Le hago caso de inmediato y mientras me pongo el cinto suena el celular. Miro quién es y hago una mueca. Bernardo...

Es que en este momento me doy cuenta de que si le cuento lo que pasó, me va a putear en colores. Él no estaba de acuerdo en que nuestro hijo sacara la licencia y tuviera un auto ni bien cumplió los dieciocho. Insistió hasta el cansancio en que Alejo no estaba lo suficientemente maduro

para manejar, y parece que tenía razón.

Odio que mis ex tengan razón, de verdad lo odio. Y por eso hago lo que me juré nunca hacer: encubrir a mis hijos, sobreprotegerlos.

—Bernie...

—Hola, Gaby. ¿Pasó algo?

—No. Disculpame, se disparó sola la llamada.

—Ah, me parecía. Si te deposité ayer...

—Sí, lo vi. Te dejo...

Y así sin más, corto. No quiero que se dé cuenta de que le estoy mintiendo, y que en realidad sí pasa algo: nuestro hijo está detenido en una comisaría por haber chocado drogado. No es por salvar a Alejo de una reprimenda o un castigo, sino porque prefiero que Bernardo sólo sospeche que soy una mala madre, y no lo compruebe. Bueno, ¿qué esperaba? La madre trabajaba en una automotora, era lógico que...

—Ese no era tu hijo... —dice Andrés mientras acelera.

—No, era su padre —respondo.

—Y no le dijiste lo que...

—No.

Y no me pregunta. No puedo creer que sea tan poco curioso. Si estuviese en su lugar yo lo hubiese atosigado a preguntas. ¡Epa! Ahí viene una. Ya sabía que no podía ser tan...

—Por lo tranquila que te veo, supongo que tu hijo está bien.

—Sí... Eso me dijo. Y si está en una comisaría y no en un hospital, doy por sentado que así es... Se dio contra una columna, y por suerte no lastimó a nadie.

—¿Y por qué está en la comisaría, entonces?

Respiro hondo. Eso precisamente es lo que más me preocupa, y no lo que le haya pasado al auto.

—Había fumado un porro...

Andrés no dice nada. Si está sorprendido, o escandalizado, no lo demuestra.

La comisaría está a sólo cinco minutos de casa, así que llegamos enseguida. Ni bien entro lo veo, sentado en un banco de madera, con cara de pollito mojado.

Sus ojos, enormes y azules están húmedos. Mi chiquito... Pero no puedo ceder así de fácil a mi instinto, y comérmelo a besos como deseo. ¿Qué va a pensar la policía? Mala madre, consentidora, y ahí están los resultados.

Me acerco y lo miro con severidad.

—Acá estoy...

Se para y me mira.

—Perdón —es todo lo que dice. Y ahí no puedo más. Que la policía piense lo que quiera, que me dejen detenida si lo desean, pero este es mi bebé y me necesita. Después lo voy a cagar a palos, pero ahora lo voy a abrazar. Y lo hago.

Le acaricio el pelo mientras lo escucho suspirar contra mi cuello.

—Te juro que es la primera vez. Estábamos aburridos con los chicos, y se nos ocurrió probar... No debí manejar. Soy un pelotudo...

—Lo sos. ¿Ibas solo en el auto?

—Sí.

—Ya vamos a arreglar cuentas. Ahora voy a hablar con el comisario...

Me doy vuelta y me encuentro con Andrés. Me había olvidado de él, qué desconsiderada soy.

—Ya está —me dice.

—¿Ya está qué?



—Nos podemos ir.

—¿Cómo?

—Conozco al Sargento Barboza. Mañana envío a la grúa para que lleve tu auto al taller. ¿Estás asegurada con *Steel Alliance*, verdad?

—¿Cómo sabés? —balbuceo asombrada.

—Las llaves. Tu llavero... —me dice.

Y ahí caigo. Las llaves del auto tienen un llavero con el logo de la aseguradora. Qué observador, por favor. Y sí... De hecho no deja de mirarme.

—Gracias... —murmuro por enésima vez desde que lo conozco.

—¿No me vas a presentar a tu hijo? —pregunta, alzando las cejas.

Cierto. Desconsiderada y además pelotuda, eso soy.

—Por supuesto. Alejo, él es Andrés, un amigo.

Mi hijo le da la mano, y él se la estrecha. Ninguno de los dos dice nada, pero se miran. Mucho...

Cuando nos metemos en el auto, le caigo con todo a Alejo.

—No puedo creer que hayas hecho lo que hiciste. ¿Qué hablamos todo este tiempo sobre las drogas? ¡Si hasta odiabas a la gente que fuma! Me obligaste a dejarlo hace como diez años, porque « no querías quedarte sin mami » . ¿Y ahora fumás marihuana?

No lo veo, pero lo escucho suspirar.

—Es legal, mamá. Y no está comprobado que sea tan dañino como el tabaco, la nicotina, el alquitrán... —replica.

—¡Carajo! ¡Será legal pero es una droga! Y no puede ser buena, Alejo, sino no hubieses chocado...

—Tenés razón. Y ya te pedí perdón...

—Esto no se arregla con « perdones » , nene.

—¿Y cómo se arregla? —me pregunta, desafiante.

Ah, mierda. ¿Cómo se arregla? Qué se yo.

—Ya lo vamos a arreglar vos y yo, pero en casa, ¿entendiste? ¿Y cuáles fueron los daños en mi auto? —pregunto, en extremo fastidiosa.

—Mínimos, ya te dije. Se abolló el guardabarros y se despintó un poco adelante. Yo me voy a hacer cargo de...

—¿Con qué plata? Dejate de joder.

No dice nada. Creo que se dio cuenta de que cuando me pongo así, lo mejor es guardar silencio.

Y lo mismo hace Andrés durante todo el camino. Cuando llegamos, Alejo se baja y luego se para junto a la puerta del conductor y mete la mano en la ventanilla abierta para saludarlo.

—Gracias —le dice, y luego me echa una enigmática mirada y entra a la casa.

—Gracias —repito yo como una tonta.

—Ya me lo dijiste...

—Y lo seguiré haciendo. Son tantos los motivos, Andrés...

—Callate, *Miss Daisy*... Y andá a seguir torturando a ese pobre chico. De verdad no quisiera estar en sus zapatos.

—¿Y a vos te parece que no es merecido?

Se encoje de hombros.

—Hay cosas peores que un porro —dice sin mirarme.

Lo dice de una forma que no tengo más remedio que creerle. Me impresiona tanto... Parece

que se le cayeron mil años encima, y también todo el dolor del mundo.

Se me parte el alma. Y no puedo evitar hacer lo que hago...

Me saco el cinto y le acaricio el pelo. Y antes de darle tiempo a sorprenderse, le enmarco la cara con mis manos y le beso los labios.

Una, dos, tres veces.

Él permanece inmóvil, con los ojos cerrados. No huye, no avanza. Sólo se queda quieto y parece disfrutarlo. ¿O lo padece? Su expresión es ambigua, puede ser cualquiera de las dos cosas. O ambas a la vez.

—Gaby...

—Esto no estaba en mis planes... todavía —susurro. Y antes de que pueda decir o hacer algo de lo que luego me arrepienta, me bajo.

No quiero arruinar el momento, más bien quisiera estirarlo hasta el infinito y más allá.

Por segunda vez en la noche, entro a casa con el corazón latiendo a mil, y un inquietante calor entre las piernas. Este hombre me provoca hacer locuras, pero también me inspira una ternura increíble, de esa que suelo destinar solamente a mis hijos.

No puedo mostrarme como una gata con él, no puedo ser impulsiva, apremiante, seductora. Por primera vez en mucho tiempo siento que quiero postergar el placer, porque detrás de él hay algo más...

Y también puedo ser yo misma, también por primera vez, en mucho, pero muchísimo tiempo.

Llego a casa con el auto de cortesía que acaba de darme la compañía aseguradora. Con él fui a mi primera entrevista de trabajo, en la cual no me fue nada mal. Lo único para el olvido era el sueldo. Un desastre.

Cinco años en la facultad quemándome las pestañas para ganar veintiséis mil pesos cagados trabajando como una enana. Si me llaman, voy a aceptar pero sólo hasta que consiga algo mejor remunerado, o más satisfactorio al menos.

En la sala me encuentro a Alejo, estudiando. Hace dos días que casi no habla...

—¿Qué te pasa? —pregunto, preocupada.

—Vos sabés qué me pasa. Odio decepcionarte, mamá.

Siento pena por él, porque sé cómo se siente.

—No vuelvas a torturarte. Te lo prohíbo ¿entendiste? Para eso estoy yo, querido —le digo, y logro mi objetivo de arrancarle una sonrisa.

—No me drogo, mamá. Te lo juro...

Mi chiquito...

—Lo sé. Y no se habla más del tema.

Cierra la notebook y me mira con curiosidad.

—Ese Andrés era el que te acompañó a Colonia cuando el abuelo murió, ¿verdad?

Vaya... ¿y eso? Qué perspicaz.

—Sí...

—Me imaginé. Cuando hablamos se te oía... contenida. Igual que ayer cuando llegaste a la comisaría. Aunque luego se te soltó la cadena un poco.

—¿Un poco? —le digo sonriendo. —Es... un buen amigo.

—Por ahora —replica.

—¿Vos qué sabés, nenito? —lo peleo. Pero lo cierto es que me gusta mucho lo que me dice. Me gusta y me asusta a la vez.

—Lo único que sé es que me alegro de que no andes más con César.

Casi me muero cuando escucho eso. No sabía que él sabía... Dios, qué vergüenza. No sé qué carajo decir.

—Alejo...

—Hace mucho que me di cuenta, mamá. Nunca me gustó, pero no me animaba a decirte nada... Y me alegro que ya no sean socios, tampoco. Hablando de eso, te llamó Ferrero. Dice que está todo bien, y que mañana de mañana firman la cesión —me dice.

—Bueno. Pero sobre César...

—Mamá, por favor. Que no se hable más del tema.

En el fondo es un alivio, la verdad.

—¿Y de qué querés hablar?

—De nada. Tenés que ir a buscar a Pauli hoy, no te olvides.

Es verdad.

—Gracias por recordármelo...

Me voy a las corridas. Últimamente siempre ando así, pero me gusta esta nueva vida. Me gusta porque está Andrés en ella.

El colegio San Pablo es un lujo que no debería permitirme, pero para mi hija todo es poco. Suspirando tomo mi chequera y entro, porque hoy es el último día para pagar la mensualidad.

Y luego salimos juntas Paulina y yo, haciendo morisquetas y riendo, como siempre. Ya queda poca gente a la salida.

Y entre esos pocos, está Andrés.

No me sorprende, pero siento mariposas en la panza.

Ya no me acuerdo la última vez que me sentí así. Es muy lindo, pero también muy inquietante. Ponerme colorada a esta edad... Insólito, la verdad.

Paulina corre hacia él, encantada de la vida. Está de espaldas a mí, por lo que no puedo ver sus manos. Las de Andrés están en sus bolsillos y ríe sin dejar de mirarla.

Y yo no puedo dejar de mirarlo a él. Lleva una camisa a cuadros y una campera marrón. Pantalón beige, y botas también marrones. Y anteojos, pero de ver, no de sol. Se lo ve imponente. Apetecible...

Carajo, cómo me gusta. Me deleito observando cada una de las arruguitas en torno a sus ojos. Su cabello está casi blanco de tantas canas... Está más bueno que un lunes feriado.

Me acerco despacio, y él levanta la vista.

—Hola, Gaby.

—¿Me estás siguiendo? —pregunto riendo.

—Sí —responde, dejándome atónita. Por supuesto, sino cómo iba a saber que estábamos ahí. Pero, ¿por qué lo hace?

—¿En serio?

—Iba llegando a tu casa cuando vos salías. Quería verte. En realidad, quería verlas —dice, acariciándole la cabeza a Pau.

—Ah. Bueno. Aquí estamos...

—No sabía que ella venía a este colegio.

—Sí... Esta es la única bilingüe en lengua de señas. Tiene que hacer doble horario obligada, pero le va muy bien.

—Me alegro... Las invito a merendar. —y luego se dirige a Paulina, y le pregunta con las manos:

« ¿Querés venir a comer algo rico a mi restaurante? »

Pau me mira radiante, y yo asiento de igual forma.

Lo adoro por hacerla feliz... Por eso y por muchas cosas más. ¿Estoy enamorada de Andrés? No lo sé. Lo único que sé es que cada vez que lo veo, sencillamente me vuelvo loca. Mi cuerpo acusa recibo de su presencia, pero también mi corazón. Lo necesito tanto...

Lo seguimos en el auto. Y estoy segura de que tanto mi hija como yo, iríamos hasta el fin del mundo tras él.

Encantada, totalmente fascinada. Así está Pauli observando el trajín de la inmensa cocina del restaurante de Andrés. Durante el día es un café para público muy selecto, y a la noche se transforma en uno de los sitios más populares para cenar viendo un buen show de tango.

A mí nunca me gustó ese tipo de música, pero días atrás me encontré pidiéndole a mi hijo que me bajara « Uno » para ponerlo como tono para identificar a alguien. Es que primero pensé en ese tema de Chayanne que se me viene a la mente cuando que pienso en él... « Cuidarte el alma » se llama. Pero cada vez que escucho en mi : « *Es que me gusta tu cara, me gusta tu pelo, soñar con tu voz cuando dices te quiero, me gusta abrazarte y perderme en tu aroma, poder encontrar en tus ojos el cielo...* », siento que me muero. Y no puedo evitar preguntarme si eso es estar enamorada... Es que ya no recuerdo lo que se siente.

Así que ahora tengo a Andrés registrado en mi telefonito al ritmo del dos por cuatro, para recordarme que la lucha es cruel y es mucha. Y también el precio que hay que pagar por un beso que no llega...

Qué melodramática estoy. Intento cambiar mi estado de ánimo observando a mi hija disfrutar. ¡Porque de veras lo está haciendo! Se ha adherido como una lapa al chef que está preparando unas filigranas de caramelo. La veo sacar su libreta y escribir algo... El hombre lee y sonríe, y luego le explica vocalizando exageradamente, cuál es la temperatura exacta para hacer ese arte delicioso.

Me gusta mucho verla así. Y cuando busco a Andrés con la mirada para darle las gracias, lo veo recostado en la pared con las manos en los bolsillos observándome a mí, no a Pau.

Por unos segundos jugamos a mirarnos... Pero luego alguien interrumpe.

Es una mujer.

Alta, joven y bonita. Cabello negro, lacio, brillante... Piel blanca y boca roja. Una sinfonía de colores clásicos, una estética increíble. Elegante a rabiar, de unos treinta años quizás. Y esos zapatos... *Animal print*, igual que su blusa.

Me siento un espanto al lado de ella tan impecablemente vestida, y yo con estos jeans gastados que me quedan reventando, y botas de campo.

Para colmo, llevo un ponchito de lana con flecos y debajo una camiseta blanca de algodón. Y estoy sin sutién, por lo que no puedo quitármelo, pero me estoy muriendo de calor...

Esta mina es casi tan alta como Andrés, y yo me siento una enana al lado de ellos.

—Hola, Malena —dice él besándole la mejilla.

Hasta nombre de tango tiene la muy hija de puta.

—Querido...

—Aprovecho para presentarte a Gabriela de la Fuente. Aquella de allá es su hija Paulina — dice, señalándola.

Malena la ignora. Me recorre a mí, con su mirada fría y penetrante y me tiende la mano. Murmuramos palabras de cortesía y luego se dedica a ignorarme.

—Tenemos que hablar, Andrés. ¿Podemos hacerlo ahora? Papá está afuera.

Me mira como preguntándome, aunque no tiene que hacerlo y tampoco yo debería asentir, pero lo hago. Y él se va con Cruela de Vil, pero en versión « linda ». Intento no pensar, trato de concentrarme en mi hija y su manito temblorosa intentando poner una frutillita en el medio de un copo de merengue, mientras se muerde la punta de la lengua concentrada en su trabajo. Le saco varias fotos para perpetuar el momento.

Pero no puedo evitar preguntarme quien es esa Malena, y qué papel juega en su vida. Me molesta su presencia tanto como una piedra en el zapato. Y me hace sentir fea y vieja.

Sé que es una actitud un poco infantil y bastante insegura... ¿Dónde está mi autoestima? Seguro que la dejé en el auto porque acá no la tengo.

Me siento incómoda, fuera de lugar. En cambio mi hija parece estar como pez en el agua. Le sonrío al cocinero por hacerla feliz, y él me corresponde.

—Es encantadora, señora. La felicito.

—Gracias —le digo llena de orgullo. Ya sé que Pau es un sol, y me da mucha alegría que disfruten otros de esa increíble luz que irradia. Es que está llena de energía, y además es tan bonita...

No sé de dónde sacaron mis hijos su belleza. Intento mirarlos con objetividad, pero no sé si lo logro así que debo guiarme por lo que me dicen los demás, y es que tanto Paulina como Alejo son bellos a rabiar, educados, buenos chicos.

Él tiene los ojos de su padre y mi color de pelo. Ella al revés, tiene los ojos castaño claro igual que yo, pero su cabello es rubio ceniza. Lacio y brillante, se le deslizan todas las colitas que intento ponerle así que casi siempre lo lleva suelto. No es por nada, pero se ve hermosísima.

Y Alejo, con su metro ochenta de estatura y su espalda ancha, ya es todo un hombre. Y muy guapo.

Eso, Gaby. Concéntrate en lo único permanente en tu vida: tus hijos. Todo lo demás es pasajero, incluso el increíble Andrés Otero que algún día desaparecerá de ella. A no ser que te haga otro hijo, y eso a los cuarenta y cuatro y con un *DIU* casi encarnado en el cuello de tu útero, es poco probable. Además, no quiere acostarse contigo.

Y ahora caigo. Tiene a Malena... Debe ser algo formal, porque hasta tiene tratos con su padre. ¿Así que hace dos años que no coge? Sí, como no. Me vio la cara, sin duda.

¿A qué estamos jugando, carajo? Ah, ya sé. Se llama « amistad ». Se llama « no tener otra cosa que hacer ». Se llama « necesidad de cuidar a alguien ». Pero no se llama deseo, eso seguro. Y mucho menos amor...

Lo demás, lo que realmente importa lo tiene con esa Malena. Me los imagino besándose y me da asco. Pienso en esa trompa pintarrajeada con labial rojo fuego recorriendo el pecho que me brindó tanta contención, y me dan ganas de darle una trompada a esa estúpida. Mi cara debe ser un poema, porque el cocinero me mira y frunce el ceño.

Me suena el celular y me sobresalto. « *Uno busca lleno de esperanzas...* » Ya no.

—Vení a mi oficina, por favor. Podés dejar a Paulina allí, si lo está disfrutando.

—Creo que es mejor que nos vayamos, Andrés.

—Gaby, ¿quierés que te vaya a buscar? Vení a mi oficina que quiero que hablemos. Y dejá a tu

hija en la cocina, que te aseguro que está en buenas manos.

Y corta. Le digo a Pau que regreso en breve y que cualquier cosa me haga sonar el celu, y luego me dirijo a la oficina de Andrés, como una nena obediente.

En el pasillo ocurre algo inesperado. Casi me doy de lleno con « Malena trompa roja », que viene en sentido contrario y no está sola. A su lado, un Arturo pálido y ojeroso me mira con odio...

Y sin saludarme siquiera, dice en voz baja:

—Está visto que tira más que una yunta de bueyes, carajo...

Me quedo helada mientras en mi cabeza el vulgar refrán da vueltas y vueltas: « Tira más un pendejo demujer que una yunta de bueyes... » ¿Eso está dirigido a mí? ¿Qué mierda...?

De pronto escucho la voz de Andrés, llamándome. Está en la puerta de su oficina, y me indica con el dedo que vaya.

No digo nada, y paso entre ellos dos sin siquiera mirarlos. Que se vayan a cagar a la arena, hijos de puta.

—¿Qué te dijeron? —pregunta Andrés cuando llego a él.

—Nada —respondo, y por suerte no insiste. Hubiese sido más que embarazoso citar el viejo dicho.

—Pasá... Sentate.

—Estoy bien así.

—Gaby... ¿Qué te pasa?

—Absolutamente nada —miento.

Él se sienta sobre su escritorio y me mira.

—¿Querés sacarte el... abrigo? —pregunta haciendo evidente que no sabe definir de qué se trata. Eso me hace sonreír. Hombres...

—No puedo —respondo sin pensar.

—¿Cómo?

—Yo me entiendo. Me dijiste que querías hablarme. Soltalo... —le pido. Me imagino por dónde viene la mano. Malena le puso los puntos, está celosa... Y él la va a complacer por supuesto, y va a dejar de jugar al « caballero andante » conmigo.

—Bueno, al grano entonces. Gaby, quiero que me audites...

Por un momento tengo la esperanza de que se trate de una metáfora y lo que realmente quiere es que le recorra y examine cada centímetro del cuerpo, pero parece que no.

—Que te audite —repito como una tonta.

—Así es... Necesito que revises mis estados financieros de forma... exhaustiva. Arturo ya está avisado, así que vas a tener libre acceso a toda la documentación que necesites, todo el tiempo que...

—Pará, Andrés. Vos tenés un socio, que además es tu contador ¿Es así o me equivoco? —pregunto.

—Es así. Y me parece algo bastante sano tener las cuentas claras para conservar las relaciones, sean comerciales o no. Una auditoría nunca viene mal.

—Pero a él sí pareció caerle bastante mal. Digo, por la cara con la que salió de tu oficina...

Y en ese momento caigo en la cuenta de que Arturo es el padre de « trompa roja ». Vaya... Relaciones comerciales enlazadas con relaciones personales. Y Malena en el medio... Y ahora yo. Qué lío.

—Es probable. Igual ya lo sabía, pero intentó... qué se yo. Ya se le pasará...

—¿Y esto a qué se debe?

—Ya te lo dije. Necesito confirmar que está todo en orden. Gaby, obviamente te voy a pagar y va a ser en efectivo, no « conduciendo a MissDaisy » o con helados de corazones. Vos estás buscando trabajo y yo te lo estoy ofreciendo... Te va a llevar un tiempito, porque es el restaurante, la escuela de hotelería y gastronomía, la concesión del crucero...

—¿Qué? ¿Tenés más negocios?

—Todos relacionados al rubro. Arturo es mi socio solamente en el restaurante. En los otros dos es sólo mi contador.

—¿Y qué papel juega... Malena?

—¿Malena? Es su hija, la directora de la escuela y además, como su nombre lo indica, « canta el tango como ninguna ». Lo hace con frecuencia acá, en el restaurante.

—¿Sólo eso? —no puedo evitar preguntar, y enseguida me arrepiento.

Él abre los brazos y responde:

—Sólo eso.

No sé qué decir. Es difícil de creer, siendo ella tan... sexy. Pero ahora lo que me preocupa es otra cosa. Trabajar para él, puede complicar las cosas entre nosotros. Y si Malena no es un obstáculo, prefiero que permanezca en mi vida de otra forma... Además para auditar correctamente se requiere de independencia en más de un aspecto, y yo me encuentro influenciada por todos lados.

¿Puedo hacerlo? Sí. Lo he hecho muchísimas veces y el resultado siempre ha resultado satisfactorio para los que me han contratado. Puede resultarme muy útil también, la recomendación de un exitoso empresario como él, para comenzar a hacerlo para otros y así ganarme la vida de forma semi independiente. Es una buena oferta, la verdad.

Pero no quiero precipitarme.

—Dejame pensarlo...

—Gaby, por favor. De verdad, lo necesito. Vos marcás tus honorarios y la forma de trabajar. Sos dueña de definir dónde, a qué hora, cómo... No me podés decir que no —me dice.

No puedo decirle que no... Yo quisiera decirle que sí, pero a otra cosa. ¿Y si esto me aleja de lo que más estoy deseando? ¿Y qué es eso? Su cuerpo, su alma, ¿Qué más da? No quiero perder la oportunidad de conseguirlos.

—Es que... —¿se lo digo o no se lo digo? Decido arriesgarme. —No quiero perderte, Andrés. No quiero que tu presencia en mi vida se altere de ninguna forma.

Se le ilumina el rostro al oírme, y a mí el corazón.

—¿De ninguna forma? Y yo que creí que todo lo que querías era llevarme a la cama...

Me sonrojo como una adolescente pero le sostengo la mirada.

—Cuando me dijiste que te gustaban las relaciones más comprometidas, jamás se me cruzó por la mente que lo que vos querías era llevarme a... tus estados financieros —replico, feliz de la vida por haber hallado esta salida magistral.

Pone los pies en el suelo. Ya no está sentado sino recostado en su escritorio.

—Quiero muchas cosas de vos, Gaby. Y quizás el hecho de que revises mis... estados financieros, sea el punto de confluencia que estamos necesitando —me dice y mi corazón late con fuerza.

La expresión « puntos de confluencia » me está resultando muy excitante, porque significa que seguimos en carrera.

Bueno, llegó el momento de tomar decisiones.

—Está bien. Para empezar necesito algunas cosas que ya veo que tenés acá —le digo levantando unas carpetas con elástico que están junto a él, en el escritorio. —Declaraciones juradas



del 2010 al 2013 inclusive, balances, estados de cuenta...

Estamos muy cerca. Voy levantando las carpetas despacio, con la plena conciencia de lo cerca que estamos.

Y de pronto, él hace lo que tanto deseo... Caramba con la dichosa «ley de atracción». Parece que sí existe.

Me saca las carpetas y las deja al otro lado del escritorio. Me toma de la mano y me sitúa frente a él, entre sus piernas. Su rostro y mi rostro están a la misma altura. Su boca y mi boca, peligrosamente cerca.

Quiero que me bese pero en serio... Que me toque. Quiero volver a sentirlo duro contra mi cuerpo.

Lo primero se me cumple, y supera todas mis expectativas. La dulzura de su mirada desaparece como por arte de magia, y en su lugar aparece un deseo tan devastador que me abrumba. Y de pronto siento su mano en la nuca, y su lengua se mete en mi boca sin más contemplaciones.

Me pierdo, me pierdo, me pierdo... Y me prendo fuego.

Es tanta la voracidad de ese beso que ya no se puede catalogar como tal. Esto es algo que no alcanzo a definir, totalmente nuevo, increíblemente excitante.

Escucho como en sueños el sonido de nuestros dientes al chocar, y también el de nuestros jadeos. Descubro mis manos en su pecho... arañando. Percibo la que él tenía libre en mi culo, acercándome más y más. Ahora ya no se encuentra recostado, sino parado y en más de un sentido.

Su erección ya no es una fantasía sino una realidad que me muero por tocar, pero no debo... No es represión, es por no asustarlo.

Pero esto se está poniendo cada vez peor. Me acaricia el culo de una forma... ¡Y lo que me dice! Se aparta de mi boca y abandona también mi nuca para tocármelo con ambas manos.

—Tu culo me vuelve loco.

Mierda. Es tuyo, te lo regalo, hacele lo que quieras... Lo pienso, pero no lo digo. En cambio soy algo más sutil.

—Pensé que lo que más te gustaba era mi sonrisa...

Su risa es un jadeo ahogado.

—También... Pero más me gusta tu culo que es lo primero que me llamó la atención de vos, «señora airbags traseros».

¡Ay Dios! Por un momento creí que se refería al vergonzante episodio del baño de McDonald's, dónde hice esa triste exhibición ante el espejo. Pero no. Seguro que no llegó a verlo, gracias al cielo.

—Sabía que me habías mirado... Lo sentí.

—¿Y también lo sentiste en McDonald's? —replica divertido.

Y ahí me aparto al borde de ataque cardíaco.

—¿Me viste? ¡Y no me dijiste nada! ¿Me viste el culo en el baño?

Aprieta desesperadamente sus labios, pero sus ojos no pueden ocultar que se está cagando de la risa.

—Si te referís a «tu buen ir» mientras te dirigías al baño, confieso que sí, que no pude dejar de mirarte caminar todo ese trayecto —responde con una voz extraña.

Ah, menos mal. ¡Qué tonta soy!

Por un momento creí que me hablaba de lo otro. ¡Es un alivio que no se trate de eso! Pero el alivio se acaba de golpe.

—...Y tampoco pude dejar de observarlo en el espejo esa fracción de segundo en que me lo mostraste —me dice tapándose la boca.

¡La putísima madre que lo parió!

—¡Lo sabía! ¡Me quiero matar! —exclamo, pero yo me tapo toda la cara. Y me doy la vuelta y camino por la oficina murmurando incoherencias.

En segundos está detrás de mí y se aferra a mi cintura. Me olvido de todo en ese instante, porque su cálido aliento en mi cuello no me permite pensar.

—Eso fue un delicioso anticipo, Gaby. Y me hizo desear más, mucho más. Cada vez quiero más...

Ese culo exhibicionista ahora siente ese bulto increíble en toda su plenitud. Y lo que hace, en contra de mi voluntad por supuesto, es recostarse en él, buscarlo, frotarse lentamente contra lo que se adivina como una erección fuera de toda lógica. Una erección de dos años...

Madre mía, con la maravillosa « ley de atracción » . Tengo que tener cuidado porque se están cumpliendo todos mis deseos...

De mi cintura a mis tetas sin escalas, sus manos las aprietan con fuerza y luego una de ellas desciende. Me acaricia por encima del jean pero yo siento su contacto como una llamada.

Me vuelve loca; esto que está pasando supera todas mis expectativas de esta supuesta merienda, que está resultando un momento demasiado ardiente y no sé cómo va a terminar.

Me muerde el cuello y ya no aguanto más sin su boca. Le aparto las manos, me doy la vuelta y en un rápido movimiento me deshago del poncho. Su mirada no se aparta de mis tetas... Miro hacia abajo y veo mis pezones disparados a través de la tela de mi camiseta. Y más abajo aún, hay algo que mi mirada no puede evitar... Su pene se perfila perfectamente a través de la fina tela de su pantalón de gabardina. Nunca vi algo tan tremendo.

Le va a estallar el pantalón. Dios mío, qué pedazo de... Quiero tocarlo. Después de todo, él lo hizo... Me olvido de su boca por un momento, y me concentro en ese paquete. Como si tuviese vida propia mi mano lo acaricia, y luego lo abarca, o al menos lo intenta.

—Gaby... basta.

No sé de qué me habla. Él encendió la mecha, así que ahora tiene que aguantar. No hay nada que pueda detenerme. Nada salvo el celular sonando con el tono de mi hija.

¡Si Pau supiera qué es lo que está haciendo su mamá! Me perdería el respeto para siempre.

—Histórico —le digo haciendo un mohín, mientras busco mi teléfono para mandarle un mensaje a mi nena: « Voy para ahí » .

Y mientras yo hago eso, el « histórico » se mete en el baño.

Pero antes, pasa por detrás y me vuelve a tocar el culo.

—Cuando termine este « histérico » vas a pedir clemencia —me amenaza.

Me pongo el poncho como puedo y salgo a buscar a mi hija con una humedad entre las piernas que parece hacer ruido al caminar, y siento que todos van a notar que estuve a punto de cogerme al jefe en su oficina. Mientras tanto, mi loco corazón late desbocado todavía, y parece susurrar: « Andrés » en cada palpitar.

Trabajaré para él, pero ni loca me voy a perder el inmenso placer de tenerlo en la cama. Eso está más claro que el agua.

—Me hago la boba pero de boba no tengo un pelo, Gabita.

La voz de mi tía a mis espaldas, me frena la salida. Estoy a punto de ir al estudio de Ferrero, mi abogado, y ya llevo retraso...

—No sé a qué te referís, tía —le digo, paciente.

—A que sé que estás de novia.

¿Que estoy de novia? No sé si reírme o llorar.

—Creo que estás equivocada... —comienzo a decir para disuadirla, pero ella parece decidida a hablar del tema justo ahora.

—Mirá, Gabita, yo he hecho la vista gorda porque te veo feliz, pero estás muy salidora... Y ni siquiera me lo has presentado. Estuvo amasando en mi cocina, y no fuiste capaz de...

—Tía Aurora —interrumpo yo, ahora. —Andrés es un amigo. Si llega a venir a casa de nuevo, te lo presento, en serio.

—Un amigo que te lleva por el mal camino... Lo de la automotora fue idea de él ¿no? Lo conociste y tiraste todo lo que habías construido por la ventana. Querida, yo sé que hace mucho que estás sola, y a tu edad manda el cuerpo todavía, pero no podés hacer lo que estás haciendo.

—¿Y qué se supone que estoy haciendo?

—Gabita yo lo vi. Lo vi y me dije: « Uy, esta va a perder la cabeza por este hombre » . Y los acontecimientos me están mostrando que una vez más tengo razón... ¿Él te hizo vender tu parte, no? —me pregunta.

Miro el reloj, como para que se dé cuenta de que voy atrasada, pero no se da por aludida, pues me sigue mirando inquisidora.

—No, tía. Fue una decisión en conjunto con... César. La automotora no estaba resultando un buen negocio para dos...

—¡César! Qué hombre encantador... Lástima que se fijó primero en Claudia. ¡Cómo me hubiese gustado que vos y él se hubiesen puesto de novios!

Pobre tía. No es muy atinada en sus juicios, ni en sus apreciaciones el día de hoy.

—Sí, tía. A mí también, pero viste como son las cosas... Lo vio Claudia primero, y los novios de las amigas son sagrados —le digo, asombrada de mi propio cinismo.

—Exacto. Los valores que te inculqué ahí están...

Pobre. Pobre tía Aurora. Le sonrío con culpa...

—Intactos, tía. Ahora me vas a tener que disculpar, pero me tengo que ir al estudio a firmar la cesión de la cuota-parte a César. Me habían citado para las tres y creo que voy a llegar...

Antes de que pueda finalizar la frase, ya me está empujando para que me vaya.

—¡Nena! ¡Te inculqué puntualidad, también!

Bueno, tía. Esa será la única virtud que me queda, porque mis valores están bastante devaluados últimamente.

—¡Luego hablamos! —le grito mientras corro al auto. De verdad me muero si llego tarde a lo de Ferrero.

Mi abogado es un bombón pocas veces visto, pero tiene un carácter de mierda. No sé cómo lo aguanta la mujer, que es toda dulzura. Pero es un buen abogado, y en su estudio tengo a los gestores y escribanos que me facilitan la vida a diario, así que trato de no hacer nada que me haga perderlo.

En la puerta del estudio me encuentro con César y Claudia... La mirada de él es huidiza, la de ella fulminante.

Afortunadamente todo termina muy rápido, y esa misma tarde me encuentro con la friolera de ciento once mil dólares en mi cuenta corriente. Cien mil de esos provienen de un cheque certificado de César, y serán confirmados mañana, pero allí están... Lo miro en mi celular, y no lo puedo creer.

¿Qué voy a hacer con eso, ahora? No tengo ni idea.

Sigo sin trabajo, porque lo que Andrés me ofrece, no lo puedo considerar como tal. No me imagino ganando dinero por algo por lo cual pagaría: estar cerca de él todo lo que pueda. Y no puedo aceptar el otro, el del sueldo miserable, porque no me quedaría tiempo para ese placer... O sea, tengo ciento once mil dólares que me empezaré a comer de a poquito hasta quedarme sin nada. Soy una pésima administradora y eso no sería tan grave si no fuese Contadora Pública.

Ay, Dios... Cómo ha cambiado mi vida. Y esta sonrisa boba que veo reflejada en el retrovisor me indica que para bien, porque a pesar de todo, a pesar de las heridas de los últimos tiempos, siento que alguien está muy cerca, cuidándome.

El celular suena sacándome de mis pensamientos. ¡Uy! Es Mariel, mi terapeuta. ¡Y hoy es martes! Me va a querer matar.

—Mariel...

—Gabriela...

Ahora viene la catarata de improperios, lo sé. Es que ella no es una terapeuta tradicional... Es una mujer muy extraña.

Me la presentó mi mejor amiga, Victoria Ríos y aún recuerdo sus palabras: « *Es todo un caso esta Mariel... Era una excelente ejecutiva de negocios en el banco, pero lo dejó para ser escritora. Y cuando ya no le quedaron historias, decidió nutrir su imaginación con las historias de los demás... Terminó por fin su carrera; se recibió de psicóloga, y ahora tiene un consultorio en el centro. Te la recomiendo, Gaby...* »

Y así empezamos, una vez por semana, los martes. Con lo de papá me olvidé por completo la semana pasada, y con lo de Andrés me olvidé por completo esta semana. ¡Ya no estoy siendo yo!

—Te pido mil disculpas...

—No es necesario. Ya sé lo que pasó. Llamé a la automotora y me dijeron lo de tu papá... Lo siento, Gaby.

—Gracias... La pasé muy mal con lo de papá, pero hubo algo que me facilitó este duelo. Mariel, tengo tantas cosas para contarte... ¿Te acordás cuando me dijiste que incluso el peor evento de nuestra vida puede disparar el mejor? Algo así me está pasando.

—¿Qué te parece si venís y me lo contás personalmente? —pregunta. Y en menos de media hora estoy en el consultorio.

—No te llamé antes porque supuse que querías vivir tu duelo sola, y sin que te molesten —es lo primero que me dice.

—No te equivocaste, Mariel —asiento.

Y de pronto me encuentro contándole todo lo que sucedió en estos últimos días: los detalles de la muerte de papá, la llegada de Andrés a mi vida, lo de la automotora...

—¿Tenés miedo, Gaby? —me pregunta, dejándome muda del asombro. Caramba ¿me veo temerosa? Tal vez sí...

—No lo sé. Nunca me pasó algo así... Es decir, nunca conocí a un hombre en circunstancias tan adversas, nunca me sentí más dependiente de alguien, y definitivamente nunca me sentí enamorada antes de tener contacto sexual con...

—Son muchos « nunca » ¿eh? Estamos entonces ante varias primeras veces... Romper tu patrón de conducta está doliendo un poco, parece.

¿Qué es lo que quiere decir con « patrón de conducta »? Me siento poco menos que una asesina serial.

—¿Tengo un patrón de conducta? —le pregunto.

—Yo diría que sí. Por ejemplo... Bernardo. ¿Cómo llegaste a él?

—Lo busqué. Tenía dieciocho años y era virgen... Elegí a quien sería el primero con la cabeza, porque sabía que iba a terminar casándome con él. Y no me arrepiento, Mariel— afirmé convencida.

—¿Y tu siguiente hombre?

—Fue Hugo, por supuesto. Mis amigas decidieron que hacía mucho que no tenía una alegría, y me arreglaron esta cita a ciegas. No me vas a decir que hay un patrón porque nada que ver con lo de Bernardo...

—Ellos tienen mucho en común, a ver si te das cuenta.

Pienso un poco... Y de pronto lo sé.

—Me acosté con ambos sin... un sentimiento fuerte. Ambos me dieron un bebé, ambos tuvieron que ver con decisiones conscientes...

—... y ni un poquito de corazón, Gaby. A pesar de haber tenido un hijo y una hija con ellos, no te guiaste más que por la cabeza.

Tiene razón. Tengo razón.

—¿Y lo del *stripper* en México? —le pregunto. Ese chico fue el tercer hombre de mi vida y ni siquiera recuerdo su nombre. Es que estaba tan borracha esa noche... Y en los dos días siguientes en que no salimos de mi habitación, no hubo necesidad de llamarlo de ninguna forma que no fuese « muñeco » .

—Tu cabeza decidió que era una experiencia nueva que valía la pena vivir. Igual que ir a las ruinas mayas, o a los cenotes. Nada de corazón, me parece... —aventura.

—Nos quedan dos, Mariel. El que me reformó la casa... y el diputado. Y luego César, por supuesto.

—Los dos primeros son fáciles. Ambos estaban casados... Ni siquiera te molestaste en salir de tu casa. El contratista te lo hizo a domicilio, y el diputado... ¿Lo contamos, Gaby? Ni siquiera te gustaba...

Es verdad. Lo de Leo fue muy cómodo y no me dejó nada. Bueno, nada no. Obtuve un buen descuento en el presupuesto original. Terminó la casa, terminó el romance. Las cuentas cerraron por todos lados.

Y el diputado... Me siguió desde el súper a la automotora. Me pidió el voto y algo más... Me dije: ¿por qué no? Era casado, y no muy atractivo. No iba a ser un peligro ni para el cuerpo ni para el corazón. Me acosté con él porque ya eran demasiadas cenas gratis, demasiados regalos... Era un verdadero abuso, así que le di ese alegrón una, dos, tres veces, hasta que me sentí asqueada de mi

misma.

Y luego surgió lo de César. Las cuentas esta vez no sólo cerraron, sino que me sentí ganadora. Le había ganado a Claudia, pues gracias a mí no tenía la idílica vida que ella creía que tenía. Probé el dulce sabor de la venganza y encontré la descarga a nivel físico que necesitaba cada tanto. Pero nunca comprometí mi corazón en esta relación.

Y ahora que lo pienso, ni en esta ni en ninguna. Llegué a querer, pero jamás a amar. Entregué mi cuerpo, pero hasta ahí. Y cuando puse algún sentimiento, fue después de haber saciado mis instintos, no antes.

Tiene razón Mariel. Lo de Andrés es una auténtica primera vez.

Me voy del consultorio con más preguntas que respuestas, porque aunque tuve ese pequeño « insight », me persigue una interrogante, la madre de todas las interrogantes: ¿Por qué?

¿Por qué mi patrón de conducta ha sido ese hasta ahora? ¿Y por qué ha comenzado a cambiar a raíz de la llegada de Andrés a mi vida?

No hay duda de que este hombre me tiene en las nubes... ¡no hago otra cosa que pensar en él! Y es de los peligrosos. ¡Ni siquiera es casado!

Yo acepto sus atenciones más que gustosa. Y no sólo las acepto sino que las deseo, las necesito... Tengo miedo de no poder vivir sin ellas.

Los dos hombres con los que terminé mis etapas de abstinencia terminaron dándome hijos. Tres más vinieron a mi vida, guiados por las circunstancias. Y otro por mis intensos deseos de venganza.

¿Qué es lo que hace que la presencia de Andrés se sienta tan pero tan fuerte? Lo ignoro, pero lo cierto es que es el dueño de mi primera vez... La primera vez que mi corazón lleva el timón, pues siempre fue mi cabeza o mi cuerpo quienes guiaron mis pasos. Me pregunto adónde me llevará este camino... Lo ignoro; lo único que sé es que me voy a animar a recorrerlo aunque luego termine retorciéndome de dolor.

Y mientras me lo sigo preguntando, mis dedos se mueven sobre el teclado de mi móvil, y lo llamo.

Cuando me atienden, frunzo el ceño y separo el teléfono de mi rostro para comprobar si me equivoqué de número. Desgraciadamente no. Y digo « desgraciadamente », porque me atiende una mujer.

La inconfundible voz de Malena, me dice:

—Hola...

Carajo... Tiene una cadencia especial esa voz, y por un momento me vuelve a asaltar el mismo sentimiento de envidia que experimenté cuando la vi, sólo porque él me dijo que « canta el tango como ninguna » .

Estoy a punto de colgar cuando me doy cuenta de que quizás ella vio mi nombre antes de atender. Quedaría como una estúpida si lo hago.

—¿Está Andrés? —pregunto, y mi voz es un graznido horrible. Me quiero matar.

Hay una pausa interminable. Y luego me dice en un tono más bajo.

—Está ocupado.

Inspiro profundo mientras siento arder mis mejillas como nunca.

—Gracias —murmuro, y cuando me dispongo a cortar la escucho de nuevo.

—Cuando digo « ocupado » me refiero a eso. Espero haber sido clara...

—¿Perdón?

—Vos sabés lo que dije. Sólo espero que lo entiendas.

Me quedo helada... Apenas nos vimos un momento y está marcando territorio. Qué hija de... su padre.

—Entiendo —le digo intentando reponerme.

—Me alegro.

—Entiendo que tengas que aclararlo —agrego, y escucho un resoplido al otro lado de la línea, que no me detiene para seguir hablando. —Eso indica que tenés miedo, y que yo puedo resultar una amenaza. Gracias por el dato...

Me sale la perra con una fluidez que me asusta, y lo peor es que no lo disfruto, sino que esta vez la muerta de miedo soy yo.

No replica nada. Su respuesta es cortar la comunicación, pero por alguna razón no me siento triunfadora en esta contienda sino que creo que llevo todas las de perder. Sin embargo, ella consideró necesaria una advertencia lo que me da cierto alivio... Entonces no está todo perdido.

No está perdido, pero tampoco ganado. En realidad no tengo nada, pero lo quiero todo. Y voy a hacer lo que sea para conseguirlo.

Me sorprende encontrarme con más ganas de conservar mi relación con Andrés, que de competir por él. Eso es algo inédito en mí...

Necesito equilibrar los deseos de mi cabeza, de mi cuerpo y de mi corazón, porque me siento una marioneta guiada por hilos invisibles que tironean para todos lados.

Llegó la hora de recobrar la compostura y también el equilibrio. Recuerdo vagamente que en un momento no me pareció disparatado olvidarme de las ganas que le tengo, en pos de disfrutar de su amistad. Me duraron poco las buenas intenciones; la carne es débil.

Gran error. Hoy siento que por más de una razón son incompatibles mis pretensiones, y que aunque no quiera, debo elegir. Y el hecho de tener que trabajar con él o para él, lo complica todo...

No sé ni lo que quiero. ¿Tenerlo en la cama para sacarme las ganas o para sentirme mejor que Malena? ¿Hacerlo sólo porque mi cuerpo lo pide o darle prioridad a lo que necesita mi alma? ¿El amigo, el amante, el jefe? ¿Qué carajo es lo que quiero?

Salir de terapia y encontrarse más confundida de lo que entré es bastante decepcionante, la verdad. Y lo peor de todo es que las respuestas se resisten a revelarse.

La tarde continúa sin sobresaltos, y sin llamados de Andrés.

Los que sí me han llamado fueron los de la primera entrevista laboral, los del sueldo de hambre. Ni siquiera lo pensé, y les dije que no. Y ahora estoy aquí, con el teléfono en la mano mientras miro « Avenida Brasil » en la tele, deseando que me llame, rezando para que lo haga... Pero nada.

Ni siquiera por trabajo.

« Es que está con ella », me susurra el diablo al oído, y yo me quiero matar. Y cuando estoy a punto de cerrar los ojos y hundirme en la tregua que sólo me puede otorgar el sueño, recibo un mensaje en el celu.

« ¿Es tarde para llamarte? »

Me siento en la cama y grito « ¡sí, sí, sí! » tan fuerte que Alejo asoma la cabeza en mi dormitorio para ver si me siento bien. Le hago un gesto con la mano para que se vaya, y mis pulgares se ponen a trabajar.

« Para llamarme no » , le respondo.

Al instante escucho « Uno » pero no atiendo hasta que dice « esperanza » , por cábala.

—Hola.



—¿Para llamarte no? ¿Es tarde para alguna otra cosa?

—Casi. Como no me dijiste más nada sobre la auditoría, estuve a punto de aceptar otro empleo —miento.

—Gabriela, te llevaste mis carpetas, mis estados de cuenta y mis balances... ¿Te queda alguna duda de que de verdad quiero que me audites?

Tiene razón. Pero no voy a admitirle que me molesta que no me haya llamado en todo el día por estar con... ella.

—Es que ayer quedamos en que me llamabas para...

—Lo estoy haciendo ahora. Estuve ocupado todo el día, y recién hace un rato pude acondicionarte un lugar para que trabajes cómoda.

—Sí, me imagino —le digo, mordaz. Yo ya sé en qué estuvo ocupado todo el día; no tiene que decírmelo y hurgar en la llaga.

—¿Me parece a mí o vos no estás con el mejor de los humores? —me increpa, y con razón.

—No estoy, es verdad.

—Una lástima, porque terminé temprano y quería invitarte al cine, función trasnoche.

¿Temprano? Son las doce menos cinco... La trasnoche empieza en exactamente treinta y cinco minutos. Este tipo está loco si cree que...

—Voy directo al cine, Andrés, si te parece —respondo mientras todas mis buenas intenciones de priorizar nuestra amistad se van al carajo. Sobre todo cuando me encuentro abriendo el cajón de ropa interior sin estrenar. No aprendo más.

—Dale. En el Hoyts del Punta Carretas Shopping a las... bueno, cuando llegues —me dice. Al parecer da por descontado que va a llegar primero... Yo le voy a mostrar que soy la « Señora Puntualidad », y que voy a recuperar cada una de mis virtudes para que me quiera, para que me adore, para que no pueda vivir sin mí.

Cuelgo y me miro al espejo. Todavía tengo el pelo mojado... Mierda.

Me lo alboroto, me pongo un poco de polvo, rímel, y brillo en los labios. Discreto pantalón negro, botinetas. Camisa también negra, chaqueta igual, de cuero, entallada... Parece que mi estado de ánimo no es el mejor, tal cual Andrés lo anticipó, y mi atuendo combina con él. Pero sin dudas mejorará ni bien lo vea, porque me muero de ganas de hacerlo.

Doce y diez... Tomo las llaves, la cartera. En el último segundo vuelvo sobre mis pasos y me saco los pantalones.

¿Qué estoy haciendo, carajo? Falda. Tengo que ir de falda... Elijo una negra, elastizada, por encima de la rodilla. Con estas botinetas de taco aguja de casi veinte centímetros me queda muy bien. Vamos, Gaby, estás de infarto. Nunca te arreglaste tan bien en tan pocos minutos.

De pronto todo está perfecto. El cuerpo, el pelo... La cara. Me acerco al espejo todo lo que puedo y me doy cuenta de que la culpa la tienen mis ojos, pero no sólo por lo que veo, sino por como brillan.

Me asusta, me gusta... No sé. Y no tengo tiempo para ponerme a reflexionar ahora. Salgo sin decirle nada a nadie, pero mientras voy en reversa por el jardín, veo a mi tía asomada a la ventana y creo adivinar una mueca de disgusto en su cara... Ella tiene razón y mi comportamiento es lamentable, pero no puedo evitarlo.

Llego al centro comercial y media en punto, y al cine faltando veinticinco para la una, y lo veo impecablemente vestido con las manos en los bolsillos, mirando la cartelera.

Me quedo parada observándolo... Y de repente se da vuelta y nuestros ojos se encuentran.

Uno, dos, tres segundos... Una media sonrisa se asoma a su rostro.

Se acerca despacio y me recorre entera con esos increíbles ojos castaños. Se lo ve cansado.

—Está todo empezado —me dice con voz ronca. —¿Vale la pena entrar?

Niego con la cabeza sin siquiera echar una mirada a la cartelera.

Entonces él me toma de la mano y nos vamos.

Lo sigo con dificultad pues sus pasos son mucho más amplios que los míos.

—Más despacio —le pido, desesperada.

Aminora la velocidad de inmediato, y entrelaza sus dedos con los míos mientras caminamos.

Los guardias de seguridad me miran descaradamente, y mi imagen se refleja y multiplica en cada vidriera. Me sorprende verme tan... rejuvenecida. Si hasta parezco de treinta.

El silencio es tan impenetrable en el shopping desierto de clientes, que tengo la necesidad de decir algo.

—Es tarde para casi cualquier cosa...

De inmediato replica.

—No para lo que tengo en mente.

Listo, ya está. Incendio, llamen a los bomberos, me morí.

Mis propios pensamientos se suceden uno detrás de otro, sin control. Un paso, una reflexión. Pero no son nada trascendentales, sino todo lo contrario. Demasiado prosaicas son.

*Menos mal que esta mañana volví a echar mano a la cera... Como suponía, Ferrero ni siquiera me miró las piernas, pero César sí... Y qué suerte que me puse bombacha nueva, negra y de encaje. Omití el protector diario y sólo espero que esto que estoy sintiendo entre las piernas no sea ni menstruación ni demasiada excitación, porque sino va a pensar cualquier cosa de mí... Igual va a pensar cualquier cosa después, porque con las ganas que le tengo... Por Dios... Tengo la boca seca y me tiemblan las piernas. Estos tacos no ayudan en nada... Estoy tan feliz que tengo ganas de whatsapparlo, twittearlo y facebookearlo de inmediato « Voya la cama con Andrés! ». Bendita noche. Qué feliz que soy...*

—¿Viniste en auto, verdad? —me pregunta cuando llegamos al parking, y al verme asentir, agrega: —Qué bien. Yo vine en taxi... Vas a ser mi chofer esta noche.

Subo al coche como en un trance.

—¿Adónde vamos? —pregunto sosteniéndole la mirada. Estoy poniendo en sus manos una decisión que siempre fue mía en otras ocasiones. Es decir, la respuesta definitiva siempre dependió de mí, y ahora lo hace de la respuesta de un hombre. Qué bajo he caído, pero cómo me gusta.

Respira hondo...

—Al faro de Punta Carretas. Es una noche preciosa...

Ah, bueno. No es lo que esperaba, pero no me voy a poner exigente. El tradicional « besódromo » montevideano, es apto para casi cualquier práctica en la oscuridad. El único requisito es empañar los vidrios lo suficiente... Allá vamos.

Por el rabillo del ojo veo como se quita la corbata que ya llevaba más que floja, y luego se pasa la mano por el pelo.

—No sé cómo podés manejar con esos zapatos—murmura, y yo sonrío porque ahora tengo la certeza de que no eran ideas mías, y de verdad me recorrió de la cabeza a los pies.

—Cuestión de práctica —replico.

—¿Te adaptaste al coche de cortesía?

—De inmediato. Me encanta y creo que será mi próxima adquisición.

—Espero que no sea en la automotora Posadas —dice, volviendo el rostro hacia mí.

Aprovechando que estamos ante un semáforo en rojo, lo miro.

—Hoy me desvinculé de todo eso... Y no pienso volver en calidad de nada, te lo aseguro —afirmo, convencida.

Lo veo alzar las cejas, y luego sonrío.

—Bien. Hay otras... automotoras. Sólo tenés que fijarte que el coche que vayas a comprar, tenga el famoso sistema *start-stop* que te permite ahorrar combustible pero te hace mierda el arranque...

Muevo la cabeza y sonrío también. Y estaciono en el sitio más oscuro que encuentro... Me muerdo el labio y lo miro.

—Lo principal es... —le digo mientras me suelto el cinturón de seguridad. — ...que tenga cómodos asientos... —continúo, mientras deslizo el mío hacia atrás. —... y que sean reclinables... — completo, sensual, mientras procedo a hacerlo lentamente. Giro esa rueda tan despacio como puedo, pero él no hace lo mismo.

No entiendo nada. ¿No vinimos a eso? ¿La idea no era matarnos a besos, tocarnos por todos lados, y quizás más?

—Lo principal es que te lleve adonde necesitás ir, Gaby —replica, serio, y mis castillos en el aire se desploman de pronto.

De pronto me siento incómoda, turbada. Como la mierda, vamos.

Está claro que sus intenciones no son iguales a las mías, y que sus deseos tampoco.

Me quedo sin palabras, no sé qué decir. Mi aguda lengua se paraliza y ahora la siento seca y pastosa. No esperaba este balde de agua fría en un lugar tan caliente como este... ¿Para qué me hizo conducir hasta acá? No lo entiendo...

Ni quiero entenderlo porque ahora me importa otra cosa. Lo veo echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos. No sólo lo noto cansado, sino también triste, hastiado...

—¿Qué te pasa, Andrés? —pregunto preocupada.

Traga saliva y el movimiento de su nuez de Adán me causa tanto calor, que tengo ganas de abrir la ventanilla.

—¿Qué me pasa? —repite, y su voz es casi un susurro. Inspira profundo y luego me dice: —La vida que no me da tregua, eso me pasa.

Sus ojos permanecen cerrados y por un momento me siento tentada de acariciárselos, y también su frente para borrar esas arrugas que se acaban de formar en ella.

Pero antes de que pueda decir o hacer nada, los abre y me mira.

—Te pido disculpas, Gabriela. Por traerte acá y jugar con tus... emociones, cuando yo ya sabía que hoy no valgo un carajo. La cuestión es que necesitaba verte, y en lo posible que fuera en un lugar oscuro, porque lo que quiero es que me abracés. Y que sea un largo rato...

Tengo un nudo en la garganta y me muero por saber, pero ahora voy a darle lo que necesita. Le daría lo que me pidiera en este instante, lo juro.

Me inclino y le suelto el cinturón. Y sin decir una palabra, le tiendo los brazos y él se refugia en ellos.

Su perfume y su contacto hacen estragos en mi cuerpo. Aprieto los dientes, y relajo el corazón... Le acaricio la nuca, despacio, sin ninguna intención de cama en el gesto. Le doy un beso en el pelo...

Él sólo respira acompasadamente junto a mi oído, y yo me dejo llevar por el momento y susurro conmovida:

—Podés quedarte a vivir entre mis brazos, Andrés. Y ojalá pueda darte la mitad del consuelo que vos me diste a mí.

Una eternidad después, comienza a desprenderse lentamente y sus ojos se encuentran con los míos.

—Te tomo la palabra. Me refiero a lo de quedarme a vivir...

Ahora la que traga saliva soy yo, porque su aliento perfumado se introduce en mis sentidos, y

comienzo a pensar que debí ofrecerle un lugar entre mis piernas también.

Estamos cerca, demasiado cerca para mi precario estado de salud, porque la emoción me desborda el alma y las ganas que tengo de besarlo están acabando con mi cuerpo.

Pero me importa más lo que él siente, así que no espero más y le pido que me cuente.

—¿Qué fue lo que te pasó que te dejó tan mal?

Pestañea un par de veces y luego vuelve a su lugar.

—Te dije que tenía un hijo... Nacho no me habla desde hace un año. No es sordo como Pau, simplemente no me dirige la palabra desde que su madre murió. Hoy estaba especialmente depresivo, y no paraba de llorar. Ni siquiera pudo ir al colegio...

Hace una pausa, pero yo lo impulso a seguir con mi mirada, a pesar de que mi corazón late descontrolado por lo que me acaba de decir.

—No sé qué hacer, Gaby. La terapia no ha logrado nada, está en las mejores manos y no avanza... —otra pausa; yo en silencio, y él sigue: —Intentó matarse una vez... Lo encontré en la terraza del edificio una madrugada, parado en el borde de la cornisa.

Y ahí no puedo evitar un jadeo ahogado.

—No...

—Y lo peor de todo es que me doy cuenta de que tiene que ver conmigo más que nada... Es algo que va más allá de echarme la culpa porque la madre condujo su camioneta cuando no estaba ni remotamente en condiciones de hacerlo...

Tampoco puedo evitar la pregunta que se escapa de mis labios sin permiso:

—¿Ella fue la que se estrelló en la cabecera del puente?

Asiente, despacio.

—Pensé que te referías a tu madre... No sé por qué. Quizás di por sentado que eras casado...

—Mi madre está viva, y si no fuera por ella y por el viejo, no sé qué hubiese sido de Nacho y de mí.

Quiero ir más allá, así que continúo preguntando:

—Me dijiste que no estaba en condiciones de manejar...

—Igual que vos, el otro día.

—Sí... Y entiendo tus motivaciones para hacer lo que hiciste por mí. Andrés, no quiero que te hagas daño recordando, pero si me querés contar qué pasó, me gustaría mucho escucharlo.

Me toma la mano y otra vez inspira profundo y saca el aire de a poco.

—No fue la única que murió en ese choque. Tenía treinta y nueve años e iba con la bebé en su silla, atrás.

Ahora entiendo el porqué de esas largas inspiraciones porque yo me veo obligada a hacer lo mismo. Me aprieta la mano con fuerza, y luego continúa.

—... Tenía un mes de nacida. Se llamaba Clara... Habían internado a Mariana porque desde que volvió del sanatorio luego de dar a luz, se sentía mal. No comía bien, no dormía bien. Le dolía muchísimo la cabeza... Una mañana se fue con la bebé al médico y ya no la dejaron volver. Le hicieron muchos estudios y Clara permaneció junto a ella para que la amamantara. Cuando se sintió mejor, le dieron el alta mientras esperaban los resultados, y no se le ocurrió mejor idea que volverse manejando su camioneta...

Tiene los ojos llenos de lágrimas. Lo sé aunque no me mira...

—Me llamó para decirme que podía irse y yo... Estaba terminando un almuerzo de trabajo y le dije que en media hora estaba ahí, que me esperara... En el camino, me cerró el paso Arturo con su auto, y me obligó a bajar del mío. No quería que llegara al puente y viera la camioneta quemándose... Casi me muero cuando me lo dijo, Gaby.

—Andrés...

—No me siento culpable por eso... Tal vez por otras cosas, pero no por eso. Dos meses después, su médico me llamó y me dijo que tenía un tumor en el cerebro y no hubiese sobrevivido más de seis meses... No le dije nada a Nacho. Igual, él no había vuelto a ser el mismo desde ese día de mierda... Cuando le dije lo de su madre y su hermana, gritó como un loco y destrozó cuanto encontró en el camino. Y luego dejó de hablarme y nunca supe por qué.

—¿Le preguntás y no te contesta?

—Sí. Les habla a mis padres, de hecho vive con ellos ahora. Le va relativamente bien en el colegio... No sé qué es.

—No puede echarle la culpa por un desacierto de su madre...

—No creo que lo haga. Lo último que me dijo fue: « vos querías que se murieran las dos ». Eso me hizo mierda, Gaby... El matrimonio con Mariana estaba terminado desde hacía un tiempo, pero que mi hijo me acusara de desearles la muerte...

No puede terminar. Se cubre la cara con las dos manos, y así permanece por unos segundos. Cuando levanta la cabeza puedo ver que no estaba llorando, pero que igual está destruido anímicamente. Sin embargo, decide pasar raya porque me dice:

—Basta de terapia por hoy, que es tarde...

—No para lo que tengo en mente —le digo decidida al tiempo que le agarro la cara con las dos manos como la otra vez, y antes de que pueda reaccionar lo beso en los labios con mucha ternura. Lo siento tensarse, y me apresuro a aclararle:

—No tengas miedo... No te voy a hacer nada; eso fue parte de la terapia.

Nos miramos a los ojos. Estamos tan cerca que me estoy quedando bizca.

—Gaby, tengo miedo al futuro y eso se llama incertidumbre. Y tal vez un poco de miedo a mí mismo. Pero a vos... no. Jamás podría tenerte miedo.

—¿A vos mismo? ¿Y eso cómo se entiende?

—Fácil —susurra cerrando los ojos. —Te estoy contando el drama de mi vida, y basta que me toques para que se me olvide todo, y lo único en lo que pueda pensar es en llevarte a la cama —murmura.

Quiero soltarle la cara pero mis manos no me obedecen... Le acaricio las comisuras de los labios con ambos pulgares, esperando. Está claro que la decisión depende de él, ahora más que nunca, pero no dice nada. La que habla soy yo, entonces.

—Andrés, tengo claro que para vos es importante llegar a la cama con fuertes sentimientos de por medio. No te voy a presionar...

Y lo que responde, hace que le suelte la cara como si me estuviese quemando.

—Entonces no puede pasar nada, Gabriela —me dice, tirando del cinturón de seguridad para abrochárselo. —No quiero retenerte más, es tarde.

Pestaño para alejar las lágrimas. No quiero llorar... Me acaba de decir que no siente nada por mí. ¡Nada! No me dice que no se va a acostar conmigo, sino que no me quiere.

Trato de justificarlo, diciéndome que lo que me acaba de contar lo ha dejado por el suelo, pero no tengo mucho éxito. No tiene caso que me mienta a mí misma; él fue muy claro y no hay lugar para dos lecturas.

Es tan extraño... Hace un par de semanas, que un hombre no me quisiera, sino que me deseara, era un requisito imprescindible para fijarme en él. Y ahora me encuentro deseando desesperadamente que Andrés me quiera... Soy capaz de resignar cualquier cosa por contar con eso, y no me reconozco en esta posición. Tendría que mandarlo a la mierda, pero no puedo, primero porque no se lo merece después de todo lo que ha hecho por mí, segundo porque no está pasando un buen momento, y tercero... porque no puedo vivir sin él.

Así que seguiré esperando. Trabajaré para él y haré lo posible para que se enamore de mí. Si tengo que competir con la Malena esa, echaré mano a mi faja para parecer anoréxica y me pintaré la trompa de rojo, pero no quiero ni puedo salir de la vida de Andrés ni alejarlo de la mía.

Y si me toca ser la amiga, o la empleada, lo voy a aceptar.

Me muero por ser su amante, carajo. Sólo de pensar en la cara que pondrá al acabar, me dan ganas de decirle que nos saquemos las ganas, que se olvide de sus principios, que viva el momento. Pero la paradoja de la vida es que si uno intenta vivir como si este fuera el último día, querrá hacer cosas que mañana lamentaría... Y esas cosas son las que hacen que valga la pena morir por ellas.

Enciendo el desempañador, y a medida que se aclara la visión puedo distinguir una pareja comiéndose a besos en su pequeño escarabajo. Siento envidia, de la mala. De la peor... Andrés hace como que no los ve, y yo retrocedo y tomo el camino de regreso.

Conduzco filosofando, y sangrando por la herida que él acaba de abrir en mi alma. ¿O será en mi autoestima? No me deja pensar en eso, porque me indica de pronto:

—Pará acá...

—¿Acá? Pero si ni siquiera agarramos la rambla...

—Me voy a tomar un taxi, porque te estaría desviando un poco. Te espero mañana de tarde en el restaurante... Traé las carpetas, que ahora tenés un lugar relativamente cómodo para trabajar y no hay necesidad de seguir cargando documentos. Ah, y no te olvides de ir a buscar tu auto, que hoy llamaron para confirmarme que está listo —me dice, al tiempo que desciende.

—Está bien —murmuro, indiferente, aunque sé que no puede oírme. No fue capaz siquiera de darme un...

Ay, Dios... Me besa, sí, y cómo me besa... Me toma por sorpresa, metiendo la cabeza por mi ventanilla. ¿Tan rápido rodeó el auto que ni lo vi? Pero no me importa... ¿Quién puede pensar en algo con esa lengua en la boca? Me está tirando el pelo, y compruebo asombrada que eso que nunca me gustó, ahora y con él, me encanta.

Abro más los labios, y le doy mi lengua también. Entra y sale, y se enlaza con la suya. No puedo creer lo excitada que estoy sólo por probar qué gusto tiene su saliva una vez más. Me enloquece, debe tener sustancias adictivas porque quiero seguir así, con su mano en mi pelo, y su boca en la mía, hasta que nos quedemos sin aire...

Bocinas, y más bocinas detrás de nosotros. ¿A quién se le ocurre andar en la calle a esta hora? Qué barbaridad...

Logran lo que querían, los muy bastardos. Andrés me suelta y da un paso atrás mientras se pone ambas manos en los bolsillos. Me basta una mirada para darme cuenta del porqué, y me sonrojo como una nena a la que agarraron en una travesura.

—Hasta mañana —me dice, serio.

—Hasta mañana —respondo, y arranco a toda velocidad para que no note mis mejillas al rojo vivo.

Cuarenta minutos después me meto en la cama, temblando.

Estoy helada por fuera, pero por dentro soy puro fuego.

Llueve a cántaros en este mediodía montevideano, y yo me dirijo al restaurante de Andrés. Mi auto quedó muy bien, como si no le hubiese pasado nada. Las cien lucas verdes fueron acreditadas en mi cuenta sin problemas. Alejo salvó un parcial en la facu, y *Carminhade* « Avenida Brasil » está pagando con lágrimas todo el mal que hizo.

Pero yo no estoy contenta, no señor. Y todo por culpa de él.

Anoche su beso me hizo olvidar que no me quiere... Tal vez me desea, y tal vez consiga que nos acostemos, pero no me quiere.

Soy como la gata flora... ¿No era lo que más quería? Me dijo que estaba a punto de sucumbir, que sólo me basta tocarlo para hacerlo pensar en llevarme a la cama, pero resulta que ahora quiero que me quiera, carajo.

¿Soy demasiado pretenciosa? La foto de Malena que está en la puerta del restaurante me grita que sí. Carajo.

« Hoy canta: Malena Garcés » .

Disimulo el malestar que ese poster me produce. La odio, de verdad la odio. Por algo se siente con derecho a mearle alrededor... Algo hay entre ellos, o al menos lo hubo. O tal vez existen aspiraciones para que ocurra algún día.

El restaurante abre después de mediodía, y hasta la noche funciona como café. Está lleno de gente elegante... Ejecutivos reunidos. señoras paquetas compartiendo un té con amigas.

Una mierda. ¡Qué mal humor que tengo, por Dios! Y todo porque Andrés no me quiere, o quiere a Malena, o sólo me desea, o la desea a ella... Si esto no es un síndrome pre-menstrual es que me estoy volviendo loca.

Golpeo en la oficina de Andrés y cuando escucho su voz, me derrito.

Abro y lo encuentro con Arturo... No me gusta nada este tipo, Y menos me gusta cuando me saluda con demasiada efusividad. Después de lo que me dijo el otro día en el pasillo, eso suena más falso que dólar ruso, pero lo dejo pasar.

Cuando nos quedamos solos, Andrés me señala un escritorio junto a la ventana.

—Acá vas a poder trabajar cómoda, Gaby.

—¿Acá? ¿En tu oficina?

—Creo que es lo suficientemente grande para los dos. Ese armario está a tu disposición y podés pasarle llave —me dice. No sé qué cara estoy poniendo, pero él me mira y frunce el ceño.

—Ah.

—¿No te gusta? —pregunta, preocupado.

No es que no me guste, eso está claro, porque es precioso tanto el mobiliario, como el espacio. La oficina es grande, y seguramente estaré muy cómoda, pero me intriga el motivo por el cual, habiendo tantas habitaciones que desembocan en este pasillo, no haya podido liberar alguna para mí. O ubicarme en la oficina de Arturo... Sospecha de él, no tengo dudas.

Me gustaría conocer cuáles son sus hipótesis para saber dónde buscar, pero no le voy a preguntar, por ahora.

—No es eso... Andrés ¿por qué me ubicás acá, contigo?

—No tengo otro lugar.

—Mentira —replico, desafiante.

Me mira con los ojos entrecerrados... Las arrugas de su frente se hacen más profundas.

Y lo que hace después, me asusta. Al menos al principio...

En dos zancadas lo tengo junto a mí. Me agarra las manos con fuerza, me obliga a retroceder hasta quedar contra la pared, y las levanta sobre mi cabeza, inmovilizándome. Jadeo, sorprendida, y el corazón me late tan fuerte que puedo escucharlo. Parece un tambor descontrolado.

—Vos sabés por qué —me dice y su boca está tan cerca que si quisiera podría lamerle los labios sin siquiera moverme.

—No, no lo sé —le digo, provocadora.

—Claro que lo sabés...

Nos miramos, jadeando como locos.

Y luego me come a besos. No es uno, son varios. Uno detrás del otro... Es como si tuviese hambre de mi boca.

No me puedo mover, y tampoco quiero, pero mi cuerpo se revuelve contra mi voluntad y sale al encuentro del suyo con desesperación.

Entonces comienza a recorrerme el cuello y cuando llega a mi oído, me lo dice.

—Quiero tenerte cerca, Gaby. Quiero mirarte todo el día...

Y me suelta. Cuando llega a la puerta, murmura algo que suena a « perdón », y se va. Me deja al borde del colapso, con la mano en el pecho para contener el loco palpitar de mi corazón, los sentidos exaltados, y las emociones a flor de piel.

Aunque suene increíble, luego de esa declaración no aparece en todo el día. Trabajo como una autómatas hasta pasadas las ocho, y cuando estoy a punto de irme, entra en la oficina.

Me quedo con la boca abierta... Se lo ve imponente con ese traje color grafito, camisa blanca y corbata negra. Sus zapatos son de la mejor calidad y brillan tanto que puedo verme reflejada en ellos.

Me gusta tanto que temo por mi propia salud. Trato de no seguir mirando, pero no puedo...

—¿Qué pasa? —pregunta alzando las cejas.

Sacudo la cabeza con demasiada energía mientras me paro y agarro mi cartera.

—Na... Nada. Ya me voy...

No dice ni una palabra. Camina delante de mí y abre un cajón de su escritorio mientras saca el celular del bolsillo y lo pone ahí.

—Esperá. Tenemos que hablar de tus honorarios.

Sigo juntando mis cosas.

—Andrés, no te voy a cobrar así que no insistas. Te voy a facturar si eso te hace sentir más cómodo, pero no tenés que pagarme —le digo, decidida.

—Me vas a facturar y te voy a pagar —dice con una firmeza que no admite réplica. — Además, me gustaría que Paulina tomara clases en la escuela... Me dijo Leopoldo que le encanta la



cocina.

—Sí, así es —le confirmo con una sonrisa.

—Bueno, tiene una beca para cuando quiera empezar —anuncia como si nada.

—¿En serio? —inquiero, maravillada. No me esperaba algo así. Escuchar cualquier novedad que pueda hacer feliz a mi hija, es música para mis oídos. —No sé cómo agradecerte... Bueno, ahí tenés. Deuda saldada...

—Son dos temas diferentes, y ya lo vamos a hablar más tranquilos. Gaby, antes de irte, quiero que veas algo. O mejor dicho, que escuches. Seguime por favor...

Obedezco, intrigada. Y cuando llegamos al salón la voz de Malena lo embellece todo de tal forma, que no puedo evitar sentirme una cucaracha a su lado. Porque no es solo su voz, es también su impecable presencia en el pequeño escenario...

Me siento fuera de lugar con esta ropa de calle entre gente tan elegante y no entiendo por qué Andrés me está haciendo pasar este mal momento, pero cuando intento decirle algo, no puedo hacerlo.

Él me gana de mano.

—Quedate acá y escuchá —murmura y de inmediato sube al escenario, micrófono en mano, que no sé ni de dónde sacó.

Y canta.

A dúo, con Malena. Me quiero morir...

Me debato entre el asombro y la desesperación, al verlo junto a ella armonizando tan bien. Duele, duele mucho.

Comparten talento... ¿Comparten algo más, también? No quiero ni pensarlo, y trato de concentrarme en la maravilla de esa voz potente, hermosa, varonil...

« *Malena canta el tango/como ninguna/y en cada verso pone/el corazón* », entona, y yo crispo los dedos en torno a la correa de mi bolso. Quiero aplaudir como todos, pero no puedo porque estoy paralizada.

Y cuando la toma de la cintura y dan unos pasos de tango encima del escenario, de verdad me quiero morir. No soporto más...

Me voy en silencio, sin que él se dé cuenta, sin que nadie lo haga. ¿Quién va a reparar en esta mujer gris cuando hay tanto color para admirar? Antes de subir al auto miro por la ventana, y de lejos solo puedo distinguir la boca roja de Malena, a juego con su vestido...

Apago el celular y prendo la radio. Busco un rocanrol furioso, estridente, para olvidarme de la sensualidad de la escena que acabo de presenciar.

Me duermo cansada de tanto llorar, y me desconozco. Es la primera vez en mi vida que alguien me destroza el corazón y no se siente nada bien. Sólo espero no soñar con ese sádico hijo de puta al que estoy queriendo tanto...

Duele. Ay, cómo duele...

Me despierto con la misma pena que anoche, y no es una pena de bandoneón como dice el tango que Andrés cantó junto a Malena.

Esta pena no es metáfora, pero voy a espantarla de mi día como si fuese un insecto, en este mismo instante. Me pego una ducha rápida, y me pongo una calza deportiva y zapatillas. Una campera con cierre en diagonal, y una gorra Adidas completan mi atuendo... Voy a correr como nunca para despejar la cabeza y sanar mi alma. Cuando prendo el celu para seleccionar la música que me va a acompañar en el ejercicio, se escucha fuerte y claro el tono de Andrés.

Corto sin pensarlo dos veces y me pongo los auriculares, mientras compruebo con asombro que tengo once llamadas perdidas. Y ahora una más, que no me animo a descartar.

—Hola.

Escucho un resoplido al otro lado de la línea y no sé si es de rabia, o de alivio.

—Tenías el celular apagado —dice Andrés con voz calmada.

—Quería descansar.

—¿Por qué te fuiste así, Gabriela?

—Quería descansar —repito, impertinente.

Un nuevo resoplido me hace temer el estar tirando demasiado de la cuerda.

—Estas cosas me alteran... —murmura, y de verdad admiro su sangre fría al tolerarme, pero no tengo filtro el día de hoy.

—¿Ah sí? Qué pena. Pena de bandoneón, por supuesto —ironizo recordando mi primer pensamiento al despertar. —Se veían tan lindos juntos en el escenario cantando, enlazados... Conforman una pareja maravillosa, en serio —replico, y me odio por mostrar mis celos sin pudor alguno.

—Te estás portando como una caprichosa de mierda, *en serio*. —se burla el muy hijo de puta. —Y yo admiro mi propia paciencia —agrega.

¿Caprichosa de mierda? Así me decía mi papá, y tampoco me caía muy bien que digamos. Más bien me sentaba pésimo, pero no decía nada.

Con este no me pienso quedar callada. Necesito lastimarlo como él lo hizo conmigo, al refregarme por la cara lo bien emparejado que está con la Malena esa. Lo hizo a propósito y no pienso perdonarlo.

—Ahora entiendo por qué tu hijo no te habla.

No termino de decirlo y ya estoy arrepentida. Escucho su respiración al otro lado de la línea, e inspiro profundo esperando la réplica que me merezco. Pero nunca llega.

—Perdoname. No quise decir...

—No importa.

Me desespero como nunca.

—De verdad, Andrés, te pido perdón por...

—Sí, claro. Por teléfono es fácil ofender y luego pedir perdón ¿no? A ver, vení y decímelo en la cara si es que podés. Quiero saber si tenés los ovarios necesarios para bajar el copete y disculparte personalmente, Gabriela —dice, más calmado que yo, sin dudas.

—Lo voy a hacer... Esta tarde, yo... —comienzo a decir, pero no logro terminar porque él me interrumpe.

—No. Ahora... No voy a ir al negocio esta tarde.

—¿Ahora? ¿Personalmente? —pregunto, nerviosa.

—Rambla República de Madagascar esquina Portugal. Edificio Tritón. Pent-house —es todo lo que dice. Y luego corta la comunicación.

Me quedo mirando el teléfono con los ojos llenos de lágrimas... Y luego tomo mis documentos y me subo al auto, como una autómatas, destruida. Conduzco completamente convencida de que esta puta costumbre de boicotearme, me va a terminar matando.

Me abre la puerta en jeans, camiseta gris de algodón, y descalzo. A pesar de lo mal que estoy, se me hace agua la boca.

—Pasá.

—No es necesario. Sólo quiero decirte que...

—Pasá, Gabriela.

Le hago caso... ¿Qué puedo hacer?

Miro a mi alrededor, asombrada. Qué lugar más lindo. Todo está perfectamente ordenado, prolijo. Nada que ver con mi casa que parece Sarajevo luego de la guerra.

Todo es blanco y crema. Precioso, simplemente precioso. Pero yo vine a otra cosa, y lo voy a hacer antes de que pierda el valor.

—Andrés... Eso que dije, en realidad no lo pienso. Quería lastimarte de alguna forma —confieso, sincera. No lo planeé pero por alguna razón me salió así.

—¿Por qué? —pregunta frunciendo el ceño. De verdad no se da cuenta, o es un excelente actor. O confirma mi teoría de que es sádico y quiere verme en apuros y avergonzada.

Trago saliva dos veces. Tengo la boca seca... Me siento tan mal. Aquí estoy vestida peor que nunca, en este departamento espectacular, humillándome ante el hombre que me tiene al borde de la locura.

Me encojo de hombros, y me esfuerzo por no balbucear las incoherencias que me vienen a la mente en este instante.

La verdad, mi única salida es la verdad.

—Me molestó verte con ella, así de bien... Es una estupidez de mi parte estar celosa, lo sé. No tenemos nada vos y yo, así que no tengo por qué sentirme así... Lo cierto es que no disfruté de oírte cantar porque estaba ciega y sorda por esos... celos —admito, compungida, pero también aliviada.

Se sienta en el posabrazos de un sofá, y parece haber recuperado sus modales porque me hace un gesto para que yo también tome asiento.

Lo hago en el mismo sillón, a más de un metro de él.

—Difícil de creer —me dice calándose los anteojos y luego cruza los brazos sobre el pecho.

¿Qué quiere decir con que es difícil de creer? No lo entiendo.

—Creelo porque es así. Sé que suena horrible porque soy una mujer madura comportándose como una adolescente... Andrés, no me mires así. Te estoy abriendo mi corazón... —murmuro casi suplicante.

—Hay algo más —insiste.

Por supuesto que lo hay. En ningún momento me dijo que me despreocupara, que entre Malena y él no pasaba nada... ¡Y yo pretendiendo su amor! Qué estúpida, qué ilusa.

—¿Qué puede haber? ¡Nada! Vos no sentís nada por mí, es evidente. Las ilusiones me las hice sola...

—Que yo no siento nada por vos... —repite, y las arrugas de su frente se hacen más pronunciadas que nunca.

Parece no recordar ni sus palabras ni su actitud de anoche, antes de despedirse con ese beso inesperado.

—Sí. Es lo que me dijiste ayer ¿o no? —pregunto mirándolo a los ojos.

—No —replica, categórico. —Y no entiendo por qué interpretaste eso...

Ah, no. Se está burlando, no hay duda.

—¿Estás jugando conmigo? Cuando te dije que no te iba a presionar porque sabía que preferías que hubiese sentimientos fuertes antes de ir a la cama, me dijiste que no iba a pasar nada, entonces. ¿O no?

Y de pronto parece entender. Por un momento permanece mudo e inmóvil, pero luego se saca los anteojos y los deja en una mesita lateral.

—Vení —me dice mientras me tiende la mano.

Obedezco, por supuesto. Va a ser mejor que me lo diga sin eufemismos, así me termino de

desilusionar.

—No intentes suavizar la verdad para no lastimarme —le pido, de pie frente a él, que permanece sentado en el posabrazos.

Estamos a la misma altura, y no deja de mirarme a los ojos.

Es tan grande la tensión que me cuesta respirar.

—Gaby, cuando dije eso estaba pensando en tus sentimientos, no en los míos. Yo no tengo dudas de lo que siento por vos, y te puedo asegurar que es algo fuerte...

Mis oídos no pueden creer lo que estoy oyendo. Se refería a los míos... Es decir, su inseguridad se refería a mí, no a él. Increíble...

—Andrés... —murmuro, temblando.

Y él continúa hablando:

—Me da bronca desearte tanto, como para olvidarme de que el sexo por simple calentura, hace mucho dejó de interesarme... Cuando me lo recordaste, pensé en que lo que sentías por mí no era lo fuerte que yo hubiese deseado, así que descarté esa posibilidad.

Entonces se lo pregunto. Me animo y lo hago...

—¿Qué sentís por mí, Andrés?

—Estoy enamorado de vos.

El mundo desaparece por completo. La cabeza me va a mil, y el corazón también... No sé qué decir. O mejor dicho me muero de ganas de gritarle que a mí me pasa lo mismo y lo voy a hacer.

No me da la chance... ¡No es necesario! Mi mirada lo expresa todo.

Me agarra de la cintura y me sitúa entre sus piernas como lo hizo en su oficina. Estoy mareada y me muero de calor. Todo ocurre como en cámara lenta...

—Que no te queden dudas, porque yo no las tengo —es lo último que me dice antes de besarme.

Después de eso, se adueña de mi alma y ya no puedo pensar, porque mi corazón repite su nombre una y otra vez: Andrés, Andrés, Andrés...

¿Será que la perfección realmente existe? ¿Es posible tanta sincronía entre dos personas? Una increíble consonancia entre el pensar, el sentir, el decir, el hacer... Sencillamente, estar con él fue la gloria.

Conocer la maravilla de hacer el amor a esta altura de mi vida es un regalo que no puedo dejar de agradecer.

Le abrí mi piel a Andrés, pero también le abrí mi corazón. Y descubrí que él tenía razón: no hay como hacerlo con alguien que te provoque sentimientos fuertes, además de ganas.

Lo que vivimos superó todas mis expectativas, y terminó reconciliándome con la vida, con el amor, con el sexo, con los hombres.

Fue tan mágico como caliente... ¡y cómo lo disfruté!

Al principio no creí que fuésemos a terminar en la cama, y acerté. No fue ahí, sino en el mismo sillón donde estábamos sentados momentos antes.

Todo empezó con ese beso que derribó todas mis reservas y barrió con cada una de mis dudas. Fue interminable, sensual, húmedo... Tierno y ardiente, me dejó sin aire, y la sensación de mareo se intensificó cuando por fin lo dejamos y nos miramos a los ojos.

Y luego ocurrió.

Andrés se paró, y muy despacio me soltó el pelo. Tiró la gomita al suelo, y bajó el cierre de mi campera deportiva...

Me la sacó, y también fue a parar al suelo. Me quedé conteniendo la respiración, mientras él volvía a instalarse en el posabrazos para quedar a la altura exacta de mi boca.

Volvió a besarme, pero no me tocó. Yo me moría por sus manos en mis tetas, pero lo que hizo fue levantarme la apretada camiseta de algodón, y descubrir sólo mi vientre.

Su mirada se concentró primero en mi ombligo. Lo vi moverse, descender del posabrazos al sillón, y sentí su cálida respiración en mi piel. Por un momento se me cruzó por la mente que valió la pena el gimnasio y la dieta, sólo por mostrarle a él el resultado.

Me acarició con el dorso de la mano y a mí se me aflojaron las piernas...

Pero lo que sucedió luego, directamente me hizo tambalear y tuve que afirmarme en sus hombros para no caer. Andrés me bajó la calza y la bombacha hasta las rodillas en un solo movimiento, rudo en extremo pero nada agresivo, tomándome completamente por sorpresa.

Apoyada en él, de pronto me encontré desnuda y con mi sexo frente a su cara. Cerré los ojos, muerta de vergüenza ante esa clase de exposición, pero también muy excitada. Y cuando los abrí me encontré con su mirada fija en las reacciones de mi rostro, no en mi vulva.

Sólo cuando se aseguró que yo lo estuviera observando, es que bajó la vista para mirarme ahí... Ay, Dios. Me sentí morir, pero me gustó tanto...

Cuando lo vi acercarse, mis dedos se crisparon en sus hombros, y lo solté porque tuve miedo de lastimarlo. Suspiró, más bien jadeó. Y luego frotó su mejilla, su boca y su nariz por mi pubis. Una y otra vez, mientras mis gemidos subían el tono cada vez más.

—Por favor... —murmuré sintiendo que me iba a desmayar, y sin saber muy bien qué es lo que estaba rogando. Igual no me hizo caso.

Sus manos se cerraron sobre mis nalgas, separándolas, mientras decía con una voz que jamás había escuchado antes:

—Esto es un culo de mujer. El culo más sensual del mundo... Me moría de ganas de tenerlo así entre mis manos. Y también de verlo... ¿Me lo vas a mostrar, Gabriela? —preguntó alzando la mirada.

Asentí con la cabeza, porque no podía hablar.

Entonces me bajó la calza, arrastrando las zapatillas y las medias para poder terminar de sacarlas. Me quedé desnuda de la cintura para abajo, y no opuse resistencia cuando me tomó de las caderas y me obligó a darme vuelta.

—Ah, Gaby... Tenés hoyuelos al final de la espalda. Tu cuerpo me vuelve loco —murmuró al tiempo que me los cubría de besos. Los mordiscos fueron más de lo que pude soportar. De verdad, fue demasiado para mí y giré, trastornada por completo.

—Si seguís así me vas a matar... —le dije casi sin aire. Parecía que hubiese corrido una maratón.

Entonces se paró y me abrazó. Hundió su cara en mi cuello y aspiró.

—Y encima olés tan bien... —me dijo. —Sos hermosa, y no sólo cuando te reís o estás enojada. Siempre lo sos, Gaby. Siempre...

Me lo dijo de una forma tal, que estuve a punto de creerle.

Después, todo se precipitó.

Hizo que me tendiera en el sillón y me levantó las piernas con los tobillos juntos. Un dedo se deslizó lentamente por mi vulva haciéndome retorcer. Cuando él me tocó, pude darme cuenta que estaba mojada, y no tuve que abrir los ojos para sentir su mirada allí.

Un dedo se transformó en dos, y mojada se convirtió en empapada. Así de simple...

Cuando retiró la mano, lo hizo para separarme las piernas, y ahí fue que lo vi. Se veía tan bien, tan macho, tan obscenamente primitivo que casi acabo sólo por contemplar su rostro. Continuaba igual de vestido, pero era tan prominente su erección que pensé que debería dolerle el estar así. Se quedó quieto con mis tobillos en las manos mientras su mirada me recorría.

Nunca estuve más expuesta, y a pesar de todo no había rastros de incomodidad en mí. Me sentí tan hermosa bajo su mirada, tan deseada, tan suya... Mi cuerpo entero era una ofrenda que él terminó por tomar.

—El único sexo seguro es el que se hace con amor —dijo despacio. Y luego se bajó el cierre, liberó su pene y se introdujo dentro de mí.

Así nomás, sin condón ni nada...

Por un momento me tensé. ¿No tenía miedo? Yo le creí cuando me dijo que hacía dos años que no lo hacía, pero él sabía que César y yo...

Siempre uso condón; aun teniendo el *DIU*. Estaba orgullosa de lo prolija que fui toda la vida en esas cosas, pero esta vez le permití a un hombre que me penetrara sin protección. Me di cuenta antes de que lo hiciera, y no hice ningún movimiento para impedirlo... Me desconocí por completo, y hasta llegué a asustarme, pero igual lo dejé hacer y mi cuerpo salió a su encuentro cuando lo sintió abrirse paso.

Lo que pasó luego no se puede definir con palabras; es algo que se puede entender si una lo ha vivido. Sólo puedo decir que todo encajó a la perfección, y dejamos de ser dos personas para convertirnos en un par de amantes.

—¿Ahora entendés cual es la diferencia entre coger y hacer el amor, Gaby?

—Sí... —susurré estremecida.

—Es la misma que hay entre coger y cogerte a vos... —murmuró sobre mis labios y se quedó con mi corazón para siempre.

Nos movimos juntos una y otra vez, jadeando como animales, con los rostros contorsionados y los cuerpos convulsos hasta que el mundo estalló, y nos fundimos en el más absoluto de los placeres.

Y cuando éste se disipó, por primera vez en mi vida sentí que tener encima el cuerpo de un hombre, no tenía por qué sentirse como un fardo.

Me hubiese quedado la vida entera así, con Andrés adentro, con Andrés arriba, con Andrés... simplemente con Andrés.

Pero él se incorporó apoyado en los antebrazos, y me miró como si yo fuese la octava maravilla. Sonrió de una forma... Me llenó la cara de besos.

—No puedo creerlo...

—¿Qué es lo que no podés creer? —pregunté con el ceño fruncido.

—Esto... Estar dentro de usted, Contadora. Su vagina está empecinada en retenerme y no pienso resistirme.

Era cierto... Me empeñaba en contraer mis músculos para que no se retirara, pero el hecho que me tratase de usted y en la misma oración usara la palabra « vagina » me hizo tentar de la risa.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó alzando las cejas.

Intenté ponerme seria y casi lo logré.

—Todo esto... Tengo una lista larguísima en la que te puedo enumerar lo bizarro de esta situación, empezando por el hecho de que yo estoy casi en bolas y vos completamente vestido.

—Ahora lo solucionamos —replicó, incorporándose y saliendo de mi cuerpo, mientras me dejaba con una sensación de pérdida que me prometí remediar en cuando se me presentara la oportunidad.

Pero en lugar de desnudarse, lo que hizo fue arrancarme la camiseta.

—Ya está. « Casi » se transformó en « completamente » —dijo, riendo.

Adoré a ese Andrés risueño igual que lo hice con el tierno, con el reflexivo, con el protector, con el lleno de dolor y de preguntas sin respuestas. No hubo ni hay forma de que no lo adore en cualquiera de sus facetas.

—Eso no vale...

—Claro que vale. Y ahora, no sé vos, pero yo necesito una buena ducha... Si me acompañás, capaz que te muestro lo que no viste.

Esa simple frase hizo que me encendiera de nuevo en tiempo récord. O tal vez jamás se extinguió este fuego, que siento que aún me quema, y sólo tengo que pensar en él para avivarlo.

Y mientras íbamos al baño de la mano, me hizo la pregunta del millón.

—¿Querés que tengamos un bebé? —disparó, riendo.

Me paré en seco.

—¿Qué?

Él sonrió.

—Parece que no... Ojalá que no estés en tus días fértiles, o uses un anticonceptivo, entonces.

Tardé una eternidad en darme cuenta por dónde venía la mano. Qué tonta soy, por Dios.

—Quedate tranquilo que tengo un *DIU*. Pero no debimos...

—No debimos... —repitió mientras regulaba la canilla del agua caliente de la ducha. —No debí, en realidad. Me pareció criminal arruinar el momento, pero lo cierto es que no te cuidé.

—No te cuidaste vos, Andrés... En esto cada uno debe cuidarse a sí mismo más que al otro —repliqué.

Me miró como si no comprendiera.

—Lo único que me importa es que vos estés bien —dijo. Y luego me dio la mano y me invitó a bañarme con él.

No sé si a eso se lo podría calificar de baño, porque hicimos cosas muy sucias allí. La cuestión es que salimos de esa ducha helados, porque se terminó el agua caliente y tuvimos que sacarnos el jabón con agua fría.

Y lo bueno, es que fue una buena excusa para volver a entrar en calor una vez más... Y otra más, después.

En esa tarde interminable, hicimos el amor cuatro veces.

Recreamos el *Kamasutra* en su sillón, su baño y su cama, pero lejos de saciarnos, cada nueva consumación nos enardeció cada vez más. Y cuando vi que en su mano derecha ya no estaba la alianza matrimonial, mi corazón se puso a bailar.

—Te quiero, te quiero, te quiero —lo escuché decirme entre suspiros y besos. Quise corresponderle pero no me salían las palabras, así que adoré cada centímetro de su cuerpo con mi boca.

Nunca estuve con un hombre así...

Cuando se dio cuenta que mis intenciones eran devorarlo, me tomó ambas manos y me obligó a ponerlas a mi espalda. Quedé arrodillada a su lado lamiéndolo, pero desesperada por tocarlo...

—Voy a soltarte las manos, pero no vas a tocarme... ¿de acuerdo?

No sabía qué se proponía, pero ese tipo de cosas siempre me volvieron loca. Las preferencias en la cama son lo que para mí diferencian a un hombre de otro, pero este ha llevado esas diferencias a otra dimensión.

Hay un abismo entre Andrés y cualquier otro que haya conocido o imaginado, en todo aspecto. Sus gustos sexuales son un elemento más que lo distinguen del resto...

—¿Por qué... no puedo... tocarte...?

Tragó saliva y cerró los ojos, torturado.

—Si querés que te acabe en la boca, vas a tener que lograrlo sólo con ella —me dijo con voz ronca.

Y eso hice. No era la primera felación de mi vida, por supuesto, pero esta vez disfruté mientras lo hacía como si tuviera una vagina en la boca. El hecho de darle placer redundó en mi propio beneficio finalmente, porque su pene enorme y exquisito me llevó al borde de la locura. No tuvo que hacer nada más que observarme. No guio mis movimientos, ni me forzó a apurarme o a detenerme. Simplemente miró y miró... No dijo nada, sólo sus gemidos y los míos rompían el silencio.

Y ese fue su tercer orgasmo, todo en mi boca, todo mío...

El cuarto fue increíble. Lo hicimos en distintas posiciones durante una hora deliciosa. Sin prisa, pero sin pausa, él me arrancó varios a mí.

Murmuré su nombre, lo mordí, grité... Lo llamé mío, igual que en mis pensamientos, pero en voz alta. Y cuando me quedé disfónica, decidió que ya era hora de su propio placer.

Salió de mi vagina, y de rodillas entre mis piernas se masturbó. Acabó sobre mi vientre y su forma de pronunciar mi nombre entre gemidos, me quedó grabada para siempre.

—Gaby... Ah, Gaby...

Tiempo después, nos encontramos mirándonos uno al otro, de costado en la cama.



—Una sola... —susurró.

—¿Una sola qué? —pregunté intrigada.

—Una sola pregunta. Porque supongo que llegó la hora en que las mujeres hacen preguntas...

Me reí porque tenía razón. Y una sola se me antojó muy poco, así que evalué cuidadosamente cuál sería.

Cuando lo supe dudé en hacerla, pero finalmente me animé:

—Hace un año quedaste viudo... Pero hace mucho más que no tenías sexo. ¿Qué pasó, Andrés?

—¿Puedo pasar de esta?

—El reglamento dice que no...

Suspiró. No tenía salida...

—Mariana y yo nos fuimos alejando lentamente... Ni siquiera dormíamos juntos en los últimos años. Yo le fui infiel, Gabriela. La verdad es que me enamoré y perdí la cabeza, y cuando ella se enteró sufrió mucho. Sólo una vez estuvimos juntos luego de que lo mío con Beatriz se terminó, y siete meses después nació Clara. Ah, Gaby... No te enojés, no quiero seguir hablando de esto hoy...

Asentí con la cabeza mientras intenté digerir lo que me acababa de decir. Sobre todo por los celos enfermizos que se me despertaron cuando escuché « me enamoré » de su boca. Beatriz...

Me deprimí al darme cuenta de que debía cuidarme en dos frentes, no en uno.

—Ahora es mi turno... A ver, Gaby, mi pregunta es más simple y eso es porque no soy vueltero y complicado como vos. ¿Me querés o no?

De la depresión a la gloria, sin escalas.

—Sí, te quiero —respondí, sincera como nunca.

—¿Pero me amás o sólo es un cariñito tibio?

—Te amo, Andrés —respondí, sonriendo.

—Lo sabía. Sino no te hubiese cogido, por supuesto...

Agarré una almohada y lo golpee una y otra vez. Se defendió de una forma infalible... cosquillas. Cosquillas que se transformaron en caricias, en besos, en amor.

Ninguno de los dos fue al restaurante esa tarde y creo que tampoco en la noche. Era cerca de las ocho cuando abandoné su departamento a regañadientes. Caminé como entre nubes, conduje como el culo, le puse sal al café y mi tía me dijo « boba » . Fue una larga cadena de mensajes mi último contacto con Andrés el día de hoy.

Y aquí estoy, intentando conciliar el sueño... Mil pensamientos me alejan de los brazos de Morfeo, pero el más preocupante tiene nombre de mujer. No quiero pensar en eso pero...

Me revuelvo en la cama, incómoda. Me falta Andrés, me falta su cuerpo. Ya no habrá cama que me resulte cómoda si él no está en ella.

Finalmente me abandono, me dejo ir... Ya no pienso más, que sea lo que Dios quiera. Igual nadie me quitará lo bailado si es que me toca perder.

*« Completamente enamorados/alucinando con nosotros dos/sintiendo morbo por primera vez/y por primera vez tocándonos »*

La radio está encendida, y yo también. No es sólo por la voz de Chayanne, sino por los recuerdos de lo que pasó ayer con Andrés.

Intento concentrarme en el tránsito pero me resulta más que complicado. Las mariposas en la panza me aceleran, y me muero por volver a verlo. Llego al restaurante demasiado temprano, así que está cerrado todavía.

*« Estoy en la puerta... ¿habrá alguien que me abra? »*, le pregunto por mensaje de texto.

*« Hay alguien. Esperá un minuto »*

Segundos después, él mismo aparece por una puerta secundaria, con una sonrisa deslumbrante, pero apenas puedo disfrutarla porque lo primero que hace es besarme. A esto le llamo yo bienvenida.

Cuando nos separamos mi alegría desaparece por completo, porque por encima del hombro de Andrés, veo a Malena mirándonos. ¿Estarían solos allí? ¿Haciendo qué?

Andrés sigue la dirección de mi mirada y se da vuelta, por lo que no puedo ver la expresión de su cara.

—Ah, Malena... Suspendido el ensayo. Salís sola esta noche...

Se la ve bastante contrariada.

—Pero es jueves... Habíamos quedado que los jueves y los viernes ibas a subir al escenario para hacer un tema cantado y otro bailado conmigo...

—Cambio de planes. Hoy salís sola y mañana también porque voy a estar complicado. No sé ni siquiera si voy a estar acá, así que lucite, como siempre.

No sé si eso intentó ser un halago, porque ella sigue furiosa. Y a mí no me termina de gustar el encontrarlos juntos acá.

Andrés me toma de la mano, y yo camino junto a él hasta la oficina. Una vez adentro, cierra la puerta... con llave.

Vaya.

Vaya, vaya...

Esa pose imponente, esa mirada. Mojada no, lo siguiente.

—¿Cómo estás? —pregunta acercándose.

—Bien... —respondo mientras me inclino sobre el escritorio para dejar mis papeles y mi bolso.

—Eso salta a la vista. Estás más que bien...

—¿Es un cumplido?

—Vos no los necesitás.

—Claro que no. Al menos no cuando vengo con tantas ganas de trabajar, que ya mismo voy a...

—¿Sólo ganas de trabajar traés hoy, Gaby? —pregunta recostándose en el borde de mi escritorio.

Giro la cabeza despacio y lo miro a los ojos.

—Las otras ganas ya fueron saciadas ayer... —respondo.

Él extiende la mano y me acaricia el culo.

—¿Segura?

Carajo... Mi única seguridad en este momento tiene que ver con lo mucho que lo deseo.

Esta vez no necesito que él me tome de la mano y me sitúe entre sus piernas. Yo solita levanto una de las mías y la paso por encima de la de él, y luego hago lo mismo con la otra.

Y cuando estoy en el lugar preciso lo agarro de la nuca y le parto la boca de un beso.

Este hombre tiene la idea fija con mi culo, porque sus manos se cierran automáticamente sobre mis nalgas y aprietan, posesivas.

Me descoloca por completo cuando interrumpe el beso y se aparta. Ahora lo tengo detrás, tan cerca que no me deja darme vuelta. No dice una palabra pero su gesto es más que elocuente... Desliza su mano por mi espalda, hacia arriba, y cuando llega a la nuca me obliga a inclinarme sobre el escritorio donde momentos antes dejé mis cosas.

Lo escucho jadear mientras me sube la falda con las dos manos hasta la cintura y yo no puedo evitar sentirme como la protagonista de la novela que acabo de terminar. Igual que Maribel, un hombre increíble me aborda desde atrás y vulnera mi intimidad de forma tan ruda como ardiente. La realidad supera a cualquier ficción, y es tan tangible como las manos que me acarician, y ese dedo atrevido que engancha mi tanga y la corre hacia un lado.

Ahora la que jadea, soy yo. En ese momento me doy cuenta de que estoy en esa oficina para eso. Desde que abrí los ojos esta mañana, lo único que deseo es tenerlo adentro, y seguramente por eso es que en lugar de las pantimedias me puse estas con bordes de encaje y siliconas, que se adhieren a mis muslos y realzan este culo que ya no es mío, sino de Andrés.

Y él lo sabe.

—Lo que estoy viendo es una fantasía recurrente en mí, Gabriela —me dice con voz ronca mientras escucho el inconfundible sonido de la hebilla de su cinturón al desabrocharse. —Estoy tan caliente que no sé si podré estar a la altura de las circunstancias...

No termina de decirlo cuando lo siento abriéndose paso en mi vagina más impetuoso de lo que esperaba, por lo que estoy a punto de caerme. Aferrado a mis caderas me penetra una y otra vez, gimiendo en cada embestida.

Un orgasmo demoledor me hace gritar. Vagamente me doy cuenta de que este no es el sitio indicado para este descontrol, así que me muerdo el labio con fuerza mientras mi cuerpo se mueve hacia atrás buscando más.

Pero él me lo saca de golpe, y otra vez esa sensación de vacío, de pérdida, me asalta y no me gusta nada.

—Quedate quieta —murmura. Y casi de inmediato siento algo caliente en mis nalgas desnudas. Sé perfectamente lo que es, y me excita tanto que tengo que controlar mis ganas de bajar la mano y buscar alivio nuevamente.

Permanezco inmóvil mientras escucho como su respiración retoma el ritmo normal. De pronto siento su mano en mi pelo. Me acaricia la nuca lentamente...

Se inclina un poco y susurra:

—Todavía no te muevas. Voy a buscar algo.

Vuelvo un poco la cabeza y lo observo sacar de su morral un paquete de sus preciosos pañuelos perfumados, siempre listos para cualquier emergencia. Listos siempre para mi...

Sonrío y disfruto hasta de su mano limpiándome con delicadeza. Se tarda una eternidad y me doy cuenta de que está haciendo algo más que pasarme el pañuelo.

—¿Falta poco? —pregunto, impertinente, y no puedo disimular que estoy tentada de la risa.

—Esto lleva su tiempo, Gaby... — responde, y se nota que también sonríe.

Es que no es el papel, ahora son sus manos. Me toca, me acaricia, me aprieta. Me soba todo el culo y yo lo dejo, encantada. Me abre las nalgas con una mano y me pasa un dedo entre ellas.

Cierro los ojos... No sé si estoy lista para eso, pero lo estoy deseando demasiado, y eso me asusta. Hasta ahora vine esquivando el bulto, literalmente, y a pesar de que lo intenté jamás pude pasar esa especie de prueba de amor, pero con Andrés me siento capaz de todo.

No es el momento, parece, porque de pronto mi tanga vuelve a su lugar y la falda también. Espero que mi cara no refleje mi decepción, porque me daría mucha vergüenza.

Me levanto y lo enfrento. Su mirada burlona me indica que se dio cuenta de cuánto deseo cualquier cosa que quiera darme, cualquiera que quiera pedirme, pero no dice nada al respecto. Lo que hace es tomar otro pañuelo, y el muy descarado se limpia delante de mí.

Cuando termina, lo tira en la papelera y se arregla la ropa.

—Bien, ahora te dejo trabajar —declara sonriendo, y luego se sienta en su sillón y prende su computadora como si nada.

Me lo quedo mirando... Qué sangre fría, por favor.

—Ah, me olvidaba. El sábado se cierra el restaurante porque estamos de fiesta. Mis viejos cumplen cincuenta años de casados y lo vamos a celebrar a lo grande.

Recobro la compostura de golpe.

—Qué lindo...

—Y estás invitada, por supuesto. Vos, tu hija, tu hijo, y esa famosa tía que aún no me presentaste.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Te parece, Andrés?

Levanta la vista y me mira.

—Gabriela, yo no sé qué pensás vos del papel que jugás en mi vida, pero por las dudas te lo voy a aclarar: lo que pasó entre nosotros, lo que está pasando, no es para un rato al menos de mi parte, y aunque te empeñes en negarlo sé que de tu parte tampoco. Te quiero a mi lado en todas las circunstancias, inclusive las sociales... ¿Estás dispuesta o no?

Eso sí es toda una declaración.

—Bueno —respondo, y para ocultar mi turbación me pongo a revisar unos papeles. Si esto no es una prueba de que lo nuestro se está transformando en algo sólido, no sé qué puede serlo.

—Está bien. Y hacete la indiferente nomás, que yo sé que este tipo de cosas te mueven el piso. No tengas miedo, Gaby.

Lo miro pero él no lo hace, sino que continúa tecleando en su notebook a toda velocidad.

Me concentro en mi trabajo, y eso es toda una hazaña teniendo en cuenta que a mi izquierda tengo al hombre que me está volviendo loca.

Y la tarde transcurre entre miradas y sonrisas, y algunas palabras de doble sentido que a pesar de ser graciosas, logran encenderme.

Termino de revisar todas las declaraciones de impuestos. Encontré varias irregularidades pero todas tienen que ver con plazos, multas, recargos... Nada importante. Lo mismo en los aportes a la

seguridad social de los empleados. Fuera de los plazos vencidos, no encuentro nada fuera de lo común y se lo digo.

—Bien... Tengo entendido que esto es sólo una parte de la auditoría.

—Así es... Ahora viene lo complicado. ¿Vas a hablar con Arturo por lo que te acabo de decir? Lo piensa un momento y luego decide.

—Cuando termines de auditar voy a hablar con él. Por hoy creo que es suficiente, Gaby.

—Sí. Ya me voy...

—No quiero que te vayas.

Lo miro, asombrada.

—Andrés... Tengo que ir a casa, mis hijos me esperan.

—¿Y yo?

—Vos tenés que trabajar, claro.

—¿Horas extras? ¿Te puedo tentar con horas extras? —pregunta con una carita, que por un momento me siento tentada a gritarle que sí.

Pero le digo que no, y él entiende.

—Está bien —dice resignado, y a pesar de que su tono es neutro y no me está mirando, adivino que se siente muy solo.

Entonces hago otra de las cosas que me juré jamás hacer, y hasta ahora venía cumpliendo bien.

—Cuando termines, llamame. Capaz que te puedo hacer un lugar en mi cama, pero sin que nadie se entere...

Con el asombro pintado en la cara me mira. Sus labios se entreabren por la sorpresa, y yo me siento increíblemente bien.

—¿De verdad me estás invitando?

—Sólo a dormir. Nada de... ruidos, porque mi tía duerme al lado, y Pauli y Alejo enfrente.

—Te prometo que no habrá ruidos... —me dice, maravillado.

Se pone de pie, y me abraza. Dios mío, cuánto lo amo.

Jamás experimenté este sentimiento que ahora me ahoga. Se me sale el corazón por la boca, y me muero de ganas de comérmelo a besos, y que por una vez sea yo la que lo contenga, la que lo haga sentir seguro, a salvo, en casa...

Tres semanas. Pasaron solamente tres semanas desde que lo vi por primera vez, y ya lo estoy amando tanto...

Doce y diez me suena el celular. Mensaje de Andrés.

« *Abrime que me cago de frío* »

No le respondo nada, y en dos segundos estoy en la puerta.

Su cara denota tal alegría que me conmueve. Su sonrisa me llega al alma... Lo tomo de la mano, lo abrazo, lo beso.

Subimos la escalera entre susurros. Todos duermen en casa.

Cuando entramos a mi habitación y paso la llave, siento que me tocó el premio mayor al haberlo conocido.

Nos desnudamos con prisa. Yo me quedo en camiseta y bombacha, y él con sus apretados boxers de microfibra color blanco. En la penumbra de la habitación nos metemos en la cama y nuestros cuerpos parecen tener un imán porque nos fundimos el uno en el otro. Lo tengo a mi espalda como esta tarde, sólo que ahora me besa el cuello, la oreja...

—*Cucharear* contigo era parte de mis fantasías también —susurra.

¿Cómo hace para decir la frase justa? La que me emociona, la que me excita, la que me hace reír.

Intento quedarme quieta pero no puedo, con ese tremendo paquete depositado entre mis nalgas. Mi mano se mueve sola. Atrás... Abajo.

—Gaby... Dijimos que nada de ruidos. Tu tía...

—Mi tía está durmiendo y los chicos también. Alejo en lo de la novia...

—¿Y qué pretendés de mí? —pregunta, divertido, pero su cuerpo presiona con fuerza contra mi mano.

Yo también hago lo mismo. Caramba, qué duro está.

—Esto.

Siento su aliento en mi cuello, respirando agitado.

—Es tuyo.

Me doy vuelta sin soltarlo. Sus ojos brillan en la penumbra, y su pene cada vez está más rígido. Se lo acaricio, despacio.

Y nos olvidamos de la tía. De la tía, de mi hija...

Hacemos el amor lentamente, sin dejar de mirarnos, conteniendo la energía para no ponernos a gritar como locos, porque el placer es tan intenso que se escapa por la boca.

Cuando terminamos somos un entrevero de cuerpos sudorosos, calientes y exhaustos.

Lo último que veo antes de entregarme al sueño es el rostro del hombre que amo.

Y eso basta para tener sueños hermosos lo que queda de la noche.

—¿Qué tal? —le pregunto a mi amiga Vic que hace una hora me hace el aguante en mis cien cambios de atuendo para la fiesta de esta noche.

—Preciosa, como siempre. Todo te queda bien, nena.

Me miro al espejo y alzo las cejas.

—Si no fuera por este culo...

—Si no fuera por ese culo, no serías tan linda a los cuarenta y cuatro. Estás bárbara, Gaby — afirma con una sonrisa, pero no le creo nada porque sé que me quiere.

Su opinión no es objetiva, así que no sé por qué carajo le estoy preguntando. Y tampoco lo es la de Andrés, que parece estar obsesionado con él.

—No sé; tal vez me vendría bien bajar un par de kilitos...

—¿Un par de kilitos? ¿No pesás cincuenta y nueve? Midiendo un metro con sesenta y siete, está más que bien.

—Victoria, parecés hombre con esas observaciones. ¿Desde cuándo lo que una pesa está bien? Siempre es demasiado —replico, y ella me saca la lengua, muerta de risa.

—Bueno, decidite porque yo me tengo que ir y quiero saber qué mierda te vas a poner... El aniversario de tus suegros es una ocasión importante, y tenés que pensarlo bien.

—No son mis suegros, porque Andrés no es mi novio —la corrijo.

—No será tu novio, pero algo es. Si le dijiste que lo querías y él te dijo lo mismo, es seguro que esto termina en casamiento —me dice la muy hija de puta.

—¡Sos de lo peor! Y él es de lo mejor. En serio, Victoria... Es demasiado bueno para mí.

—Ay... « ella » y su autoestima por el suelo, pobrecita...

—No te burles. A ver... ¿el rojo o el negro?

—El negro, sin dudas; el rojo es de cabaretera. Y con estos zapatos...

Caramba. Hay que aguantar esos tacos toda la noche...

El vestido es muy sencillo y elegante. Es de mangas largas y se adhiere a mi cuerpo como una segunda piel. El escote me da cierto pudor... Demasiado pronunciado; llega casi a la cintura donde un drapeado exquisito me hace ver muy elegante.

Me recojo el pelo y me maquillo con esmero... Y me pongo los únicos aros que tengo, que no son de fantasía. Ya está.

La ocasión amerita lo mejor de lo mejor.

Cuando me doy vuelta, veo a Paulina mirándome con admiración.

—¿Te gusta, Pauli?

Asiente.

—Vos sí que estás preciosa. ¿Nos vamos?

La veo titubear. Sé que algo me va a preguntar.

« ¿Andrés es tu novio? »

Otra más. Y dale con lo del novio...

—Es un amigo, Pau. Un amigo y un poco más... —le explico, sincera.

Es verdad pero en parte, porque no sólo es un poco más, sino que mucho, muchísimo más.

Y ella lo sabe... Ayer se levantó justo en el momento en que Andrés salía de puntillas de mi habitación.

Él me contó que se miraron largamente, y que luego mi hija lo saludó con un « hola » en lenguaje de signos, y siguió su camino hacia el baño a los bostezos, como si encontrárselo en el pasillo fuese lo más normal del mundo.

Pau me mira con desconfianza, y ahora se suma mi tía y hace lo mismo.

—¿Segura que no querés ir, tía? —pregunto por enésima vez. Tanto ella como Alejo se excusaron.

—No. Termina « Avenida Brasil », Gabita. Hace un año que espero este momento...

—Yo también lo espero, pero esto es más importante.

—Lo será para vos y tu novio, pero lo único que yo quiero es saber cómo termina la novela.

Sospecho que está un poco celosa porque últimamente le dedico muy poco tiempo, pobre tía Aurora. En fin... Llegó la hora de irse.

Llegamos muy puntuales pero no somos las primeras, como imaginé.

El restaurante está más bello que nunca... Lo decoraron especialmente para la ocasión, y lo hicieron en tiempo récord porque ayer esto estaba muy distinto. Echo una mirada por todo el salón, hasta que lo descubro a él.

Está vestido de rigurosa etiqueta. Hasta pajarita de seda lleva puesta. Se me hace agua la... boca. Y lo otro también.

Conversa animadamente con un hombre mayor, que supongo es el padre. La mujer que está al lado de ellos... ¿será la madre de Andrés, la que lleva cincuenta años casada? Pero si esa mujer no representa más de cincuenta o cincuenta y cinco años como mucho.

No puede ser la madre. Pero resulta que sí lo es, porque la pantalla gigante situada en el escenario muestra imágenes de su boda. Es la misma mujer, sólo que ha cambiado muy poco desde los veinte...

Estoy tan concentrada mirando que no me doy cuenta de que Andrés está a mi lado hasta que me habla.

—Bienvenida, Contadora.

Lo miro y me pongo colorada... Es que cada vez que me dice « Contadora » en ese tono, me acuerdo de ciertas cosas que hicimos reiteradamente los últimos días en su oficina.

—Gracias.

—No te voy a decir que sos la más linda de todas, porque Paulina te gana por lejos —me dice, pero mirándola a ella, que se deshace en sonrisas y se ruboriza igual que la madre. Por distintas razones, claro.

—Eso es la pura verdad —asiento, y la mirada de Andrés vuelve a mí.

—Vengan que voy a presentarles a mis padres...

A medida que me acerco, mi sorpresa aumenta. De verdad esta mujer no puede ser la madre de Andrés. O hizo un pacto con el diablo o es la reina de las cirugías. Me siento vieja a su lado.



Y un poco amedrentada... Sin motivo, descubro de inmediato, porque resulta que la mina es adorable.

Él me presenta con asombrosa soltura:

—Mamá, ella es la Gabriela de la que tanto te hablé. Y esta belleza es su hija Paulina.

Vaya, vaya. Le hablé de mí a la madre... Esto está pasando a mayores, Dios mío.

—¡Divinas! No exageraste, Andresito. Qué gusto, chicas. Hola Gaby, hola Paulina... —dice todo de corrido, y nos plantifica sendos besos en las mejillas. —Qué lindo que hayan venido.

Y luego, dirigiéndose a Pau, le dice en lengua de señas: « *Brillás más que el sol, chiquita* »

Me emociona sentirla tan tierna, tan dulce. No sólo se ve joven, se la escucha joven también, y se la ve hermosísima con su pelo rojo y sus ojos verdes.

—Esme, callate un poco y dejame saludar —interviene el señor que está a su lado, de aspecto jovial pero no tanto como ella. Sin embargo, es muy apuesto... Como su hijo. —Encantado, Contadora.

—Lo mismo digo, Doctor —murmuro súbitamente tímida. Lo único que sé de los padres de Andrés, me lo resumió él ayer. Se llaman Esmeralda y Gabriel, y son padres de Mónica también, que vive en Australia y no pudo venir. Él es médico y ella era bailarina de ballet clásico. De ahí su aspecto, digo yo. Es menuda, demasiado. Parece imposible que un hombre como el mío haya salido de ese cuerpito.

Mío... Ya lo llamo mío. Estoy loca de amor por él.

—Gaby, dejame presentarte a mi nieto —me dice Esmeralda tomando del brazo a un chico y arrastrándolo hacia nosotras. Es alto para tener catorce... Se parece mucho a Andrés, sólo que en lugar de tener los ojos castaños, los tiene igual de verdes que su abuela.

Luego de las presentaciones de rigor, consigo un « *hola* » bastante seco de Nacho, y la mano de Andrés en mi cintura oprimiéndome. Se lo ve demasiado tenso. A él y a su hijo...

Por suerte el momento pasa. Esmeralda parece encantada con mi hija, y supongo que es porque le recuerda a Andrés y sus dificultades auditivas a la misma edad que Pau. La toma de la mano y se la lleva a ver los postres, y Andrés hace lo mismo conmigo.

Es decir, me toma de la mano, pero me arrastra al pasillo que conduce a la oficina y allí me arruina el maquillaje de una forma deliciosa.

No sólo me besa, sino que sin decir una palabra me obliga a tocarle ese bulto increíble y duro que se ha formado entre sus piernas. Jadea sobre mi boca, me muerde los labios.

—Andrés... No podemos.

—Ya sé... Esto es una tortura.

—¿En serio? No creo que sea para tanto. Hace tres días que no hacemos otra cosa que... —y ahí me detengo.

—¿Que qué...? —inquire, riendo.

—Ya lo sabés.

—A ver, quiero escucharte.

—Hacer el amor —le digo, tímida.

—No me digas... Estoy seguro que no fue lo primero que te vino a la mente.

Tiene razón, pero omití decirlo así para que no piense que tengo la idea fija. Lo cierto es que la tengo, y cada vez más.

—No sé cómo podés estar tan seguro de lo que tengo adentro de la mente —replico, soltándolo. Pero él parece contrariado por eso, y entonces contraataca.

—¿No te gusta coger, Gaby?

Si la madre no fuese tan divina, le diría que es un hijo de puta. Esto ya lo vivimos y no puedo

olvidarlo.

—Sí, me gusta coger, Andrés —confirmo, despacio. —Pero resulta que descubrí que me gusta mucho más hacer el amor, y sentir cosas profundas por mi compañero de lecho...

—¿Y también te gusta sentirte amada y muy, muy deseada? Espero que sí, porque estoy loco por vos.

Esto es música para mis oídos. Si él está loco, yo estoy completamente trastornada, perdida, muerta de amor.

Pero no puedo decírselo porque alguien aparece de golpe. Es Arturo.

—Ah, qué tal, Contadora. Andrés, por favor, te busca la gente... —dice, haciendo un gesto que no sé cómo interpretar.

Y por un rato bastante largo, me pierdo de la compañía de Andrés, que no deja de saludar y dar la bienvenida a los invitados, como el perfecto anfitrión que es. Y cuando llega la repugnante arpía de trompa embadurnada de rojo, y con un vestido blanco de infarto, me siento más incómoda que nunca. La veo abrazar a Esmeralda, a Gabriel, a Andrés... demasiado efusivamente.

Y me aparto, fastidiada. No quiero seguir mirando porque vomito.

Me pongo a observar unos cuadros que no había visto nunca, y de pronto me doy cuenta que junto a mí, haciendo exactamente lo mismo, está Nacho. No digo nada... Ni falta que hace, porque viene Paulina y se para junto a nosotros. Mira los cuadros, mira a Nacho... Y saca su telefonito.

Por encima del hombro, veo que escribe:

« *Hola. Este es mi iPhone ¿quierés jugar? Si querés, te lo presto* » Observo a Nacho, y lo veo fruncir el ceño y mover la cabeza, negando.

Ay, caramba. La hizo enojarse... Escribe de nuevo, furiosa. « *Sos muy antipático ¿sabés? Me voy a jugar sola* », leo asombrada. Y así, sin más, se va dando grandes zancadas.

Nacho me mira, consternado.

—¿Se enojó? —pregunta, con los ojos como platos.

—Bueno... sí. Pero se le pasa enseguida...

—No sé por qué... No quería jugar ahora... —intenta justificarse, a todas luces preocupado.

—No te preocupes. Está aburrida...

Hace una pausa, y luego pregunta:

—¿Ella no sabe hablar?

—Sí, sabe. Pero alguien le dijo que hablaba « feo » y desde ese momento lo evita todo lo que puede.

Hace una mueca, disgustado.

—Tremendo problema ese. La gente que dice cosas que no debe... Hay cosas que no deberían decirse, me parece.

—De acuerdo —asiento. Y luego se me escapa... —¿Por eso es que no le hablás a tu papá?

Me fulmina con la mirada.

—¿Te dijo que no le hablaba?

—Sí, pero no supo decirme por qué.

—Él no lo sabe, porque yo tampoco lo sé. ¿No te dijo que voy a un loquero para intentar descubrirlo?

—No, no me lo dijo. Pero sí me dijo que vos crees que él tiene la culpa de... —y ahí se termina mi valentía. Me pongo roja como un tomate.

—De la muerte de mi madre —completa. —La verdad es que no, no le echo la culpa... Fue un accidente.

—Pero vos creés que él deseaba que... Perdón. Te pido perdón... No tengo ningún derecho de ponerte incómodo hablando de esto —me apresuro a decir.

—Está bien...

Por un rato seguimos mirando los cuadros.

—No sé por qué creo eso, pero es cierto. No me acuerdo de algunas cosas de ese día... y de los días anteriores. La cosa es que de alguna manera siento que Andrés deseaba que ellas murieran...

Me quedo helada. No puedo creer que se esté abriendo a mí de esa forma, y que pueda pensar algo así de su papá.

—Nacho...

—Y no sé por qué te estoy diciendo esto. Ni siquiera te conozco...

—Capaz que es porque sabés que ambos lo queremos. Cada uno a su manera...

Traga saliva, mueve la cabeza.

—Mirá, a mí no me molesta que él salga contigo. Ya pasó un año del accidente... Es más, me conviene que él quiera a alguien, y deje de preocuparse por mí, porque hay cosas que tengo que solucionar solo y Andrés quiere respuestas que no le puedo dar —afirma, y por un momento dudo de que el mes que viene recién cumpla los quince.

Qué familia extraña... La madre de Andrés se ve como su hermana, y el hijo parece tener la madurez del padre. ¿Nadie tiene la edad que representa?

Lo más sorprendente para mí, es saber que Nacho no odia a Andrés. Porque no se puede llamar odio a esto, estoy segura. Es un chico con mucho dolor, y unos baches en la memoria que no alcanzo a comprender...

La conversación se interrumpe porque alguien toma el micrófono y hace un anuncio. Ay, Dios... Esmeralda es fanática de Chayanne y parece que hay una sorpresa para ella.

En la pantalla gigante aparece mi ídolo... Me quedo con la boca abierta.

*« Hola a todos... Bien, estoy aquí para saludar a alguien y para hablar de números. Me han dicho que una tal Esmeralda Godoy es mi fan número uno en Uruguay. Y que esta noche es su aniversario de bodas número cincuenta... Querida Esme, quiero desearte a ti y a tu esposo Gabriel, la mayor de las felicidades y que continúen cuidándose el alma el uno al otro, para siempre. Un beso inmenso... »*

Los aplausos y los gritos se hacen oír. Aplauzo yo también, entusiasmada, y me da mucha alegría ver a Esme llorando y riendo a la vez, emocionadísima.

¿Cómo lo habrán conseguido? me pregunto, asombrada. Pero esto, no es el plato fuerte. Eso viene ahora...

Andrés sube al escenario, micrófono en mano.

—Mamá, sé que me querés casi tanto como querés a Chayanne así que capaz que te gusta este regalo. Y si no te gusta, ojalá sepas valorar el esfuerzo, porque te aseguro que lo hay...

Las risas preceden a la música, pero de a poco se van extinguiendo.

Tardo unos segundos en darme cuenta... Por Dios... ¡ « Cuidarte el alma » ! ¡ Va a cantar Andrés! ¡ Va a cantar « Cuidarte el alma » ! Esa es la canción que me viene a la mente cuando pienso en él, y no me animé a poner como tono en mi celu.

Y su maravillosa voz alcanza a tocar la mía desde el minuto cero...

*« Sólo si pudiera estar contigo/tú dormida entre mis brazos/y mirarte en el silencio... »*

Baja del escenario y se acerca a su madre mientras canta. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando le acaricia el rostro.

*« Me gusta tu cara, me gusta tu pelo/me gusta tu voz cuando dices te quiero/me gusta abrazarte y perderme en tu aroma/poder encontrar en tus ojos el cielo »*

Esmeralda llora. Le da una mano a su hijo, y con la otra oculta el temblor de sus labios.

Andrés le canta a su madre con el corazón, y yo siento que lo amo más que nunca... Dios mío, estoy perdida.

Las lágrimas corren por mis mejillas, y apenas reparo en que Nacho me mira con extrañeza.

Y de pronto, Andrés besa a Esme en la frente, y le palmea el brazo a su padre. Cuando se da vuelta y se dirige hacia dónde yo estoy, clavo las uñas en mis palmas, presa de la desesperación. Se acerca, me toma de la cintura, y ahora canta para mí...

*« Me gusta tu risa, me gusta tu boca/me gusta creer que por mi tú estás loca/cómo quiero que sientas conmigo la calma/y cuando llegue la noche/cuidarte el alma... »*

Y delante de todos, de sus padres, de su hijo, de mi hija, me da un beso. Es un beso de lo más casto, un simple « pico » y me suelta para terminar la canción.

Todo el mundo aplaude y a mí me arden las orejas. Todo el mundo menos Malena, que parece arder mucho más que mis orejas. Más bien creo que se prende fuego de la furia.

Pero no me detengo ni un segundo más en ella, porque alguien se cuelga de mi brazo, y cuando miro hacia abajo veo a mi angelito sonriendo a más no poder.

Le doy un abrazo, pero ella se zafa enseguida y con el lenguaje de señas me dice: *« Mamá, él te ama como en las películas »*

A la mierda... ¿Cómo en las películas? Puede que a Pau le recuerde a una, pero si hay algo de lo que estoy segura es de que este amor es tan real como la vida misma.

Y por primera vez, siento que soy la protagonista de mi propia historia.

Tiene razón Chiqui Legrand cuando dice que del ridículo no se vuelve, aunque ella no lo aplique a su propia vida. Y eso precisamente es lo que está haciendo Malena en este instante.

En medio de la cena, se para y se sube al escenario, tambaleando. Todas las miradas confluyen en ella, que a todas luces está borracha. Agarra el micrófono y con los ojos brillantes toma la palabra.

—Yo también tengo una... sorpresa... Esme y Dani... Les voy a cantar un tango... « La Puñalada » se llama. Maestro, música por favor...

Los murmullos se elevan en esos segundos en que el « maestro » se tarda en obedecer. Supongo que donde quiera que se halle el musicalizador, está igualmente sorprendido por este súbito arrebató.

Finalmente, se escucha la música y Malena canta... No lo hace nada mal a pesar de la borrachera, la muy hija de puta. Pero lo peor de todo es que no deja de mirarme.

Giro para ver a Andrés, y su rostro parece de piedra. Se lo ve molesto, tenso. Lo mismo sucede con sus padres, y hasta con el propio Arturo, que frunce el ceño con disgusto.

—Malena y sus intervenciones fuera de programa... No es la primera vez que hace algo así. Hay gente que mejora con el alcohol... Este no es el caso —murmura Andrés con una mueca.

Por suerte se olvida de la letra y la milonga termina antes de lo previsto. Pero no se da por vencida, quiere llamar la atención como sea.

—Andrés... Vení, así bailamos un tanguito para tus padres... Dale, no te hagas rogar, corazón...

Arturo ya no soporta más. Sube al escenario, y la obliga a bajar tomándola de un brazo, y alguien muy oportunamente enciende la pantalla gigante y aparece una mujer que de inmediato me doy cuenta que es la hermana de Andrés, por su parecido con la madre.

Toda la atención de los asistentes se traslada de Malena al video, pero la mía no. Yo sigo mirándola, y ella a su vez, no me saca los ojos de encima. Su vidriosa mirada está tan llena de odio que me asusta.

Me distraigo un momento y cuando vuelvo a mirar, ya no está. Instintivamente busco a Paulina... Mi nena duerme en un sofá con su telefonito entre las manos. Es un verdadero alivio, porque de pronto pensé... No sé qué pensé.

Y ahora ya no puedo pensar más, porque la mano de Andrés acariciándome la pierna por debajo de la mesa, no me lo permite.

Estamos en uno de esos asientos curvos, de cuero blanco, así que no le resulta nada difícil

tocarme con disimulo. A pesar de eso, yo siento que todo el mundo nos mira... Pero no es así.

Todos están concentrados en los padres de Andrés que ahora bailan un tango a la perfección. Mientras tanto, en mi cuerpo los que danzan son mis deseos, que me empezaron a atormentar desde que él comenzó a tocarme o antes aun, desde el momento en que llegué a este lugar y casi muero al verlo tan atractivo.

—Sin medias... ¿Sin ropa interior, quizás? —me pregunta al oído haciéndome estremecer. Sé que debería poner un poco de cordura a esta situación, pero no puedo. Simplemente no puedo.

—Averigüalo —le susurro, atrevida.

Por un momento su mano se detiene y siento que sonrío sobre la piel de mi cuello, haciéndome estremecer. Y luego esa mano continúa su derrotero por mi pierna desnuda hasta llegar hasta... arriba.

Con la punta de los dedos, me acaricia.

—¿Decepcionado?—pregunto. Se separa un instante y me mira a los ojos.

—Nunca... Va a ser un placer sacártela esta noche.

—Esta noche... Difícil. Ayer me dijiste que tus padres se van de viaje a primera hora de la mañana, y tu hijo va a quedarse contigo hasta que vuelvan... ¿Lo vas a dejar solo para venir a mi casa? Me agarra del mentón y me mira a los ojos.

—No... Vos vas a venir a la mía. Con Paulina, por supuesto —replica.

Alzo las cejas, sorprendida. ¿Qué es lo que está diciendo?

—Andrés, por favor...

Pero no me deja terminar.

—Gabriela, esto es así: le vas a mandar un mensaje a tu tía antes de que se acueste, y le vas a decir que no vas a tu casa esta noche, porque vas a la mía.

—Pero los chicos... ¿Cómo...? —pregunto sin saber bien qué carajo quiero saber.

—Nacho en su habitación, vos y tu hija en la mía. Y yo en el estudio donde tengo una plaza extra... Cuando todos se duerman, te quiero en esa cama.

Me dice eso y al instante se asoma en mi cabeza una canción: « *Cuandonadie nos vea, sube al desván...* » Caramba con Chayanne.

Y con la madre de Andrés, porque ambas compartimos los mismos amores...

—¿Es una orden?—inquiero, sabiendo que todos sus deseos lo son. Y para confirmarle que adoro que me conmine de esa forma, mi mano le corresponde, decidida. Si lo que acabo de tocar es un anticipo de lo que va a ocurrir más tarde, presiento que la cosa va a estar bastante movida. Y ardiente.

—Te gusta jugar ¿eh? A mí también. Me gusta jugar contigo, verte excitada, verte reír. Y eso es porque te estoy amando tanto... —murmura, tomándome de la muñeca para que no lo torture más.

Sí, me gusta jugar...

Pero también me muero de amor. Cierro los ojos, conmovida porque ya no puedo soportar esa mirada sin morirme de ganas de comérmelo a besos.

Y se me cumple mi sueño, pero más tarde, mucho más tarde...

Paulina y Nacho parecen tomar con naturalidad el hecho de que mi auto haya seguido al de Andrés, y ahora estemos los cuatro en el departamento. Mi hija tiene demasiado sueño como para cuestionarse cualquier cosa, y su enojo hacia Nacho parece haberse desvanecido en el último bostezo.

Y antes de que termine de quitarme el maquillaje con agua y jabón a falta de otra cosa, veo a Pau dormida boca abajo sobre la enorme cama de Andrés. Me muerdo el labio, anticipando el placer que me espera... No encuentro ninguna bata, así que abro el armario para buscar una camisa de él, y me encuentro con la ropa de ella... De Mariana.

No me esperaba algo así. Celos... estoy mordiendo celos, y lo hago tan fuerte que me duele la cara. Tener celos de una muerta es caer bien bajo. Me sacudo ese horrible sentimiento de la cabeza;

esta noche no es para hacerse preguntas, esta noche está hecha para el placer.

Toco la puerta del estudio, despacio. Antes de dos segundos, él me abre y me tiende la mano.

Cuando pone la tranca, por fin puedo comenzar a disfrutar de lo que venía deseando con desesperación: de la piel, de la boca, del aroma de Andrés.

Nos besamos en un torbellino de pasión y de ganas. Y mientras lo hacemos, y sin saber cómo, mi ropa pasa de mi cuerpo al suelo.

Ahora estoy desnuda, y él me toca por todos lados. Me manosea sin pudores, seguro de que lo que está tocando es enteramente suyo.

—Así te deseé toda la noche. Desnuda entre mis brazos, caliente, mojada... —me dice al oído. Y luego desciende.

Cae de rodillas a mis pies y me devora de una forma... Miro hacia abajo y me doy cuenta de que no deja de observarme mientras lo hace. Su lengua me recorre, entra y sale, y se mueve con insistencia sobre mi punto más sensible en una tortura exquisita e insoportable a la vez. Y sus ojos continúan fijos en los míos...

Le acaricio el pelo, loca de deseo. Y por fin me animo a decirle lo que jamás le dije a nadie: que de esta forma no puedo acabar. Es decir, nunca pude hacerlo con sexo oral, y menos que menos estando de pie, así que creo que una pérdida de tiempo para él que insista con eso, y no me parece bien fingirle un orgasmo para que pare.

—Andrés... lo estoy disfrutando mucho... pero así no puedo... Es un placer inmenso... pero yo así no puedo...

Se detiene de golpe y se para. Me tira del pelo para obligarme a mirarlo, y el brillo de su boca empapada por mis fluidos hace que estos aumenten. Me derrito de deseo...

—¿No podés acabar?

—No... así, parada, no puedo... Y menos con... eso que estás haciendo. Nunca pude... Me encanta, pero no quiero que pierdas tiempo.

Me hace callar con un beso, pero de inmediato me dice:

—Esto no lo hago por vos; lo hago por mí. Lo hago porque me gusta tu sabor, tu aroma... Lo hago porque me moría de ganas de hacértelo desde que te conocí. Porque lo fantaseé noche tras noche y casi me vuelvo loco de tanto desearlo. Así que ojalá puedas tolerarlo un rato, porque no pienso desistir —declara volviendo a arrodillarse.

Sorprendentemente, esto que me dice me libera de la presión que sentía. Si él lo disfruta, se puede quedar a vivir ahí porque yo también lo estoy gozando... No puedo acabar, está más que claro, pero de verdad me encanta.

Y a medida que su lengua se vuelve más insistente, siento algo extraño... Mis manos se cierran sobre su cabeza, totalmente fuera de control, obligándolo a intensificar la acción. Mis piernas se vuelven de gelatina... Me tiembla todo el cuerpo, y en mi sexo comienza a gestarse el orgasmo más demoledor de mi vida. Cuando menos lo busqué, cuando me relajé por la seguridad que Andrés me dio, al aclararme que no lo hacía por mí sino por él, me sorprende este placer tan inmenso, tan morboso, tan extremo...

Acabo entre gemidos y entonces Andrés toma una de mis piernas y la coloca sobre su hombro para tenerme más expuesta. Sí, sí, sí... Acabo una vez más y luego otra.

Con el cuerpo contra la pared, y el rostro bañado en llanto me entrego a esta ráfaga de orgasmos encadenados que me vuelve loca. Y cuando está claro que las rodillas ya no me sostienen, él me permite deslizarme al suelo.

De pronto me encuentro tendida de espaldas en la alfombra, mientras él me penetra con fuerza, una y otra vez, presa del mismo desenfreno que yo.

—Andrés...

—Te gusta, Gaby... —afirma más que pregunta.

—Me gusta, me enloquece, me mata... Vos me matás... —le confieso, jadeando.

Se detiene de golpe y me mira, a las claras deleitado por mi inusitada efusividad.

—Es un privilegio hacerlo —murmura con voz ronca. Y cierra los ojos mientras acaba, pero esta vez me privo de hacer lo mismo, para no perderme esa increíble expresión en su rostro.

Me enloquece la cara de mi hombre cuando acaba.

Pensarlo mío me da tanto miedo como saberme suya, pero a su lado estoy aprendiendo a disfrutar hasta de mis temores. Mi osadía empieza a pasar por ser fiel a mis sentimientos y no sólo a mis deseos. Por entregarme por entero aunque después me toque sufrir. Por amar sin reservas aceptando que puedo equivocarme y que aun así vale la pena, porque mi corazón estaba dormido, y no muerto. Solamente dormía.

Una noche increíble, una mañana sorprendente.

Mi vida ya no es la misma, sin duda, y es así porque Andrés está en ella.

Amanecía cuando me retiré de su estudio agarrándome de las paredes. Me dolía todo menos el corazón, después de una noche intensa en la que el placer fue el protagonista. Cuando el sol disolvió la penumbra me despedí con un beso, porque temía que Paulina despertara y no me encontrara a su lado en una habitación desconocida para ella.

Pero antes de llegar a la puerta me di la vuelta y lo vi tendido de espaldas en la cama auxiliar, con los brazos detrás de la cabeza, y los ojos fijos en mí. Me miraba de una forma tan... única.

No sé por qué se lo dije así; la cuestión es que moví mis manos, e hice los gestos en lengua de señas que indican « te amo » : mi pulgar dirigido a mí, luego ambas manos cruzadas sobre mi pecho con los puños cerrados, y finalmente mi índice apuntándole a él.

Observé como abría los ojos y también su maravillosa sonrisa. Parecía fascinado por mi inesperada declaración tanto como con mi original forma de decírselo.

Y eso que no sabía que fuera de la cama jamás me permití expresar una sola palabra cariñosa, y mucho menos una frase con tanto contenido emocional. Hasta ahora mis « te amo » siempre fueron dirigidos a mis hijos; jamás a un hombre.

Pero esta vez, el sentimiento me desbordó el alma de tal manera, que tuvo que salir. Y no salió con palabras, sino con ese gesto tan significativo para ambos.

Él me correspondió de igual forma... Un simple movimiento y esa mirada que expresaba tanto: «yo también » .

Sólo eso, pero bastó para que las lágrimas me nublaran la visión. Por eso me fui tambaleante, porque entre el esfuerzo físico y la descarga emocional, las piernas me temblaban y lo veía todo borroso.

Luego de eso, dormí como un bebé. Me acaba de despertar Paulina, con un beso lleno de dulce de leche.

« *Te estamos esperando para desayunar. ¿Cuándo te vas a levantar, mamá?* »

—Me parece que vos mucho no me esperaste...

« *Nacho tampoco te esperó* »

Nacho... Es todo un enigma ese chico, y yo tengo una gran necesidad de resolverlo. ¿Me permitirá volver a acercarme?

Si es así, no creo que sea en este momento, en que me encuentro sentada desayunando huevos



revueltos con un vestido de fiesta puesto, pero a cara lavada. Debo verme espantosa... La mirada de Andrés, sin embargo, dice todo lo contrario.

Vaya hombre... De jeans y camisa por fuera está para comérselo.

Igual que anoche... ¡Cómo lo gocé, Dios mío! Realmente logré soltarme y lo hice tanto que al recordarlo me sonrojo.

—¿Tenés calor, Gaby?

—No... No.

—Si querés abro la ventana —me ofrece, burlón.

Lo miro como para matarlo, y su rostro me dice que sabe exactamente en qué estoy pensando.

—Gracias, Andrés —le digo tapándome la boca con la servilleta para ocultar lo turbada que estoy. —No hace falta... Pau, nos tenemos que ir.

Pero ella no parece tener la más mínima intención de marcharse.

« ¿Por qué tan pronto? » me pregunta.

—Porque no te lavaste los dientes. Dale, movete...

—Yo tengo un cepillo extra —dice Nacho, y todos lo miramos, sorprendidos.

Pero la sorpresa se multiplica hasta el infinito cuando la escuchamos decir a Pauli, fuerte y claro:

—*Grashias.*

Dios del cielo... Habló. ¡Mi precioso ángel venció sus miedos y habló!

No digo una sola palabra... Siento que si la felicito, lejos de incentivarla a seguir así, lo que haría es despertar su espíritu de contradicción y la muy terca se negaría a repetir la hazaña.

Pero Nacho no piensa igual.

—Tendrías que... hablar. Más seguido, me parece... Se entiende muy bien lo que decís —murmura dirigiéndose a ella, aunque no la mira, sino que parece concentrado en revolver su café.

¿Y qué hace la muy descarada de mi hija? Responde. Sí, responde, con su voz grave, extraña, adorable...

—*Bueno...*

Andrés me mira con los ojos abiertos como platos, mientras Nacho va al baño y vuelve de inmediato con un cepillo de dientes que deja junto a la taza de Pau sin decir nada.

Pasamos toda la tarde en la sala de Andrés, mirando películas subtituladas, vestidas de fiesta y descalzas, más felices que nunca.

Cuando llega el atardecer, nos vamos de la mano mi hija y yo. Y mientras conduzco a casa, me asalta una certeza que me hace temblar y sonreír a la vez: Andrés Otero nos está cambiando la vida.

—No te entiendo, Gaby. Y lo peor es que me pagás para que lo haga...

—Dejá. Ni yo me entiendo...

Estoy en el consultorio de Mariel, mi terapeuta, que dicho sea de paso está más loca que yo.

—Vos no querés entenderte. Vos estás para boicotear nada más, sino, ¿cómo se explica que estés enamorada pero sientas que en cualquier momento podés perderlo todo?

—Es que es demasiado bueno para ser cierto, Mariel. Analizalo... El tipo está más bueno que comer pollo con la mano. No es ni cerca un vividor, no tiene mujer, y mis hijos lo consideran poco menos que un dios...

—... y en la cama es una fiera —completa ella.

Me hace mucha gracia esa acotación porque precisamente acabo de terminar de leer una novela en que la protagonista llama así a su hombre... « La fiera ». Y sí, Andrés se parece mucho a un galán de historia romántica sólo que es real y demasiado bueno para mí.

—Sí, en la cama es un antes y un después. Es por todo eso que no puedo evitar preguntarme: ¿por qué yo? ¿Por qué tan intenso? ¿Por qué tanto amor? No lo entiendo, la verdad —reflexiono mientras observo como Mariel sacude la cabeza, disgustada. ¿Es que no podía tocarme una terapeuta con cara de póker, como a todo el mundo? Ay, Dios...

—¿Por qué tan pelotuda? ¿Eso no te lo preguntás?

No sé si estoy escuchando mal, o le pago a esta mujer para que me diga pelotuda, lo que me convierte automáticamente en lo que me está diciendo.

—Mariel... Una falla tiene que haber, al menos una fisura. Una no se saca la lotería todos los días como para estar acostumbrada a cosas así.

—Gaby, dejate de joder. Disfrutalo y dejá de hacerte preguntas boludas, haceme el favor. Estas cosas pasan, alguna vez te tenía que tocar, y tu autoestima es algo que tenemos que trabajar, porque no puedo creer que te amargues anticipando un sufrimiento que no tiene por qué llegar — replica, severa.

Tiene razón. Sé que tiene razón pero no puedo evitar sentirme así.

En las últimas semanas fui más feliz que en toda mi vida, y no hago otra cosa que pensar en qué voy a hacer cuando todo termine. Porque tengo la certeza de que esto no va a durar.; a mí nada me dura demasiado, nada. Y estoy segura de que el único hombre que me dolería perder, no va a ser la excepción a la regla.

Como de costumbre, salgo del consultorio con más preguntas que respuestas y me voy derecho al restaurante de Andrés. La auditoría está llegando a su fin y yo no estoy encontrando nada

fuera de lugar, sólo pequeñas inconsistencias sin importancia y alguna que otra desprolijidad, pero nada demasiado notorio. Me extraña... Estaba segura de que algo no andaba bien, y la mirada huidiza de Arturo me lo confirmaba, cada vez que me encontraba con él por accidente.

Andrés no está, y yo me instalo en el escritorio y me pongo a pensar. Reviso mentalmente cada uno de mis pasos para descubrir si hay algo que pasé por alto. No... Revisé todo. Es decir, toda la información disponible, y todo lo que creí importante, ¿entonces por qué siento que me está faltando algo?

« Uno »... El tango. El celular... Andrés.

—Hola, Gaby.

Cada vez que escucho su voz, cada vez que lo veo, me derrito.

—Hola...

—¿Cómo estuvo esa sesión?

—Bastante bien...

—Me alegro. ¿En qué andás?

—En los últimos detalles de la auditoría... ¿Y vos?

—Salgo de un congreso. De Otorrinolaringología... Primera vez que lo digo bien; vaya palabrita.

—De otorri... otorrinolarin... ¡mierda!

—Sí, mierda —repite él, riendo. —Yo pensé lo mismo, pero resulta que no me fue tan mal como suena. Es decir, pude hablar con el mejor, un especialista grado cinco en la materia, que vino de San Pablo a disertar sobre implantes cocleares, ¿sabés que es eso, Gaby?

Por supuesto que sé. Es algo que eventualmente le daría la posibilidad a Paulina de escuchar, pero que no sirve para nada en su caso. Ya averigüé en su momento, y eso no la ayudaría.

—Sí, lo sé.

—¿Y sabés que en San Pablo están haciendo grandes avances en casos como el de tu hija? Están desarrollando un nuevo prototipo, un implante capaz de intervenir en la sordera neurosensorial profunda, en la más profunda de todas, la que tiene Pauli.

Ahora me quedo muda. O casi... Yo le hablé a Andrés en detalle del problema de mi hija, pero jamás pensé que se tomaría el trabajo de investigar al respecto.

—Es fascinante el tema, Gaby. Muy distinto al mío, que tenía que ver más bien con una meningitis mal curada que me destruyó ambos tímpanos, y tuvieron que reconstruirmelos. Acá estamos hablando de simular la acción del cerebro, de recrear artificialmente el mecanismo por el cual escuchamos. Eso hacen estos nuevos implantes cocleares. Logran maravillas...

—Pero... Yo averigüé sobre eso, y siempre me dijeron que sólo sería útil en caso de haber adquirido el lenguaje previamente. Pero ella nació sorda, Andrés.

—Hasta hace muy poco eso se creía, pero ahora han logrado estimular ciertas áreas del cerebro que hacen posible que se vean beneficiados más pacientes. Y al percibir la vibración y decodificarla, comienza a funcionar la imitación. En resumen, Paulina con once años, tiene muchas posibilidades de mejorar su calidad de vida comunicándose verbalmente, con uno de estos nuevos implantes cocleares que estimulan la corteza cerebral de una forma innovadora —me dice dejándome asombrada.

—No puedo creerlo...

—Es así. Hace días que vengo investigando sobre el tema, y justo se dio este congreso... Gaby, me gustaría que la viera el doctor Silva Preto y me tomé la libertad de arreglar una cita para las tres de la tarde, hoy mismo.

—Pero...

—Nada, Gaby. Dejame llevarla... Es una intervención muy cara, pero muy efectiva.

—No me importa el dinero. Tengo los cien mil dólares, y si tengo que destinarlos por entero a mejorar la calidad de vida de mi hija, lo voy a hacer —aclaro de inmediato.

—Lo sé. ¿Entonces por qué la duda?

—No quiero que se ilusione —replico al instante.

—No tiene por qué. Le decimos que es un control de rutina y listo...

El corazón me late a mil. Si hay algo que le faltaba a este hombre para ser perfecto, es esta actitud mezcla de padre y de Dios que me enloquece tanto.

¿Le puedo decir que no? Imposible.

Dos horas después salimos del consultorio. Como Pau camina delante, podemos hablar sin reservas.

—¿Escuché mal o eso de « nos veremos pronto en San Pablo » es una buena señal?

—Es una excelente señal, y creo que lo mejor es esperar ese correo que quedó en mandarnos. No sé si viste que distrajo a la nena para que no pudiera leerle los labios, Gaby.

—Ay, Andrés... Me muero. No sé cómo agradecerte...

—Yo sí sé —se apresura a decirme apretándome la mano, y esas tres palabras bastan para que mi cuerpo se encienda.

—No sé me ocurre cómo.

—Esta noche te lo explico...

Pero esa noche no hubo explicación alguna porque Nacho se descompuso, y Andrés terminó con él en la emergencia del Británico.

No quiso que lo acompañara y yo obedecí porque me pareció una buena oportunidad para que ellos se comunicaran de una vez por todas, cosa que finalmente no sucedió.

Nacho se repuso esa misma noche; fue sólo un virus estomacal que le provocó intensos vómitos que lo dejaron fuera de combate. Al otro día sin embargo, se encontraba perfectamente, y Andrés pudo retomar sus tareas cotidianas sin haber logrado una sola palabra de su hijo.

No dijo nada, pero sé que eso lo afectó y mucho...

De hecho, desde que llegó no hace otra cosa que trabajar como un poseso, en el más completo de los silencios. Y yo trato de no acosarlo, de no presionarlo... Entiendo que es un gran dolor que la persona que más quiere, lo ignore de esa forma.

—Gaby... Mail del doctor Silva Preto. Vení...

Me pongo de pie de un salto, y me acerco a él para leer.

« ... de hecho creo que este implante es ideal para vuestra hija... »

¡Mi Dios! Es posible. Bendita tecnología, bendito Doctor, bendito Andrés.

—Cincuenta mil dólares, Gaby. El doble que los comunes... Yo sé que los tenés , pero lo voy a costear yo.

Me quedo de una pieza y el aprovecha mi desconcierto para obligarme a sentarme en sus rodillas. Cómo sabe que así no puedo pensar...

—Te aseguro que si no los tuviera los aceptaría de mil amores. Cuando se trata de mi hija no hay orgullo que valga... Pero los tengo, así que te lo agradezco de corazón, pero lo voy a pagar yo.

—Mirá, no es por vos ni por Paulina. Es por mí... Cuando recuperé la audición me prometí ayudar a otras personas con problemas de sordera y la vida me fue distrayendo... Cuando te conocí supe que era mi oportunidad de agradecer al destino la suerte de haberme recuperado. Tu dinero, Gaby, te va a ser muy necesario para montar un negocio rentable porque estás terminando la auditoría, y todavía no me pasaste ni una factura. ¿Pensás que se vive del aire? Te estás comiendo las cien lucas,

y es hora de que pienses qué hacer con ellas para hacerlas rendir. Para algo sos contadora ¿no? —me dice acariciándome el pelo con ternura.

—¿De verdad creés que te lo voy a permitir? Después lo conversamos mejor, pero ahora, Andrés, contestale que sí.

—Esperá... ¿no querés preguntarle a ella primero?

Tiene razón. Este hombre no sólo es el dueño de mis deseos y el guardián de mi alma, sino que es también mi cable a tierra. Paulina tiene sólo once años, pero es quien debe decidir si quiere someterse a esta intervención quirúrgica. Y la verdad es que para mí, es una incógnita su respuesta. Hace mucho que no hablamos sobre la posibilidad de lograr otra forma de comunicarse que no sea la lengua de signos, la escritura o la lectura de labios.

—Es cierto. Esta noche tendremos que tocar el tema...

—¿Esta noche? Espero que eso no signifique que no vengas al departamento... Hace dos días que no te tengo, Gaby. Ya no puedo más... —me dice mientras una de sus manos sube por mi pierna, acariciante.

—¿Mañana? Lo dejamos para mañana —le respondo a propósito, decidida a hacerlo desear.

Su mano se detiene abruptamente y él se para, obligándome a hacer lo mismo. Cierra la notebook, y agarra la chaqueta.

—Ahora, entonces —declara, muy fresco.

—¿Ahora? Pero tengo que terminar el informe de...

—Lo vas a terminar en otro momento. Tal vez en tu fría y solitaria cama esta noche —replica, serio.

Y nos vamos... Sin dar explicaciones, y casi sin hablar entre nosotros. No sé adónde, pero nos vamos.

Pronto se resuelve el misterio. A sólo unas cuerdas de distancia, el hotel Oriente se erige discreto en esta selva de cemento. Un motel por horas en plena ciudad, para escapadas de trampa o emergencias de amor, como en este caso.

La habitación que nos asignan tiene espejos por todos lados y una cama en forma de corazón. No puedo evitar sonreír ante un cuadro tan... *kitsch*. No combina para nada con la clase de eventos que se desarrollarán en esa cama en instantes, que más que románticos serán salvajes. Lo sé por experiencia... Lo sé porque así es Andrés.

Por momentos es un enigma; en otros es mejor que el dulce de leche. Pero cuando las ganas aprietan, se transforma en una especie de animal sexual que no conoce de límites y a mí eso me encanta.

Lo miro expectante, mientras enciende las luces. A esta altura ya debería saber cuánto le gusta mirar a este hombre, y sospecho que esta habitación de espejos alimentará sus fantasías y también las mías.

Pero no sospecho cuánto es así, hasta que comienza.

—Sacate la ropa.

Así de simple, sin preámbulos, sin otra cosa que la sinceridad cruda que su deseo impone.

—¿Y vos? —pregunto mientras comienzo a desabotonar mi blusa.

—Yo te voy a mirar.

—No vale... Yo también quiero mirar.

De mala gana comienza a sacarse la camisa, y luego los zapatos y medias. Se queda en jeans desprendidos, y no deja de mirarme.

¿Por qué continúo sintiéndome incómoda al mostrarme en ropa interior ante él? Si me ha visto en todas las circunstancias posibles... De hecho ha visto y tocado partes de mi cuerpo a los que ni siquiera yo tengo acceso. Esta especie de pudor virginal no va conmigo, pero sucede que todo lo que

hacemos se me antoja intensamente morboso y excitante.

Incluso el hecho de mirarnos así, en silencio... De explorarnos con la mirada, sin disimular las ganas que tenemos el uno del otro.

—*Todo* incluye también la ropa interior —aclara.

—Sacamela vos, si querés...

Alza las cejas y acepta el desafío.

Con exasperante lentitud me desnuda. Cierro los ojos, deleitada, cuando su barba crecida me raspa los pechos. Y luego le sucede ese frío tan agradable, que produce su respiración sobre mi piel húmeda por su saliva.

Me destroza la boca de tantos besos. Me siento devorada, y su lengua más hábil que la mía, me invade y me recorre hasta dejarme sin aire. Y después, el ritmo se intensifica tanto que yo me olvido de todo menos de lo que este hombre me hace sentir.

Me pone en cuatro patas y me tira del pelo para obligarme a ver mi propia imagen en el espejo, con él parado detrás. Mis tetas se balancean turgentes, y me excita el verlas así. Él nota mi mirada, y se inclina.

Sus manos se cierran en ellas con fuerza, mientras no deja de mirarme a los ojos a través del espejo...

—¿Te sentís hembra en momentos así? Porque no podés serlo más, te lo aseguro... Me caliento de sólo mirarte, Gabriela.

Trago saliva, y un gemido se me escapa.

—... me calienta tu cara, y ese culo que te encanta exhibirme. Porque te gusta, ¿verdad? Te gusta estar así de expuesta... —afirma, y yo no puedo menos que asentir. Él sabe que me encanta.

—... a mí también me gusta. Jamás en mi vida una mina me provocó esto... Pienso en vos y me pongo al palo como un chico. Y ahora te tengo acá... Voy a cumplir mi fantasía —declara, y cuando me doy cuenta de qué se trata me repliego un poco.

Él me acaricia el culo. Primero las nalgas y luego me toca ahí... Me introduce un dedo despacio, pero como encuentra resistencia, lo que hace es metérselo en la boca. Lo observo a través del espejo... Verlo hacer eso me vuelve loca; él lo nota y sonrío mientras se chupa el índice con la yema hacia arriba, y luego agrega al dedo mayor. Por un segundo le veo la lengua y casi exploto... Vuelvo a cerrar los ojos. Ya no puedo soportar esta tortura de desear tanto a alguien o a algo, que me produce dolor físico el no tenerlo.

Dolor físico es lo que siento después... Andrés me penetra profundamente con el dedo y al mirarlo a los ojos descubro ese deseo desnudo y fuera de este mundo. Cuando me mira así, cuando se convierte en el macho que la hembra que vive en mí incita, siento un poco de temor, no lo niego.

—Sé que te duele, y si te relajás te va a ir mejor, creeme.

Carajo, lo que no puedo creer es que vaya a claudicar de esta forma. Estoy en un hotel de alta rotatividad en cuatro patas, mientras permito que este hombre me haga el culo por primera vez. Y si lo del dedo es una muestra del dolor, no quiero ni pensar en...

Y de verdad no quiero pensar. O mejor dicho, no puedo, porque de pronto el dolor se transforma en una sensación tan placentera que me provoca ganas de más. Ganas de eso que tanto temo y deseo a la vez.

—¿Te gusta?

—Sí... Sí.

—Esto te va a gustar más.

Su dedo se aparta y en un segundo lo sustituye su boca. Me lame una y otra vez... Sus manos me separan las nalgas y yo siento su lengua húmeda entrando y saliendo de ese lugar tan prohibido.

Me siento como nunca, me siento fuera de control. Mi cuerpo retrocede y ahora mi peso lo

sostiene uno de mis brazos solamente. El otro toma la nuca de Andrés, y oprime su rostro contra mí. Sé lo que estoy haciendo y no lo puedo creer, pero tampoco puedo controlarme.

En este momento no me importa nada más que tenerlo dentro de cualquiera de las formas que él elija. Me entrego por completo; soy suya, toda yo.

Él adivina mi completa rendición, y se erige detrás de mí, poderoso, seguro de lo que hace. Nos miramos a los ojos, mientras se introduce, despacio. Sus movimientos son rítmicos y controlados.

El dolor es intenso. El placer también. Este último gana la partida; yo me abro para él por completo y le doy lo que jamás pude darle a ningún hombre. Jadeo descontrolada cuando él se inclina e intensifica los movimientos. Con una mano en mi cadera y la otra en mi sexo, me tiene dominada por completo. Y cómo si fuera poco, también me controla con las palabras.

—Esto es... ah, Gaby... Soñaba con hacértelo.

Y la perra que vive en mí, no puede evitar provocarlo.

—¿Soñabas... con hacerme... qué cosa...?

Andrés no parece cohibido. Sus ojos son como brasas; yo me apoyo en los antebrazos y hundo mi cara en la almohada, turbada.

—Con hacerte el culo... No te escondas ahora. ¿Te gusta provocarme? Ahora aguantá... —me dice mientras me suelta la cadera y me agarra del pelo para obligarme a volver a mi posición en cuatro patas, de cara al espejo.

Y se terminan las consideraciones. Se introduce en mí tan profundamente que no puedo evitar un grito.

Le perdono todo cuando le veo la cara... Con la cabeza echada hacia atrás, y ese ronco gemido, me parece lo más bello que han visto mis ojos. Es un dios griego, el dios del sexo, del amor, de los instintos más sublimes y más perversos. Es mi dios particular, y mi culo es su ofrenda.

Me siento repleta, su semen me desborda y percibo como un río caliente se desliza por mis muslos, cuando él se retira lentamente.

Con un movimiento hábil me deja acostada sobre la espalda. Se arrodilla entre mis piernas, aún con los jeans puestos y su pene asomando por el cierre, todavía enorme, empapado, de un rojo subido... No puedo apartar los ojos de ahí y ni se me cruza por la mente disimularlo.

—¿Qué mirás? —pregunta empuñando lo que sabe de sobra que estoy mirando. —Si querés esto vas a tener que esperar porque me tengo que lavar...

Es un hijo de puta. Se lo ve tan imponente, tan seguro de sí mismo que tengo que darle una lección.

—No necesito *eso*, querido.

—¿Ah, no? ¿Te vas a quedar con las ganas?

—Jamás me quedo con las ganas. Puedo arreglármelas sola... —replico, mientras observo satisfecha cómo se queda sin palabras, sorprendido.

Se repone rápido, como siempre.

—Eso quiero verlo —me dice mientras pasa de estar arrodillado a sentarse sobre sus talones. Su mirada se dirige automáticamente a mi vulva y arquea las cejas, expectante.

—¿Qué es lo que querés ver?

—Cómo te las arreglás sola, por supuesto. Mostrame, Gaby.

Para qué mierda me metí en este berenjenal, por Dios. Quiere que me haga una delante de él... No creo que pueda. No, definitivamente no. Y de pronto me acuerdo de otro «no creo que pueda», que al final pude. Lo que pasó en su estudio la otra noche me demostró que junto a él no hay imposibles...

—Esto es muy... Andrés, me da vergüenza.

—Permitime ponerlo en duda... Nunca vi una mujer más desvergonzada que vos —replica

riendo.

—Eso que decís no ayuda en nada.

—Si querés te ayudo yo... Pero de verdad, me gustaría que me muestres como te arreglás sola. No pongas esa cara. Quiero que te hagas una paja para mí.

Carajo... Mi mano se desliza por mi cuerpo sin que medie voluntad de mi parte. Es que el fuego que tengo ahí abajo requiere alivio ya... Si continúa diciéndome esas cosas ni siquiera voy a necesitar tocarme.

Pero él permanece callado, salvo por los intensos jadeos. Si las miradas quemaran, ya tendría que haber llamado a los bomberos, porque sus ojos me están devorando como llamas vivas.

No lo estoy tocando, pero me siento poderosa, me siento la dueña de sus deseos ahora.

Cuando mi mano está por llegar al sitio indicado suspendo el movimiento y le pago con la misma moneda: me chupo un dedo antes de tocarme. Él sigue con su mirada cada uno de mis gestos.

Se muerde el labio cuando me ve frotarme el clítoris con el índice, en círculos lentos y voluptuosos. Resopla, enloquecido cuando el dedo mayor de mi otra mano se introduce en mi vagina luego de apartar los labios. No me tardo ni dos minutos en acabar. Fuera de control elevo mi pelvis primero y luego descendo y levanto las rodillas, exhibiéndole a Andrés todo mi placer.

Él no deja de tocarse hasta que me ve así de abierta. Cuando hago eso, suelta su pene y me obliga a abrirme más.

—Tenés el culo lleno de leche... Te cogería de nuevo, te juro.

—Hacelo —le pido, casi que le suplico.

Y no se hace rogar. Vuelve a penetrarme por atrás, pero esta vez boca arriba y con mis tobillos en sus hombros. Ahora, gracias a la excesiva lubricación de su semen, no me duele nada...

Mi reciente orgasmo colabora para derribar cualquier tensión, cualquier barrera.

—¿Querés pija, Gabriela? ¿Te gusta que te coja por el culo, mi amor? —pregunta con los dientes apretados.

Sus palabras me transforman, me enardecen. Nunca nadie me habla así. Son las cosas más sucias dichas con sentimiento... ¿Es posible eso? ¿Es posible el sexo de película en la vida real?

—Quiero, quiero...

—Tomá... —murmura, extasiado, mientras siento su pene bombear una y otra vez dentro de mi ano, un torrente imparable.

Esa tarde terminamos la auditoría en una ridícula cama de hotel en forma de corazón. Exploramos nuestros cuerpos en forma exhaustiva, y una y otra vez arribamos a la misma conclusión: este amor no tiene fisuras. Este amor resiste cualquier embate y como todo amor, está más allá de la razón. Y punto.

Yo fui hecha para Andrés, y él fue creado para adorar mi cuerpo y para algo más.

Para cuidarme el alma.



Esa tarde fue maravillosa y también la noche, aunque no fue el sexo el protagonista, sino una enorme pizza con pepperone y otra con hongos, compartidas en el departamento de Andrés. Terminamos siendo un montón, porque él insistió en que quería ver a Paulina, así que bastó una llamada telefónica para que tía Aurora no regresara a casa luego del colegio, sino que se tomara un taxi junto a ella, directo al departamento. Y más tarde, cuando Alejo llamó para preguntar por qué no había nadie en casa, terminó sumándose con la novia. Éramos un batallón, y el hambre era proporcional... Lo más sorprendente de todo fue que Nacho hizo « rancho aparte » con Paulina. Conectaron la PlayStation y encontraron esa forma de comunicarse tan particular y tan común en los adolescentes de hoy. Agucé el oído, y pude captar alguna palabra. Mi corazón comenzó a cantar...

*« Sos muy buena jugando al FIFA. Jamás hubiese creído que una mujer pudiese jugar tan bien... Bueno, no me mires más que Luis Suárez se está impacientando... »*

¿Mi nena, una mujer? ¡Ese chico es todo un caso!

La sonrisa de Paulina es tan plena, tan parecida a la mía... Nunca pensé que pudieran entenderse tan bien estos dos. Apostaba que siendo Nacho tan maduro iba a hacer buenas migas con Alejo, pero él está con Lucía haciéndose el galán en el balcón. Y Andrés hace lo mismo con mi tía en la cocina... ¡Qué bien se lo ve con delantal, por Dios!

Tía Aurora ríe y lo mira embobada. Y yo también... No me río, sólo sonrío. Y más que embobada, mi mirada es de completo arrobamiento, con un toque de deseo mal disimulado.

Este hombre me trae de cabeza, anula mi voluntad, me hace desear cosas que no debería... Esta vida de familia me encanta, pero no puedo evitar el pensar en qué pasaría si esto acaba, o mejor dicho que sucederá cuando termine, porque es demasiado bueno para durar demasiado.

¿Y conmigo? ¿Qué pasará conmigo cuando esto llegue a su fin? No quiero pensarlo pero mi mente recurre a ello una y otra vez. Me voy a morir de tristeza, eso pasará.

Basta, Gaby, basta. Por ahora aquí estás, así que disfrútalo sin preocuparte por futuro, porque tal cual leíste en esa novela que hace poco te comió el coco, lo único que tenemos es el « hoy » y es un regalo maravilloso.

Mi voz interior se calla súbitamente, porque hay una exterior que me está hablando.

—¿Tu porción la querés con o sin *mozzarella*, Gabriela?

—Sin, por favor. Soy alérgica a la leche...

Lo veo hacer una mueca y en seguida me arrepiento.

—Quien lo hubiese sospechado... —dice Andrés por lo bajo y mis orejas se encienden como

las luces de un árbol de Navidad.

—Basta.

—Si no dije nada...

—Pero lo insinuaste.

—Interpretaste mal —replica de inmediato. ¿Es posible que lo haya hecho? ¿Es que tengo la idea fija y todo lo que me dice me parece que es de doble sentido? Pero enseguida me doy cuenta de que no es así porque se acerca y susurra: —Jamás pondría en evidencia delante de tu familia, cuánto te gusta tragarte hasta la última gota directo de...

No logra terminar la frase porque me atraganto con un maní, y él me palmea la espalda riendo.

—Por... favor... —digo tratando de recuperarme.

—No me lo pidas así... De acuerdo, si me queda algo después de lo de esta tarde, es toda para vos.

—¡Andrés!

Sonríe, el muy depravado. Y luego hace palmas para que todos se acerquen a comer.

Vida de familia, y vida de pareja.

¿Quién hubiese sospechado que a esta altura de mi vida lo disfrutaría tanto?

Todo lo que disfruto en mi vida personal tiene que servir para compensar este interminable *stand by* de mi vida laboral.

Tengo cuarenta y cuatro años y aunque no tengo problemas monetarios en la actualidad, no sé muy bien cómo será mi futuro profesional. Mi economía se resentirá sin duda, si es que de verdad pueden intervenir a Paulina en Brasil, pero no me importará nada. De hecho cuento con qué así sea, aunque ella me pidió unos días para pensarlo y estoy a la espera de su respuesta. Después de todo tiene once años y todo el derecho del mundo de decidir...

Decidir. Tengo que decidirme a terminar esta maldita auditoría y presentarle el informe a Andrés, pero de alguna forma no logro darle punto final. Un sexto sentido me indica que hay algo que estoy pasando por alto, o que permanece oculto a mis ojos, pero sin duda no está nada bien.

Hoy es feriado así que no pensaba ir a la oficina, pero se me está ocurriendo una idea... Llamo a Andrés, antes de que me arrepienta.

—¿Podemos ir al restaurante aunque no haya nadie? Porque no hay nadie, ¿verdad?

—No, nadie. ¿Para qué querés ir?

—Para hacer algo que no se debe hacer.

—Contá conmigo —me dice, riendo.

—No es lo que pensás —me apuro a aclararle.

—¿Entonces?

—Quiero echar un vistazo a la oficina de Arturo.

No dice nada. En realidad, se queda unos segundos callado pero luego me indica que lo espere en casa, que él me pasará a buscar.

Estoy algo nerviosa, no lo niego. Eso que pienso hacer no es muy ético que digamos, pero mi sexto sentido me molesta más que al chico de la peli. Es como si tuviese a alguien que me susurra al oído « seguí buscando, que algo tiene que haber » . ¿Será mi duende travieso? ¿Será el que me cuida el alma desde arriba?

Me visto con prisa. Aun estando en mayo es un día bastante caluroso, así que me decido por un vestido, ahora que se usan tanto. Este es celeste, sin mangas y con la falda amplia. Tiene un cinturón

beige, del mismo tono que mis altísimos zapatos. No sé por qué me pongo tan elegante... Bueno, en realidad sí sé. Es por él... Y Andrés sabe apreciarlo, sin duda. Me lo dice su mirada, y esa forma de acariciarme el pelo. Me lo dice ese beso tan intenso que hace que mi ropa interior corra peligro de desborde.

Si no fuese porque se me metió la loca idea de espiar los papeles de Arturo, me la sacaría para él ahora mismo, pero tengo que aprovechar que hoy no hay nadie para poder hacerlo.

Es muy raro ver el restaurante casi en penumbras. El escenario, apenas iluminado por un haz de luz que entra por una rendija parece estar listo, pero aquí nadie va a cantar ni a bailar. Hoy vinimos a investigar.

La oficina de Arturo está trancada, pero Andrés es un hombre de muchos recursos... Si lo sabré yo. Con un simple cuchillo la abre sin dejar marcas.

La verdad es que no sé bien qué buscar. Espero que mi instinto me guíe en esta búsqueda, cual si fuese un sabueso.

Andrés me mira, con el ceño fruncido. No dice nada, no pregunta nada...

Revuelvo, reviso, leyendo con prisa y cuidándome de dejar todo en el mismo lugar. Y de pronto, algo me llama la atención.

Aprieto los labios, y saco fotocopias. Una y otra vez aprieto el botón verde, y lo único que se escucha es el ruido de la máquina.

Cuando termino, miro a Andrés a los ojos y le digo:

—Listo. Podemos irnos...

Sé que no preguntaré detalles, y no me equivoco. Dejamos todo como estaba, y nos retiramos de la oficina de Arturo.

Antes de salir del local, mi mirada vuelve al escenario... No sé por qué, pero algo me atrae como un imán. ¿Será el recuerdo de Andrés cantando « Cuidarte el alma » en ese mismo lugar? No, no es eso. Es un recuerdo, sí, pero no canta en él, sino que baila con la odiosa Malena. Pero qué bien lo hace...

—¿Qué pensás, Gaby? ¿Encontraste lo que buscabas?

—No lo sé. Tengo que analizarlo a fondo para darme cuenta. —respondo con sinceridad. — Estaba pensando en lo bien que bailás tango... ¿Tomaste clases?

—De canto, pero no de baile. Pero sí di clases en un momento de mi vida. Me enseñó mi vieja a bailar, y lo hizo como jugando —explica.

—Heredaste su talento para el arte. No entiendo como terminaste convertido en cocinero, pero lo cierto es que te envidio porque sabés disfrutar de tu forma de ganarte la vida...

—¿Vos no?

—No lo sé. En este momento lo único de lo que estoy segura es que me gustaría tener talento además de estudios, igual que vos... —murmuro, triste.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Vení —me ordena, y al verme vacilar me toma de la mano.

Subimos al escenario y el corazón comienza a latirme con fuerza.

—Esperá. No te muevas que vamos a bailar...

Se aleja y enciende una computadora... Selecciona un archivo. Carajo, hasta al tango llegó la tecnología digital, pero no creo que una pata dura como yo pueda aprender a bailar tan fácil.

Momentos después compruebo cuan equivocada estaba al pensar así.

Primero fue la música.

El tango tiene ese no sé qué... El sonido del bandoneón parece un quejido, y Andrés viene con ese andar felino que me enloquece. Lanza el saco al piso, y se queda en mangas de camisa frente a mí.

Lo miro y me muerdo el labio, presa de una fiebre que torna mi boca súbitamente seca.

Él toma mi mano izquierda y la coloca sobre su hombro. Luego me agarra de la cintura... No, no es la cintura, es más allá. Me atrae con cierta rudeza y siento su mano abierta en mi espalda. Los dedos de la derecha aprietan los míos con fuerza y su mejilla se acerca tanto a la mía, que puedo sentir su mentolado aliento acariciándome.

—Déjate llevar —me pide, y una cálida sensación de *deja vù* me envuelve. Esas palabras ya han salido antes de esa boca, y también entonces han hecho erizar cada centímetro de mi piel.

Él siente mi tensión, y me mira a los ojos.

—Tranquila, Gaby, que nadie nos ve. La música y yo te vamos a guiar... Escuchá.

*« Acaricia mi ensueño/el suave murmullo/de tu suspirar/Cómo ríe la vida/si tus ojos negros me quieren mirar/ Y si es mío el amparo/de tu risa leve/que es como un cantar/Ella aquietami herida/Todo todo se olvida... »*

Escucho. Siento... Y de pronto todo comienza a fluir.

—Caminá conmigo... Es tan sencillo como eso.

Y lo hago. Lo hacemos juntos. Qué bien se siente su cuerpo duro y caliente contra el mío, y su mejilla rasposa y varonil rozándome.

—Abrimos... Cerramos arrastrando. Así...

Dios del cielo, esto es demasiado. Andrés es demasiado...

Y él lo sabe. Introduce una pierna entre las mías y me hace girar.

*« El día que me quieras/la rosa que engalana/se vestirá de fiesta/con su mejor color/y al viento las campanas/dirán que ya eres mía... »*

Se enlentece, se acelera. Me mueve a su antojo, como si fuese una muñeca. Y en un rápido giro me hace sentir su erección, inmensa, poderosa, palpitante.

La música sigue sonando pero ya no nos movemos. Ahora estamos sintiendo más que nunca.

Nos miramos a los ojos, y luego los suyos descienden y se detienen en mis pechos. Cuando bajo la vista, observo mis pezones erguidos a través de la tela de mi fino vestido y eso me hace sentir algo turbada... Pero sólo un poco. Mis reservas, mis pudores, se esfuman cuando se trata de Andrés y su mano acariciándome las nalgas. Andrés y su pene presionando en mi vientre. Andrés y su boca recorriendo mi cuello... Porque está claro que ya no estamos bailando.

Ahora estamos haciendo el amor.

—Es un placer... bailar contigo. Es un placer hacer cualquier cosa contigo, Gaby —susurra junto a mi oído.

Su voz, su aroma, su forma de tocarme... Todo eso me enloquece y de mis labios se escapa su nombre entre gemidos.

—Andrés...

*« La noche que me quieras/desde el azul del cielo/las estrellas celosas/nos mirarán pasar/y un rayo misterioso/hará nido en tu pelo... »*

Mi vestido se eleva y sus dedos me invaden. ¿O son los míos? No me ha soltado la mano, y juntos hurgamos en mi sexo húmedo, con desesperación.

—Caliente y mojada... ¿siempre estás así?

—Sólo cuando estoy contigo.

—Me muero de ganas de cogerte, Gabriela.

Me derrito al escucharlo... Lo dejaría hacerme lo que quisiera, cuando quisiera, dónde quisiera. Me siento más que caliente, me siento entregada, completamente subyugada por este

hombre.

Con la mano libre presiono su pene, y su dureza vuelve a sorprenderme.

—No —le digo.

—¿No? —pregunta asombrado.

—No. Esta vez, te voy a coger yo a vos...

Y eso hago.

Hay una silla en el escenario, una de esas antiguas, de madera. Lo obligo a sentarse y me pongo de rodillas para bajarle el cierre. Libero su erección; su pene aparece ante mis ojos inmenso y duro. Lo observo deleitada en la cálida penumbra... Está hinchado, de un rojo oscuro, y en el húmedo orificio hay una gota perlada que lamo sin dejar de mirarlo.

Lo escucho suspirar y siento su mano en mi pelo, acariciante.

Pero no permito que se entusiasme con la idea de una felación. De verdad voy a cumplir mi deseo de cogérmelo yo a él.

Me pongo de pie, y así como estoy, sin sacarme una sola prenda lo monto a horcajadas. Aparto mi bombacha con una habilidad que me avergüenza realmente, y desciendo sobre él despacio.

Andrés parece tan loco de deseo como yo. Sus manos se cierran sobre mis nalgas, y me ayuda en ese camino que nos llevará directo al placer.

Me muerde el cuello, y su respiración se acelera cuando empiezo a moverme.

—Esto me mata...

—No te mueras. Gozalo como lo hago yo... —le ordeno jadeando. Y estoy tan sacada, que no sólo me lo cojo con el cuerpo; también lo hago con las palabras: —Tenés la verga tan grande que me está destrozando por dentro, pero no sabés cómo lo disfruto...

Mostrarme con demasiada iniciativa es algo que siempre quise evitar porque sé que a muchos hombres eso los desmotiva.

Es difícil mantenerse como cazador cuando una mujer encara de esta forma, así que fuera del sexo me permitía avanzar, pero una vez que estaba en pleno acto, me dejaba hacer o permitía que me guiaran... Esta vez no. Este hombre no se cohibe; este hombre se potencia, se enardece con cada una de mis palabras.

—¿Así que te gusta tener el control? —pregunta mientras uno de sus dedos se abre paso entre mis nalgas. —A mí me encanta que lo hagas. Coger y amar, contigo siempre terminan siendo la misma cosa...

Completamente trastornada por él, por sus palabras, por ese dedo que se mueve bien adentro, acabo en tiempo récord, como una gata.

—Ah... Sí, mi amor —murmuro frotándome con desesperación contra su cuerpo. Está tan dentro de mí con su pene y con su dedo, que de verdad me duele, pero no puedo renunciar a esta dulce tortura que me da tanto pero tanto placer.

Él me toma del pelo, y me obliga a exponer más mi cuello deseoso de sus besos.

—Me vuelve loco verte acabar así.

Eso es lo último que me dice antes de hacer lo mismo. Lo siento bombear dentro de mi cuerpo, una y otra vez. Un gemido ronco atrás de otro, que retumban en el silencioso escenario porque la música hace rato que dejó de sonar.

Acuno su cabeza entre mis brazos por eternos y deliciosos minutos, y luego nos besamos.

Las palabras de amor se suceden sin esfuerzo alguno; salen solas impulsadas por este sentimiento tan fuerte que nos abrumba por momentos.

—Te quiero tanto, Andrés...

Sus manos atrapan mi cara y sus ojos me traspasan.

—Qué bueno... Ay, gracias Dios mío —dice riendo. —No sabés qué feliz me hace que me

quieras, porque yo te adoro, Gaby. De verdad, te amo como nunca amé a nadie en toda mi vida...

—¿Es el amor lo que hace que el sexo sea tan...? —y me detengo porque no encuentro la palabra adecuada.

—¿Intenso? —aventura él, interpretando perfectamente mi sentir.

—Ajá.

—Estoy seguro de que tiene mucho que ver. Y también tiene que ver que estás tan pero tan buena, que es verte y morirme de ganas de partirme al medio.

—¡Por favor!

—Te lo digo en serio, Contadora. Jamás pensé que a los cuarenta y nueve años me iba a enamorar de esta forma... Lo cierto es que así es. Estoy loco por vos, y también feliz de que así sea — dice sobre mis labios.

No quiero creerle, pero no puedo evitar hacerlo... ¿Cómo evitar caer bajo el embrujo de sus palabras? No quiero, no puedo resistirme.

Y en esta vorágine de besos y caricias, yo me pierdo encantada de la vida. Celebro su declaración de amor tanto como su deseo renovado dentro de mí, y mientras todo vuelve a empezar mi alma continúa este proceso de transformación que comenzó el día en que conocí a Andrés.

—Dale Pauli. ¿Querés llegar tarde el primer día? Si seguís dando vueltas vas a llegar última —le digo, haciéndome la enojada. Mi propia hija, mi amor más grande, siempre es la que paga factura por mis manías de puntualidad.

Estamos bastante sobradas de tiempo, pero mis nervios crecen minuto a minuto. Hoy comienza sus clases de cocina en la escuela de gastronomía de Andrés. Esa beca que él le obsequió cubre ampliamente mis honorarios, así que si bien no estamos a mano, por lo menos no me voy a sentir en la obligación de cobrarle por la auditoría como él me pide.

Igual hubiese pagado lo que fuera por ver a mi hija tan feliz como está ahora. La observo con orgullo a través del espejo retrovisor, y me muerdo la lengua para no preguntarle por enésima vez si ya decidió lo de la operación en Brasil. Creo que cuánto más le insisto, más se resiste. Igual de terca que yo, es mi Pauli.

La dejo en el instituto y me voy a los tiros para casa. Ya le dije a Andrés que no voy a ir al restaurante hoy, porque quiero analizar los papeles que recogí a escondidas de la oficina de Arturo. Tengo muy claro que no puedo usar la información que de allí recoja para nada, si es que encuentro algo, pero lo cierto es que necesito saber, necesito contemplar todas las variables. Y presiento que hay una que estoy dejando escapar...

Me dispongo a empezar cuando me suena el móvil.

—Contadora...

—Hola, mi amor.

—¿Cómo me dijiste?

—Te estoy diciendo « hola » ...

—Nome tomes el pelo. Ese « mi amor » me supo a gloria.

—Si lo escuchaste, ¿para qué preguntás?

—Para oírte decirlo otra vez.

Me desarma. Tanto su faceta dulce como la salvaje me desarman por completo, y creo que él lo sabe.

—Sólo tenés que pedírmelo, Andrés... O tal vez no. Me sale del alma decírtelo... —admito, tragando saliva, fascinada por mi propio descubrimiento.

—Todo lo que sale de tu alma me hace bien, me hace feliz. Y también lo que sale de tu cuerpo, por eso quiero invitarte a que vengas a dormir a mi departamento. Necesito sacarte un buen orgasmo...

Carajo. La palabra « orgasmo » cuando proviene de su boca, se carga de significado, y siento que mi sexo se humedece al escucharlo. Pero lo voy a disimular...

—¿Dormir? ¿Ya estás pensando en dormir? Son las dos de la tarde, acabo de dejar a Pau en tu instituto y me dispongo a trabajar para vos. Tengo que terminar esta bendita auditoría.

—El dormir viene después del orgasmo, Gaby —insiste, el muy desfachatado. Está claro que la conversación cambiará cuando él lo quiera. —Pero espero que tu hija esté tan contenta como yo, por poder cumplirle ese gusto... Ojalá lo disfrute.

—Estaba súper feliz, Andrés. Sólo me falta que se anime a operar, y que todo salga bien...

—No la presiones. Ya le dijiste las ventajas y desventajas, así que dejala que decida tranquila. Qué extraño... Hasta hace unos días parecía más desesperado que yo por una respuesta de Pauli, y ahora me dice que la deje decidir tranquila.

—No la voy a presionar. Y vos no me presiones a mí con lo de... ir a dormir a tu departamento, porque tengo que trabajar.

—Yo soy tu jefe por ahora, y te autorizo a que tu jornada sea más corta. Hablando de dormir... ¿qué tal orgasmo y siesta? En ese orden, por supuesto —pregunta como si nada.

—Estás loco...

—Por usted, Contadora.

Sonrío y corto la llamada porque estoy a punto de claudicar, largar todos los papeles a la mierda e ir en busca de ese orgasmo.

Pero no puedo. Tengo que estudiar los estados de cuenta del repugnante Arturo Garcés, y sin más dilaciones me ocupo de eso.

Nada... Nada de nada.

Es decir, nada llamativo, igual que las cuentas del restaurante. Todo demasiado normalito... Un momento.

Acá hay algo.

Andrés y Arturo son socios en el restaurante; en la escuela de hotelería y en la concesión del crucero, él es sólo su contador. Pero en la cuenta corriente del restaurante firman conjuntamente, todos los cheques y transferencias. Cada una de las salidas requiere de ambas firmas, incluso la salida mensual de dividendos para ambos.

Hay una tercera integrante en esa cuenta: Malena.

Estando viva, Mariana, la esposa de Andrés era la cuarta. Las firmas siempre tenían que ser cruzadas, Arturo o Malena, con Andrés o Mariana. El asunto es que desde el inicio del negocio siempre firmaron ellos dos; ellas jamás intervinieron. Pero hace casi dos años...

Lo primero que noto es que en los meses de junio, julio y agosto del 2012 hay una merma en los dividendos. La torta se reparte en idénticas mitades siempre, pero en esos meses es bastante más chica. Hay algunas salidas fuera de lo común, y todas llevan la firma de Mariana conjuntamente con la de Arturo.

Mariana...

Entre los papeles que Andrés me facilitó, están los últimos reportes de la cuenta personal de ella. En esos meses antes de su muerte, todo lo que él le depositaba, salía en un par de movimientos casi de inmediato. Y lo que él le depositaba era el cheque de dividendos del restaurante, íntegro, pues para sus gastos personales Andrés utiliza las ganancias de sus otros negocios.

No los había mirado antes, la verdad. No me pareció respetuoso investigar las cuentas de una muerta, y tampoco creí que podía encontrar algo de relevancia.

Pero cuando noto esa merma de dividendos, veo que coincide con ese extraño comportamiento de Mariana, de vaciar la cuenta casi de inmediato.



Y también coincide con la fecha de esos extraños cheques firmados por ella y Arturo, provenientes de la cuenta del restaurante.

Algo no cierra, y eso no me gusta.

Vuelvo al detalle de la cuenta personal de Arturo en esos días. Veo el depósito del cheque de dividendos, y más... Esos meses, la cuenta de mi colega tiene ingresos inusuales.

Tres transferencias directas desde la cuenta de Mariana. Además, también ingresaron tres cheques de la cuenta del restaurante; los tres cheques firmados por él, y por la mujer de su socio.

¿Por qué motivo Mariana le estaba dando tanto dinero a Arturo? No sólo le cedía plata de su cuenta personal, sino que firmaba con él, cheques de la cuenta del restaurante.

¡Maldita costumbre de Andrés, de recibir el cheque de dividendos y no cuestionarse nada! ¿No se dio cuenta de que esos meses bajaron considerablemente? Ciertamente que otros meses también el negocio tuvo altibajos, pero se justifican perfectamente con compras de maquinaria y pago de aguinaldos a los empleados.

¿Qué carajo pasó en esos meses del 2012?

A ver, Gaby, vamos a ordenarnos.

Por un lado tenemos que bajaron las ganancias en el restaurante, o por lo menos bajaron los dividendos de los socios, durante tres meses hace casi dos años. Por otro lado, esos mismos meses, la cuenta personal de Mariana Zabala tuvo un comportamiento inusual. Y por otro, la de Arturo Garcés también. Son muchas coincidencias, pero esto último yo no tenía cómo saberlo y no tengo cómo justificarlo... Se supone que yo no tengo acceso a las cuentas personales de él.

Además... Veo que hay otro movimiento significativo: la cuenta personal de Arturo tiene ciertas salidas que no se ven ni antes ni después. Y todas tienen un destino... ¿A quién pertenece la cuenta corriente 0523 del Banco del Plata? ¿A quién le pasó la guita proveniente de la de Mariana, y de la de la empresa? Esto es una triangulación, no hay duda. Lo dicho, demasiadas coincidencias...

No lo pienso más y llamo a Vic. Sé que comprometo a mi amiga preguntándole a quién pertenece esa cuenta, pero quizás pueda obtener una pista que arroje luz a todo esto.

—Hola, nena. ¿Qué es de tu vida?

—Todo bien, Gaby. ¿Y de la tuya? ¿Cómova ese idilio con el dueño de « La Guardia Vieja » ? —pregunta, y yo me resisto a la tentación de contarle cada detalle de la maravillosa relación que estoy viviendo con Andrés.

—Sigue adelante. Vic, después te cuento todo, pero ahora necesito de tu ayuda.

—Decime.

—Necesito saber a quién pertenece una cuenta. Sólo el nombre...

—Ay, Gaby. Eso no se puede...

—No se debe, querrás decir. Pero sí se puede... Vamos... Yo no te pregunté, y vos no me dijiste nada. Confiá en mí.

Le digo el número. La escucho suspirar al otro lado de la línea, y también el sonido de sus uñas al digitar en el teclado.

—A ver... Mirá, no te voy a decir que pertenece a Rodrigo Burgos, ¿está bien? No me insistas porque no te voy a decir nada.

—Está bien. No me digas nada...

—Espero que tenga sentido para vos lo que no te dije, Gaby.

Sí, lo tiene. Yo he visto ese nombre entre los papeles. Me despido rápido prometiéndole un café a mi amiga, y vuelvo a las carpetas.

No, más fácil en la compu. Abro uno de los archivos en *excell* que Andrés me facilitó y pongo « buscar » .

Rodrigo Burgos. El mozo... Hasta el mes pasado era parte de la plantilla de empleados, pero hace tres semanas renunció.

Es muy extraño que Arturo le hubiese transferido a un empleado una cantidad importante de dinero, directamente de su cuenta personal.

¿Le debería plata? ¿La renuncia de Rodrigo tendrá que ver con todo esto? Sólo tengo una forma de averiguarlo. No, tengo dos en realidad: preguntarle a Arturo o preguntarle a Rodrigo.

Elijo a este último, por supuesto.

La verdad es que no sé por qué estoy haciendo todo este trabajo de investigación. El negocio va muy bien, los dividendos aumentaron con respecto al año pasado, y estas irregularidades sucedieron hace bastante tiempo.

Esa manía perfeccionista que rige cada uno de mis actos, no me deja darle cierre a esta maldita auditoría sin resolver el misterio de esas triangulaciones del año 2012.

Acá hubo gato encerrado, estoy segura. De una forma u otra, Andrés fue privado de sus ganancias, que fueron a parar a la cuenta de Arturo. Pero lo peor de todo es que no se quedaron ahí, sino que gran parte de esos fondos, fueron desviados hacia un tercero: Rodrigo Burgos. Extraño... Muy extraño.

Falta una hora para ir a buscar a Pauli, y la voy a utilizar para contactar al ex camarero.

Busco... Tiene Facebook. Tiene Twitter. Tiene la dirección en internet... ¿Será pelotudo? ¿Quién pone la dirección en internet? No encuentro ni mail, ni teléfono, pero sí un post público dónde pone la calle y el número, para un sorteo. Bueno, eso es una señal.

Levanto a mi hija de la escuela de gastronomía, y por un rato me olvido de todo. Paulina está tan feliz...

—*Hi-ce-ma-sa* —me dice, con una sonrisa. Y yo no puedo menos que bendecir la intervención de Andrés y su hijo en nuestras vidas, porque gracias a ellos mi hija se está animando a hablar cada vez más.

—¡Qué bueno, mi amor! ¿Comieron lo que cocinaron?

Ella asiente.

—Perfecto. Pau, vamos a pasar por la casa de un amigo que tengo que hacerle una pregunta.

Se encoge de hombros y vuelve contenta a sus notas.

*Cartagena 3719.*

Rodrigo Burgos no está. Ya no vive allí, y me entero por su madre.

—No, nena. Se mudó a un hotel con un amigo, y mañana se va a España...

—¿A España? ¿Mañana? —pregunto cómo una tonta.

—¡Sí! Va a recorrer el mundo mi hijo. Hace tiempo viene ahorrando como loco... —me dice sonriendo.

Sí, justo. Ahora le dicen «ahorrar» a... ¿a qué? Lo cierto es que no tengo idea, pero voy a averiguarlo.

—Ya lo sé, señora. No olvide que yo trabajaba con él en el restaurante. Me gustaría despedirme de Rodrigo... ¿Me puede decir cómo encontrarlo?

—Está en el Hotel Rambla con su amigo. Ya se despidió de mí, y entregó el móvil. ¿Te animás a ir directamente? Le va a encantar verte, querida. Todas lo quieren a mi Rodri... —murmura la señora, sonriendo.

Se habrá creído que yo tengo algún interés en él, seguramente, y la dejo que lo haga.

No sé si seguir... Miro a Pauli que parece malhumorada, y decido continuar con esto mañana a primera hora. Luego de dejarla en el colegio, me voy a dedicar por completo a la tarea de desentrañar todo este misterio en el que no sólo está involucrado el mozo, sino también Arturo y seguramente

Mariana.

La noche me sorprende haciendo los deberes con mi hija, y preparándole varios tés de hierbas a mi tía, que se indigestó con unos raviolos de calabaza que ella misma hizo, según una receta de la tele.

« *Me los comí todos porque no me quedaron bien, Gabita* », me dijo. Y ahora está pagando las consecuencias, la muy golosa.

Cuando Andrés me llama para preguntarme qué estoy haciendo que no estoy calentando su cama, se me cruza por la mente hacerle notar mi descubrimiento y mis andanzas en busca del mozo, pero me contengo.

Capaz que no es nada... No. Estoy segura de que algo es, pero también que no es el momento para decirle algo, porque en realidad no sé qué decirle. Hay algo raro, la plata cambió de manos, y yo quiero saber qué pasó, eso es todo.

—Vas a tener que prender el calentacamas eléctrico porque hoy no puedo... —le digo. Y a continuación le explico los motivos.

—No puedo creer que los raviolos de tu tía me impidan gozarte esta noche, Gaby. Pasame con ella que tengo un par de cosas para decirle...

Me hace reír inesperadamente, y me doy cuenta de cuánto lo necesito.

—No te voy a pasar. Vení vos...

—Tengo a Nacho en casa, no lo olvides.

—No lo olvido. Vení con él —replico.

Se hace un silencio, y puedo sentir su tensión.

—No me habla... Lo llevo al colegio cada mañana y no me dirige la palabra. Cuando vuelve, se encierra en su cuarto... Difícilmente acepte cualquier propuesta de mi parte —dice amargamente. Me da mucha tristeza su dolor.

—Andrés... Dale tiempo. Él no lo hace a propósito... Me dijo que hay algo que no alcanza a comprender que lo aleja de vos. No tiene idea de por qué intuye que deseabas que todo terminara tan mal... —le digo, insegura. No sé si debo avanzar en este tema tan escabroso.

—Le doy tiempo. Igual que vos a Paulina... Gaby, no me resigno a no verte esta noche.

—Epa... ¡Qué ansioso! ¿No es que mañana vienen tus viejos?

—Sí. Y seguramente Nacho va a volver con ellos.

—Bueno, mañana te espero con la cama caliente, y cuando digo « caliente » a eso me refiero —le digo bajito, aunque sé que mi hija no puede escucharnos... todavía.

Vacila... De verdad le cuesta resignarse.

—Está bien. Te tomo la palabra...

Me despido con un beso esta vez, y con la completa certeza de que mañana, cuando el misterio de las cuentas se resuelva, podré presentarle el informe final de la auditoría y luego dedicarme por completo a disfrutar de su amor.

Tal como lo había planificado, lo primero que hago luego de dejar a Paulina en el cole, es ir a buscar al mozo.

Espero en la recepción, mientras un empleado del Hotel Rambla lo llama.

—Sí, señor Burgos. Se llama Gabriela de la Fuente. No, no lo sé... ¿Qué le digo?

Al parecer, Rodrigo está renuente a recibirme, así que le hago una seña al recepcionista para que me escuche.

—Dígale que vengo del restaurante y que me urge hablar con él.

Así lo hace, y el resultado es el que esperaba.

—Puede subir, señorita. Es la 38 A.

—Gracias...

La verdad es que hubiese preferido que él bajara, pero no tengo miedo. Por alguna razón siento que esto no es meterse en la boca del lobo, y si así fuese yo ya no soy Caperucita, y seguramente podré defenderme.

Cuando me abre la puerta, la sorpresa en su rostro me indica que a pesar de haberme visto muy poco, aún me recuerda.

—Usted...

—Así es. ¿Puedo pasar?

—Sí, sí.

—Gracias.

No estoy preparada para lo que veo ni bien entro... Una cama matrimonial. Un adonis durmiendo boca abajo, tapado con la sábana hasta la cintura...

El rostro consternado de Rodrigo me indica que ahí hay algo más que amistad. Pero no es a esto a lo que he venido. La vida personal de este hombre me importa sólo si está relacionada a mis interrogantes.

—No se preocupe por Santi. Está detonado...

Vaya... Me pregunto qué es lo que « detonó a Santi » . Mejor ni imaginarlo.

—No me preocupo. Rodrigo. Voy a ser muy directa: estoy haciendo una auditoría en el restaurante, y no me pregunte cómo llego hasta aquí, pero la cuestión es que lo hago porque quiero los detalles de lo que sucedió entre Arturo y usted... No son un secreto para nadie, esas misteriosas transferencias desde el 2012 —aventuro, audaz, y muy segura de mí. Hasta parece que de verdad supiese de qué estoy hablando.

Mis palabras son efectivas, porque de pronto Rodrigo palidece y su nerviosismo se hace más

evidente segundo a segundo.

—No sé qué le ha dicho él, pero...

Oh... Cree que ya he hablado con Arturo. Voy a dejar que lo haga; tal vez eso me favorezca. Después de todo, estoy ante un chico asustado, que sabe que lo tengo pillado en una falta, y yo quiero saber cuál es.

—Quiero oír su versión antes de tomar medidas, Rodrigo. Sino, no hubiese venido...

—¿Medidas? ¿Qué medidas?

—Eso va a depender de lo que usted me cuente. Si es sincero, quizás se salve y pueda continuar su viaje a Europa sin dificultades.

—¡Sabe lo de Europa! ¿Cómo es que...? ¿Cómo me encontró?

—Eso no importa. Lo escucho...

No sé si estoy arriesgando demasiado el cuello, pero ya no puedo parar.

—Mire, mi relación con Arturo ha terminado hace tiempo. Fue un asunto sentimental, pero más de negocios...

Carajo. Arturo y este pibe... ¿Quién lo hubiese dicho? No me escandalizo, no hay duda. Pero sí me sorprende.

—Me interesa más el asunto de los negocios. Cuénteme —le ordeno, más que le pido.

Vacila, y mi mirada se hace más severa. Pongo la misma cara que le pongo a Alejo cuando lo reprendo.

—Él me pidió que conquistara a Mariana.

Suelto el aire lentamente... Esto sí que no me lo esperaba, pero trato de no mostrarle mi turbación.

—Eso ya lo sé —miento para animarlo a soltar la lengua. —Continúe...

—Bueno... Ella estaba muy vulnerable porque el jefe le había puesto los cuernos con la diputada... — ¿con la...? ¿Con la qué...? Mierda. *Beatriz*... Está hablando de Beatriz y los celos amenazan con delatar esta falsa pose de fiscal. —Fue muy fácil lograr llevarla a la cama... Y luego también fue muy fácil sacarle plata para que nadie se enterara. Tuve que pasar de bueno a malo, pero el objetivo se logró...

—Con la ayuda de Arturo...

—Bien, él hizo el papel de bueno todo el tiempo. Fue su paño de lágrimas, y fingió ayudarla para que Andrés no se enterara...

Eso explica las firmas conjuntas en los cheques. Todo va cuadrando.

—Y también hizo el papel de intermediario para su chantaje...

Frunce el ceño y mueve la cabeza.

—Él la convenció de que le permitiera hacer de intermediario y así se quedó con buena parte de la guita. Ella no quería ni verme, y mucho menos desde que se enteró del embarazo...

El embarazo. ¿Qué tiene que ver en todo esto? Y de pronto se me hace la luz... No, no lo puedo creer. La bebé era de Rodrigo... ¿Andrés lo sospechará? Ay, Dios.

—Entonces le sacaron plata entre los dos. La obligaron a vaciar su cuenta, y luego continuaron con la cuenta de la empresa. Y gran parte de ese dinero iba luego a la suya, Rodrigo. No lo niegue, está todo documentado...

—¡Pero Arturo me dijo que jamás podrían probarlo! ¡Él me debía plata!

—Baje la voz. ¿Está nervioso? Tiene por qué. Y no sé el motivo de esa deuda, pero espero que me lo cuente.

—No... No voy a decirle nada más —declara asustado. Y ahí me juego la última carta.

—Rodrigo, si me cuenta todo, en un rato estará en ese avión rumbo a España. Andrés está afuera, esperando... Dese prisa, porque no sé cuánto tiempo podré mantenerlo en el auto.

Es efectiva mi amenaza, sin duda.

—Arturo juega, y yo también, pero eso usted ya debe de saberlo. Era una deuda de esas, y por eso cuando Mariana le contó que el jefe ya no se la cogía, sino que tenía otra mina, él me hizo llevarla a la cama, y luego pedirle guita. Cuando descubrió que la había dejado embarazada, la pobre se desesperó y la verdad que yo también... Ahora me arrepiento de haberle dicho que contaría todo si no me ayudaba —dice con cara de pena, pero no le creo nada.

Vaya revelación. Se confirman mis sospechas, pero mi rostro permanece impertérrito.

—Continúe...

—No hay mucho más que contar. Ya le dije que él se ofreció como paño de lágrimas y también como intermediario. No sólo me pagó, sino que hizo algún capital, y de una forma que el jefe jamás pudo notar. Él no controlaba los gastos de su mujer, le daba todo lo que recibía. Y tampoco cotejaba los ingresos con las salidas... Confiaba en su contador y aceptaba los dividendos sean los que fueran sin chistar. Arturo lo sabía y por eso todo fue tan sencillo... Y por suerte, ella pudo endilgarle el embarazo al marido. Fue lo mejor, la verdad. Arturo quería sacarle más plata, pero luego de que logró acostarse con el jefe después de saber que yo la había preñado, me negué a hacerle más daño...

—Qué bondadoso es usted... —le digo con una ironía que debí contener pero no pude.

—No sea mala, Contadora... Las minas no son lo mío, y sólo lo hice para poder cobrar. La dejamos tranquila después de eso, y hasta ahí le puedo contar. No sé si Arturo siguió sacándole guita al jefe... Después de que Mariana murió, continué por un tiempo en el restaurante para que no se sospechara nada, ni se asociara su muerte a mi partida. Y hace un mes renuncié para empezar de nuevo en España... Por favor; ya le dije todo. Déjeme ir...

—Su sangre fría es increíble. Su hija murió en ese accidente...

—¿Y qué quiere que haga? Yo traté de pensar en ella siempre como la hija del jefe...

Dios, qué asco. Qué sórdido es todo... Y lo peor es que no sé cómo probarlo. Es la palabra de Rodrigo lo único que tengo, y él se va a ir... Y no puedo hacer nada para retenerlo.

—Buen viaje. Y que su conciencia lo deje vivir... —le digo, mientras me doy vuelta para salir. Pero antes de hacerlo, lo escucho decir:

—Si descubre que Arturo tuvo que ver en el accidente, por favor que no quede impune.

Trago saliva... Eso jamás se me cruzó por la mente hasta ahora, y la sola idea me deja temblando. ¿Es posible que se haya atrevido a tanto?

Eran parientes... Andrés me dijo que él era el esposo de una tía de Mariana ya fallecida. Malena y ella eran primas. ¿Es posible que...?

Salgo a los piques del Hotel Rambla.

No lo pienso dos veces. Si lo hubiese pensado, capaz que no lo hacía...

Si hubiese sabido que me iba a enfrentar con eso, no hubiese tenido tanta prisa.

Pero como no lo sabía, me fui como loca al restaurante, sabiendo que Andrés no había llegado, para confrontar a Arturo.

Entro al salón y sin saludar a nadie me voy a la oficina de mi colega. La indignación es tan grande que me hace temblar. Ciega de ira, lo único que deseo es hacerle saber lo que pienso de él: que es un reverendo hijo de puta, un ladrón, un traidor. Un maldito chantajista, un vicioso.

Golpeo la puerta y cuando escucho su repugnante voz diciendo « adelante », entro con cara de pocos amigos. Con cara de ogra, más bien. Estoy furiosa, y mi actitud es desafiante y pendenciera, pero él no parece notarlo porque me saluda con la misma falsa afabilidad de siempre:

—¡Contadora! ¿A qué debo el placer de tenerla en mi oficina?

Ya no lo soportaba antes, menos lo hago ahora.

—Ahórrese las formalidades, que ambos sabemos que no es ningún placer mi presencia aquí.

Su rostro cambia de expresión abruptamente. La máscara se desdibuja y sus ojos brillan, cargados de odio.

—No sé a qué se refiere... —dice, fríamente.

—¿No sabe? ¡Claro que lo sabe! Desde que nos conocimos, desde que estoy en la vida de Andrés y comencé a auditar los estados contables, usted supo que llegaría este día... —le espeto fuera de mí.

—Vamos, Contadora. Tranquilícese...

—No me voy a tranquilizar un carajo. ¿Cómo estar calmada cuando descubro que usted es un chantajista y un ladrón?

No sé cómo me atrevo a decirle eso. Es la ira la que habla por mí...

Y la expresión del rostro de Arturo, comprueba que no me equivoco al acusarlo. Luce alterado, completamente desencajado. Sus ojos parecen brasas y de pronto toda la rabia que había en mí desaparece para darle cabida a algo peor: el temor.

—Le conviene cerrar la boca. Créame... —me dice recobrando la calma, aunque se nota que es con dificultad.

—A usted le conviene que lo haga, pero no lo voy a hacer. Lo sé todo y Andrés también lo va a saber... Y luego que él decida —le digo.

—¿Qué es lo que sabe? ¿Qué mierda sabe? —pregunta de pronto poniéndose de pie.

—Lo que me contó su amigo, el mozo —respondo de inmediato dando un paso adelante. Verlo así me envalentona, y arremeto nuevamente. —La trampa que le tendió a Mariana con ese gigoló, su falsa pose de paño de lágrimas, lo del chantaje, las amenazas con revelarle a Andrés que no era el padre de la criatura... Sus maniobras para sacarle dinero sin que ella sospechara que usted estaba detrás de todo esto...

—¡Baje la voz! Lo que está diciendo es una suposición detrás de la otra. No puede probar nada, estúpida...

Ahora sí que su máscara cayó al suelo y se hizo añicos. Si tenía alguna duda, ya no la tengo.

—Tengo la palabra de Rodrigo, tengo los estados de cuenta...

—¡Nada! No tiene nada... Ese infeliz en unas horas estará en España, y ni sueñe con que se vaya a quedar para auto acusarse de extorsión, y así poder hundirme...

Tiene razón. Pero no me rindo.

—Tal vez él no lo haga, pero su amiguito que escuchó todo sí.

Arturo se queda como paralizado. Rodea su escritorio y es ahora cuando comienzo a tener mucho miedo. Su actitud sin embargo se suaviza. Ya no luce tan violento... Sonríe incluso.

—Su amiguito... Bueno, Contadora, vamos a resolverlo. ¿Qué es lo que quiere? Porque me imagino que quiere algo, sino estaría en la oficina de Andrés, no en la mía... ¿Tal vez quedarse con el empleo? ¿Quiere administrar este negocio? ¡Se lo dejo! Me quedo con lo que saco de la escuela y el crucero. ¿Qué le parece el trato? —pregunta, el muy hijo de puta.

—Está loco si cree que yo voy a hacer algún trato con usted. Pero tiene razón... Tendría que haber ido directamente a hablar con Andrés. Me dejé ganar por la indignación o por la esperanza de que usted justificara de alguna forma lo que...

—Es más idiota de lo que creía. Será un infierno en la cama, y por algo mi socio está hecho un pelele, pero es verdaderamente estúpida, Contadora... —me dice cruzándose de brazos. —Y el meterse conmigo le va a costar bastante caro, se lo aseguro...

Ay, carajo. No ha avanzado ni un poquito, y no deja de sonreír, pero por alguna razón ahora sí

me siento realmente amenazada.

—No se atreva a...

—¿Qué no me atreva a qué, querida? Me atrevo a lo que sea... Usted no conoce a los amantes del juego; hacemos lo que sea para defender nuestra pasión... Incluso hacerles daño a niñas sordas de once años que van al colegio San Pablo... —dice, y a mí se me congela la sangre en las venas.

Abro y cierro la boca, pero no consigo decir nada. Estoy paralizada, y en mi estómago se está formando un nudo muy doloroso.

Arturo avanza de pronto, y me toma del cuello. Automáticamente mis dos manos intentan liberarme, pero es imposible. Él es enorme, y me arrastra hasta situarme contra la puerta.

Y luego, sin soltarme, me dice a unos centímetros de mi cara aterrada.

—Si provoqué el accidente de Mariana... Una bebida de pocos días se transformó en angelito, ¿lo sabía? Seguro que lo sabía. Rodrigo le habrá dicho lo apenado que está por haber perdido a su hijita... ¿Quiere que le pase lo mismo a usted y a la suya? Si abre la boca, jamás podrá usar un vehículo, o salir a la calle sin mirar a su alrededor. Jamás podrá despegarse de la dulce Paulina...

Dios mío, apenas puedo respirar, pero en lo único que pienso es en recuperar mi movilidad y golpearle el rostro a este hijo de puta, para que no siga mencionando a mi hija.

—... así que sabe que soy capaz de cualquier cosa. Entonces... ¿se va a olvidar de todo, querida? —pregunta salpicándome con su saliva. Se me revuelve el estómago, y el miedo sigue creciendo, y parece no tener fin.

Asiento, no tengo otra. Quiero que le quede bien claro que no represento ningún peligro, para salvaguardar a mi hija.

—Qué bien... Y no sólo se va a olvidar, Contadora. Ahora mismo usted va a salir de este restaurante, y de la vida de Andrés para no regresar jamás, ¿entiende? Si yo la veo cerca de él, alguien se va a encargar de la chiquita... ¿Está dispuesta a arriesgar a su hija? ¿No? Eso pensé...

Su mano comienza a liberar mi cuello y yo inhalo profundo. Necesito oxigenar mi cerebro para poder pensar con claridad.

—Arturo, por favor...

—¿Ahora ruega? Bien, así la quería... Lo que va a hacer a continuación es arreglarse ese precioso cabello suyo, y va a salir sonriendo de aquí. Va a tomar sus cosas y luego le hará llegar un precioso informe a Andrés por correo. Es lo último que hará junto a él, porque se terminaron las encamadas, y todo lo que lo tiene tan trastornado. Por supuesto que él irá tras de usted, pero si Andrés la encuentra, su hija pierde. Así que encárguese de decirle algo bien terminante como para que nunca más quiera saber de su culo —me ordena.

Él tiene el control, jamás lo perdió. Su inmoralidad es lo que lo hace ganar el juego, y mi miedo lo que lo alimenta. Soy perfectamente consciente de que llevo las de perder, porque estoy aterrorizada, y no tengo pruebas sólidas para acusarlo. Él lo sabe. Se dio cuenta de que nadie hablará, y que lo de las cuentas es algo muy traído de los pelos, y no demuestra nada.

La seguridad de mi hija está en juego. No puedo permitirme dudar.

—No la escuché, querida. ¿Va a hacer lo que le dije? —insiste esta lacra, y yo asiento.

—Sí...

—¿Sí, qué? Sólo quiero asegurarme de que entendió.

—Voy a... desaparecer de la vida de Andrés. No le diré nada a nadie... Se lo juro —murmuro con lágrimas en los ojos.

—Más fuerte —me ordena fríamente.

—¡Me voy a ir de acá y nunca más lo voy a ver a Andrés! —le digo, casi que le grito, en medio de un sollozo. —¿Está satisfecho ahora?

Él sonrío y me acomoda el cuello de la blusa, despacio.



—Mucho... Me alegro de que haya entendido. Me alegro por usted y por su preciosa hija... Ahora, váyase y no olvide que soy capaz de todo —es lo último que me dice antes de darse la vuelta y volver con calma a su posición detrás del escritorio.

Lo sé. Sé que es capaz de todo, me lo dice su mirada llena de odio. Jamás hubiese creído que era capaz de matar, porque sino no lo hubiese enfrentado. Cuando me confesó que de alguna forma mató a Mariana y a su hija, el mundo se me puso de cabeza, y ahora me doy cuenta de que esta jugada sin pensar, me va a salir más que cara.

Aterrada por completo, tomo el pestillo tanteando a mis espaldas, y cuando lo encuentro abro la puerta, desesperada, pues lo único que quiero es alejarme de este hombre y volver a casa con Paulina.

Al salir ocurre lo inesperado: me encuentro cara a cara con Nacho.

Ni bien cierro la puerta a mis espaldas, lo veo y me paro en seco. Tengo unas ganas casi irrefrenables de salir corriendo, pero no puedo hacerlo porque la enigmática mirada de Nacho no me lo permite.

—Gaby...

Ignoro cuánto tiempo hace que está allí, y si ha escuchado algo de lo que sucedió hace segundos en la oficina de Arturo. Si no lo hizo se estará preguntando el porqué de mi agitación, de mis ojos llenos de lágrimas... Debo irme antes de que me interrogue, antes de que diga alguna cosa que me deje a mí sin palabras. Porque si hay algo que tengo claro, es que Nacho no puede saber lo que está sucediendo. ¿Ensuciar la memoria de su madre por mi culpa? No, por Dios. No...

Él no puede siquiera sospechar que su hermanita fue el fruto de un romance de Mariana... Se me agolpan en la mente miles de pensamientos: sus problemas psicológicos, su duelo no elaborado, la tirante relación con Andrés.

Que no haya escuchado, por favor.

—Hola, Nacho. Me... me tengo que ir... —le digo, y sin esperar respuesta me voy casi corriendo.

Pero mi huida no es tan fácil... En la puerta me encuentro con Andrés, que está entrando al restaurante.

Se le ilumina el rostro cuando me ve, y yo trato de disimular mi estado anímico a como dé lugar, pero jamás logro igualar esa sonrisa deslumbrante, esa mirada llena de amor.

—Hola, belleza —me dice, mientras me toma de la cintura y me parte la boca de un beso. — ¿Adónde ibas?

Apenas puedo respirar, y no es sólo por el beso. Me ahoga la impotencia, la indignación, la furia. Y lo único en lo que puedo pensar es en ir a mi casa y abrazar a mi hija.

Se acaba de terminar mi cuento de hadas, mis castillos en el aire, mi última ilusión. Está claro que no lo merecía, y que esta tregua tarde o temprano tenía que terminar... Y llegó la hora.

—A casa —contesto, seria.

—¿Tan pronto? ¿Ya terminaste por hoy? —pregunta alzando las cejas.

Mi corazón late con fuerza, porque una voz interior me está recordando que no es sólo por hoy. Este final, es el final.

—Ya terminé de auditar, Andrés. Esta noche te mando el informe por mail, pero quedate tranquilo que está todo bien —le digo, intentando imprimir firmeza en mi voz.

—No, no. No te vayas... Quiero que hablemos —me dice de pronto, luego de una breve pausa

en la que parece estudiar mi rostro a conciencia.

—Andrés... Tengo que...

—Vení, Gaby. Vayamos a mi oficina, antes de que lleguen mis viejos. No hace ni una hora que aterrizó el avión, y ya vienen como locos a buscar a Nacho. Por eso lo fui a buscar al colegio, así les queda de paso... —me cuenta, mientras me toma de la mano y tira de mí para hacerme volver.

No sé si no ha notado que mi ánimo no es el mejor, o si ha decidido ignorar mi actitud renuente. Tengo que pensar en algo y tengo que hacerlo rápido, porque si Arturo nos ve entrar de la mano, se me va a complicar aún más...

Pero no lo consigo, y por suerte llegamos a la oficina de Andrés sin toparnos con su socio. Y tampoco con Nacho.

—Te veo tensa...

Claro que lo estoy, pero no puedo decirle los motivos.

—Paulina me espera. Me tengo que ir...

Ladea la cabeza con el ceño fruncido. Está claro que ha empezado a hacerse preguntas sobre mi forma de actuar, tan extraña. Normalmente los besos se suceden, y pasa mucho tiempo antes de que podamos decirnos algo, pero hoy no es así.

—Andamos desencontrados —murmura. —En eso venía pensando, y de eso precisamente quería hablarte...

La intriga puede más que el temor, así que pregunto:

—¿De qué?

Se acerca, despacio.

—De nuestros desencuentros... Quiero pasar más tiempo contigo, Gaby. Quiero que trabajes acá, que vivamos juntos...

Doy un paso atrás, espantada, y lo único en lo que puedo pensar es en Paulina y su seguridad. Tengo que irme ya.

—Estás loco.

Y no me cuesta nada decírselo, porque mi objetivo es salir de allí cuanto antes. Me trae un planteo que de haberlo recibido el día anterior hubiese sido hasta bienvenido, pero que a la luz de los últimos acontecimientos se torna un verdadero problema.

—¿Por qué me decís eso? Pensé que te gustaría la idea... Mirá, podemos hacerlo como vos quieras. En tu casa, en la mía, en una vivienda alternativa... Lo importante es que estemos cómodos y podamos...

—¡No! —lo interrumpo, sin poder resistirlo más.

Lo veo tragar saliva, y meterse las manos en los bolsillos.

—Es simplemente un deseo... Si no querés, podemos dejarlo como está y listo —murmura, consternado. De pronto la tristeza se hace patente en su rostro, en su postura...

Dios mío... Me parte el corazón verlo así, pero nada puedo hacer. Ahora, lo único que me importa es que Arturo tenga la certeza de que voy a hacer exactamente lo que me dijo. Un hombre que fue capaz de extorsionar, de estafar, de matar... No puedo arriesgarme.

—No, no vamos a dejarlo como está —aclaro, caminando hacia la ventana. Y no sé de donde saco fuerzas para agregar: —Esto llegó muy lejos, y es hora de terminar.

El silencio es tan denso que se hace casi impenetrable.

Entonces, me doy la vuelta y enfrento su mirada. Tal como lo imaginaba, el dolor y la confusión se han adueñado de ella.

—Sí, Andrés. Nunca pensé que ibas a venir con un planteo así... Eso me da la pauta de que estamos queriendo cosas distintas, y lo mejor es cortarlo ahora, antes de que...

—¿Qué te pasa, Gabriela? —me interrumpe acercándose, pero yo doy un paso atrás porque sé

que si me toca o me besa, estaré perdida. Me juego el todo por el todo, en esta capacidad de resistencia.

—Ya lo venía pensando... Ya ves que no sos el único que se cuestiona algo de nuestra relación. Me preguntaba cómo iba a continuar esto, ahora que terminé la auditoría, y lo que me acabás de decir lo define, Andrés. Esto no puede seguir... —le digo sin dejar de observarlo.

—Me parece que la que está desvariando sos vos. ¿Cómo se te ocurre que esto se vaya a terminar? —pregunta, fuera de sí. Y yo me sorprendo, porque su ecuanimidad sólo se interrumpía en el fragor de la pasión. Pero ahora no estamos en la cama, y las pasiones que nos sacuden son otras.

—Se me ocurre porque puedo —respondo como una autómeta. —Si algo aprendí de vos es a no dejarme avasallar por las circunstancias. Me he vuelto reflexiva, Andrés, y ahora sé reconocer cuando algo no da para más...

—¿Qué estás diciendo, Gaby? Ayer mismo me dijiste que me querías, y ahora me vas a dejar porque te insinué que me gustaría que nos mudáramos juntos...

—A veces el querer no es suficiente —replico. —Y yo necesito enfocarme en cómo voy a enfrentar mi futuro profesional, en mis hijos, en mí...

—Te ofrecí un trabajo. No entiendo por qué...

—¡Ese es tu problema! Querés organizarme la vida según tus necesidades, o las que vos creés que yo tengo.

—No, no es así...

—Andrés, ya está. Cada palabra que nos decimos me confirman que llegó la hora de terminar con esto —le digo, tratando de sonar convencida y de impedir que se me salten las lágrimas. —Quizá más adelante lo lamente, pero ahora necesito un poco de tranquilidad...

Mueve la cabeza, incrédulo.

—No puede ser... Hay algo que no llego a entender...

—No hay nada más que un poco de cordura en esta situación que se salió de cauce. Somos adultos, nos enamoramos, pasamos momentos increíbles... Pero vos necesitás algo que yo no puedo darte, ni ahora ni nunca. Y al mismo tiempo, el estar contigo me impide conectarme con mis propias necesidades... —le digo, sabiendo que lo estoy matando. Y con él me estoy muriendo también yo...

Pero mi hija está primero. Trago saliva, respiro profundo y tomo el pestillo, temblando.

—Gabriela, por favor...

No lo miro. No puedo enfrentarlo.

—Te mando por mail el informe... —es lo último que digo antes de salir con la frente en alto, pero con los hombros cargados, completamente derrotada.

Acabo de cerrarle la puerta en la cara al amor de mi vida, y lo hice para evitar perder aún más. Apenas logro llegar al auto, antes de desmoronarme.

Conduzco llorando a mares, pero es que no puedo parar. Ni de llorar, ni de conducir, pues debo ir a buscar a mi hija al colegio y luego llevarla a la escuela de gastronomía. Un momento, no puedo hacer eso. Ese lugar, dirigido por Malena es ahora como la boca del lobo y ahí no voy a meter a mi nena. La cuestión es cómo se lo explico...

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, y para cuando Paulina sale, la procesión va sólo por dentro. Por fuera, el espejo retrovisor me muestra triste, pero serena.

« *Mamá, mañana es el pijama party en casa ¿te acordás?* »

Mierda si me acordaba. No tengo ganas de recibir a tres niñas escandalosas, y prefiero llorar mi dolor

a solas, pero no puedo privar a mi hija de nada más.

—Claro. Pauli, no vas a la escuela de Andrés hoy, ¿sabés? —le anuncio y luego me doy vuelta y enciendo el auto.

Por el espejo veo que pregunta por qué con las manos. Me vuelvo a mirarla de nuevo, e intento sonreír.

—Porque está cerrada... Van a... fumigar —improviso, pues no estoy lista para decirle que no puede ir más.

La observo fruncir el ceño y me pongo en marcha. Casi piso a un perro por no mirar al frente con atención.

Tengo que controlarme, por Dios.

Desde esta mañana ya no soy yo.

Es tan grande el dolor de saber que lo que más quiero o se perdió o está en peligro, que me siento totalmente fuera de mi eje, y ya no sé ni para dónde ir.

De pronto me viene a la mente la trillada frase: « la curiosidad mató al gato » . Nunca más cierta, por favor.

Podía haber cerrado ese informe. No había nada demasiado notorio, pues Arturo es muy hábil y dosificó la extorsión, y la diversificó también. Podía haberle dicho a Andrés que todo marchaba bien, y casi no estaría mintiendo, porque en la actualidad no había fugas inexplicables... Pero no. Se me metió en la cabeza el investigar, y ese fue mi primer error. No se puede sufrir por lo que se ignora... Y mi segundo error, que terminó siendo más bien un horror, fue enfrentar a Arturo.

¿Es que estoy loca? ¿Cómo se me ocurrió hacer algo así? Si tuviese dos dedos de frente, y hubiese prestado atención a la insinuación de Rodrigo sobre el accidente de Mariana, debía haber ido a la policía. O a hablar con Andrés, pero nunca enfrentar a Arturo...

¿Me sentí valiente por eso? No, lo cierto es que fue por cobardía. Preferí hacerle frente a ese hijo de puta, esperando una explicación coherente que me evitase tener que decirle a Andrés que la que murió en ese accidente no era su hija, que su mujer le ponía los cuernos con su empleado, que su socio lo había traicionado y tal vez algo peor...

¡Cobarde! Mi cobardía me costó el amor del único hombre al que consideré mío, del único que me hizo sentir querida y deseada de verdad. El que me enseñó la diferencia entre tener sexo y hacer el amor.

¿Cómo llegué a esto, por Dios? Lo cierto es que no tengo salida, pues la amenaza de Arturo no me la imaginé, es real. Tan real como su rostro desfigurado por la ira tratando de hablar con calma, como su mano apretando mi cuello con firmeza, como sus claras instrucciones de que me aleje de Andrés para siempre, porque la vida de mi hija correría verdadero peligro.

No puedo arriesgar a Paulina, ni siquiera intentando sincerarme con Andrés, en busca de su ayuda. No puedo...

Intento contener las lágrimas pero tampoco puedo. Para cuando llegamos a casa, tengo los ojos rojos y mi tía me pregunta que me pasa.

—Es que... tengo un dolor de cabeza terrible... Me voy a acostar, tía.

Y eso hago. En cuanto ésta toca la almohada, se rompe el dique y ya no tengo consuelo. Llora por miedo, pero también porque perder a Andrés me duele más que todos los dedos del mundo en torno a mi cuello.

Suena el teléfono... Es él. Lo apago... Diez minutos después no puedo soportarlo más y vuelvo a encenderlo.

Diez llamadas perdidas, una por minuto. Y de pronto aparece un mensaje, pero en mi mail.

« No me puedo convencer, Gaby. No puedo creer que si no te hubiese mencionado nada sobre

convivir, a esta hora estaríamos juntos, haciendo el amor... Hace un rato pensaba que fue equivocada mi movida, pero estoy comenzando a creer que la equivocación viene de mucho más atrás. Es evidente que no llegamos a sentir lo mismo.

Si te vas a abrir por esto, es que jamás me quisiste. ¿Me mentiste, Gaby? No tiene sentido. Me tenías, con o sin tu amor. Hiciste que venciera todos mis reparos, derribaste todas mis creencias. ¿Era necesario mentirme así?

Hay algo que no me termina de cerrar, y no me doy cuenta de qué es. O desconozco algún acontecimiento, o soy un boludo importante, porque a pesar de que me acabás de escupir de esa forma, yo tengo la esperanza de que reflexiones, de que te hayas golpeado la cabeza o tomado el medicamento equivocado, y de que vuelvas a mí. Mi amor no se termina con esta cachetada. Y si el tuyo fue verdadero, sea lo que sea que haya pasado, espero que lo barra la noche. Andrés »

Carajo... Me saco los lentes. La cabeza ahora me estalla en serio.

Por un lado parece deprimido, pero por otro veo esperanza. Tengo que eliminarla. Por el bien de mi hija, por mi tranquilidad mental, lo que voy a barrer es esa esperanza.

« Me da vergüenza admitirlo pero tenés algo de razón. No dejo de pensar en eso... Te convertiste en un desafío, y tal vez quise ver cosas inexistentes con tal de llevarte a la cama... ¿Sino cómo puedo explicar la sensación de rechazo que me invadió cuando me hiciste esa propuesta? Hace días venía sintiendo una leve incomodidad, y no me daba cuenta por qué. Ahora lo sé: sigo siendo la de siempre, Andrés. Si tu cariño no me cambió, ya nada lo hará. No me interesa el compromiso, me oprime, me ahoga. La imagen que me vino a la mente cuando me dijiste de mudarnos todos juntos me desesperó... Todavía me siento agobiada. Y ese sentimiento no es bueno. Seguí mi instinto, y odio haberte lastimado, pero peor sería seguir y pasarte factura por haber destrozado mis ansias de libertad.

Te pido perdón, pero acá se termina todo » .

Y luego de eso, el golpe de gracia.

En dos patadas termino el informe y se lo adjunto para que entienda bien que esto es el fin, y me quedo con el móvil en la mano esperando respuesta.

Nada. Nada, nada, nada...

Mejor... ¿Mejor? ¿Entonces de verdad es el fin?

Tenés que alegrarte, Gabriela. Por Paulina, y porque es mejor ahora que después. Tenés que alejarte de ese ambiente sórdido, tenés que alejarte de Arturo aunque eso signifique también alejarte de Andrés.

Tengo que olvidarme de todo, necesito distraerme para no pensar.

Enciendo la tele, pongo el noticiero. Y la noticia que están pasando, hace que se me ericen uno a uno los pelos de la nuca.

« *En el Hotel Rambla encuentran cadáver de joven de 34 años, asesinado con un disparo de arma de fuego en la cabeza, mientras dormía. Su pareja, se encuentra prófugo y tiene pedido de captura por Interpol en calidad de testigo. Ampliaremos... »*

No pego un ojo en toda la noche. Agarro el teléfono diez veces decidida a llamar a alguien, y otras diez lo vuelvo a dejar en su lugar.

¿Qué puedo hacer? ¿A quién puedo llamar? No lo sé, pero necesito saber si el que está muerto es Rodrigo. Demasiada casualidad... Ay, Dios. ¿Me veré involucrada en algo tan terrible? ¿Será Arturo el responsable de esto? Y lo peor de todo, ¿seré yo la culpable de que haya tomado la determinación de matar a su ex empleado y amante?

Estoy desesperada, no sé qué hacer. ¿Quién me habrá mandado a meterme en esto, por favor?

Pienso en la viejita, en la madre de Rodrigo, y el corazón se me encoge. ¡Pobre mujer! ¡Y todo por mi culpa!

Pero ya nada puedo hacer. Eché a rodar algo que no hace más que sembrar dolor a su paso.

El día transcurre como en cámara lenta... Llevo a la nena al cole, hago el almuerzo, acompaño a mi tía al médico.

Y de Andrés, ni noticias.

Cuando estoy llegando a casa, me encuentro con la policía.

No voy a decir que me sorprende, porque no es verdad. Tal vez fui la última que vio a Rodrigo con vida, y tal vez me crean involucrada en su muerte. Pero por alguna razón, sé que saldré del paso esta vez.

Y no me equivoco.

Ellos me explican que están interrogando a todos los que visitaron a Rodrigo Burgos y Santiago Méndez ese día. Al parecer yo no fui la única.

—Y no sólo a los visitantes... También a las familias, a los ex empleadores, a...

—¿A los ex empleadores? ¿Ya hablaron con el dueño del restaurante?

—¿De qué restaurante?—me pregunta el que se presentó como sargento Alvarado.

Carajo, metí la pata.

—De... el lugar donde trabajaba Rodrigo. Allí lo conocí yo...

—Señora, estamos interrogando por ahora a los del entorno del fallecido. Después veremos si hablamos con los vinculados al testigo.

Mi cara debe ser de total contrariedad porque la mujer policía, que no levanta ni un metro y medio del suelo, se acomoda la gorra y me explica:

—El fallecido es Santiago Méndez, ¿no lo sabía?

¡No! ¿No es Rodrigo? ¡Es el otro, el novio? Jamás se me cruzó por la mente algo así.

—No, no lo sabía. Al que yo conozco es a Rodrigo... ¿él es el prófugo? ¿Es el sospechoso?

—No debería decírselo, pero es sólo un testigo. Al señor Méndez lo vieron vivo y coleando, aun después de que se hubiere marchado el señor Burgos, que ya estaba embarcando en su avión cuando sucedió. Alguien que no pasó por recepción y que las cámaras tomaron sólo desde atrás, es el asesino... —me explica.

—No puedo creerlo... Cuando yo fui a despedir a Rodrigo, Santiago dormía... Luego me fui, y anoche vi la noticia en la tele. Pensé que era Rodrigo enseguida, no sé por qué.

—¿Así que no conocía a Santiago? —pregunta el Sargento.

—No. Lo vi dormido sólo esa vez... Le pido disculpas por no poder ayudarlo.

—No se preocupe, señora. Es posible que se trate de un ajuste de cuentas... Esta gente que se mueve en el mundo del juego y la droga, suele ser muy peligrosa y vengativa.

Inspiro profundo para no mostrarles lo nerviosa que me puso ese comentario.

—¿Y no han encontrado a Rodrigo? —pregunto con cautela.

—No. Debía tomar un vuelo en Buenos Aires rumbo a Madrid, pero al parecer se enteró de la noticia y jamás lo abordó. Esperamos encontrarlo a través de Interpol, a ver si nos puede echar luz sobre este asunto... Si se llega a comunicar con usted, por favor dígame que no es sospechoso sino testigo, y que no tiene sentido esconderse, señora. Es por eso más que nada que queríamos visitarla... ¿entiende? Por si Burgos la llama en estos días —responde, y yo siento una necesidad inmensa de que eso no suceda.

—Si lo hace, les aviso —confirmo intentando disimular mis nervios.

Y todo queda por esa. Pero la procesión, por dentro, continúa igual que antes... No, peor que antes, porque ahora le agrego la culpa al miedo, lo cual me paraliza en extremo.

Para cuando Pauli llega a casa estoy con los nervios a flor de piel.

« *Hago los deberes cuando lleguen las chicas al pijama party* », me anuncia decidida.

—No, los hacés ahora antes de que vengan. Sino, no hay fiesta, ¿está claro? Mirame, Paulina. ¿Está claro?

Asiente, malhumorada, y obedece.

Me recuesto en el sillón con un almohadón en la cabeza. Estoy molesta, irritada...

—Amá...

Me incorporo despacio.

—¿Qué necesitás?

« *¿Con qué color subrayo, con celeste o con rosado?* »

Inspiro profundo, y me armo de paciencia para contestar:

—Con lo que vos quieras, Pau.

« *Decime vos...* »

—Bueno, con celeste.

« *Pero a mí me gusta tanto el rosado* »

—Está bien, con rosado.

« *Pero si a vos te gusta el celeste...* »

Dios mío, Dios mío. Tenías que ser mujer para ser tan complicada, Paulina. Hoy no tengo paciencia para esto, no tengo paciencia para nada.

—Pau, da igual. Subrayá con el color que más te guste a vos —le digo, y de inmediato me vuelvo a recostar en el sofá.

Y cuando creo que estoy fuera de su vista, murmuro:

—¿Qué mierda importa el puto color con que...?

Abro los ojos sobresaltada cuando algo me toca el hombro con insistencia. Es Paulina, que



rápida como un rayo se pone a mi lado y me increpa.

« *Es muy feo lo que dijiste. ¿Qué te pasa, mamá?* »

Ay, corazón. ¿Qué me pasa? De todo, me pasa. Y nada bueno, por cierto...

Abro la boca pero no me sale nada. Y por fortuna me salva el timbre.

Son las chicas, que vienen al dichoso *pijama party*, justo hoy que estoy con un humor de perros y con un dolor de cabeza atroz.

Hago de tripas corazón y aguanto... Pero no estoy acostumbrada a niñas tan ruidosas. Trato de mantener la paciencia y la sonrisa hasta que no puedo más, y las dejo abajo con la tía, mientras me recuesto un rato en mi habitación.

Me quedo dormida casi al instante, y una voz de hombre hace que me despierte sobresaltada.

—¿Estás bien? —pregunta Alejo visiblemente preocupado.

—Más o menos —confieso, frotándome los ojos.

—¿Pasa algo con Andrés? —insiste.

Luego de unos instantes, estoy en condiciones de responderle:

—No pasa nada. Ni va a pasar... Todo terminó, Alejo.

Alza las cejas, sorprendido.

—¿Y él lo sabe? Porque está abajo, hablando con Pau... ¡Mamá! —lo escucho gritarme, pero yo ya estoy bajando la escalera, descalza.

Antes de llegar a la planta baja lo veo. Está parado, de espaldas a mí, y gesticula algo mientras Paulina lo observa atenta. Me detengo de golpe, y veo a mi hija asentir, seria, y de inmediato lo abraza por la cintura.

No puedo verle el rostro a Andrés, pero puedo sentir su emoción cuando luego de la sorpresa inicial, levanta la mano y le acaricia el pelo.

Verlo abrazado a mi hija es una imagen tan fuerte, que me quedo pasmada...

Las risitas de las nenas que observan la escena me sacan del trance, y también a ellos. Pauli se separa y me descubre en la escalera, y casi de inmediato Andrés se da la vuelta y sigue la dirección de su mirada.

Sus pupilas se dilatan cuando me ve... Aun a esta distancia puedo notarlo.

—Hola. Y chau... Ya me estoy yendo —es todo lo que dice. Y luego le toca la mejilla a la nena y se dirige a la puerta.

—Esperá... —digo de pronto. —Te acompaño...

Y eso hago. Cuando estamos en el zaguán nos miramos a los ojos.

Me abruma el dolor que leo en ellos. Y todo por mi culpa...

Tengo ganas de mandar todo al carajo, lanzarme en sus brazos y pedirle perdón. Decirle que estoy mal de la cabeza, menopáusica, neurótica. Darle una loca explicación o no decirle nada y comérmelo a besos. Eso quiero... Muero por probar una vez más el salado sabor de su piel. Me concentro en el hueco de su garganta, y luego en su mentón cuadrado con la barba crecida... Parece tener ojeras tan pronunciadas como las que me acompañan desde ayer. ¿Le dolerá igual que a mí todo esto?

Traga saliva y su nuez sube y baja. Me quedo como hipnotizada mirándola.

—Me voy —dice, pero no se mueve.

Mi corazón grita « no te vayas » pero de mi boca no sale nada. Ahora la que traga saliva soy yo, y no sé de donde saco fuerzas para preguntar:

—¿Por qué estás acá?

Lo cierto es que lo único que me importa es que se quede, y mi pregunta busca eso: retenerlo un ratito más.

—Vine a ver a Paulina. Sé que hoy no fue a la escuela... Gabriela, no la privas de algo que disfruta tanto sólo porque vos y yo...

No sé qué decirle, la verdad. Me siento una egoísta de mierda, pero lo cierto es que temo por la seguridad de mi hija y no se lo puedo contar.

—¿Qué le dijiste? ¿Le contaste que... terminamos?

Mueve la cabeza, negando. Y luego se pone las manos en los bolsillos y me mira.

—¿No te parece que tendrías que decírselo vos?

Tiene razón. Y no sé por qué le hablo con este tono de reproche innecesario y totalmente injusto. ¡Si él no tiene la culpa de nada!

La estúpida comedia, que quiso jugar al detective fui yo. Y la cazadora resultó cazada, y terminó perdiéndolo todo. ¿Por qué entonces estoy acá parada preguntándole si le contó a mi hija algo que yo debí decirle? ¿Por qué me molesta la posibilidad de que sea él quien se le cuente?

Ya sé por qué: porque el hecho de que lo sepa Pauli, lo hace más real, más irreversible, y no quiero que eso pase.

Me aterra perderlo, esa es la verdad. Y no es lo mismo que lo sepa Alejo, que lo sepa Paulina. A mi hijo no le afectaría la ausencia de Andrés, pero a ella sí...

—Yo pensaba decirle... mañana...

—Decile cuando quieras, pero seguí mandándola a clases, por favor. No la metas en el medio; no es justo.

Asiento, pero lo cierto es que no pienso mandar a mi hija a la academia donde está la mierda de Arturo y su hija odiosa.

—Gracias. Que sigas bien... —murmura, y luego se da vuelta y se dirige al auto. Mi corazón sangra al verlo partir... No puedo. Sencillamente no puedo soportar que se vaya así.

—Esperá, por favor —le digo, y doy unos pasos hacia él como impelida por una fuerza extraña que no puedo dominar.

Lo veo detenerse, y girar hacia mí.

—Decime.

¿Qué le digo? ¿Que no quiero que se vaya? ¿Qué me muero por él? ¿Qué lo amo con locura? ¡Carajo! ¡No puedo!

—Andrés... lamento mucho que todo haya terminado así, pero es mejor ahora que después. Si te hice daño te pido perdón...

Por un momento no dice nada. Sólo me mira con el ceño fruncido.

—Sí, claro. Ahora resulta que voy a tener que agradecerte que me dejes...

—Por favor —le suplico sin saber muy bien qué. —Entendeme... No quiero lastimarte, pero estamos en momentos distintos de la vida. Mis necesidades y las tuyas van por caminos diferentes y es mejor cortar ahora antes de que...

—¿Antes de qué? ¿De qué me enamore de vos? Te aviso que es demasiado tarde. Ya me lastimaste, pero no lo lamentos... Yo sabía a qué me exponía, o al menos debí saberlo.

—No era mi intención hacerte esto... Estoy asustada, Andrés. Las cosas se complicaron demasiado... —intento explicar, sabiendo que no puedo decir nada que empeore mi situación frente a Arturo.

—Y ya sabemos que no te gusta cuando las cosas dejan de ser superficiales. Pensé que habías descubierto que los sentimientos y el compromiso te podían hacer feliz, pero me equivoqué. Está bien, me toca perder y lo asumo. Pero estoy seguro de que algún día lo vas a lamentar, Gabriela —afirma, y antes de que pueda replicar, se mete en el auto y se va.

Y con él se van mis esperanzas de volver a sonreír alguna vez.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano antes de entrar, y le sonrío a mi hija... La

mirada que ella me devuelve me hace sentir mal, muy mal. Tengo que acostumbrarme; el dolor se ha instalado en mi vida y me va a costar hacerlo salir.

Esta noche la pasé casi en vela, igual que la de ayer.

No puedo dejar de pensar en Arturo, en Rodrigo, en Santiago... Y tampoco puedo dejar de pensar en Andrés.

La última conversación me destruyó por completo. « *Algún día lo vas a lamentar...* », me dijo. Qué error, qué equivocado estaba. Ya lo estoy lamentando. Lo lamenté aún antes de hacerlo, pero estaba convencida y aún lo estoy, de que no tengo otra salida.

Estoy obsesionada con la seguridad de mi hija, así que estos días no la he dejado ni a sol ni a sombra. Por supuesto que sigo mintiéndole, y con la excusa de la famosa fumigación de la escuela de gastronomía, intento ganar tiempo y juntar valor para decirle que ya no irá.

¿Qué excusa puedo ponerle? ¿Cómo explicarle que hay un hombre que representa una amenaza real para ambas y que quiero mantenerla lejos de él? No puedo decírselo, por supuesto, pero algo tengo que inventar para justificar esto. Alegar problemas económicos es una posibilidad...

No sé.

Ya no sé nada... Mi única certeza es este ahogo que está terminando conmigo.

Si los días son terribles, las noches son un infierno porque a la soledad se le suma el deseo. Es que mis ganas de Andrés no saben de imposibles, de temores, de finales. Mis ganas están ahí, latiendo en mi sexo pero también en mi cabeza, incentivadas por los recuerdos que acuden a mí una y otra vez. Y no los quiero apartar, sino todo lo contrario. Los cultivo, los alimento... Repaso cada uno de los momentos vividos a su lado; los padezco y los disfruto al mismo tiempo.

Porque esos recuerdos son míos, y no hay amenaza que me pueda separar de ellos. Y si el precio es sufrir, lo voy a pagar.

Pero hoy estoy especialmente abatida... Ni siquiera tengo fuerzas para levantarme, y si no fuese porque esta tarde tengo una entrevista de trabajo continuaría en la cama con el pelo hecho un desastre y las ojeras por las rodillas.

No puedo dejarme caer así... ¿Qué ejemplo le estoy dando a mis hijos? ¿Qué gano con preocupar a mi tía Aurora? Tengo que levantarme, darme un baño, cepillarme los dientes...

Y lo hago. El agua caliente cayendo por mi cuerpo reactiva mi circulación y me hace mucho bien. También aviva mis recuerdos, y pronto la espuma se transforma en las manos de Andrés acariciándome. Y me dejo llevar...

Ahora no solamente me acosan por la noche esos recuerdos. Esta vez son tan vívidos que realmente siento su respiración en la nuca, y sus dedos dentro de mi cuerpo haciéndome desesperar.

« ¿Te sentís hembra en momentos así? Porque no podés serlo más, te lo aseguro... », me dijo aquel día y yo me mareé al escucharlo.

Hoy me pasa igual, pero segundos antes de que mi propia mano me lleve al paraíso, el llanto que desborda mi alma rompe el clima, y me devuelve a la cruel realidad en la que la ausencia de Andrés lo invade todo.

Salgo de la ducha furiosa y triste a la vez. Frustrada, avergonzada, y más deprimida que antes.

Con el pelo apenas oreado con una toalla, me pongo una camisa de franela a cuadros que me llega a las rodillas y siempre hace las veces de camisón cuando quiero quedarme de *entrecasa*.

Mi intención es volver a la cama para poder continuar rumiando mi dolor, pero el sonido del timbre lo impide.

Me pongo las pantuflas peludas con forma de conejito y me dispongo a bajar, pero en ese lapso de tiempo alguien me gana de mano, y cuando llego a la puerta me encuentro a tía Aurora con un sobre en la mano.

—Te lo dejó Andrés, Gabita —me dice al entregármelo como si quemara.

—¿Andrés? ¿Vino él en persona? —pregunto, ansiosa mientras rasgo el papel.

No escucho la respuesta de mi tía, porque toda mi atención está puesta en esos papeles. Dos boletos aéreos, y una corta misiva.

*« La intervención de Paulina es el viernes a las cinco de la tarde, hora de San Pablo, en la Clínica Silva Preto. El vuelo es directo y sale mañana a las once. Está todo pago y te acabo de pasar toda la información por correo. Manteneme al tanto de todo lo que pase de la misma forma, por favor. Voy a estar esperando... Gracias. Andrés. »*

Mientras leo no puedo contener el llanto.

—¿Malas noticias, Gaby? —pregunta mi tía alarmada, y yo sacudo la cabeza, incapaz de decir nada.

Y después, le devuelvo los papeles, y así como estoy salgo a la calle en busca de Andrés.

El auto no está, pero cuando miro hacia la esquina lo veo parado en el semáforo. Llueve a cántaros pero a mí no me importa nada.

Corro como una loca por la calle, corro todo lo rápido que me permiten mis pantuflas de conejito, y llego justo cuando la luz cambia a verde.

Pero no le permito avanzar porque me paro delante del auto y pongo ambas manos en el capó.

Las bocinas suenan y suenan, pero no puedo ver el rostro de Andrés, porque el agua cae en abundancia y no me lo permite.

De pronto la puerta del acompañante se abre, y yo tomo eso como la invitación que es, rodeo el auto y me subo.

Soy consciente que estoy hecha un desastre, semidesnuda, empapada, llorosa... Y a él se lo ve tan estupendo. Me mira asombrado y luego arranca y estaciona a mitad de cuadra, para no estorbar el tránsito.

—Estás... loca —es todo lo que atina a decir, mientras yo no dejo de mirarlo.

—Eso no es novedad —replico, jadeando. —Pero vos lo estás más que yo. ¿Cómo se te ocurre pagar la operación de mi hija? ¡Ni siquiera estamos seguros de que ella quiera...?

—Yo lo estoy. Paulina me dijo que sí el otro día, cuando le pregunté. No lo dudó ni un segundo, y pensé que ya lo sabías...

—No, y no lo puedo creer...

—Es así. Ella quiere, ya está todo arreglado y van a estar afuera una semana. Sólo tenés que preparar las valijas y el pasaporte. Tengo entendido de que ya lo tiene porque viajaron a Orlando el año pasado, así que no va necesitar el permiso del padre para...

—Sí, tiene el pasaporte vigente. Andrés, no sé cómo agradecerte...

—Manteniéndome al tanto de todo, Gabriela.

—Y te voy a pagar cada dólar que...

—Eso ya lo hablamos antes. No es por vos, y ni siquiera es por ella: es por mí. Hace mucho que quiero retribuirle a la vida, por decirlo de algún modo, la alegría de haber vuelto a oír, y ahora encontré la forma. Así que de plata no se habla más... ¿está claro? —me dice mientras su mirada va de mi rostro a mis pechos y luego al frente.

—Andrés, yo... No sé por qué sos tan bueno con nosotras... Después de lo que te dije, de lo que te hice...

No me mira cuando me responde.

—Esto no tiene nada que ver con eso.

Y lo que le digo, me sale del alma aunque no expresa mis verdaderos deseos.

—Tenés que dejar de quererme así, por favor.

Se vuelve lentamente y enfrenta mi mirada.

Por unos segundos no decimos nada, sólo nos miramos en un electrizante silencio.

No sé quién da el primer paso, pero lo cierto es que de pronto nuestras bocas se encuentran, nuestras lenguas se entrelazan con desesperación.

Nos besamos como locos, totalmente descontrolados. Mis manos se aferran a su rostro para no perder el contacto, pero las de él no hacen lo mismo.

Una de ellas sube por mi pierna mojada y con una asombrosa rapidez se pierde bajo mi camisa de franela que él ya conoce. Y también sabe, sin duda, que debajo no llevo nada, a juzgar por la seguridad con la que se abre paso en mi sexo en un solo movimiento, y sin delicadeza alguna.

Me introduce los dedos con fuerza, sin tantear, tan profundo como puede, y me hace gritar. Me debato entre el placer y el dolor, entre las ganas de replegarme y de entregarme a esa invasión tan disfrutable como violenta.

Jadeamos al unísono. Es más que un jadeo, es un gemido detrás de otro. Los míos ahogados, los de él roncós, guturales. Y mientras tanto, el apremiante movimiento de su mano me lleva a la gloria a una velocidad de vértigo a pesar de esa rudeza.

Pero de pronto se interrumpe y me mira a los ojos, con la respiración agitada y la mirada turbia.

—No —me dice de pronto.

—¿No?

—No. Bajate, Gabriela.

—Andrés, por favor...

—Vos lo dijiste. Tengo que dejar de quererte, pero antes tengo que dejar de desearte así. Bajate —me ordena con voz fría, y mi corazón también se congela.

Y también en mi cuerpo ese frío se hace sentir y comienzo a tiritar como loca, sin atinar a hacer nada.

—Te vas a enfermar. Andá a tu casa, y cambiate... No podés darte el lujo de caer en cama justo ahora que tenés que viajar.

Tiene razón, pero no me quiero ir... O sí, pero con él. Quiero meterme en una cama con Andrés, y no volver a salir jamás. Tengo unas ganas intensas de borrar a Arturo del mapa, o de volver el tiempo atrás...

No puedo resignarme a perder a este hombre.

Mi cuerpo me va a recordar cuánto lo deseo por toda la eternidad. Mi corazón no va a aceptar nunca que ya no es mío, que ya no puedo quererlo, que no voy a poder sentir más la fuerza de su amor, de su pasión desbordante. Y estoy segura de que no voy a conocer jamás a un hombre tan hombre

como él.

Andrés traga saliva, enciende el auto y pone primera.

Le acaricio el rostro, conmovida. Sé que está luchando contra sus demonios igual que yo. Y que presiente que esto tiene que ver con algo más que orgullo, o capricho. Creo que sabe que hay algo más, pero que no se puede explicitar... Y por eso no va a insistir.

Es tan noble. Tan humano... Tan absolutamente querible.

Ya no puedo más... Desciendo despacio mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas y se confunden con las gotas de lluvia que caen sobre mí.

Andrés arranca sin dirigirme ni una sola mirada, y mi corazón se suma a este llanto que me desborda el alma y parece no tener fin.

¿Dónde está mi duende travieso, el que me la cuida? La pobre ya no resiste más golpes, más dolor...

Regreso a mi casa hecha un trapo de piso, y así me siento.

Tía Aurora me ve llegar a través de la ventana, y me abre la puerta con un toallón y mil reproches.

—Gabita, qué locura... Podías haberlo llamado o haberle escrito como pone él aquí en la carta... ¡Ay, nena! A mí no me engañás: algo está pasando o ha dejado de pasar entre ustedes y yo ya me voy a enterar. Pero ahora lo que más me importa es Pauli. ¿De verdad la van a operar? Yo pensé que se necesitaba un montón de trámites para eso...

Mi tía habla y habla, pero yo no le respondo. No tengo ni las más mínimas ganas de contestar. Me seco la cara con la toalla, y me deshago de las lágrimas tanto como de la lluvia.

—Mucho dinero se necesita también, y él se hizo cargo de todo... Tía, ayudame con las valijas, que nos vamos mañana.

Carajo, tengo tanto para hacer... Despertar a mi hija y contarle. Ir al colegio y explicarles. Llamar a Hugo. Avisarle a Alejo que no se vaya tantos días a lo de la novia, y que no deje a la tía sola. Levantar el correo...

El mail de Andrés me dice todo lo que necesito saber sobre la preparación de Paulina. Será sólo un día de internación, y luego una semana de reposo en un departamento que nos alquiló en San Pablo. Durante esa semana tendrá que ser controlada para ver la evolución de la cicatriz, y luego de un mes y medio, tendremos que volver un par de días para la puesta a punto del implante, y comienzo de la rehabilitación logopédica que luego podrá continuar aquí en Uruguay, a cargo del Fondo Nacional de Recursos. Estaremos en pleno campeonato mundial de fútbol cuando debamos regresar, y también en vacaciones de invierno.

¡Nos esperan un par de meses moviditos! Le pido a Dios que todo salga bien, y que mi hija sienta una mejora en su calidad de vida. Todos debemos cambiar nuestra forma de relacionarnos con ella, y dejar de lado las señas para estimularla a hablar. Será un nuevo aprendizaje, una nueva forma de comunicarnos, pero valdrá la pena intentarlo.

Durante las primeras veinticuatro horas de internación le harán todas las pruebas necesarias, y luego llegará la operación. La recuperación puede ser bastante incómoda para ella, pero ahí estaré yo para contenerla, si es que logro poner manos a la obra...

La verdad es que quiero hacer mucho y hago muy poco. Bueno, primero lo primero; hablar con Hugo. Pero ni bien tomo el teléfono, recibo una llamada.

—¡Hola!

Cuando escucho esa voz, se me contrae el estómago.

—Contadora... ¿todo bien? Espero que sí. Acabo de ver una importante transferencia de dinero realizada por Andrés desde el sistema bancario electrónico, con destino a una clínica brasileña. Me pregunto si usted tendrá algo que ver...

Mierda... No tiene caso negarlo, pues lo sabrá de todos modos.

—Es algo... Él quería hacer algo así por una persona sorda, y yo...

—Tranquila, querida, tranquila. Me parece bien que Andrés se haga el filántropo con la chiquita. Es lo que gana por tener una mamita tan linda y que abra las piernas tan rico... Sólo quería que usted supiera que yo lo sé todo, nada más... Y que si lo va a devolver, me lo devuelve a mí, ¿me entiende? —me dice riendo, y luego corta abruptamente la comunicación.

Trago saliva, y en ese momento me doy cuenta que estoy aferrando el teléfono con tanta fuerza que le saco la tapita de lugar.

Maldito hijo de puta, ¡cuánto lo odio! Disfruta amedrentándome y haciéndome saber que él tiene el control. Y lo peor de todo es que no puedo hacer nada... Le tengo miedo, claro que sí.

Estoy segura de que tiene que ver en la muerte de Santiago, el amigo de Rodrigo Burgos y ojalá la policía pueda encontrar la forma de probarlo y así verme liberada de él, y su acoso que me llena de angustia.

Mientras tanto, lo único que puedo hacer es intentar olvidarme de ese maldito y poner toda mi energía en la intervención quirúrgica de mi hija.

Hago las valijas, las llamadas, y todo lo necesario para poder viajar mañana tranquilas, y se me va el día en esa tarea.

Me acuesto exhausta, y con la sensación de que sin Andrés a mi lado, todo se me hace cuesta arriba, y con una interrogante que no me deja en paz: ¿volveré algún día a probar el dulce sabor de la felicidad?



*« Hola, Andrés. Te escribo mientras Pauli duerme, vencida por tantos calmantes. Al parecer salió todo como esperábamos, pero ella despertó bastante molesta y alterada.*

*Me desesperé al verla llorar así, y en cuanto pudo comunicarse nos contó el motivo: no era de dolor, sino por una sensación de mareo con la consiguiente náusea, que sumada al efecto de la anestesia, la tuvo a mal traer hasta hacer un rato.*

*El doctor Silva Preto es muy optimista y me dijo que te llamaría para contarte los pormenores de la cirugía. Por ahora sólo nos resta esperar la evolución... »*

Así comenzaba la carta que le envié a Andrés por correo electrónico luego de la operación de mi hija. La respuesta fue más que escueta: *« Ya me llamó el Doctor y me contó los detalles. Me alegro de que todo esté resultando según lo esperado. Cariños a Paulina. »*

Y más nada... Como si fuésemos extraños y no... ¿no qué? Si ya no somos nada y todo por mi culpa. A pesar de que los días han pasado y que mi hija ocupa cada minuto de mi vida, no puedo evitar continuar pensando en él.

¡Lo extraño tanto! Dos por tres me sorprende aterrándome con la idea de que Arturo termine de enloquecer y decida hacerle daño. Pero aunque parezca una locura, lo que más me altera es imaginar que está con otra, enamorándose, enamorándola, deleitado entre los brazos y piernas de otra mujer. Me lamento inútilmente. Yo misma desperdicié la oportunidad de tener a ese hombre maravilloso en mi vida, y a pesar de que sé que es el miedo lo que me impide estar a su lado, reconozco que hay otras cosas también... ¿Por qué no confié en él lo suficiente y le conté mi descubrimiento? ¿Qué quería demostrar? Juntos y con la verdad en la mano hubiésemos podido con ese monstruo.

Pero así como lo enfrenté, indefensa y sola, le di un poder a ese infeliz, que tal vez termine siendo tan inmenso como destructivo. Permití que Arturo me ganara con el miedo a perder lo que más quiero en la vida, y ese miedo me paralizó por completo.

El solo hecho de pensar que estoy ante un potencial asesino me deja los pelos de punta. En mis ratos de ocio, lo que hago es *googlear* información sobre el esclarecimiento de la muerte de Santiago Méndez, y el paradero de Rodrigo. Lo único que he podido encontrar es que la policía está tratando de depurar la grabación del vestíbulo del hotel, para descubrir la identidad del último visitante. Parece que fue un hombre joven, y creen que tiene que ver con el mundo del hampa.

Eso me decepciona un poco, pero sólo un poco... Es que por un lado esperaba que fuese Arturo, y así librarme de él para siempre. Pero por otro, el hecho de que así fuera, me haría sentir

culpable, porque sin duda tendría que ver con mi absurda revelación que además es una gran mentira. Ese manotazo de ahogado pudo haber sido el causante de la pérdida de esa joven vida, y él solo hecho de pensarlo me produce escalofríos. Me desespera esa idea, más no puedo hacer nada; nadie puede hacer nada.

Por fortuna, mi hija y sus demandas me sacan de mis oscuros pensamientos. Ya ha pasado casi una semana desde su intervención, y ayer le sacaron los puntos. Fue un gran alivio el saber que no hubo complicaciones y que si mañana el médico lo aprueba, podremos regresar a casa. Y luego nos resta esperar a que se cumpla el tiempo necesario para comenzar la rehabilitación.

El hecho de que coincida con el próximo campeonato mundial de fútbol en Brasil, es un plus inesperado que le dará a Pauli el entusiasmo necesario para afrontar la parte más difícil de todo esto: la puesta en funcionamiento de la prótesis. Bendito seas, Mundial.

El teléfono suena y yo dudo de responder. Es que el número es desconocido y el *roaming* en Brasil es carísimo, pero insiste tanto que termino haciéndolo.

—Hola.

—Buenas tardes, Contadora. Soy el doctor Verdetti, ¿me recuerda?

Por supuesto que lo recuerdo. Es quien me ofreció aquel empleo como contadora por un sueldo de hambre que estuve a punto de aceptar. Qué raro que me esté llamando ahora que ya pasaron más de dos meses de eso...

—Claro que sí. ¿Cómo está, Doctor?

—Estupendamente. Y si usted me da un « sí », lo estaré aún más. Espero que no haya asumido otros compromisos laborales, o si así fue, que esté dispuesta a dejarlos, porque nuestra oferta en esta ocasión estoy seguro será de su agrado —me dice, jovial.

Vaya.

Vaya, vaya... Completamente inesperado, pero muy bienvenido por cierto.

—Lo escucho.

—Bien. Quiero ofrecerle la coordinación del departamento de administración de la empresa. Desde el momento en que la entrevistamos supimos que usted estaba sobrecalificada para el puesto, pero esta vacante sorpresiva la pone en carrera para la Coordinación General. ¿Qué me dice, Contadora?

Mi respuesta es inmediata.

—Que los desafíos que involucran estrategias y trabajo en equipo me gustan mucho, pero todo depende del acuerdo económico al que podamos arribar, doctor Verdetti.

—A eso iba, precisamente...

Cuando me dice la cifra casi me caigo de culo. Metapo la boca para no gritarle « ¡sí! », y luego toso mientras pienso en qué decir.

—¿Contadora?

—Aquí estoy. Creo que... tenemos un acuerdo, pero tendrá que esperar un par de días para que pueda incorporarme. Estoy en Brasil ahora...

—¿En serio? ¿De vacaciones?

—No estoy de vacaciones, sino por un asunto de salud referido a mi hija. Puedo empezar el lunes, si a usted le parece bien.

—No hay problema. Y espero que lo de su hija no sea nada...

—Está todo muy bien, Doctor, muchas gracias... O al menos eso espero —le digo sonriendo, aunque no pueda verme.

Cuando corto la comunicación, por primera vez en mucho tiempo siento que las cosas van mejorando, y que mi vida está encontrando su cauce.

La sonrisa radiante de Paulina al despertar, me lo confirma.

Dos días después puedo decir: ¡al fin en casa!

Paulina parece no haber pasado jamás por una intervención quirúrgica. Se la ve feliz, realmente dichosa.

Su primer día de clases coincide con mi primer día en el nuevo trabajo, pero la alegría de mi hija no alcanza a contagiarme.

Ella hace el intento... Pone caritas graciosas que yo puedo ver por el retrovisor y me terminan arrancando una carcajada. ¡Cuánto la quiero! A mis dos hijos los amo más allá de todo, y ese cariño tendrá que compensar la falta de... Andrés. Mi herida sigue intacta, sangrando como siempre, pero tengo que salir adelante por ellos.

Antes de bajar del auto, Paulina coloca su *IPhone* delante de mis ojos desde el asiento de atrás.

« *Que te vaya precioso, mami* », me pone mi hija adorada.

—Gracias, mi reina. A vos también... Y no te olvides de repartir los chocolates que compramos —le digo volviéndome para que me lea los labios.

« *Sí. Me peinaste lindo y no se nota que meafeitaron un poquito la cabeza* », escribe a una velocidad de vértigo.

—¡Te lo dije! ¿Qué pasa que hoy escribís todo? ¿Sólo andan los pulgares en esas manitos? —le pregunto sonriendo.

Ella ríe también, y luego vuelve al *IPhone*. La observo escribir mordiéndose la punta de la lengua y me dan ganas de abrazarla.

« *Las manos voy a usarlas solo para comunicarme con Andrés. Cuando aprenda a hablar bien, ese será mi código secreto para hablarle a él* »

Ni bien leo eso, mi sonrisa desaparece.

Andrés... Mi hija no se enteró aún de que entre él y yo ya no hay nada.

Me ha preguntado por él hasta el cansancio, y yo me he salido por la tangente todo lo que pude. Pero no voy a seguir estirando el momento de la verdad; Pau debe asumirlo y yo también.

—Querida, Andrés y yo, ya no nos vemos más. Él fue muy bueno con nosotras, pero... —no puedo continuar porque ella se tapa los ojos para no saber más. Y luego su intención de no volver a usar la lengua de señas se va al carajo. Gesticula con energía para decirme:

« *No quiero. No me digas más nada. Él te quiere como en las películas y vos sos muy mala* »

Y luego se baja del auto arrastrando su mochila y sin darme la oportunidad de replicar.

Me quedo con la boca abierta, sin poder reaccionar. Y antes de pasar la reja, la veo darse vuelta y mirarme a los ojos.

Frunzo el ceño y la invito a acercarse al auto con el dedo índice, pero lo único que obtengo me hace ahogar una exclamación de sorpresa: mi angelito me observa, furiosa, y luego me hace un gesto inédito en ella. Primero me muestra uno de sus puños, y con la otra mano le da vueltas a una manivela invisible que hace que el dedo medio replegado, se levante lentamente... El gesto tan vulgar no condice con el aspecto de esa nena angelical de largas trenzas y ojos color miel, y me sorprende tanto que lo único que atino es a taparme la boca con la mano.

Estoy furiosa, y a la vez tengo unas intensas ganas de reírme... Paulina no se queda lo suficiente para esperar mi reacción. En un santiamén se mete en el colegio, y en cada paso que da, adivino su ira.

Carajo, vamos a tener que hablar seriamente, no hay duda. Pero ahora necesito concentrarme en mi nuevo trabajo... Va a ser una lucha continuar con mi vida con tantas novedades y sin Andrés, pero lo voy a lograr. No tengo otra opción... Arturo no me las dio, o yo las perdí; no lo sé. Lo cierto es que tengo que seguir adelante, aunque me duela el corazón, destrozado por su ausencia.

Y el día transcurre según lo esperado... Entrevista con los jefes, presentación ante el personal. Adaptación al nuevo empleo...

Al final del día, les envió un mail a mis amigas Carolina, Victoria y Marisa para informarles de la nueva forma de localizarme. También le envió uno a Mariel, mi terapeuta, o mejor dicho mi ex terapeuta. Es que estando en San Pablo me hizo saber que me derivaría a otro profesional si así yo lo quería, pues ya no continuaría con su trabajo.

Por increíble que parezca, ha decidido recorrer el mundo junto a su hija para conocer a las lectoras de sus novelas. Mi loca terapeuta nuevamente le da un giro a su vida, como cuando pasó de bancaria a escritora, y luego de escritora a psicóloga. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo... Borrón y cuenta nueva. Un nuevo comienzo...

Pero sin Andrés, no puedo vivir mis alegrías como debería. Me hace tanta falta...

Me falta Andrés tanto como me sobra Arturo. Tengo tanta mala suerte que me lo encuentro en la puerta del banco cuando voy a registrar mis firmas como empleada de Documat One S.A.

—Qué feliz coincidencia, Contadora... Y qué bien se la ve. Debe estar feliz por el éxito de la cirugía de su niña. Ojalá que su hermosa cabecita siga en perfectas condiciones por mucho tiempo, y estoy seguro de que usted se va a encargar de que así sea manteniéndose lejos de mi socio...

Trago saliva, y no sé de donde saco valor para replicarle.

—Ya le dije que voy a hacer lo que me indicó. Sólo voy a entrar en contacto con él para devolverle el dinero de...

—Ningún contacto, querida. Ninguno... Tome esos cincuenta mil como pago por esos polvos maravillosos que le pusieron una sonrisa en la cara a Andrés, luego de su desgracia. Está claro que en esta vida no alcanzaré a comprender de dónde sale el poder de una vagina, pero no puedo dejar de admirarlo —me dice con una sonrisa que intenta ser lasciva, pero resulta una mueca grotesca.

Mientras lo observo irse, me doy cuenta de que estoy temblando. Es nombrar a mi hija, y meterme el miedo en el cuerpo al instante.

No quiere que me acerque a Andrés ni siquiera para devolverle el dinero, porque sabe que se va a producir una especie de « tira y afloje » entre nosotros que puede terminar acercándonos. Pero no le voy a dar el gusto, y ya encontraré la forma de hacerle llegar el dinero a Andrés sin que él se entere. No puedo aceptar eso como un regalo, y mucho menos teniendo yo los medios para poder solventarlo.

Estoy harta de las amenazas de este hijo de puta, pero no puedo hacer nada pues me siento vulnerable y es la vida de mi hija la que se ve amenazada.

Salgo del banco con lágrimas en los ojos.

La impotencia, la maldita impotencia... Arturo me tiene contra la pared y con las manos atadas, y me aparta del único hombre que me hizo sentir viva.

Ese fortuito encuentro con Arturo me deprimió bastante, y empañó el inicio de mi nueva actividad. Lo peor de todo fue que me dejó con la sensación de que haga lo que haga, él va a ser una sombra que estará siempre ahí, amenazante.

¿Es que voy a permitir que condicione cada uno de mis movimientos toda la vida? Sí. No tengo otro remedio que hacerlo, pues la seguridad de mi hija está en juego y no la voy a arriesgar bajo ningún concepto.

Pero sucede que no creo que el hecho de devolverle el dinero de la cirugía a Andrés, se pueda considerar un « acercamiento ». Después de todo se trata de una simple transferencia bancaria...

No tiene por qué traer consecuencias si yo no lo permito. Si protesta, si intenta oponerse, con no responderle ya está, digo yo.

Lo voy a hacer, está decidido. Primero porque corresponde y segundo porque quiero. Tengo el dinero, y no voy a aceptar ese regalo.

Y mucho menos habiéndole hecho el daño que le hice, así que le voy a devolver cada dólar. Ya encontraré la forma de hacerlo, de modo que no sea tan evidente para Arturo, pues creo que lo mejor es que pase desapercibido para evitar tenerlo encima con sus amenazas.

¡Es tan horrible vivir así!

Tengo grandes posibilidades de mejorar la calidad de vida de mi hija, y acabo de comenzar una nueva actividad laboral muy bien remunerada. Si me « porto bien », Arturo no tiene por qué molestarme. Teóricamente todo está relativamente en orden, pero soy tan infeliz...

Vivir sin él no es vivir. Lo extraño muchísimo... Aunque parezca raro, echo de menos sus pañuelos perfumados tanto como sus caricias. Sus sonrisas de infarto como su pene dentro de mí. La forma en que pronunciaba mi nombre... El movimiento de sus manos cuando me decía que me veía linda o que me amaba, en la lengua de señas. Esa forma de adorar mi cuerpo... Esa manera de cuidar de mi alma.

Darí cualquier cosa por retroceder en el tiempo para poder disfrutar más de cada momento pasado a su lado. Si sólo pudiese volverme invisible y correr junto a él para acercarme a su boca, y aspirar su cálido aliento con aroma a caramelo. La verdad que hoy me conformaría con verlo, aunque sea de lejos...

Estoy exactamente a diez cuadras de « La Guardia Vieja », y vine en taxi al trabajo ya que no quise traer el auto por temor a no encontrar lugar para estacionar. Me queda de paso el restaurante...

Me queda de paso si yo quiero, porque lo cierto es que tengo por lo menos tres opciones si

quiero regresar caminando a casa. ¿A quién quiero engañar? Mis pasos me llevan a él, totalmente ajenos a mi voluntad.

No quiero contravenir las órdenes de Arturo, sólo pasaré por allí con la esperanza de verlo. La calle es libre, no puede impedir mi derecho a circular. ¿O también me tendré que ir de la ciudad si ese hijo de puta me lo exige?

No, me niego a que me condicione tanto.

Mis pensamientos se confunden con mis deseos y cada paso que doy me acerca más y más... Estoy a una cuadra y el corazón se me sale del pecho.

Cuando ya puedo divisar el restaurante siento las piernas como de gelatina. No puedo creer que el solo hecho de tener la remota posibilidad de verlo me cause este efecto tan... adolescente. Es que así me siento desde que lo conocí.

No me atrevo a avanzar. Estoy de pie en la vereda de enfrente, esperando que el semáforo cambie a verde, pero es inútil pues sé que se mantendrá en rojo para mí. Me siento paralizada y al borde del colapso. Cierro los ojos, y suelto el aire despacio.

Los autos pasan a toda velocidad, pero de pronto se detienen. Abro los ojos y ahí es que lo veo. Frente a mí, sentado junto a la ventana, con el periódico abierto sobre la mesa. Un rayo de sol le da en los ojos, y él se saca los anteojos y los deja a un lado... Estoy a punto de infartarme y no atino a nada. A nada, absolutamente a nada. Me quedo como hipnotizada observándolo, hasta que de pronto él levanta la vista... Casi muero cuando lo hace. Pero creo que no me ve, porque en ese momento cambia la luz. Otra vez los vehículos comienzan a circular, y yo aprovecho y me escondo detrás de un árbol como si fuese una delincuente o una nena...

Dios mío, qué locura haber venido. Espero uno, dos, diez segundos. Nada... Si me hubiese visto ya estaría aquí a mi lado, estoy más que segura. Con cautela me doy vuelta y asomo la cabeza.

Sigue ahí, pero ahora no mira en dirección a la calle. Ahora mira otra cosa...

Junto a él está Malena, de pie, con la alegría pintada en la cara. Sus gruesos labios rojos se curvan en una sonrisa que le llega a las orejas.

Y Andrés no se queda atrás. La invita a sentarse con un gesto y ella obedece de inmediato. Lo veo doblar el periódico al medio mientras le dirige una de sus miradas seductoras, junto a una cautivante sonrisa.

Estoy al otro lado de la calle pero puedo ver claramente las arruguitas que se forman en torno a sus ojos cuando lo hace.

La mira... Le sonrío... Puedo adivinar el charco bajo la silla de Malena, aunque lo único que veo humedecerse son sus labios, cuando pasa la lengua por ellos. Se le hace agua la boca y todo lo demás, lo sé.

Lo sé porque yo lo he vivido. Lo sé porque lo sigo viviendo...

Algo dentro de mí se rompe. Es tan clara la sensación que me siento abrumada y con unas ganas increíbles de llorar como una niña, o cruzar esa calle y agarrar a Malena de los pelos y arrastrarla por el suelo.

Ese hombre no es mío, pero yo lo siento mío. Lo dejé de la peor manera, mintiéndole descaradamente, poniéndole una excusa estúpida y ahora me tendría que ir a callar a mi casa, y no estar acá parada como estoy, rumiando mi dolor.

Tengo unas ganas inmensas de gritar. Pero lo que hago es recuperar la capacidad de moverme, y pego la vuelta sin mirar atrás, cegada por los celos, la rabia y la impotencia ante una situación que yo misma propicié.

Nunca hubiese esperado que Andrés se consolara tan rápido... Porque su sonrisa tan plena eso indica, no hay duda. Y la de Malena, también. Dios mío, no contaba con esto. ¿Pero qué esperaba? ¿Que un hombre como Andrés se quedara solo eternamente porque una estúpida como yo lo deja? Qué

ilusa.

Bien, no me voy a dejar caer por esto. Le voy a devolver el maldito dinero y me voy a olvidar de él, de su repulsivo socio, y de todo lo relacionado con ellos dos, para siempre.

Diez minutos después, estoy con mi amiga Victoria Ríos, en el banco.

No le voy a hacer un traspaso cuenta a cuenta. Voy a darle una letra de cambio y lo voy a hacer en mano propia.

Quiero dejarle en claro que el saldar esa deuda marca el fin de nuestra relación en todo sentido, y que no voy a aceptar un « no » como respuesta.

Y quiero mostrarle que estoy entera, tan entera como él que ya anda haciéndose el galán con lo primero que tiene a mano.

Eso voy a hacer...

Pero no se la voy a llevar al restaurante, sino a su departamento. No voy a entrar, por supuesto. No quiero que piense que estoy allí por otra cosa... Lo voy a esperar y se lo voy a dar en la puerta. Y ahí mismo le voy a decir que le agradezco la gentileza pero que ya no es necesario mantener esa deuda porque tengo un buen trabajo, y puedo disponer de mis ahorros como quiera.

Y luego me voy a dar media vuelta y lo voy a dejar con la palabra en la boca sin darle derecho a réplica.

Salgo del banco con lágrimas en los ojos... Son lágrimas de frustración, sin duda, pero me las voy a tragar. Voy a recuperar mi dignidad cuando le devuelva ese dinero a Andrés, y haga de cuenta de que él nunca llegó a mi vida con sus pañuelos perfumados, su discurso sobre sentimientos, y otras estupideces.

Y volveré a ser la Gaby que siempre fui. La que no se compromete, la que no corre el riesgo de enamorarse. La que vive el momento atendiendo las necesidades de su cuerpo, e ignorando las de su alma hasta que desaparezcan por completo.

Hago la guardia en la puerta del edificio de Andrés durante una hora interminable... No tengo idea de cuándo llegará; sólo sé que no lo ha hecho porque su auto no está en la cochera.

Salgo del mío y camino por la acera. Es una noche de junio bastante atípica, porque no hace nada de frío.

No hay nadie en la calle pues son casi las doce de la noche, pero no tengo miedo. El olor a mar invade mis sentidos y cierro los ojos para disfrutarlo mejor...

En eso siento que alguien dice mi nombre, y ese alguien no es Andrés.

—Gaby...

Me doy vuelta, sobresaltada. Es Nacho...

—Ho... hola... —balbuceo como una tonta. —¿Qué hacés acá?

Pestañea, confuso.

—Lo mismo podría preguntarte a vos, pero no lo voy a hacer. Lo que sí te voy a pedir es si podés subir porque me gustaría hablar contigo, por favor.

—¿Conmigo?

—Sí. Hace días que quiero hacerlo y no encontraba la forma. Y recién me asomé a la ventana y te vi bajar del auto... Dale, Gaby. Supongo que estarás esperando a papá, así que sabés que no está...

—Nacho, yo sólo vine a dejarle un sobre a Andrés, pero te lo puedo dejar a vos. No es necesario que suba a... —intento decirle pero él me interrumpe.

—Por favor —insiste.

Vaya... Parece que no tengo escapatoria. Miro el reloj buscando alguna excusa, pero no la encuentro.

—Sólo serán unos minutos, Gaby.

Asiento... Me hace un gesto y camino delante de él. Es tan caballero como su padre este chico. Mientras lo hago, mi mente va a mil. ¿De qué querrá hablar? ¿Será que quiere saber sobre mi ruptura con Andrés? Y de pronto caigo en la cuenta de que por primera vez lo escuché llamarlo « papá » y no por su nombre de pila, como solía hacerlo.

Qué extraño... ¿Se habrá aclarado todo entre ellos? Si es así, me alegro tanto... Pero también me pregunto el motivo.

Cuando llegamos saco de mi bolso el sobre con el cheque, y lo dejo sobre la mesa ratona junto al sofá. Los recuerdos de lo sucedido en él me invaden, y yo siento mis orejas arder pero me sobrepongo enseguida.

—Nacho, por favor dale este sobre a tu padre. Es muy importante que lo reciba hoy mismo... Es un cheque. Le estoy devolviendo un dinero que me prestó...

—Está bien. Gaby, te pedí que subieras porque quiero hablar de Arturo —me espeta sin anestesia.

Me quedo de una pieza... No me esperaba esto. Y de pronto recuerdo el día en que enfrenté a ese hijo de puta, y perdí a Andrés y también mi libertad. Cuando salí de esa oficina me encontré frente a frente con Nacho... En ese instante me pregunté si había escuchado algo, pero luego lo terminé descartando. Tal vez me haya equivocado, carajo.

—¿De... Arturo? —pregunto como una tonta.

—Sí... Yo... escuché como te amenazó aquella tarde en la oficina.

Confirmado. ¡Nacho oyó algo! La pregunta es cuánto. Se me eriza la piel sólo de pensarlo.

—No sé qué escuchaste, pero...

—Todo, Gaby. Todo... —me dice y puedo adivinar que tiene un nudo en la garganta, pues su voz suena extraña, ahogada.

No es para menos... Por mi culpa se enteró que su madre se dejó embarazar por su amante, y que el socio de su padre está implicado en eso y en un cruel chantaje. Y lo peor de todo, la posibilidad de que Arturo haya podido manipular el auto y provocar ese accidente. No, es demasiado... Y todo por mi estupidez.

—Nacho, te pido mil disculpas. No era mi intención sacar todo eso a la luz, y no lo hubiese hecho si no...

—Si no hubieses descubierto que Arturo le estaba sacando plata a mi madre. Lo sé... Tuve bastante tiempo para reflexionar sobre todo esto y lo primero que quiero decirte es que yo ya sabía que mi hermana no era hija de mi papá —me dice, serio.

Ahora sí que me quedo con la boca abierta y no intento siquiera disimularlo.

—¿Ya lo sabías?

—Sí. Lo supe unos días antes del accidente. Y antes de que me digas que eso no fue un accidente, tengo que advertirte que Arturo te mintió. No hay posibilidades de que lo haya provocado, Gaby. Estuve investigando, vi los informes de la compañía de seguros...

—No sé cómo podés estar tan seguro. Él dijo...

—Ya sé lo que dijo y fue para asustarte. Por lo que veo lo logró...

Claro que lo hizo. Qué basura ese tipo, por Dios.

Nacho continúa hablando, pero yo no lo estoy escuchando. Lo único que hago es intentar recordar cada palabra que me dijo ese monstruo.

—... pero lo que dijo sobre mi madre y mi hermana lo escuché antes por casualidad de la boca



de mi padre, y me golpeó tan fuerte que mi mente lo borró.

Carajo. Él lo borró de su mente, y la mía intenta procesar lo que me acaba de decir pero no lo logra.

—¿Cómo? —atino a balbucear.

—Fue una noche... Mi padre hacía más de un año que dormía en su estudio. Mamá estaba rara. Yo vi cómo iba con la bebé al estudio gritando como una loca mientras él intentaba calmarla...

Lo que me dice me deja atónita. Era evidente que Mariana no estaba bien, porque le puso en brazos a la nena y le dijo que estaba harta de escucharla llorar.

—...Nunca me voy a olvidar de lo que dijeron... « *Es hora de que el padre se haga cargo, Andrés. Yo ya no puedo más...* » ¿Y sabés qué le contestó él? « *Bueno, llámalo, porque yo sin duda no lo soy* ». Casi me muero, Gaby. Pensé que estaban bromeando, pero no... Mamá le preguntó: « *¿Lo sabías?* ». Y él le respondió: « *Claro que lo sabía. Una sietemesina de tres kilos y medio, es difícil de asimilar* ». Ella no lo negó, sólo le preguntó qué iba a hacer, y él le dijo que la iba a aceptar como suya por mí, pero que se quería divorciar. No quise escuchar más; me metí en la cama y me tapé la cabeza con la almohada como un cobarde... Lloré hasta que me quedé dormido y luego intenté olvidarlo, y lo logré. Cuando pasó lo del accidente, me las agarré con mi padre. Yo sabía que la había traicionado con una mina, y sentí que él la había impulsado a... no lo sabía. Simplemente no podía acordarme. En ese momento en lo único en lo que podía pensar, era en que él lo había deseado tanto que se le había cumplido. El único problema fue que no recordaba el motivo... Hasta que escuché la conversación que tuviste con Arturo, eso quedó enterrado en mi cabeza. Escuchar detrás de las puertas me va a terminar matando —murmura con los ojos llenos de lágrimas, y yo no puedo contenerme y lo abrazo. Fue un acierto seguir mi impulso, porque él se aferra a mí y por unos segundos ninguno de los dice nada.

Pero luego se aleja un poco y me mira a los ojos.

—Igual prefiero saber la verdad. Mi relación con mi padre cambió por completo cuando al fin pude recordar eso. Lo vi todo tan distinto... Él insiste en que le diga qué es lo que cambió, pero no quería hacerlo sin hablar contigo. Gaby, escuché lo del chantaje y lo que más quiero es que lo castiguen, pero también oí como amenazó a tu hija... No sé qué hacer...

—Nacho, te pido por lo que más quieras que no le digas nada a tu padre... —le suplico.

—Gaby, papá desea saber por qué cambié mi actitud hacia él... Quiero decirle lo que sé, y que sepa cuánto lo respeto porque se portó como un hombre a pesar de saber que ella lo había engañado... Y también tengo que decirle que clase de porquería es Arturo para que se aleje de él y lo haga pagar.

—¡Pero él le va a hacer daño a Paulina!

—No, papá no lo va a permitir...

—Por favor, no se lo cuentes... Ese tipo es muy peligroso. Mirá, Nacho. Tengo que decirte algo: hace poco asesinaron a un hombre. Estaba vinculado con Rodrigo, el hombre que...

—El amante de mi madre.

—Creo que Arturo está involucrado... No puedo probarlo, pero creo que es así —le confieso. Pero no parece demasiado impresionado.

—Con más razón hay que denunciarlo. Es necesario frenarlo para que no siga haciendo daño, Gabriela. Y papá puede...

—¡No le digas a Andrés, por favor! —le vuelvo a rogar.

Y lo que escucho detrás de mí, me congela la sangre en las venas.

—¿Qué no me diga qué?

Nacho y yo nos volvemos al mismo tiempo y nos encontramos con lo que ya sabemos. Andrés

nos mira con el ceño fruncido desde la entrada, y nosotros no atinamos a decir nada.

—¿Qué no tenés que decirme, Ignacio? —insiste, y yo deseo intensamente que la tierra se abra y me trague.

—Papá... Después lo hablamos —dice Nacho, reaccionando más rápido que yo. —Gaby vino a traerte algo...

La mirada de Andrés se dirige a mí, y aún frunce el ceño.

—¿Qué viniste a traerme?

Trago saliva y le alcanzo el sobre que había dejado sobre la mesita.

—Esto... Es un cheque. Quiero devolverte el dinero de la cirugía, el alquiler del departa... — comienzo a explicar, pero él no me lo permite.

—Ya hablamos de eso más de una vez.

—Lo sé, pero yo quería...

Y lo que hace a continuación termina de silenciarme. Toma el sobre de mi mano y luego lo parte al medio, lo destruye.

—Listo. Ahora por favor, andate que tengo que hablar con mi hijo.

—Andrés, yo...

—Gabriela, te pedí que te fueras —repite con frialdad.

Yo miro a Nacho con la desesperación pintada en la cara, y él me corresponde con la mirada cargada de lágrimas y una expresión de impotencia que me conmueve, realmente. Y mientras conduzco camino a casa ruego a Dios para que Nacho no le cuente a Andrés todo lo que sabe.

Si lo hace, no habrá piedra bajo la cual protegernos de la ira de Arturo.

Le di tiempo. Esperé al menos dos horas antes de llamarlo, pero fue inútil. El celular estaba apagado y me cayó de entrada en la contestadora.

Lo intenté varias veces con el mismo resultado y pasé una noche de perros dando vueltas y vueltas en la cama, e imaginando cosas horribles.

Miles de preguntas se agolpaban en mi mente... ¿Nacho le habrá contado todo lo que sabe? Si es así, ¿Andrés le habrá creído? Y si le creyó, ¿tomará alguna medida? ¿Estará pensando que yo lo traicioné por no contarle? Pero lo que realmente no me permitió pegar un ojo, fue el especular con la posibilidad de que Andrés enfrente a Arturo cara a cara. ¡Dios mío! Ese hombre es peligroso, tal vez hasta sea un asesino...

Eran las seis de la mañana cuando se me ocurrió que esa basura inmundada podía lastimar a Andrés, y entonces ya no pude volver a dormir. No sabía qué hacer...

Aún no lo sé.

Acabo de dejar a Paulina en el cole. No sé por qué, pero hasta que no la vi entrar y la reja cerrada por completo no me pude mover de allí.

Y ahora conduzco intentando mantener la calma, hasta el departamento de Andrés. No me importa que me haya echado anoche; estoy acá porque necesito saber qué sabe, qué piensa y qué va a hacer.

No me voy a ir hasta que no consiga hablarle, está decidido.

No atiende nadie. Me cuelgo del timbre del portero eléctrico, pero nada...

Entonces recurro al portero de carne y hueso, que me mira con lástima.

—Señor López...

—¿Cómo está, señora? Le iba a decir que el señor Otero no se encuentra, y tampoco Ignacio.

—¿Hace mucho que salieron?

—Anoche.

—¿Anoche? —pregunto, sin poder disimular la ansiedad que me produce ese dato.

—Sí, al rato de que usted se fue, ellos también...

Carajo. Mierda, mierda... Esto es más grave de lo que pensaba, mucho peor de lo que creía.

Se fueron anoche y no volvieron.

Vuelvo al auto y busco el celular en mi bolso con desesperación. Me tiembla la mano mientras marco su número. ¡La puta madre! ¡Contestadora otra vez!

Tengo que serenarme... Intento razonar, pensando en que las malas noticias vuelan y si no las he recibido es porque nada ha pasado, pero la inquietud crece segundo a segundo.

Conduzco con más prisa de la que debería.

Tal como lo suponía, el restaurante permanece cerrado y el coche de Andrés no está en la puerta. Y lo peor es ese letrero... « Hoy cerrado por reformas » .

¡No lo creo! Retrocedo y me dirijo a la escuela de gastronomía... ¡lo mismo! También hay un letrero que dice: « Cerrado por reformas » .

Algo ha pasado... ¡esto es algo, sin dudas! Detrás de mí suenan las bocinas y yo me desespero porque ya no sé qué hacer.

Finalmente salgo del camino, y en menos de dos minutos estoy en mi oficina. Necesito salir de la calle, necesito pensar...

Y por más que pienso y pienso, nada se me ocurre. Nada, salvo llamar por enésima vez a Andrés. En esta ocasión me animo a dejarle un mensaje.

« *Por favor, llamame en cuánto escuches esto* ». No sé qué más decir, porque temo seguir metiendo la pata. Si me llega a llamar intentaré sondear cuánto sabe, pero tengo el presentimiento que es más de lo que debería. Dios mío, sólo espero que Arturo no le haya hecho nada...

Me paso la tarde entera, digitando mecánicamente y solucionando pequeños conflictos, intentando no pensar.

¿Qué puedo hacer? Andrés no me llama y estoy segura de que algo anda muy mal. Finalmente lo decido: si a las cinco no recibo noticias, voy a ir a la policía y les diré todo lo que sé.

Ni bien tomo esa resolución, siento una inmensa tranquilidad, que de pronto se interrumpe por un irritante sonido. Es como una sirena...

No importa. Este maldito ruido no me va a impedir el hacer el último intento de localizar a Andrés. Me acomodo en mi escritorio y comienzo a escribirle un mail...

« *Andrés, si a las cinco no me llamaste, voy a...* » No puedo seguir porque alguien se para al lado mío.

Carajo. De mala gana levanto la vista y veo a Verdeti con el maletín en la mano, y el impermeable puesto. Y también observo como detrás de él circula el personal, en un movimiento algo inusual a esta hora.

Mi jefe se inclina y me grita al oído:

—Contadora, ¿qué hace todavía acá? ¿Por qué no sale con los demás?

—¿Adónde van? —pregunto también a los gritos, y con el ceño fruncido.

—¿Cómo que « adónde van » ? ¿No leyó mi memorándum?

¿De qué mierda me habla? Parece que mi mirada le hace la misma pregunta, porque mueve la cabeza y pone los ojos en blanco.

—¡Es evidente que no lo ha leído!—vuelve a gritar. —¡Contadora, hoy es el simulacro de incendio!

El maldito simulacro de incendio. Ni idea tenía de que iba a haber uno, así de perturbada estoy. El ruido va en aumento y es realmente ensordecedor.

—¡Apague ya su máquina, que nos vamos! —me vuelve a gritar Verdeti.

Obedezco, de mala gana, mientras él toma mi abrigo y mi bolso, y con la mirada me apremia a salir.

Cuando llegamos a la escalera, otro estridente alarido en mi oído está a punto de romperme el tímpano:

—¡Sáquese los zapatos! ¡El protocolo dice que en ausencia de vidrios rotos, debería bajar la escalera sin zapatos de taco alto! ¡Podría caerse!

Suspiro y obedezco nuevamente. No tengo ánimo para retrucarle que esto es un simulacro y

que no es necesario sacármelos, así que lo hago y ahora ambos corremos por la escalera a una velocidad de vértigo, él con mis cosas y las suyas en sus manos, y yo con los zapatos en las mías, mientras la sirena suena cada vez con mayor intensidad amenazando la poca cordura que me va quedando.

Somos los últimos en salir, pero finalmente llegamos a la calle. Miro a Verdeti y noto que tiene cara de culo... Seguramente mi retraso arruinó su expectativa de romper el récord de tiempo desalojando el edificio por un simulacro de incendio.

Por lo que me importa... Una vez en la acera, me dispongo a calzarme nuevamente, así que dejo uno de mis zapatos en el suelo y con cierta dificultad coloco el pie correspondiente en él.

Para hacer lo mismo con el otro zapato, opto por apoyar mi mano en el hombro de mi jefe, ya que hacer equilibrio sobre un taco intentando ponerse el otro requiere un poco de ayuda...

Y un segundo antes de hacerlo, levanto la vista y allí lo veo. De pie, con los brazos cruzados, recostado sobre su Honda.

El tiempo se detiene, el mundo desaparece. Sólo estamos él y yo...

Lentamente me enderezo sin dejar de mirarlo. Mis ojos lo recorren entero... De su cara a su cuerpo, ida y vuelta... Es todo lo que puedo mover, porque el resto lo tengo paralizado por completo.

Aquí estoy, en medio de la acera, con un zapato puesto y el otro no, devorando con los ojos al hombre de mi vida, mientras vuelvo a respirar tranquila viendo que está sano y salvo. Respirar tranquila en realidad es una metáfora, porque no puede ser más errática mi respiración en este momento.

De pronto él descruza los brazos y se acerca. Veo el dolor reflejado en su rostro hermoso, y mi corazón se detiene. ¡Carajo! Algo me va a decir, y esta sirena infernal no me va a permitir escucharlo... Pero no. Entiendo cada palabra, porque la forma en que él elige decírmelo es la que reservamos para los momentos más importantes de nuestra relación, cuando el hablar no alcanza...

Levanta las manos y me dice por señas:

« *Me ocultastetodo porque no confiabas en mí* »

Sus palabras son como dardos. Duelen... ¡duelen tanto! Quiero gritarle no es así, que fue el miedo el que me impidió hablar, pero no me sale nada... Entonces él mueve la cabeza, y toma el zapato de mi mano.

Luego se agacha a mis pies, y simplemente me lo pone.

Me siento Cenicienta, me siento en las nubes... Pero cuando levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran, lo que siento es otra cosa.

Al igual que aquella vez en su estudio, el solo hecho de tenerlo de rodillas hace que esto deje de ser un simulacro, y el fuego que nace entre mis piernas se extiende por todo mi cuerpo. Es tan vívida la sensación que siento mis mejillas arder a pesar del frío, y por un momento estoy segura de que él y yo pensamos lo mismo; recordamos ese tórrido momento en que me arrancó varios orgasmos con la boca. Su mano en mi tobillo me está matando, y yo temo que mis barreras se caigan y ponerme a gritar sin control su nombre una y otra vez.

Andrés se para de pronto, y su mirada se dirige a Verdeti. Lo estudia por un segundo y luego toma mi abrigo y mi bolso de sus brazos. Mi jefe, completamente atónito, lo deja hacer...

—Gracias —le dice, y de inmediato con la mano libre toma la mía. —Nos vamos, Gabriela.

Así de fácil.

Segundos después estamos en el auto.

—Ponete el cinturón —me ordena con voz más fría de lo que hubiese deseado.

Le hago caso, y no puedo evitar rogarle que me cuente que está pasando, pero él maneja en silencio.

—Por favor... Contame que pasó... —insisto.

Y aprovechando el semáforo en rojo, se vuelve a mirarme.

—Cuando lleguemos al restaurante vamos a hablar —sentencia.

Pero algo en mi rostro hace que flaquee... Se apiada de mí, no hay duda, porque su expresión se suaviza de pronto, y su mano suelta la palanca de cambios y acaricia la mía, crispada sobre mi falda.

—Pero quedate tranquila que Arturo ya no nos va a molestar —agrega.

Me deja con la boca abierta con esta declaración. Quiero hacerle mil preguntas, quiero que me diga, quiero que me cuente... Como siempre, me adivina el pensamiento:

—... cuando lleguemos, ambos vamos a obtener respuestas.

Cierro los ojos, luchando por contener las lágrimas mientras me resigno a obtener lo que él me quiera dar. Le otorgo el control, porque yo ya no soy dueña ni de mí.

—Está bien... —murmuro, mientras mi mano vuelve a convertirse en garra, sin el calor de la suya.

Minutos después, entramos en el restaurante por la puerta de empleados. Ni bien ésta se cierra, Andrés lanza las llaves en una mesa, y me enfrenta.

Su rostro es de piedra y su mirada es de hielo. Lejos está la calidez que me mostró hace un momento en el auto.

—Llegó la hora de la verdad —me dice con frialdad. —¿Por qué me mentiste? ¿Por qué no confiaste en mí?

—Andrés, por favor... Decime dónde está Arturo...

—¿Qué carajo importa dónde está Arturo! Quiero saber por qué...

—¿Por miedo! ¿Por miedo, Andrés! ¡No te lo dije porque estaba aterrada por la amenaza de que iba a hacerle algo a Paulina! —grito, mientras las lágrimas corren por mis mejillas.

—Nuestro amor, Gabriela, hubiese podido con eso y con mucho más, te lo aseguro —replica con una voz extraña. —Nuestro amor era la clase de amor que podía vencer cualquier peligro, cualquier amenaza... Al menos yo lo sentí así, pero veo que vos no...

—¡Yo sí! ¡Claro que sí! Me desgarró el alma dejarte de esa forma, pero realmente me sentí en riesgo. ¡Casi me muero de tanto extrañarte, pero se trataba de la seguridad de mi hija...!—sollozo sin poder contenerme.

Por un momento nos quedamos en silencio. Sólo se escuchan nuestras agitadas respiraciones.

—Nos hubiese evitado muchas amarguras si hubieses confiado en mí, Gaby... —murmura suavemente, y yo levanto la vista, asombrada por el cambio.

Entonces sucede lo inesperado. Andrés me toma del cuello y me inmoviliza contra la pared. Hace un tiempo otro hombre me tuvo así en este lugar, pero en aquella ocasión temblaba de miedo. Ahora, es el deseo el que me hace temblar,

—Andrés... —es lo único que alcanzo a decir antes de que su boca se apodere de la mía. Me besa como nunca antes. Me besa con rabia, pero también con amor... Enlazo mi lengua con la suya, y me dejo llevar por las ganas contenidas, por la angustia, por este amor inmenso que me está ahogando. Aferrada a su cuerpo me entrego por completo a este beso que quiero que no termine nunca...

Lloro y río dentro de su boca mientras la dulzura de sus labios se mezcla con la sal de mis lágrimas, en un torbellino de pasión que nos tiene dando tumbos por la habitación arrasando con carpetas y papeles a nuestro paso.

—Te amo, Gaby, te amo... —lo escucho decir como en sueños.

Y mi orgullo de mujer, toma el mando un momento.

—Si no te hubiese visto reír con Malena ayer, hasta podría creerte...

Él sonrío y me acaricia el pelo.

—Qué bueno que lo viste, porque esa puesta en escena fue para vos.

¿Qué? Abro y cierro la boca sin conseguir decir nada.

—Te vi por la ventana... Una pequeña venganza... Si hubiese sabido cuánta basura había detrás, jamás lo hubiese hecho, pero te confieso que disfruté imaginándote celosa... Lo necesitaba — confiesa mientras vuelve a adueñarse de mi boca.

Cada uno de sus besos socava mi voluntad hasta anularla por completo. En este momento no quiero saber nada de Arturo, ni de Malena. Lo único que quiero es a Andrés.

Y estoy segura de que lo sabe, porque sus manos abandonan mi rostro y se ocupan de levantarme la falda. Sin delicadeza alguna, me la eleva hasta las caderas y luego me desgarrá las medias con un solo movimiento.

Con los dientes apretados lo veo manipular su bragueta, y de pronto me sorprenden sus manos abriéndome las piernas, apartando mi ropa interior, y su pene entrando en mí, en un movimiento único y profundo que me eleva contra la pared como si fuese una muñeca de trapo.

Me sorprenden mis gemidos. De pronto me encuentro con las piernas en torno a su cintura, y cada una de sus embestidas me acerca a la gloria...

—Sí... más... más... —murmuro echando la cabeza hacia atrás.

Su aliento en el hueco de mi garganta me vuelve loca. Escuchar los sonidos que provienen de la suya también.

—Tomá... Tomá, Gaby, tomá...

Me llena por completo y no hay nada que me guste más en este momento que sentir esa caliente humedad bien adentro.

Mientras me hace descender, nuestros ojos se vuelven a encontrar y el amor nos envuelve.

Él tiene razón... Esta es la clase de amor que puede vencer cualquier peligro.

—Te quiero tanto, Andrés Otero —le digo abrazándolo con fuerza. Y después le lleno el rostro de besos.

—Sólo por esto valió la pena el desencuentro... —dice sonriendo.

—Creeme que no. Fue una tortura —replico, seria.

—Tenés razón, pero ya terminó —se apresura a aclarar. Y luego agrega algo que me causa tal impresión, que si él no me sostiene, me caigo al suelo: —Arturo está preso, Gaby.

Lo que acaba de decir es suficiente para que la pasión le ceda el turno al momento de las revelaciones. Le tengo miedo a la verdad, para qué negarlo. Temo que todo sea peor de lo que me imaginaba, peor que mis pesadillas más horribles.

Pero ojalá que esa verdad traiga consigo la tranquilidad que necesita mi alma.

No sé por dónde empezar... Mi ropa interior y mi falda están hechas un desastre, el maravilloso desastre de Andrés. Estoy en el baño intentando limpiarlas, pero cada vez lo empeoro más. ¿Por qué me senté en el sofá antes de pasar a lavarme?

Bueno, esto tiene que secarse pero yo no puedo esperar. Necesito saber los detalles de todo lo que ha pasado ahora mismo, así que cuelgo mi ropa en el radiador, tiro a la basura mis medias destrozadas, y vuelvo con Andrés ataviada solamente por mi blusa blanca que me cubre hasta los muslos, y mis zapatos de taco aguja.

Lo encuentro en la cocina, batiendo unos huevos.

—¿Tenés hambre? —pregunta, mientras su mirada me recorre y parece que le gusta lo que ve.

—Algo. No almorcé...

—¿Por qué?

—Estaba nerviosa... No contestabas mis llamadas, y tenía miedo de que te hubiese pasado algo.

Su mano deja de batir. Deja el recipiente sobre la mesa, y yo me doy cuenta de que llegó la hora de las revelaciones.

—No me arriesgué a eso. Cuando Nacho me contó, lo llevé a lo de mis viejos, llamé a mi abogado y nos fuimos a hacer la denuncia.

Suelto el aire lentamente. Mi mirada lo invita a seguir, pero al parecer mi cuerpo lo distrae, porque no me quita los ojos de encima.

Se acerca y antes de que pueda protestar, me levanta y me sienta sobre la helada mesada de acero inoxidable. No puedo evitar un grito de sorpresa cuando siento el frío en mis nalgas al aire.

—¡Andrés! Bajame por favor...

Estoy desnuda sobre la mesada donde se cocina, y eso está más que mal.

—¿Se te enfrió algo? No te preocupes que yo me encargo.

¿Es rubor lo que siento en mis mejillas? ¿A esta altura de la vida y los acontecimientos?

—Es algo... antihigiénico estar sentada acá —respondo, mientras intento que el frío ascienda hasta mi cara para mitigar mis ardores.

—Acá siempre está todo muy limpio, así que...

—¡Por eso! No es un lugar para sentarse, ¿no te parece?

Lo veo sonreír y me derrito.

—Vos sos lo más delicioso que probé en la vida —replica. —Y tengo hambre de más... — agrega mientras comienza a desabotonarme la blusa, pero yo le agarro las manos y no le permito



seguir.

—Esperá, Andrés. Necesito saber... —le ruego, y creo que mi notoria angustia lo hace compadecerse.

Suspira y me acaricia el pelo.

—Debiste confiar en mí, y contármelo.

—Ya te dije que...

—Lo sé. Y tal vez en ese momento no hubiese creído que estaban en riesgo real, pero ahora sí lo creo, Gaby. Arturo no está detenido sólo por el chantaje, o las amenazas... Está en la cárcel acusado de la muerte de Santiago Méndez. Tenías toda la razón...

Carajo. ¡Es en verdad un asesino! Me estremezco y no es por la fría mesada.

—Fue él... —murmuro.

—Fue el autor intelectual. El autor material fue su amigo de turno, alguien vinculado al submundo del juego que fue identificado por la policía, y ayer mismo confesaba su autoría mientras yo estaba denunciando la sospecha de que Arturo tenía que ver con ese homicidio.

—¿En ese mismo momento?

—Sí. Y no solo estaba detenido ese delincuente, también lo estaba Rodrigo, que no dudó en acusar a su ex, y contar todo lo que te dijo a vos en su momento...

—¿Lo del chantaje?

—Todo, Gaby —me dice, serio. —Lo de Mariana, lo de la bebé, lo del chantaje... Inculpó a Arturo como el que planeó toda la maniobra. Y también manifestó sus sospechas sobre su participación en la muerte de Santiago...

—O sea que la policía lo sabía...

—Sí, y mi denuncia precipitó su detención. Ayer mismo lo apresaron y luego de un interrogatorio bastante breve, se quebró y terminó confesando todo...

—¿Admitió todo?

—Sí. Va a estar fuera de combate por mucho tiempo, porque tiene varias causas. La maniobra contra Mariana, el posterior chantaje, el asesinato de Santiago...

—¿El accidente de Mariana no fue culpa de él?

—No, eso está totalmente fuera de duda. Te lo dijo para asustarte y lo logró —me dice, preocupado.

—Lo hizo, te lo aseguro... Y lo que pasó luego con Santiago reforzó mis sospechas y también mi miedo...

—No es para menos... Lo que resulta asombroso es como algo tan sórdido termina acercándose a mi hijo.

—Sí...

—Me gustaría contarte muchas cosas más, pero ahora no puedo.

—Está bien, Andrés, tomate el tiempo que necesites...

—No es una cuestión de tiempo, sino de prioridades. Y mi prioridad número uno es comer algo primero.

Asiento con la cabeza.

—Yo también tengo hambre —admito.

—Espero que estemos hablando de lo mismo —replica mientras destruye mi segunda prenda el día de hoy. Me abre la camisa con tanta fuerza que saltan todos los botones y la culpa es mía por no haberle permitido que continuara cuando intentó desprenderla...

Suspiro. En el fondo estoy encantada y espero no necesitar vestirme cada vez que esté junto a él.

Me mira con descaro, y me enciende tanto que temo derretir hasta la mesa metálica, con el

calor de mi cuerpo. Qué momento más sensual, por Dios.

Andrés parece pensar lo mismo. Me separa los muslos y observa mi sexo por largos segundos. Muero porque me toque, pero no deja de mirarme...

—Estás empañando mi mesada —me dice, y yo no voy a mirar para comprobarlo, porque estoy segura de que no miente.

Entonces me obliga a tenderme sobre ella y me abre más las piernas colocando sus manos detrás de mis rodillas.

No me resisto, por supuesto. Primero porque no quiero, y después porque no puedo. La situación es de lo más excitante.

Estoy acostada en una encimera, casi desnuda, vistiendo solo una blusa entreabierta, mi sostén y mis zapatos de taco aguja.

Veo a Andrés inclinarse y cierro los ojos.

No necesito mirar para sentir su lengua recorrerme. Su húmeda y cálida caricia hace que cada una de mis terminales nerviosas se tensen, y lo mismo pasa con mi cuerpo, que se mueve involuntariamente para acercarse más a su boca. Sentirlo jadear en un lugar tan íntimo me subyuga de tal forma que no puedo evitar gemir y acariciarle el pelo con las dos manos, desesperada por más.

Y él me da más. Sus dedos están helados por haber tenido las manos apoyadas en la fría mesada momentos antes, pero a mí no puede importarme menos, porque el calor que me quema por dentro alcanza para los dos.

Aprieto con fuerza para mostrarle cuánto me gusta lo que me hace. Esa combinación de lengua y manos me puede. ¡Y pensar que yo no podía acabar así! Con Andrés, basta una mirada para llevarme a orgasmos intensos y devastadores.

Mi clítoris en su boca no deja de dilatarse. Mi mano se dirige allí. Toco el centro de mi placer y lo siento a punto de estallar. Le acaricio los labios, palpo su lengua, y finalmente el morbo me gana, las sensaciones me invaden, y acabo escandalosamente abriéndome con las dos manos para darle un acceso completo a mi desborde.

Cuando Andrés siente que me relajo, llena de besos todo mi sexo. Me han hecho muchas cosas ahí abajo, pero nunca nadie me dio este placer, ni esta ternura.

Me conmueve, me deleita, me provoca cosas desconocidas e inquietantes. Termina con mis inhibiciones, pero genera nuevas sensaciones llenas de morbo que hacen que me vuelva insaciable, que me transforme en alguien desconocida hasta para mí.

Me incorporo sobre los codos, y lo sorprendo observándome. Sonríe y apoya el mentón en mi pubis.

—Gracias... —le digo como una tonta. Su sonrisa se transforma en risa.

—De nada. Es la primera vez que me agradecen algo así... —confiesa, y una punzada de celos me molesta en la boca del estómago. —Gracias a vos por permitirme el inmenso placer de devorarte...

No sé qué me impulsa a decir lo que digo. Tal vez son esos malditos celos totalmente injustificados.

—Intuyo que tenés bastante experiencia en esto. Lo hacés muy bien...

Por un momento parece descolocado. Frunce el ceño, se incorpora, y yo hago lo mismo mientras me cierro la camisa. Estoy arrepentida de mi comentario, pero ya no hay nada que hacer. Si tenía una erección seguramente se hizo humo por mi culpa, y ya no podré disfrutarla. Mentira, mentira. No me arrepiento de nada, porque lo que quiero ahora es saber. Quiero saberlo todo de él.

Y parece que lo adivina, porque me complace.

—No tanta. La última vez que me enamoré lo viví con una culpa tremenda, así que no pude disfrutar de este tipo de cosas.

Trago saliva... « La última vez que me enamoré » . Seguro que no habla de su mujer.

—¿La diputada? —pregunto, y veo que se sorprende. Pero lo admite.

—Sí. ¿Te lo dijo Arturo?

—Sí, fue él. Es la Beatriz de la cual me hablaste, ¿no?

Suspira y se da vuelta. No quiere que lo mire a los ojos, ¿seguirá extrañándola?

—Es ella. Gaby, no siempre fui como me conocés ahora. En un momento me perdí, perdí mi esencia y mi rumbo...

Ahora la sorprendida soy yo.

—Contame por favor —le pido.

Por un momento permanece callado. Los anchos hombros parecen llevar una carga que espero quiera liberar por fin.

—Hace un tiempo yo tenía mucha guita. Era el dueño de La Caleta...

Vaya.

Vaya, vaya.

Vaya, vaya ¡vaya!

—¿De la cadena? ¿De toda la cadena?

—Sí, de toda la cadena.

Eso sí es una revelación. Me está diciendo que la cadena de restaurantes más grande del país le pertenecía. No lo puedo creer.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Se me subió a la cabeza. El dinero, el poder... Comencé a vincularme con gente de la política. Financié una campaña, arriesgué mi patrimonio, y también mi matrimonio. Y perdí...

—¿Perdiste?

—Sí. Ella no fue la culpable, más bien tuvo que ver su marido y fue por venganza. Se manejaron mal las cosas, tuve que responder económicamente, y Mariana terminó enterándose de todo. No me quedó mucho, pero pude seguir adelante... Entre las cosas que perdí está mi relación con ella, que aunque el amor hacía tiempo que no existía, seguía siendo buena. Teníamos una relación agradable, que nunca volvió a ser lo que era. La única que vez que tuvimos sexo luego de eso fue un año después, a instancias de ella, para poder convencerme de que la había embarazado yo. Punto final.

—¿Y tu... amante? ¿Qué fue de ella?

—Se quedó con el marido y se fueron del país. Jamás volví a saber de Beatriz —responde volviéndose y enfrentando mi mirada. Creo que intuye que necesito la seguridad de que ese fantasma no está entre nosotros.

—La quisiste mucho —afirmo más que pregunto.

—Me enamoré de ella, sino no hubiese sido capaz de cometer tales locuras.

—Si te enamoraste lo disfrutaste. Vos me dijiste que luego de hacer el amor, te parecía que el sexo por calentura no tiene gracia... —le digo incapaz de ocultar el dolor que esa revelación me produce.

—Así es... A pesar de la culpa, me enamoré y lo disfruté. Y lo único que lamento de todo esto es haberle hecho daño a Mariana.

—¿Lo único? ¿O sea que lo volverías a vivir? —pregunto, sin siquiera intentar disimular los celos que eso me provoca.

—Sí, Gaby. Volvería a vivir cada una de las cosas, las más lindas y las más dolorosas porque todo eso me trajo hasta vos...

Me desarma con lo que me dice, pero no quiero demostrárselo.

—¿Qué sentís por esa Beatriz? ¿Todavía la extrañas, Andrés?

Su respuesta es contundente.

—No. Y antes de que me preguntes te lo voy a decir así: lo que sentí por ella, no tiene nada que ver con lo que siento por vos. Tampoco lo que alguna vez sentí por Mariana o por cualquier otra mujer de mi pasado. Lo que me provocás, es algo completamente distinto, Gabriela —me dice acercándose. —Vos sos la única que ha logrado rescatar mi verdadero yo.

Siento sus manos en mis caderas. Su boca está a unos centímetros de la mía. Me muero de ganas de besarla hasta borrar todos los besos que esos labios han recibido de otras mujeres. Quiero que su lengua sólo conserve la memoria de los míos.

—¿Eso es bueno? —pregunto suavemente.

—Depende de vos. ¿Te gusto así? Porque es la primera vez que yo me gusto.

—Me gustás. Más que eso... Andrés, yo te amo —intento confesar, pero es sólo un susurro porque no me sale la voz de lo emocionada que estoy. Por suerte, él sabe leer los labios, y sonrío complacido.

—Lo sé —dice simplemente. —Siento tu amor... Lo siento entre tus piernas —y me toca allí mientras lo dice. —Y también lo siento en cada una de tus palabras, y en cada uno de tus actos, aun en los que me hicieron mucho daño.

Suspiramos al unísono cuando me introduce los dedos en la vagina, igual que lo hizo aquella vez en el coche, con fuerza y determinación, hasta el fondo...

—No quise... hacerte daño... Me negué a tu propuesta por la amenaza de Arturo...

Su mano detiene su movimiento, pero se queda en su lugar.

—Mi propuesta, más allá de lo de Arturo, fue desubicada, precipitada, y mal formulada. Ahora la voy a hacer mejor —declara, y ahora sí sus dedos me abandonan y yo no puedo evitar un mohín de frustración que a él le provoca una sonrisa.

—¿Me vas a proponer de nuevo que vivamos juntos? —pregunto asombrada.

—No. Voy a decirte lo que quiero, pero a tu estilo, de modo que no puedas negarte. Gaby: quiero cogerte todas las noches, así que encontraré la forma —me dice, tranquilamente.

Ay, cómo lo quiero. Amo a este hombre, de verdad...

—Te voy a tomar la palabra —le digo con una mirada bastante elocuente.

—Y tal vez con el tiempo, podamos repetir en las mañanas... y en las tardes —ríe.

—Vaya... Muy interesante la propuesta, pero yo necesito más.

—¿Qué necesitás? Decímelo, que lo vas a tener. No puedo arriesgarme a perderte, pero no te aproveches de eso.

—Mi cuerpo te necesita, Andrés. Pero también te necesita mi alma... ¿Vas a seguir cuidándome el alma, mi amor? —inquiero con los ojos llenos de lágrimas.

Traga saliva... Cierra los ojos y asiente. Nunca lo vi tan conmovido.

—Cuidarte el alma... No tengas dudas de que voy a vivir para hacerlo, Gabriela —dice con voz ahogada.

Sonrío.

—Pero ahora... ¿Podrías hacerte cargo de mis otras necesidades?—pregunto mordiéndome el labio para provocarlo.

Su respuesta no se hace esperar. Y no incluye palabras.

Parecen los tres monos sabios... Pero sólo dos de ellos oyen y hablan.

Sentados en el mismo sillón, están abstraídos por lo que ven en sus dispositivos electrónicos, y no es para menos.

Estar en Brasil en pleno mundial, el día en que nuestra selección lucha por el pasaje a octavos de final, es algo tan inesperado como maravilloso. A mí no me gusta demasiado el fútbol, pero debo confesar que nada exalta más mi patriotismo que la querida « celeste ». Lo malo es que no puedo mirar los partidos porque me pongo histérica, y hoy más que nunca, porque estamos en la sala de espera de la clínica donde probaremos si el implante de mi hija obtiene el éxito esperado.

Se están tardando demasiado. Observo a Alejo con sus auriculares puestos y la vista fija en el celular. A su lado, Nacho hace exactamente lo mismo. Y un poco más allá, Pauli aferra su *iPhone* con ambas manos y se muerde el labio. Parece no importarle otra cosa que no sea que su amado Luis Suárez meta un gol. Sonrío deseando con todas mis fuerzas que esa alegría acompañe a la principal, a la que todos esperamos. Hoy será la prueba de fuego, la activación del dispositivo, y luego, si funciona, volveremos a nuestro país a iniciar la lenta tarea de rehabilitación logopédica.

—¿No han dicho nada todavía?

Levanto la vista y tomo el vaso con café que Andrés me tiende.

—Nada. Estoy histérica, te juro.

Él sonrío.

—Vos naciste histérica, Gaby.

Tiene razón. Mi manía con la puntualidad me va a terminar matando. Hace más de media hora que deberían habernos hecho entrar y la ansiedad me está ganando. Trato de controlarme y este café me va a ayudar.

—¿Cómo va el partido?

—¿Qué? ¿El partido? No tengo idea. Esos tres ni se mueven...

—Yo estaría igual si me permitieras ponerlo en mi...

—No, Andrés. Vos tenés que hacerme el aguante —le digo, para que tenga claro que eso implica tener toda su atención.

Siempre quiero eso. Su atención, su amor, su absolutamente maravillosa devoción. Porque eso es lo que me da este hombre cada día desde que lo conocí y no dejo de agradecerle a Dios, a la vida, y a mi duende de las casualidades que también cuida de mi alma.

—Si les pregunto me van a querer comer —dice él mirando a nuestros tres hermosos chicos.

—Yo que vos no lo intentarías...

De pronto se abre la puerta y nos hacen pasar. Entramos todos, como en banda, y por un buen rato el partido pasa a un segundo plano.

Lleva unos cuantos minutos la preparación para la activación del implante. El doctor Silva Preto y la asistente conectan el aparato, y se sientan con Paulina frente a una computadora, mientras le conectan el dispositivo en la parte externa de la cabeza.

Cuando llega el momento, todo es silencio. Sólo se escucha el sonido de la televisión, pero nadie mira el partido. Estamos los cuatro pendientes de Paulina que parece más interesada en volver la cabeza para observar la pantalla de led que tiene a sus espaldas, que en el momento más importante de su vida.

El médico le pide que lo mire a los ojos y ella obedece de mala gana.

Alejo está filmando todo; Andrés me toma de la mano. Y para mi sorpresa, Nacho hace lo mismo con la otra y parece tan ansioso como yo.

Pauli es el centro de atención y eso no le gusta nada.

«*Todos me miran*», es lo último que dice por señas antes de que el médico active el implante, y tiene razón: no le quitamos los ojos de encima.

Y entonces sucede.

La vemos abrir y cerrar la boca dos veces. Sus enormes ojos melados se abren como platos. Trato de imaginar qué es lo que ella puede percibir: el sonido de las uñas de la asistente en el teclado, nuestras respiraciones agitadas, y algo más. Suárez acaba de hacer un gol. Puedo escucharlo, pero ni yo, ni los hombres de mi vida logran mirar otra cosa que no sea a esta hermosa niña, con el asombro pintado en el rostro.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas, y mi hija sonrío.

—¿Gooooool? —dice de pronto. Y al ver nuestras caras comprende qué sucede, y de inmediato vuelve la cabeza hacia la televisión y alza los brazos. —¡Gooooool! ¡Gooooool! —repite.

¡Pudo escucharlo! ¡Estaba de espaldas así que escuchó al relator cuando gritó el gol! En un principio no pudo comprender de qué se trataba, pero al volverse lo identificó con rapidez.

Caigo de rodillas a sus pies, y ya no puedo contener el llanto.

—Sí, mi amor. Suárez hizo un gol...

La alegría que tenemos todos es tan inmensa, que apenas podemos hablar.

Andrés me abraza y me besa mientras observamos juntos como Paulina toca lentamente un xilofón que el médico le puso enfrente, y se maravilla con cada sonido.

Y momentos después, y con bastante esfuerzo logra decir «*mamá*» correctamente, por primera vez.

—Mamá... linda mamá —murmura con voz ronca mientras me tiende la mano.

Esto es más de lo que esperaba, más de lo que me animé a soñar.

La abrazo y la beso, incapaz de decir una sola palabra. Por encima de su cabecita, Andrés y yo nos miramos y puedo darme cuenta de lo conmovido que está. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Este hombre se ha convertido en el eje de mi vida y también en la de mis hijos. Hace quince días, Hugo, el padre de Paulina, emigró a Francia, y en un momento me pregunté cuánto le podría afectar a la nena su partida. Hoy estoy segura de que con Andrés a nuestro lado, el impacto será mínimo.

La primera etapa de la activación se ha cumplido. Mi hija detecta todos los sonidos, y luego de un rato su alegría inicial da paso al cansancio, y a una sensación de aturdimiento bastante notoria.

Es muy complicado el inicio, pues entiende lo que le decimos más que nada por el movimiento de nuestros labios, porque los sonidos le son desconocidos. Cuando creemos que se va a poner a llorar agobiada por tanto estímulo, Suárez hace un segundo gol y ella se vuelve y aplaude.

Se mira las manos, fascinada. Otra primera vez para Pau.

Esta vez, todos festejamos.

Jamás voy a olvidar a Luis Suarez, porque ese gol contra Inglaterra fue el primer sonido que mi hija escuchó, y estoy segura de que ese recuerdo nos arrancará una sonrisa cada vez que evoquemos el momento.

Y esa alegría quedará guardada en nuestro corazón, y nos acompañará siempre.

Mariposas en la panza.

Todavía... Cada vez que lo veo me pasa eso, y ya debería haberme acostumbrado a esa sensación de vacío en el estómago, pero lo cierto es que no deja de sorprenderme. No estaré tan vieja como creía, o aún vive una adolescente alborotada dentro de mí, porque este hombre me vuelve visceralmente loca, si es eso posible.

Lo disimulo, por supuesto. Me hago la indiferente y lo beso en la mejilla descuidadamente. No quiero que se agrande más de lo que ya está, por los efectos que produce en mí.

Pero una vez que habla, ya estoy perdida y mi tonto arrobamiento se hace evidente en mi mirada.

—Hola, mi vida.

Basta que me diga así, para que comience a derretirme como un hielito. Habrase visto semejante boluda.

—Hola...

—Te veo turbada —me dice el muy sádico.

—Ideas tuyas.

—Tal vez... ¿Cómo fue tu día?

—Bastante bien. Verdeti ya come de mi mano. ¿Y a vos cómo te fue con los abogados?

—Me fue bien. Arturo y Malena ya están desvinculados por completo, y me vas a tener que aclarar que es eso de que Verdeti come de tu mano porque no me gustó nada.

—¿Firmaron entonces? ¿El restaurante es tuyo por completo ahora? —pregunto dejando el bolso en la silla, e instalándome en mi lugar preferido: las piernas de mi hombre.

—Firmaron. Arturo desde la cárcel, y fue fácil de convencer. Malena exigió un despido, y ya le hice el cheque. Asunto terminado, por fin. ¿Dónde está Paulina? —pregunta de pronto.

—¿Dónde más? En tu cocina. El chef no parece entender que ella oye lo que dice, y vocaliza exageradamente para que le lea los labios, haciéndola reír a carcajadas...

Andrés ríe también, y para mí sale el sol.

—Es increíble el progreso de esa nena en sólo tres meses. Es tan inteligente, tan lista, tan...

— « Tan » enamorado que estás de ella —completo sonriendo.

Él me acaricia la cara.

—No tanto como lo estoy de la madre —aclara. —A propósito de Pauli, cuando termine el semestre quiero que venga al restaurante a seguir aprendiendo porque voy a tener que vender la academia...

Lo miro asombrada.

—¿Cómo que vas a vender la academia? ¡Si ya habías solucionado el tema de la dirección! ¿No está al frente Francis, tu amigo?

—Sí, Gaby. Pero había quedado más que claro que lo haría hasta fin de año y luego volvería a Bélgica. No puedo mantener la escuela porque no tengo a nadie de confianza para poner al frente, y

además hay otras variables...

—¿Cómo cuáles?

—Temas financieros. El desvincular al delincuente de Arturo me llevó mucha plata y si bien no estoy en la ruina, me va a venir bien el producto de la venta de la escuela. Una inyección de liquidez no le viene mal a nadie, y tengo un comprador que se compromete a mantener la totalidad del plantel y conservar sus sueldos intactos.

—No me dijiste nada de eso antes, Andrés. Vos sabés que los cincuenta mil dólares que te debo están...

—Basta con eso, Gaby. Ya lo hablamos y no me debés nada. Además no cambiarían la situación. Sólo el haberle comprado la parte a Arturo, me costó más de cien lucas.

—¿Y no podés hacerle juicio por lo que les robó chantajeando a Mariana? ¡Es injusto que encima tengas que pagarle! —le digo, indignada.

—Sí, es injusto, pero lo importante ahora es sacarme a esa lacra de encima. Ya habrá tiempo para demandas civiles.

Muevo la cabeza, asombrada.

Y entonces, la solución se presenta ante mis ojos como una revelación.

—¿Así que tenés que vender la academia porque no tenés quien la dirija, y no querés quedarte sin efectivo? —pregunto, intentando que no se me noten la cantidad de procesos mentales que se producen en mi cabeza en este momento. Soy como una máquina de hacer conjeturas, planes, cálculos.

—Básicamente es eso, sí. Me gustaría conservarla, pero...

—Vas a conservarla, Andrés.

La mano que había comenzado a ascender por mi muslo se detiene, y casi me arrepiento de traer este planteamiento justo ahora.

—No puedo, Gaby.

—Sí, vas a poder. No voy a poder comprártela, pero sí puedo ser tu socia en el restaurante, y dirigirla. Tengo más de cien mil dólares en mi cuenta gracias a tu generosidad, y eso cubre la parte de Arturo, según me dijiste... —le digo, presa de un entusiasmo que hace mucho no tenía, en lo que a negocios se refiere.

Él me mira como si fuese de otro planeta.

—Pero... ¿y tu trabajo? Pensé que estabas muy cómoda allí...

Me pongo de pie y me siento en su escritorio, porque no me resulta fácil pensar estando sentada sobre un bulto que crece con el movimiento de mis nalgas.

—Lo estoy. Es un buen trabajo, es un buen sueldo... Andrés, no me preguntes por qué, sólo aceptá. ¿No confiás en mí? Del restaurante no sé nada, pero sí puedo dirigir un negocio. Además de ser Contadora, tengo una licenciatura en Administración de Empresas, y creo que jamás te lo dije. Puedo hacerlo, te lo juro... —le digo tomándolo del rostro con ambas manos para enfatizar mis palabras.

Pestañea una y otra vez y no dice nada.

—Dejame hacerlo —le pido. —Es una buena inversión para mí... Dividendos del restaurante, y un sueldo como directora de la escuela de gastronomía. De verdad mejoraría mi economía...

De pronto parece reaccionar.

—No tanto como vos crees. Viste mis estados financieros y lo que se saca del restaurante... Tu sueldo como coordinadora es altísimo, y esto lo superaría pero no tanto como debería, para justificar que dejes un empleo de lunes a viernes de nueve a cinco, y meterte en un negocio que exige bastante más dedicación...

—Quiero —insisto, sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué?



Buena pregunta. ¿Por qué quiero algo así? ¿Por qué me desharía de mis cien mil dólares y cambiaría un empleo muy bien remunerado y en relación de dependencia por algo más complicado y absorbente?

Porque sí. Porque amo a este hombre y no quiero que pierda nada, sino que gane. Porque quiero estar en su vida de todas las formas que pueda. Porque quiero tener la libertad de verlo a cada rato, cuando se me ocurra. Porque esto será un buen pretexto para hacerlo.

¿Pero qué le digo? ¿Cómo hago para convencerlo?

—Quiero mi propio negocio —improviso. —Estoy harta de que me den órdenes.

Sonríe y me toma de las manos para conducirme de nuevo sobre sus piernas.

—Pero en la escuela vas a ser una asalariada y vas a recibir órdenes de tu jefe...

Me muerdo el labio para no reír, pero me doy cuenta de que ya tengo la partida ganada.

—¿Esas órdenes incluirán lo que yo estoy pensando? —inquiero, provocativa.

—¿Y qué estás pensando? —pregunta él siguiéndome el juego.

—Sexo, por supuesto —me apresuro a responder, pero la respuesta no es la que esperaba.

—De ninguna manera. No me expondría jamás a una denuncia de acoso sexual de tu parte, Gabriela —me aclara, y mi cara de decepción le encanta, estoy segura. —Pero tal vez como tu socio podría permitirme ese privilegio —agrega, y aunque estoy segura de que ambos pensamos en la sórdida relación que mantuve con César, eso no empaña la alegría que sentimos en este momento.

Me inclino y murmuro sobre sus labios.

—Vas a ser más que mi socio. Sos mi hombre, mi gran amor, mi vida entera, Andrés. Tus privilegios se extienden hasta donde vos quieras que lo hagan...

Su respuesta es hacer uso de esos privilegios, besándome hasta casi hacerme perder el sentido.

—Hasta tu alma, Gaby, hasta tu alma...

Y yo lo dejo llegar hasta ahí.

Se la entrego sin reservas, le doy todo lo que quiera, porque desde que llegó a mi vida Andrés Otero, no ha hecho otra cosa que llenarme de dicha, adorarme el cuerpo, y cuidar de mi alma.

Me miro al espejo y no me encuentro tan mal, la verdad.

Para empezar, el empecinamiento en mantenerme bajo la línea de los sesenta kilos me hace ver más joven de lo que realmente soy. Y para terminar, estoy convencida de que el amor revitaliza y yo lo tengo a montones.

Sí, la verdad es que me veo muy bien para mis cuarenta y ocho recién cumplidos. ¿Será cierto que los cincuenta de hoy son los treinta de antes? Si es así, yo estoy lista para comenzar mi segunda juventud en muy buena forma, y la cirugía que me trajo tantos problemas también tiene que ver.

Y hoy más que nunca, porque mis ojos brillan, mi pelo también, y este hermoso anillo que Andrés puso en mi dedo hace menos de un año, lo hace tanto que deslumbra.

Igual que nuestro amor.

Vaya amor... Intenso, apasionado, tierno, y con algunos desencuentros.

Ya han pasado cuatro años desde que nuestras vidas se tocaron, y nos ha tocado lidiar con momentos complicados. La cirugía estética a la que me sometí en contra de sus deseos, fue la causa de una pelea que amenazó con destruir nuestra pareja.

Fue poco después de nuestro casamiento. Tía Aurora acababa de morir, víctima de un cáncer fulminante que se la llevó en menos de dos meses. Cuando se dio cuenta de que sus días estaban contados, nos pidió que nos casáramos. Andrés accedió de inmediato; lo mío llevó un par de días... Finalmente, y gracias a una intervención relámpago de Mariel, pude hacer frente a mis miedos irracionales, y también accedí.

Mi querida tía se fue en paz, pero yo quedé devastada. Fue mi segunda madre, y la única que conocí, y su partida me sumió en una depresión profunda. No tuve mejor idea que someterme a una cirugía plástica para elevar mi estado anímico. Nada importante, levantamiento de pechos, lipoescultura de cintura y un « refrescamiento » en el rostro.

Andrés se opuso ni bien se lo anuncié, y yo tomé eso como una afrenta. ¿Se había creído que por ponerme un anillo en el dedo podía dirigir mi vida? ¡Ni siquiera vivíamos juntos! Su renuencia terminó por hacerme decidir, y en contra de su voluntad, lo hice. Un momento antes de empezar, me arrepentí pero no me animé a detener todo.

¿Por qué había sido tan terca? Lamenté profundamente haber ignorado el pedido de Andrés de que no lo hiciera, porque me veía hermosa así como estaba, y porque no valía la pena arriesgar mi vida por una estúpida vanidad.

Todo salió bien, por suerte, y cuando desperté de la anestesia lo primero que vi fue el rostro del hombre que amo. Sonreía y me besaba la mano...

—¿Cómo te sentís, caprichosa de mierda? Quedaste preciosa —mintió, porque yo era una momia recubierta de vendajes.

Si eso no es cuidarme el alma, no sé qué puede serlo.

Y aquí estoy, terminando de arreglarme para el que seguramente quedará en el recuerdo como uno de los momentos más felices de mi vida.

Pelo recogido en la nuca al mejor estilo Eva Perón. Estos reflejos casi rubios me dan clase, me parece. Y también el haber elegido el color negro azabache para el vestido, que es una verdadera belleza y costó un dineral. Pero vale la pena, sin duda.

Bien, ya estoy lista. Sólo espero que en el momento más emotivo, el rímel a prueba de agua que me acaban de colocar, resista la catarata de llanto que no voy a poder evitar.

Tomo el sobre, y salgo del departamento. Toco timbre en el del enfrente, esperando que mi vecino de piso esté ya listo.

Lo está. No hay dudas de eso.

Andrés sale hecho un bombón y yo me quedo con la boca abierta. Los cincuenta y tres años mejor llevados que he visto, salen al palier como si lo hicieran de la tapa de una revista. Se lo ve impresionante por su elegancia, sobriedad, y esa sensualidad que se le escapa en cada gesto, en cada mirada.

Me deja literalmente jadeando.

—Vaya... —murmuro asombrada.

—Vaya, vaya —dice él recorriéndome de arriba a abajo con los ojos.

—No te pregunto si estás listo, porque ya veo que lo estás. Te ves... Estás como para « darte y no cobrarte » , te juro.

—¿Y eso?

—Paulina. Escuché que se lo decía a Nacho el otro día, cuando se probaba la ropa que se pondría hoy.

—¿Estás con ganas de ponerme de malhumor, Gabriela? ¿Qué necesidad de recordarme justo ahora esa locura? —pregunta frunciendo el ceño mientras cierra su puerta con llave.

—No sé por qué te disgusta tanto. Simplemente sucedió...

—Si hubiésemos vivido juntos como yo quería, y no en departamentos enfrentados, se hubiesen criado como hermanos y esto no hubiese pasado. Voy a matar a ese chico, te juro.

—Por favor, Andrés. Era inevitable y vos lo sabés. Esos dos son inseparables desde que se conocieron, lo que no entiendo es por qué te jode de esta manera. ¿No te gusta Pauli para Nacho? Mirá que es una buena chica, igual que la madre —bromeo.

—¡Porque es una nena! Si el padre hubiese podido venir, otro gallo cantaría. ¿Nadie se da cuenta de que quince años no es edad para tener novio? Y si no hubiese sido mi hijo, ya estaría preso, en serio —dice, arreglándose el pelo en el espejo del ascensor.

Cuando nuestros ojos se encuentran no puedo evitar largar la carcajada.

—¿De qué te reís? Mirá que el hecho de que parezcas una muñeca no va a impedir que te castigue como corresponde —amenaza.

—Eso espero... Mi amor, dejalos vivir este momento. Puede que prospere, puede que no, pero si no los dejamos hacerlo no lo van a saber. Además, seamos realistas: no hay nada que podamos hacer para impedirlo.

—Sí lo hay. Ahora que comienza la facultad y se va a vivir solo, quizás no se vean con tanta frecuencia...

—Yo que vos no apostarías todas mis fichas a eso. Supongo que Pau va a ser asidua visitante de ese monoambiente que alquilaste —acoto, divertida.

—¿Y vos la vas a dejar? ¿Vas a enviar a tu hija a la boca del lobo, Gabriela? —pregunta volviéndose a mí, sorprendido.

Ay, qué aprieto. Si supiera... Paulina cumplió quince hace ya unos meses, pero no quisimos festejarlo en su momento porque aún era reciente el fallecimiento de mi querida tía Aurora. Y no es la típica adolescente, pues sus dificultades la hicieron madurar prematuramente, sin duda. Fue arduo el camino de su rehabilitación, pero hoy podemos decir que su calidad de vida está al noventa por ciento de la de una persona oyente. Sólo la perturban las multitudes, y no ha logrado hablar por teléfono, pero fuera de eso, lleva una vida normal, y tal como lo prometió, sólo se comunica por señas con Andrés y sus amigos sordos.

Tal vez por eso la relación con él es tan estrecha, y eso complica que la vea como la mujercita que es. Una joven hermosa a rabiar, que ya ha empezado su vida sexual activa hace muy poco, y ha confiado lo suficiente en su madre como para contármelo y pedir asesoramiento con el tema de anticonceptivos.

¿Qué puedo yo hacer? Agradecerle su confianza, apoyarla en todo. Y para qué negarlo, que haya sido Nacho su primer hombre, me llena de alegría porque adoro a ese chico, de verdad lo adoro y sé que lo que siente por mi hija es sólido e inmenso.

Pero Andrés no parece para nada feliz, y cuando subimos al auto insiste con el tema.

—Quizás Nacho no debería tener un departamento para él solo. ¿Y si se va a vivir con Alejo? —pregunta, y el rostro se le ilumina con la idea de que el hermano pueda evitar lo ya inevitable.

—No, Andrés. Alejo y Lucía no necesitan a nadie en el medio.

¿Cómo se le ocurre? Mi hijo se mudó hace dos años con su novia de desde hace cuatro, y ahora que se acaba de recibir de Licenciado en Administración, es quien lleva la batuta en la escuela de hotelería y el flamante servicio de catering para eventos, con la ayuda de Nacho, mientras no se inician los cursos en la Facultad de Medicina. No sé qué haría sin ellos, porque lo cierto es que yo me paso el día entero en el restaurante, junto a Andrés y Pauli.

Miro a mi marido, y aprieto los labios para no reír ante su cara de decepción.

—No sé, Gaby. No me gusta nada... Y el hecho que haya elegido entrar a su fiesta de quince de la mano de mi hijo, no me parece correcto. Para eso estamos el hermano o yo, en ausencia de su padre ¿no? —insiste.

—Fue su elección. ¿Te acordás que decidimos respetar sus deseos para esta fiesta? Está muy enamorada...

—Basta, Gabriela. Es muy chiquita para eso.

—Voy a pensar que no te gusta mi nena para tu nene.

—Más bien pensá que no me gusta Nacho para ella. ¡Es mi nena también! ¿O no? La verdad que si lo pienso bien, no me gusta ninguno. Paulina es demasiado para cualquiera, pero además es...

Resoplo, fastidiada. Si llega a decir una vez más que es una nena, le cuento cuán mujer es. Pero por suerte él mismo me evita esa revelación, que sin dudas hubiese anulado las posibilidades de que tengamos la fiesta en paz.

—¿Eso fue un resoplido, Contadora?

—Ajá.

—¿Y se acuerda lo que pasó la última vez que hizo eso?

Claro que me acuerdo, pero me hago la tonta, que no me cuesta nada.

—No...

—Terminó empañando los vidrios de mi nuevo auto con sistema *start-stop* ¿De verdad no se acuerda? Porque estamos en el mismo auto, le aviso...

No puedo evitar sonreír mientras lo miro a los ojos.

—Tenés que agradecer que no te haya denunciado por eso, porque estábamos en horario de

trabajo y podría haberse considerado acoso sexual —replico.

—Ya no. No te olvides que estamos casados —dice al tiempo que pone el auto en marcha. —Y si no fuera porque llegamos tarde a la fiesta de nuestra hija, te recordaría cuán casados estamos...

*Casados. Nuestra hija.*

Eso es música para mis oídos, de verdad. Música y de la buena, pienso mientras me arrellano en el asiento, al tiempo que disfruto y saboreo esas palabras, que proviniendo de la boca de Andrés se tornan verdaderamente maravillosas.

Música... El vals.

Ver a mi hermosa hija vestida de blanco bailando con su novio, con su hermano, y con el que se ha transformado en más que su padre, me trastorna tanto que debo aferrarme al brazo de mi adorada amiga Victoria para no caer.

—Ay, Gaby. Y pensar que yo soñaba verla junto a mi Felipe... Mirala, tan grande, tan linda, y en brazos de ese chico que la mira embobado —me dice suspirando.

—Lo prefiero así, Vic. Tu Felipe es un verdadero tunante rompecorazones. Nacho es un tierno...

—Vos decís eso porque estás loca por el padre —replica riendo.

Y es la pura verdad. Estoy loca por Andrés.

Cuando termina el tradicional vals de los quince, Paulina se arroja en mis brazos.

Mis esfuerzos por no deshacerme en llanto son infructuosos, y no lo logro. Lloro de tristeza por los que ya no están, y de alegría por tener el privilegio de que esta hermosa mujer sea hija mía.

—Gracias, mami. Te amo tanto pero tanto...

Dios mío, no sé qué decir. Atrás quedaron las peleas con mi rebelde y temperamental Pauli, y la que tengo en mis brazos es mi amiga más entrañable, mi mejor aliada para el resto de nuestras vidas.

—Lo sé, mi vida. Y no me alcanzan las palabras para decirte lo que siento en este momento —susurro en su oído despacito, para no aturdira.

Ella se separa y me sonrío. Ignora todos los intentos de los que nos rodean de llamar su atención, y se dirige a Andrés.

Lo mira a los ojos, y luego le dice que lo quiere en lengua de señas.

El aprieta los labios y le responde que « también », de la misma forma.

Y luego todo es felicidad.

Un rato antes de que termine la fiesta, siento una profunda necesidad de mi marido. Es que con todo este jaleo y los invitados, sólo pudimos juntarnos cuando los fotógrafos lo requerían, y de verdad lo estoy extrañando. En el escenario, la banda « No te va a gustar » hace las delicias de los invitados de todas las edades. Regalo de Andrés, por supuesto, al igual que el viaje al mundial el mes que viene, la inolvidable fiesta, y todo lo que la reina de la casa anotó en su lista de deseos.

Lo observo al otro lado del salón, bailando con su madre y decido que llegó el momento de estar a solas con él. Atravieso la cocina, y llamo aparte a la encargada del banquete, que es una empleada de confianza del restaurante.

—Vení, Lore. Necesito que vayas a buscar a Andrés... Yo lo espero en la despensa. Y cuando él entre, por favor que nadie se acerque por allí.

—¿Y qué le digo si me pregunta para qué lo llama?

Sonrío.

—Decile que tengo una sorpresa para él.

La pobre Lorena se ruboriza, pero yo no. A esta altura sólo mi marido me hace sonrojar.

Sentada sobre unas cajas, espero. No tarda mucho en aparecer por la pequeña puerta.

—¿Gaby? ¿Qué hacés acá metida? —pregunta asombrado.

—Esperando a mi amor para darle una sorpresa.

—Ah. Si ese pobre hombre nos encuentra acá encerrados, me parece que se va a enojar — bromea.

Me pongo de pie y me acerco despacio. Estamos en un espacio que no tiene más de dos metros de ancho, recostados en paredes opuestas y en una agradable penumbra. Basta extender uno de mis brazos para tocarlo.

Su piel es suave y áspera a la vez. Recorro su mentón con un dedo, y luego hago lo mismo con sus labios hasta que con una sorprendente rapidez lo agarra y me lo muerde.

—¡Au!

Al oír mi exclamación me lo besa, haciéndome derretir como siempre. Vaya hombre. Me haga lo que me haga, el efecto es instantáneo: se me eriza la piel.

—¿Así que mi mujercita está en vena provocadora? —murmura pegando su cuerpo al mío contra la pared. — ¿Y en el cumple de la nena? No podías esperar a llegar a casa, insaciable...

—¿A la tuya o a la mía? —inquiero sobre sus labios, mientras él me levanta el vestido lentamente y busca mi sexo.

—¿No te parece que es tiempo de que sea « la nuestra » ? Sobre todo ahora que somos vos, Pauli y yo... ¿Para qué vamos a mantener dos departamentos siendo tan pocos? —aprovecha para preguntar por enésima vez esta semana.

—Porque « nuestra » podemos llamar a la cabaña de fin de semana que tenemos en Araminda, y porque así, viviendo uno enfrente al otro, estamos muy bien... ¿O no? Además, de esta forma es más excitante...

—Excitante es esto —responde mientras toma mi bombacha con ambas manos y la desgarrá.

—¡No puedo creer que me la hayas roto! ¿Y ahora qué hago?

Sonríe y me mira a los ojos, mientras guarda mi pequeña prenda en un bolsillo.

—Tu mejor estado es al natural, sin nada. Y sólo yo tendré el privilegio de apreciarlo — murmura, invadiéndome con sus dedos.

—Andrés...

—¿Qué querés, Gaby? ¿Esto querés? —inquiere conduciendo mi mano a su palpitante erección.

—Sí...

Este hombre me puede, me subyuga por completo. Disfruto cada día más de sus besos, de sus caricias, de sus palabras.

De la corbata no quedan rastros. Le desprendo la camisa, desesperada, y se la saco. Soy vagamente consciente de que las marcas de labial podrían arruinarla.

En segundos me penetra, y debo ahogar mis gemidos dentro de su boca, en cada embestida.

Estoy siendo literalmente clavada por mi marido contra la pared de una pequeña despensa, mientras la fiesta de quince de mi hija está en pleno apogeo. Mis piernas se cierran en torno a su cintura, y lo estoy disfrutando tanto pero tanto...

Qué hermoso es. Cuánto me gusta, cuánto lo quiero.

Es tan grande mi placer, que cuando acabo le clavo las uñas en la espalda con tal fuerza que debe ahogar un gemido de dolor. Pero sigue penetrándome con firmeza, al tiempo que toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos contra la pared para tenerme bajo control, y se apoya con la otra en

la misma pared para estabilizarse. Los movimientos de sus caderas se intensifican, y yo ya no puedo pensar.

Su orgasmo no se hace esperar, y me desborda.

—Todo tuyo, Gaby... —susurra entre jadeos. Y luego me come a besos. Me besa las mejillas, la frente, los párpados cerrados. Cuando llega a mi boca su beso es tan dulce que me hace emocionar.

—¿Estás llorando otra vez? —pregunta preocupado.

—Por tu culpa —le recrimino con una sonrisa. —Vos me hacés llorar, me hacés reír... Llenás mi vida, Andrés. En todos los sentidos.

Sin soltarme la mano que tiene sujeta contra la pared, ni salir de mi cuerpo, afloja la presión de su pelvis y permite que mis pies vuelvan al piso.

—Lleno tu vida en todos los sentidos... Capté la indirecta. Esperá que ya busco uno de mis legendarios pañuelos perfumados y ayudo a limpiarte —bromea.

—¡Andrés! —le recrimino riendo. —No me refería a eso. Sólo quería que supieras que te amo, nada más.

Ahora es él el que se pone serio.

—Estoy en este mundo para eso, Gaby. Para deleitarme con tu amor, y para darte el mío, que no tiene límites. Para disfrutar de tu cuerpo y para...

—...cuidarme el alma —completo, y él asiente igual de conmovido que yo.

—Cuidarte el alma —repite, mientras su boca confirma sus palabras a puros besos, una y otra vez.

FIN

Los amantes...

« *Ellos son dos por error que la noche corrige* »

Eduardo Galeano

Esta novela está dedicada a todas las Gaby que necesitan que un Andrés les cuide el alma.

Miles de gracias a Diane Lane, Richard Gere y Chayanne por existir, y por haber contribuido con su imagen y su arte a nutrir mi fantasía que luego transformé en palabras.

Quiero agradecerle a H. Kramer por interpretar tan bien los deseos de mi corazón y el espíritu de la historia, en tan bella portada.

También quiero darle las gracias a mi lectora beta y correctora Maca Granja por tanta dedicación en la tarea.

A mis colegas y amigas Victoria Ahier, Lily Perozo y María Border por la ayuda en esta primera experiencia como independiente.

Y como siempre, a mis pilares, timones, termómetros y *GPS*: mis lectoras.

Gracias, chicas, por cuidar de mi alma.

¡Hasta pronto!

Mariel